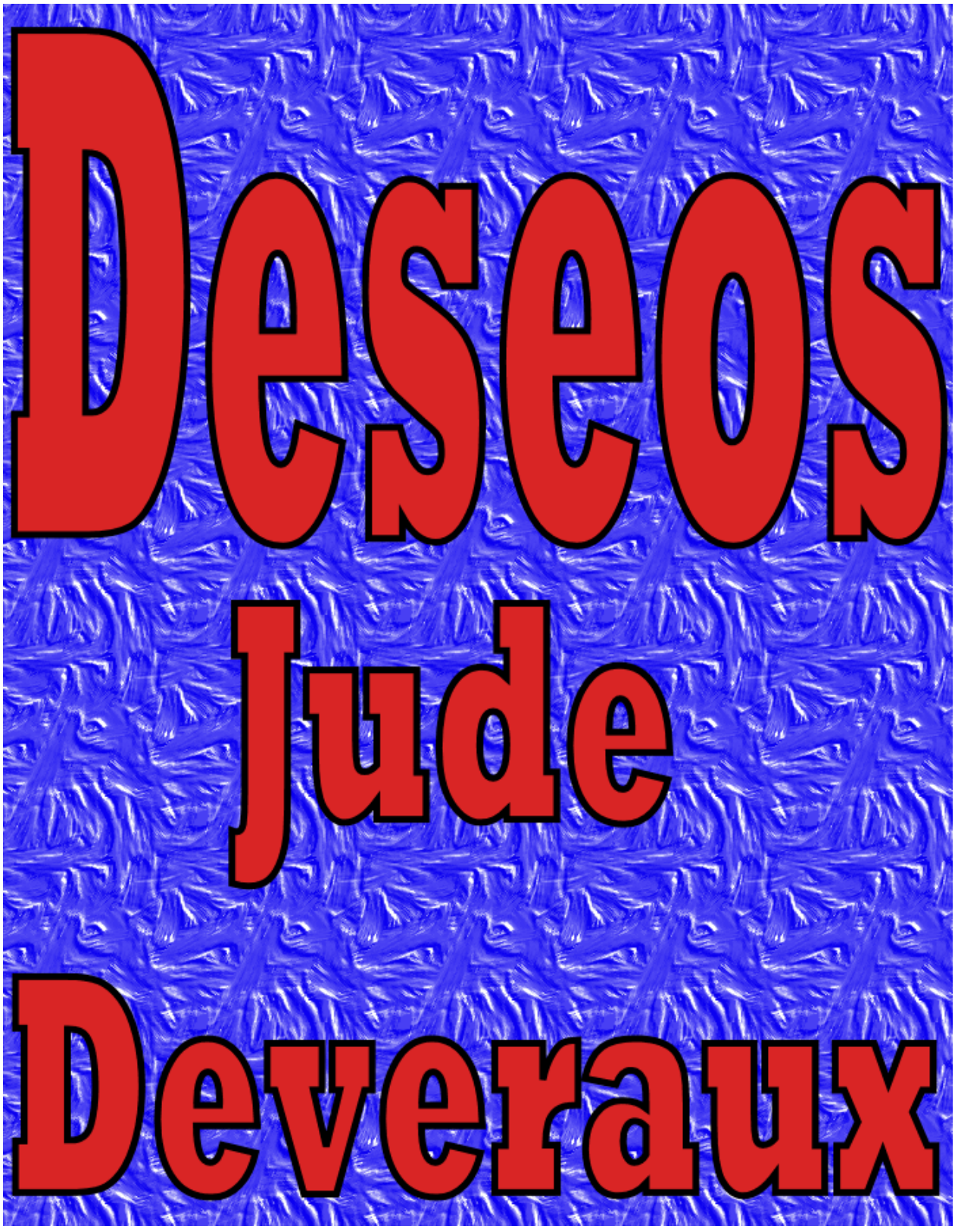
DESEOS
JUDE DEVERAUX



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

1

Después, se dijo que Berni era el cadáver mejor vestido que cualquiera de ellas hubiese visto en varias décadas. No era que muchas reconociesen que habían vivido más allá de un par de décadas, a decir verdad, en vista de las maravillas de la cirugía plástica, ninguna necesitaba ventilar el número exacto de sus años. Desfilaron frente al costoso ataúd y contemplaron con admiración a Berni. No había una sola arruga en su cara. Cada hoyo, cada pliegue, incluso algunos de los poros habían sido rellenados con colágeno. Los pechos estaban repletos de silicona, e incluso en la muerte aparecían firmes y erguidos. Los cabellos tratados con tintas muy caras, las pestañas teñidas de manera permanente, las uñas manicuradas, la cintura con un ancho juvenil de cincuenta y siete centímetros, el cuerpo ataviado con un vestido de seis mil dólares; en la muerte tenía tan buen aspecto como lo había tenido en vida.

Hubo suspiros de admiración de la gente que acudió y la esperanza de que al morir ellos, tendrían tan buen aspecto como era el caso de Berni. Sólo dos personas derramaron lágrimas en su funeral, y eran hombres. Uno, su peluquero. Perdía a la señorita Berni como clienta, pero también extrañaría su lengua perversa y todos los sabrosos chismes que ella le comunicaba. La otra persona que se condolió fue su cuarto ex marido y sus lágrimas eran de alegría, porque ya no tendría que soportar al ejército de especialistas necesarios para lograr que una mujer de cincuenta años pareciese tener veintisiete.

– ¿Irá al cementerio? – preguntó una mujer a otra.

– Me agradaría hacerlo, pero no puedo – respondió– . Tengo una cita. Una situación urgente, ¿me comprende?

Janine, la manicura de ésta, podía concederle solamente un pequeño espacio ese mismo día, a las dos, y ella *tenía* que arreglarse la uña rota.

– Me sucede lo mismo – dijo la primera, y dirigió una mirada rápida, cautelosa y al mismo tiempo colérica a Berni, en su ataúd. La semana precedente compró un vestido igual al que vestía Berni, y ahora tendría que devolverlo. Había sido muy propio de la difunta aparecer usando las prendas de última moda, las más modernas, las más caras, en *todas* las reuniones, pero eso no volvería a suceder, pensó la dama, y consiguió contener una sonrisa.

– Ojalá pudiera ir. Como usted sabe, Berni y yo éramos muy buenas amigas, íntimas. – Se alisó su vestido de seda Geoffrey Beene.– Realmente, debo marcharme.

Antes de que pasara mucho tiempo otras personas murmuraron que tenían citas urgentes en distintos lugares, hasta que en definitiva sólo el peluquero viajó en la limusina que lo llevó al cementerio. Había

una hilera de veinte coches detrás del carruaje –Berni había organizado y pagado su propio funeral años antes– pero no había deudos.

Finalmente, las palabras (elegidas por Berni) fueron dichas, la música (también seleccionada por ella) fue ejecutada y cantada, y el único doliente se marchó a casa. Llenaron la tumba, los panes de césped nuevo ocuparon su lugar, las flores fueron dispuestas artísticamente alrededor de la elegante lápida, y el sol comenzó a ponerse sobre la tumba de Berni.

Cuatro horas después de cubrir con tierra el ataúd, ni una sola persona dedicó un pensamiento a la mujer que ocupara una parte tan considerable en la vida de cada uno. Habían consumido el alimento que ella pagaba, asistido a sus fiestas, murmurado interminablemente con ella y acerca de ella, pero nadie la extrañaba ahora que había desaparecido. Absolutamente nadie.

La Cocina

Berni abrió los ojos sobresaltada y tuvo la sensación de que había dormido demasiado, Su primer pensamiento fue que llegaría tarde a su cita para arreglarse las uñas con Janine, y esa perra era implacable si una clienta se retrasaba. Le diría que estaba comprometida toda la semana siguiente, y la obligaría a sufrir días enteros con el aspecto descuidado de las uñas. Ya la atraparé, pensó Berni. Diré a Diane que Janine estuvo acostándose con el marido. En vista del temperamento de Diane, la manicura podría considerarse afortunada si salía viva del embrollo.

Sonriendo, Berni comenzó a descender de la cama y entonces comprendió que no estaba en ella. En ese momento comenzó a advertir que algo no funcionaba. No estaba en la cama sino de pie. No vestía su bata de seda roja Christian Dior, sino su nuevo vestido de seda blanca Dupioni – el mismo que Lois Simons había comprado en una venta especial. Berni pensaba usar primero la prenda, y así Lois no podría aparecer con la suya; intentaría devolverla y no se la aceptarían, y por lo tanto tendría que cargar con un vestido de cuatro mil dólares sin poder lucirlo. La idea provocó en Berni una sonrisa.

Pero la sonrisa se esfumó cuando miró alrededor: niebla por todas partes, y ella podía ver Únicamente una luz dorada al frente, muy lejos. Se preguntó: ¿Qué pasa ahora? Entrecerró un poco los ojos para ver mejor, pese a que ahora tenía una visión de veinte/veinte, gracias a la cirugía ocular a la que se había sometido un año atrás.

Avanzó unos pocos pasos, la niebla se disipó y le permitió ver un sendero. Comenzó a fruncir el ceño, pero se contuvo (fruncir el ceño origina arrugas). Quizás esta era una idea estúpida de su último amante. Era un muchacho musculoso de veinte años, aficionado a la playa, a quien ella había recogido pocos meses atrás y ya estaba fatigándose de él, que hablaba siempre de sus deseos de ser director

de cine y quería que Berni lo financiara. Tal vez toda esta niebla era uno de sus trucos para obligarla a abrir la chequera. Berni caminó varios minutos antes de ver algo. Bajo la luz dorada había un amplio escritorio, y detrás estaba sentado un hombre apuesto, de cabellos grises.

Cuando lo vio, irguió el cuerpo y echó atrás los hombros, de modo que se destacase su busto bien formado.

– Hola – dijo con su voz más ronca y sexual.

El la miró y volvió a enfrascarse en los papeles depositados sobre su escritorio.

Siempre inquietaba a Berni que los hombres no reaccionaran inmediatamente ante su belleza. Quizá le convendría concertar otra cita con su cirujano la semana próxima.

– ¿ Usted está con Lance? – preguntó ella, refiriéndose a su amante, el muchacho aficionado a la playa.

El hombre continuó con la mirada fija en sus papeles y no contestó, de modo que Berni examinó el escritorio frente al cual él estaba sentado. Evitó demostrar asombro, pero ese espacioso mueble era oro de veinticuatro kilates. Muchos años atrás Berni había llegado a adquirir capacidad para distinguir las alhajas que habría enorgullecido a cualquier joyero. Podía diferenciar rápida y fácilmente el oro de doce kilates y el de dieciocho del auténtico, puro, de veinticuatro kilates.

Extendió la mano para tocar el escritorio, pero la retiró cuando el hombre levantó la mirada. – Bernardina – dijo él.

Berni se estremeció. Hacía años que no escuchaba el nombre. Parecía tan viejo como ella intentaba no serlo.

– Berni – dijo ella– . Con i.

Vio que el individuo utilizaba una anticuada lapicera fuente para escribir una nota, y después ella comenzó a irritarse.

– Vea, esto ya es suficiente. Si se trata de un plan concebido por usted y Lance, yo…

– Usted está muerta.

– … todavía estoy dispuesta a echarlo. No pienso mantenerlo, y…

– Murió anoche mientras dormía. Un ataque cardíaco.

– … y sus absurdos planes de… – Se interrumpió y miró fijamente al hombre.– ¿ Yo qué?

– Murió anoche mientras dormía y ahora está en la Cocina.

Berni permaneció de pie, parpadeando, y de pronto se echó a reír. Olvidó las arrugas y cuán poco atractiva parecía una mujer cuando reía, en lugar de sonreír tímidamente; es decir, cuando reía de veras.

– Magnífico, amigo – dijo– , pero no servirá. Sé que esto es un truco para obligarme a dar dinero a Lance, de modo que puede desconectar sus máquinas de producir niebla y…

Se interrumpió porque el hombre ya no la escuchaba. Tomó del escritorio un gran sello, lo aplicó al papel e hizo un movimiento hacia

su derecha. De la niebla surgió una mujer que tenía aproximadamente la edad de Berni – su *verdadera* edad, no lo que ella parecía– ataviada con un vestido largo con encaje en los codos; se hubiera dicho que acababa de salir de una pieza teatral acerca de Martha y George Washington. Berni se limitó a pensar que más valía que su muchacho aficionado a la playa hubiese desaparecido cuando ella regresara.

– Venga conmigo – dijo la mujer y ella la siguió. La niebla continuaba rodeándolas, pero se retiraba a medida que ellas caminaban. Un rato después la mujer se detuvo frente a lo que parecía una puerta de arco, también de oro de veinticuatro kilates. Sobre el arco había un cartel que decía: "Incredulidad."

– Creo que usted necesita esto – dijo la acompañante, y retrocedió.

De mala gana, Berni se hundió en la niebla que había del otro lado del arco. Un rato después abandonó la habitación. Su mirada ya no expresaba cólera, y en cambio ahora estaba colmada de asombro con un poco de temor. Vio imágenes de su muerte y su funeral, e incluso observó a los empleados de la funeraria embalsamando su cuerpo.

Frente a la sala de la Incredulidad la mujer estaba esperándola.

– ¿Ahora se siente mejor? – le preguntó.

– ¿Quién es usted? – murmuró Berni.– ¿Esto es el cielo o el infierno?

La mujer sonrió.

– Yo soy Pauline, y esto no es el cielo ni el infierno. Es la Cocina.

– ¿La Cocina? ¿Acabo de morir y me envían a la *Cocina?*

Su voz tenía acentos de histeria.

Pauline no pareció turbada en absoluto por la actitud de Berni.

– La Cocina es una... creo que en su época usted la llamaría una casa a medio camino. Está entre el cielo y el infierno. Se la reserva exclusivamente para las mujeres – no las malas, ni las buenas sino aquellas que no merecen el cielo ni el infierno.

Berni la miraba, asombrada, la boca abierta.

– Es un lugar para las mujeres que... – Pauline reflexionó un momento– . Por ejemplo, para todas esas damas religiosas que barbotan versículos de la Biblia y se consideran mejores que nadie. En realidad, no han sido malas, por así decirlo, de modo que no corresponde enviarlas al infierno; pero al mismo tiempo, han criticado tanto que en realidad no es posible enviarlas directamente al cielo.

– Entonces ¿las traen aquí? ¿A la Cocina? – preguntó Berni.

– Exactamente.

Pauline no parecía dispuesta a decir más y Berni aún intentaba reaccionar ante la noticia de su propia muerte.

– Hermoso vestido – consiguió decir finalmente– . ¿Es de Halston?

Pauline sonrió, porque no comprendió o ignoró la perversidad de Berni.

– Aquí, las mujeres corresponden a todos los períodos de la

historia. Desde este lugar podrá contemplar a individuos de todos los siglos. Y hay *muchas* puritanas.

Berni sintió que la cabeza le daba vueltas a causa de toda esta información.

– ¿Hay algún lugar donde podría conseguir una copa?

– Oh, sí. ¿Qué beben ahora? Gin con hielo, ¿verdad?

– Eso fue antes de mi tiempo – dijo Berni mientras comenzaban a caminar, y la niebla se abría frente a ellas.

– Lo que usted beba, lo que desee, lo encontrará aquí.

Un momento después Pauline se detuvo frente a una mesita y sobre ella había una alta copa de cóctel helado. Agradecida, Berni se sentó y bebió un largo trago, mientras Pauline se sentaba frente a ella. Cuando Berni miró a su acompañante, preguntó:

– ¿Por qué llaman la Cocina a este lugar?

– No es más que un apodo. Seguramente tiene otro nombre, pero nadie lo recuerda. Se la llama la Cocina porque se parece a la vida de las mujeres sobre la Tierra. Cuando una muere, cree que irá al cielo, del mismo modo que usted creyó cuando se casó, que gozaría del cielo en la Tierra. Pero en ambos casos se la envía a la Cocina.

Berni casi se atragantó con su bebida. Hubiera debido reírse, pero en cambio los ojos se le agrandaron de horror.

– No querrá decir que me veré obligada a pasar la eternidad cocinando y... limpiando el refrigerador, ¿verdad?

En ese instante se preguntó si una persona muerta podía suicidarse.

– Oh, no, nada de eso. Este lugar es muy agradable. *Muy* agradable. De hecho, tanto, que muchas mujeres jamás desean abandonarlo. Nunca ejecutan bien sus tareas y han estado aquí durante siglos.

– ¿Qué tareas? – preguntó suspicaz Berni, todavía estremecida de horror ante la idea de años y años limpiando pisos, fregaderos y hornos, y de cocer un condenado pavo cada Día de Acción de Gracias.

– De tanto en tanto se encomienda una tarea a las mujeres de la Cocina. Tienen que ayudar a alguien que está en la Tierra. Las faenas son siempre diferentes. A veces tiene que ayudar a alguien que sufre, y otras debe contribuir a que una persona adopte una decisión. Hay muchas funciones diferentes. Si la mujer fracasa, se queda aquí.

– y si consigue ayudar a la persona en cuestión, ¿qué sucede?

– Con el tiempo, va al cielo.

– ¿El cielo también está cubierto por esta niebla? Pauline se encogió de hombros.

– No tengo idea. Nunca estuve allí, pero imagino que es mejor que esto.

– Muy bien – dijo Berni, poniéndose de pie indíqueme mi primera tarea. No deseo permanecer en un lugar al que se *denomina* la Cocina.

Pauline también se puso de pie y la mesa, las sillas y la copa vacía desaparecieron. Echó a andar. Y Berni la siguió, reflexionando

profundamente acerca de lo que Pauline le había dicho.

Murmuró:

– ¿Ayudar a alguien de la Tierra? – y de pronto se detuvo.

Pauline también interrumpió la marcha y miró hacia atrás.

– ¿Acaso somos – preguntó Berni– hadas madrinas?

– Más o menos – contestó ella, sonriendo y reanudando la marcha.

Berni la alcanzó.

– ¿Quiere decir que *yo* debo hacer de *hada madrina* de alguien? ¿Varitas mágicas? ¿Deseos y Cenicienta y todo eso?

– Usted tiene libertad total para resolver su tarea del modo que le parezca apropiado.

Si la cara revestida de colágeno de Berni hubiera podido arrugarse en un fruncimiento el ceño, lo habría hecho.

– No me agrada esto – dijo– . Tengo que hacer mi propia vida. No deseo ser una dama adiposa y de cabellos grises que anda por ahí diciendo "Bibidi Bobidi Bu", y transformando las calabazas en carruajes.

Pauline parpadeó, sin comprender en absoluto la alusión de Berni.

– Que hiciera su propia vida es lo que imagino determinó que viniese aquí en lugar de ir al cielo. – ¿Qué significa eso? Jamás perjudiqué a nadie en el curso de mi vida.

– Tampoco ayudó a nadie. Vivió totalmente para usted misma. Ni siquiera cuando era niña tuvo en cuenta los deseos de otros. Se casó con cuatro hombres por el dinero que ellos tenían, y cuando sus esposos se quejaron usted se divorció y se apoderó de la mitad de todo lo que poseían.

– Pero así es como todos viven en el siglo XX. – No todos, usted se interesaba por la ropa más que por cualquiera de sus esposos.

– Los vestidos me complacían más – dijo Berni– . Y además, ellos tenían lo que deseaban. En esto no eran inocentes. Si ellos me hubieran dado lo que yo necesitaba, no me habría divorciado.

Pauline no tenía más que decir. Como había crecido en el siglo XVIII, no sabía que las palabras de Berni eran el resultado de años de costosa terapia. Berni acudía sólo a los terapeutas que preguntaban: "¿Qué desea *usted* de la vida? "¿Qué necesita *usted?"* "¿Cuáles son *sus* prioridades" Siempre había encontrado a alguien que la ayudaba a justificar su creencia de que lo que ella deseaba era más importante que lo que otro cualquiera ansiaba.

Con un breve suspiro, Pauline se volvió y continuó caminando.

– Parece que usted permanecerá aquí un tiempo – dijo en voz baja.

Berni la siguió y se dijo que Pauline hablaba exactamente como sus cuatro maridos. Eran hombres completamente egoístas, que se quejaban siempre de que ella nunca se interesaba por ellos, de que sólo los quería por lo que podían darle.

Pauline se detuvo y Berni la imitó, Alrededor de ellas la niebla comenzó a disiparse, y pudo ver que estaban de pie en una habitación circular, desnuda, y que en las paredes había arcos. Sobre los mismos, carteles: "Romance", "Fantasía", "Vestidos". "Banquetes". "Indolencia". "Lujo". "Fiestas".

– Elija – dijo Pauline.

– ¿Qué debo elegir? – preguntó Berni, volviéndose y leyendo los anuncios.

– Debe esperar mientras le encuentran una tarea y1endrá que hacerlo en una de las habitaciones. – Pauline advirtió que ella todavía no entendía.– ¿Qué prefiere hacer ahora?

– Ir a una fiesta– contestó sin vacilar. Tal vez una reunión ruidosa y animada la ayudaría a apartar la mente de su propio funeral y de toda la conversación acerca de los ex maridos.

Pauline se volvió hacia el arco señalado con la palabra "Fiestas", y Berni la siguió. Una vez que lo atravesaron, encontraron otro cubierto de bruma, hacia la derecha. Sobre él había un anuncio: "Isabelino". Pauline atravesó la niebla y Berni vio una escena de Shakespeare. Hombres con capas, las piernas enfundadas en ajustados calzones guiaban a mujeres encorsetadas a través de los complicados movimientos de una danza del siglo XVI.

– ¿Desearía unirse a ellos? – preguntó Pauline.

– Esto *no* es mi concepto de una fiesta – contestó Berni, desconcertada.

Pauline la llevó de regreso a través del arco, y cruzaron el salón en busca de otro.

En resumen, pasaron por media docena de veladas antes de que Berni hallase la que le interesaba. Vieron una fiesta de la Regencia, mujeres con vestidos de muselina que bebían té en platillos y comentaban la última aventura de lady Caroline Lamb. Había una cuadrilla con vaqueros, una reunión victoriana con juegos de salón, un festín del siglo XIII con algunos jóvenes acróbatas muy apuestos que tentaron a Berni, una ceremonia del té japonesa y una sorprendente danza tahitiana, pero en definitiva eligió una fiesta de los años sesenta. La música estridente de los Stones, relucientes minivestidos, chaquetas de estilo Nehru, olor de los cigarrillos de marihuana encendidos, cuerpos que se contorsionaban de individuos de largos cabellos, le recordaron su juventud.

– Sí – murmuró, y entró en el salón. Un momento después tenía puesto un vestido mini, sus cabellos eran largos y lacios, y un muchacho la invitaba a bailar. No volvió una sola vez la cabeza para ver qué había sido de Pauline.

Berni estaba reunida con otros jovencitos, fumando marihuana y escuchando a Frank Zappa que hablaba con Suzie Creamcheese cuando Pauline vino a buscarla. Berni la miró y comprendió que tenía que salir de allí. De mala gana, abandonó la fiesta y siguió a Pauline.

Apenas atravesaron el arco dorado, la niebla se cerró sobre el

salón y anuló todas las imágenes y los sonidos que provenían de allí. Las cuentas y la camisa de colores de Berni desaparecieron al mismo tiempo que la banda que llevaba en la cabeza. Se eclipsaron los efectos de la marihuana, y de nuevo tenía puesto el traje de seda con que la habían sepultado.

– Acababa de llegar – dijo hoscamente Berni– . Apenas comenzaba a gozar de la fiesta.

– De acuerdo con el tiempo terrenal, estuvo en esa reunión catorce años.

Berni miró asombrada a Pauline. ¿Catorce años? Tenía la sensación de que se incorporó a la fiesta apenas unos momentos antes. Advirtió que de tanto en tanto sus ropas eran distintas, pero seguramente no pudo haber estado aquí adentro catorce años. No había dormido ni comido, bebido muy poco, sin mantener una sola conversación con los restantes asistentes a la fiesta. Quiso hablar con ellos acerca de la Cocina y las respectivas tareas que se les asignaban, pero pareció que nunca se presentaba la oportunidad propicia.

– Hay una ocupación para usted – dijo Pauline. – Magnífico – dijo Berni, sonriendo. Si pasaba esta prueba e iba al cielo, ¿qué placeres le esperaban allí? El cielo debía de ser un lugar extraordinario, si era mejor que la Cocina.

Pauline caminó por un corredor, dejando atrás varios arcos dorados que Berni ansiaba vivamente explorar. Uno decía "Fantasía del harén" y otro "Piratas".

Finalmente, pasaron bajo un arco titulado "Sala para ver", y entraron en una amplia habitación con un semicírculo de banquetas cubiertas de terciopelo color durazno. Alrededor de los asientos, se cernía una bruma espesa y blanca.

– Por favor, póngase cómoda.

Berni ocupó una de las butacas, blandas, forradas de terciopelo, y miró en la misma dirección que Pauline, es decir la pared brumosa frente a ellas. En pocos segundos la niebla se disipó y ante ellas apareció una escena. Era como un filme, sólo que no era plano, y se parecía más bien a una pieza teatral, aunque más real.

Una joven, esbelta y bonita, con los cabellos castaños claros recogidos para mostrar su cara, estaba de pie frente a un espejo de cuerpo entero. Tenía puesto un vestido largo con mangas muy anchas y abullonadas de seda verde oscuro, con cuentas negras relucientes sobre el busto, y el corpiño era tan apretado que asombraba que la joven pudiese respirar. Había tres cajas con sombreros sobre el piso y la mujer se probaba uno tras otro. La habitación era agradable, con cama, guardarropa, tocador, lavabo, alfombra de retazos y hogar; pero ciertamente no era un palacio. Sobre el reborde de la chimenea había varias invitaciones abiertas.

– No creo que pueda vernos – dijo Berni.

– No, no tiene idea de que alguien está observándola. Se llama Terel Grayson, tiene veinte años, corre el año 1896 y ella vive en

Chandler, Colorado. – ¿Quiere decir que debo convertir en Cenicienta a una joven de otro tiempo? No sé nada de historia. Necesito alguien de mi propia época.

– En la Cocina todos los tiempos terrestres son iguales.

Berni volvió los ojos hacia la pantalla y suspiró.

– Está bien. Pero, ¿dónde está el Príncipe Encantado? ¿ y dónde la perversa hermanastra?

Pauline no contestó y Berni miró en silencio. Terel se movía deprisa por la habitación, examinaba sus invitaciones y después revolvía el gran guardarropa de caoba. Suspiró y pareció disgustada mientras retiraba un vestido tras otro y los arrojaba sobre la cama. – Exactamente como yo – dijo Berni, sonriendo– . Siempre tenía muchas invitaciones, y siempre me preocupaba qué usaría. Aunque por supuesto, no necesitaba inquietarme. Habría podido usar harapos e incluso así hubiese sido la favorita del baile.

– Sí – dijo en voz baja Pauline– . Terel es como usted.

– Podría hacer algo por ella – dijo Berni– . Unos pocos cosméticos y mejorar sus cabellos. No necesita mucho. No es tan bonita como yo era a su edad, pero servirá. Tiene muchas posibilidades. – Miró a Pauline.– Bien, ¿cuándo comienzo?

– Ah – dijo Pauline– , aquí viene Nellie.

Berni volvió los ojos hacia la escena. Se abrió la puerta y entró otra mujer mayor que Terel y de doble corpulencia que la joven.

– Muy gruesa – dijo Berni, mirando a Nellie. Tenía horror a la obesidad, propio de la mujer esbelta, y su temor se acentuaba porque había consagrado la mayor parte de su vida a seguir regímenes de hambre con el fin de mantenerse delgada. En el fondo de su alma temía que si cometía la más mínima transgresión adquiriría las proporciones de Nellie.

– Debe tener por lo menos cien kilogramos.

– En realidad, alrededor de ochenta – respondió Pauline– . Es la hermana mayor de Terel. Tiene veintiocho años, no está casada, y cuida de Terel y del padre de ambas. La madre murió cuando la niña tenía cuatro años y Nellie doce. Después del fallecimiento de su esposa, Charles Grayson retiró a su primogénita de la escuela y le ordenó que cuidase de la casa y de Terel. Nellie fue, por así decirlo, la madre de Terel durante la mayor parte de la vida de la joven.

– Comprendo – dijo Berni– . Una hermana y una madre perversas combinadas. Pobre Terel. No me extraña que necesite un hada madrina que la ayude. – Miró a Pauline.– ¿Me darán una varita mágica para ejecutar esta tarea?

– Si lo desea, podemos suministrarle toda la magia que quiera, pero usted debe aportar la sabiduría. – Eso será fácil. Me ocuparé de que Terel reciba lo que merece y no permitiré que esa adiposa hermana le impida aprovechar las mejores posibilidades de la vida. ¿Sabía que tengo una hermana mayor muy gruesa? Tenía tantos celos de mí, y siempre trataba de amargarme la vida. – Berni sintió que despertaba

en ella la cólera de otrora.– Mi hermana odiaba todo lo que se relacionaba conmigo. Era tan celosa que lo hubiera hecho *todo* para provocarme sufrimiento. Pero le di su merecido.

– ¿Qué hizo? – preguntó amablemente Pauline.

– Mi primer esposo era su prometido – contestó Berni, sonriendo– . En realidad, era el individuo más tedioso, pero tenía algo de dinero, de modo que me las arreglé para lograr que me prestase atención. – Usted lo sedujo, ¿verdad?

– Más o menos. Pero lo necesitaba. Mi hermana era – mejor dicho es– tan aburrido, y...

– Dirigió una mirada hostil a Pauline.

– No me mire así. Ese hombre se divirtió más conmigo, durante los cinco años de nuestro matrimonio, que lo que habría podido hacerlo una vida entera con mi adiposa, gris y estúpida hermana. Además, ella se las arregló bien. Se casó y tuvo un par de niños regordetes. Todos fueron muy felices, en su estilo de clase media.

– Estoy segura de que todos fueron muy dichosos. y sobre todo usted.

Berni no estaba muy segura de que le agradara el tono de la mujer, pero antes de que pudiese contestar Pauline dijo:

– ¿Continuamos mirando?

Berni volvió los ojos hacia la escena que se desarrollaba ante ellas ya las dos mujeres que estaban en el dormitorio. Tenía que idear el modo de ayudar a la esbelta y bonita Terel.

Chandler, Colorado 1896

Nellie se movió de un lado a otro de la habitación, recogiendo las ropas de Terel y colgándolas de nuevo en el guardarropa. También levantó los sombreros que su hermana había desechado y los devolvió con cuidado a las cajas.

– No puedo decidirme – dijo Terel altivamente– . Ya propósito, ¿por qué tenemos que vivir en este pueblo olvidado de la mano de Dios? ¿Por qué no podemos residir en Denver, San Luis o Nueva York?

– El negocio de nuestro padre está aquí – dijo suavemente Nellie, mientras enderezaba la pluma de un sombrero; los sombreros que no les pertenecían, y habían sido facilitados provisionalmente por el sombrerero. Lamentaba que pudiesen comprar uno solo y que fuera necesario devolver los restantes; pero su intención era mantener tan limpios como fuese posible los sombreros que la menor no deseaba.

– ¡Negocios! – dijo Terel, dejándose caer sobre la cama– . Es el único tema de los habitantes de este pueblo. ¡Negocios! ¿Por qué no es posible que aquí exista un verdadero círculo social ?

Nellie devolvió la forma a otro sombrero y acarició el picaflor

embalsamado que adornaba la copa antes de introducirlo en la caja.

– Hubo una hermosa fiesta en el jardín del señor y la señora Mankin, la semana pasada, y el Baile de la Cosecha se celebrará en la casa del matrimonio Taggert.

Terel rezongó.

– Esa fortuna tan apreciable y una familia tan inculta. Todos saben que los Taggert son poco mejores que mineros del carbón.

– Todos parecen muy simpáticos.

– Oh, Nellie, tú crees que todos son simpáticos. Terel se incorporó a medias apoyándose en un codo y miró a su hermana que ordenaba las prendas. La semana precedente, y por milésima vez, había oído decir a alguien que Nellie tenía una cara extraordinariamente bonita y que era una lástima que fuese tan corpulenta. Terel incluso había visto a Marc Fenton observándola. Marc era apuesto y rico, y si miraba a alguien, el blanco de sus atenciones debía ser Terel, que descendió de la cama y fue a su tocador, abrió un cajón y retiró una caja de chocolates.

– Nellie, tengo un regalo para ti – dijo.

La mayor se volvió y sonrió a su amada hermanita.

– No deberías regalarme nada. Tengo todo lo que necesito.

La cara de Nellie se iluminaba al sonreír. Terel había oído decir a algunas mujeres que su hermana podía iluminar una habitación con la calidez de su sonrisa.

– No rechazarás mi regalo, ¿verdad? – preguntó Terel, el labio inferior curvado en un bonito mohín. Ofreció la caja de chocolates, y la cara de Nellie se ensombreció– . No te agrada – dijo Terel, al borde de las lágrimas.

– Sí, por supuesto, me gusta. – Tomó los chocolates.– Sucede sencillamente que estuve tratando de comer menos y adelgazar un poco.

– No necesitas adelgazar – dijo Terel– . A mí me pareces bella.

La sonrisa de Nellie retornó.

– Gracias, querida. Es agradable tener una persona que me ama exactamente como soy.

Terel deslizó su delgado brazo sobre los hombros regordetes de Nellie.

– No permitas que nadie te cambie. Eres hermosa así como estás ahora, y el hecho de que no agrades a los hombres no significa absolutamente nada. ¿Qué saben? Papá y yo te amamos, y aunque seamos los únicos, es suficiente. Te queremos lo bastante para compensar el afecto de todos los hombres del mundo.

De pronto, Nellie sintió mucho apetito. No sabía por qué las expresiones de amor de Terel le producían esa glotonería, pero así sucedía a menudo. Ese efecto carecía de sentido para ella, parecería que el amor y el alimento estaban mezclados. Terel decía que la amaba, y Nellie tenía apetito.

– Creo que comeré nada más que uno – dijo Nellie, temblándole

las manos mientras abría la caja y se metía tres chocolates en la boca.

Terel se volvió y sonrió.

– ¿Qué usaré esta noche?

Nellie se metió en la boca el cuarto dulce.

– Lo que tienes es hermoso – dijo, mientras tragaba. Comenzaba a controlar un poco su apetito.

– ¿Este viejo y horrible vestido? Nellie, ya lo usé una docena de veces. Todos lo conocen.

– Dos veces – dijo su hermana con indulgencia, mientras cerraba la última caja de sombreros– . y el invitado de esta noche no te conoce, de modo que no pudo haberlo visto.

– ¡Realmente, Nellie! A decir verdad, no comprendes cómo son las cosas cuando eres una mujer atractiva, joven como yo y tienes por delante la vida entera. Estoy segura de que tu juventud no pasó hace *tanto* tiempo para que no puedas recordar.

Nellie de nuevo sentía apetito.

– Terel, no soy tan vieja como pareces creer.

– Por supuesto, no eres *vieja,* sólo eres... bien, Nellie, no quiero ser cruel, pero sucede que ya no eres casadera. Yo sí, y necesito presentarme con mi mejor apariencia.

Nellie comió cuatro trozos más de chocolate.

En ese momento se oyó un llamado en la puerta y apareció Anna, la única servidora del hogar de los Grayson; joven y fuerte pero astuta, y dedicaba la mayor parte de su limitada inteligencia a evitar el trabajo. Cuando Nellie se quejaba de que Anna no la ayudaba lo bastante, Charles Grayson decía que no podía pagar otra empleada o contratar a una segunda servidora, y Nellie debía arreglarse con lo que tenía.

– Está aquí – dijo Anna, con los cabellos que se le escapaban del gorro.

– ¿Quién es? – preguntó Terel.

– El hombre que viene a cenar. Está aquí, y el amo no ha llegado.

– ¿En qué estará pensando esa visita? – protestó Terel– . Llegó una hora antes de lo debido, ni siquiera estoy vestida, y... Nellie, ¿la cena está preparada?

– Sí – contestó esta.

Había pasado la tarde entera cocinando, y ahora el sucio delantal cubría el vestido de entrecasa, también desaseado– . Anna, llévalo a la sala y dile que tendrá que esperar hasta que estemos preparadas para recibirlo.

– ¡Nellie! – exclamó Terel, horrorizada– . No puedes dejarlo esperando una hora solo. Papá se enfurecería. Según nos dijo, ese hombre le salvó la vida y ahora se proponen hacer juntos algunos negocios. No puedes dejarlo solo.

– Terel, mírame, Estoy sucia. No puedo recibirlo. Pero tú te ves hermosa, como siempre. Vea hablar con él, y apenas yo...

– ¿Yo? ¿Yo? Tengo que cambiarme y peinarme. No, Nellie, eres la mayor y la anfitriona de nuestro padre. Vea hablarle mientras yo me

cambio y cuando esté vestida tú también podrás hacerlo. Es el único modo posible de hacer las cosas. Además, ¿qué podría decir *yo* a ese viejo carcamán? Tú eres mucho más eficaz con las personas de edad. Puedes pedirle que te sostenga la madeja de hilado o algo por el estilo. Papá dice que es viudo, de modo que tal vez le intereses sobre la preparación de jaleas o algo parecido. Nellie, así *tiene* que ser, y creo que estarás de acuerdo conmigo si lo miras sin egoísmo.

De nuevo sintió mucho, muchísimo apetito. Sabía que Terel tenía razón. *En efecto,* ella era la anfitriona de su padre y se desenvolvía muy bien con las personas mayores y en cambio Terel tendía a bostezar cuando estaba en compañía de gente de cierta edad. Nellie no deseaba ofender a esta visita, precisamente cuando su padre trataba de convencerle de que aceptara administrar su compañía de fletes.

– Dile que bajaré apenas pueda – dijo Nellie en voz baja a Anna y se volvió para salir de la habitación, pero Terel la detuvo.

– No estarás enojada conmigo, ¿verdad? – le preguntó, apoyando las manos sobre los hombros de su hermana– . No importa qué aspecto tienes, porque todos simpatizan contigo. Les agradarías aunque tuvieses las proporciones de un elefante. En cambio, yo siempre tengo que mostrarme impecable. Por favor, Nellie, no te enojes conmigo. No podría soportarlo.

– No – contestó ella con un suspiro– . No estoy enojada contigo. Cámbiate tranquilamente y ponte bonita. Yo me ocuparé del invitado de papá.

Terel sonrió y la besó en la mejilla. Cuando Nellie empezó a salir de la habitación, le entregó la caja de chocolates.

– No olvides esto.

Nellie tomó la caja y en el corredor se metió seis trozos en la boca antes de quitarse el delantal y comenzar a descender la escalera.

En su cuarto, Terel sonrió y se acercó al guardarropa. Bien, ¿qué usaría durante la cena con el invitado de su padre? Mientras examinaba el vestuario, la idea de cambiase la aburrió. Nellie tenía razón, lo que llevaba puesto se adaptaba perfectamente a una cena con un anciano, un hombre que había venido no para ver a Terel, sino para hablar con su padre. ¿Qué importaba lo que pudiera usar? De todos modos, probablemente era demasiado anciano para distinguir un vestido del otro.

Alzó el cubrecama extendido sobre su lecho, deslizó la mano bajo el colchón y retiró la novela de amor que había escondido allí. Dispondría más o menos de una hora para leer antes de la cena.

2

Nellie se detuvo al pie de la escalera para echar una rápida ojeada al espejo fijado a la pared. Los cabellos castaños le caían en desorden sobre el cuello, había una mancha de chocolate en la comisura de los labios y otra verde – probablemente espinaca– en el cuello. No deseaba examinar su viejo vestido de algodón pardo, pues sabía que el ruedo estaba sucio y que había un lamparón indeleble en la falda. Terel siempre le decía que necesitaba prendas nuevas, e incluso había ofrecido ayudarla a elegir; pero nunca disponía de tiempo para comprar ropas. Tenía mucha tarea cocinando y limpiando lo que Anna descuidaba, y ayudando a Terel a organizar su intensa vida social; por eso, Nellie parecía no poder ocuparse de nada tan frívolo como la compra de prendas nuevas.

Y ahora, además de la necesidad de completar la preparación de la cena, las instrucciones que debía impartir a Anna de manera que prestase cierta ayuda en el momento de servir la mesa, el invitado aparecía una hora antes. Vaya, se dijo, un poco desconcertada.

Entró en la sala: estaba de pie de espaldas a Nellie, mirando por la ventana. Ella comprendió inmediatamente que no era un anciano.

– Señor Montgomery – dijo, caminando hacia él.

El visitante se volvió y Nellie contuvo una exclamación. Era *realmente apuesto. Muy* apuesto. Terel se sorprenderá gratamente cuando lo vea.

– Lamento haberlo obligado a esperar. Yo…

– Por favor, no se disculpe. – Tenía una voz que armonizaba con la cara y el cuerpo. Era alto, delgado, musculoso, con los cabellos y los ojos oscuros.– Me he mostrado terriblemente grosero al presentarme tan temprano, y yo…

Se miró las manos.

Nellie siempre había tenido intuición para juzgar a la gente y de un modo o de otro sabía lo que cada uno necesitaba. Pensó: Se siente solo, y sonrió. Este hombre tan apuesto está solo. Que un caballero buen mozo la visitara, habría confundido a Nellie, pero alguien que se sentía solo, apuesto o no, joven o no, era algo que ella sabía afrontar. Olvidó completamente su sucio vestido.

– Nos agrada tenerlo aquí, no importa la hora a la que llegue – dijo Nellie y sonrió al visitante, con esa sonrisa que transformaba en una belleza su cara que ya era bonita. No advirtió que la expresión del señor Montgomery cambiaba. Cesó de mirarla avergonzado por haber llegado una hora más temprano, y empezó a observarla como a una mujer.

Si Nellie hubiese advertido este cambio de expresión, de todos modos no habría sabido su significado. Los hombres apuestos miraban a Terel pero no a Nellie. Continuó sonriendo.

– Tenemos un hermoso jardín – dijo– , y alli está mucho más

fresco. Quizá le agrade verlo.

– Con mucho placer – dijo él, retribuyendo la sonrisa de Nellie. Tenía un hoyuelo en la mejilla derecha. Juntos atravesaron el salón, entraron por el corredor y por la puerta lateral salieron al jardín que estaba detrás de la casa, y era uno de los grandes placeres de Nellie. Su padre creía que dedicar espacio a las flores era frívolo, pero en este único asunto ella insistía en salirse con la suya.

El sol del otoño estaba poniéndose y el espectáculo era realmente bello. Entre las altas plantas de maíz crecían las caléndulas, y los crisantemos vivían junto a los repollos. A lo largo de la empalizada del fondo había amapolas y delante de estas algunas hierbas que Nellie usaba en su cocina.

– Es hermoso – dijo él, y Nellie sonrió complacida. Rara vez conseguía mostrar su jardín.

– ¿Usted misma lo plantó?

– Un muchacho viene dos veces por semana para ayudarme a escardar, pero yo hago la mayor parte del trabajo.

– Es tan hermoso como su dueña – dijo él, mirándola.

Durante un momento Nellie temió sonrojarse, pero después comprendió que él se limitaba a ser cortés.

– ¿Desea sentarse? – le preguntó, indicándole la pequeña hamaca instalada bajo el emparrado. Se adelantó deprisa para retirar las judías verdes que ella había estado abriendo cuando Terel la llamó para que la ayudase con los sombreros.

– Sí, gracias – dijo él, señalando los cuencos– . ¿Tiene inconveniente en que la ayude? Así me sentiría más cómodo.

– Es claro que no. – Nellie puso los recipientes vacíos entre los dos, uno para las vainas, otro para las judías verdes, le entregó una porción y tomó otra para si misma.

– ¿Dónde vive, señor Montgomery? – preguntó.

– En Warbrooke, Maine – contestó él, y tan pronto empezó a hablar ya no se detuvo.

Nellie pensó: Se siente tan solo como yo, y después se corrigió. ¿Cómo podía sentirse sola cuando tenía a Terel ya su padre?

El le habló de su vida, que había crecido cerca del océano y pasado a bordo de una embarcación tanto tiempo como en tierra firme.

– Conocí a Julie cuando tenía veinticinco años – dijo.

Nellie lo miró, contempló su perfil, adivinó tristeza en sus ojos y percibió el pesar en su voz. Su padre había dicho que el señor Montgomery era viudo.

– ¿Ella era su esposa?

Ella miró, y el dolor que había en sus ojos estremeció también a Nellie.

– Sí – dijo en voz baja– . Murió de parto, hace cuatro años. La perdí, y también al niño, dos días antes de cumplir treinta años.

Nellie adelantó la mano sobre los cuencos y apretó la de

Montgomery. El contacto pareció sobresaltarlo. Permaneció sentado, parpadeando un momento, y después sonrió.

– Señorita Grayson, creo que usted me ha embrujado. No hablé de Julie desde que ella...

– Son las judías verdes – dijo Nellie animosamente, pues no deseaba que él se sintiese triste– . Son judías mágicas.

– No – dijo él, mirándola a los ojos– . Creo que es usted quien me ha embrujado.

Nellie sintió que se sonrojaba.

– Señor Montgomery, usted es un malvado porque se burla de una solterona como yo.

El no se rió de la salida de Nellie; su rostro cobró de nuevo una expresión seria.

– ¿Quién le dijo que es una solterona?

Nellie se sintió muy confundida.

– No es necesario que nadie me lo diga. Yo…

– No sabía qué decir. Nunca un hombre tan maravillosamente apuesto la había galanteado. Y pensó: Esperemos a que conozca a Terel que, cuando se ataviaba con uno de esos hermosos vestidos de noche, podía concitar las miradas de una habitación entera atestada de hombres apuestos– . Dios mío, señor Montgomery, vea qué hora es. Tengo que terminar la preparación de la cena, mi padre regresará muy pronto, y Terel bajará y debo cambiarme de ropa y…

– Está bien – dijo él, riendo– . Sé cuando me rechazan. – Recogió los cuencos, sin permitir que Nellie los transportase y le impidió avanzar por el sendero.

– ¿Dígame, señorita Grayson, les usted una cocinera tan buena como bella?

Nellie sintió que se le enrojecía la cara.

– Señor Montgomery, usted es muy galante, y conseguirá que la mitad de la población femenina de Chandler se ruborice.

El le tomó la mano entre una de las suyas, y la miró.

– En realidad – dijo en voz baja– no estoy galanteando. A decir verdad, no he mirado a otra mujer desde que Julie falleció.

Nellie no supo qué decir. Enmudeció por completo. Que un individuo tan apuesto, capaz de encender el corazón de una joven, le prestase la más mínima atención a una mujer vieja y adiposa era una cosa, pero que se comportase como si ella fuese la única mujer en el mundo era otra completamente distinta. Retiró bruscamente la mano.

– No soy tonta, señor Montgomery – dijo– . Mal gasta conmigo sus bellas palabras. Quizá debería tratar de tentar a una mujer que sea más joven y más tonta que yo.

Ella se había propuesto rechazarlo tajantemente, pero él se limitó a sonreírle, y en la mejilla se destacó ese hoyuelo.

– Es bueno saber que soy una tentación – dijo, los ojos oscuros chispeantes.

Nellie sintió que se ruborizaba de nuevo, se volvió y caminó

deprisa hacia la casa, seguida de cerca por el señor Montgomery.

En la casa reinaba el caos. Su padre había regresado y en lugar de encontrar lo que esperaba – a sus dos hijas agasajando al invitado– entró en una vivienda vacía. Como de costumbre, Anna había desaparecido y no era posible encontrar a Terel ni a Nellie y además, ni indicios de la presencia del invitado. Nellie, que tenía el aspecto de una criada contratada para la ocasión, entró en la casa seguida por el señor Montgomery con los cuencos de judías verdes, en el mismo instante en que Terel descendía por la escalera, no con un vestido de noche, como le había dicho su padre, sino con uno común. El temperamento de Charles Grayson estalló.

– ¡Miren esto! – dijo por lo bajo– . ¡Miren el aspecto de ambas! Nellie, yo despediría a una criada que vistiese tan mal como tú. ¿ Y acaso estuviste tratando a nuestro invitado como una *criada de cocina?* – preguntó, señalando con la mano los cuencos de judías verdes.

Antes de que Nellie pudiese hablar el señor Montgomery se plantó frente al dueño de casa, casi como si deseara protegerla.

– La señorita Grayson aceptó acompañarme muy amablemente cuando con muy escasa educación yo llegué demasiado temprano para la cena.

Nellie contuvo la respiración, pues había un acento duro en la voz del señor Montgomery, casi como si estuviese desafiando a su anfitrión. *Nadie* hablaba en ese tono a Charles Grayson.

Antes de que su padre pudiese responder, y antes de que el señor Montgomery pudiese decir una palabra más, Terel descendió flotando la escalera, sus ojos iluminados ante la visión del apuesto caballero.

– ¿Qué está sucediendo aquí? – preguntó con su mejor voz, que implicaba "hay un buen mozo en la habitación", mientras se acercaba a Montgomery– . Por favor, perdónenos, señor – dijo la joven, inclinando coquetamente la cabeza y mirándolo entre las pestañas– . Generalmente no somos tan poco hospitalarios. – Sin apartar los ojos de la cara *del* visitante, continuó diciendo: – Qué vergüenza, Nellie, que no dijeses a nadie que el señor Montgomery había llegado. De haberlo sabido, me hubiera apresurado a dejar mis costuras para la obra de beneficencia, y venido a atender personalmente al visitante. Bien, como usted puede ver, no he tenido tiempo de vestirme propiamente. ¿Puedo llevarme esto?

Terel tomó los cuencos de manos del señor Montgomery y los pasó a Nellie.

– ¿Por qué no me dijiste que era joven y apuesto? – zumbó por lo bajo– . ¿Querías guardártelo para ti sola?

Pero no pudo contestarle porque casi en el mismo instante Terel tomó del brazo al señor Montgomery y comenzó a llevarlo hacia el comedor.

Nellie se volvió y fue a la cocina. Pensó: Aquí termina el galanteo, las palabras de este hombre apuesto, que me dijo que no intentaba

galantearme. Y aunque se decía que eso era lo que debía esperar, de pronto sintió muchísimo apetito, como nunca en el curso de su vida.

Sobre el reborde del armario estaba el postre que había preparado. Era una masa liviana y esponjosa rellena de jalea preparada en casa, y después enrollada sobre sí misma. Nellie ni siquiera pensó en lo que estaba haciendo. No se molestó en buscar un plato, ni un tenedor. En cierto momento el postre estaba allí y al siguiente ya se lo había comido.

Después permaneció de pie, mirando el plato vacío, en realidad profundamente asombrada.

Anna, por fin hallada por Charles, llegó corriendo a la cocina.

– Desean la cena, y ahora mismo. – La criada miró el plato vacío y la boca manchada de jalea de Nellie y comenzó a hacer una mueca.– ¿De nuevo se comió todo el postre?

Nellie desvió los ojos. *No* quería llorar.

– Vaya a la panadería – dijo, tratando de contener las lágrimas avergonzadas.

– Está cerrada – contestó Anna, y el acento de su voz decía que estaba gozando profundamente de su triunfo.

– Vaya por el fondo. Dígales que es urgente.

– ¿Cómo la última vez?

– Vaya, eso es todo – dijo Nellie, casi rogando. No quería que le recordaran las veces que había engullido el dulce destinado a la familia.

La vergüenza que ahora sentía por haber consumido el postre entero la obligó a mantener gacha la cabeza durante la cena. Con movimientos perezosos y gesto hosco, Anna sirvió la cena, mientras Charles y Terel mantenían una conversación fluida con el señor Montgomery.

Nellie no participó de la charla porque temía que llegase el momento en que se descubriría lo que había hecho. Su padre había pedido específicamente un arrollado de jalea para esa noche, y Nellie sabía que se enojaría cuando no lo tuviese y que él comprendería instantáneamente lo sucedido. Todo lo que él le había dicho a lo largo de los años, en relación con esa inclinación de Nellie, desfiló por su memoria. Durante la prolongada cena rogó que su padre no dijese nada en presencia del señor Montgomery.

De pronto, Anna trajo el postre comprado en la panadería. El señor Grayson y Terel guardaron silencio y Nellie inclinó todavía más la cabeza.

– Nellie, ¿sucedió otra vez? – preguntó Charles Grayson.

Ella asintió brevemente, y se produjo un silencio más prolongado.

– Anna – dijo Charles– , sirva la torta, pero creo que mi hija mayor ya comió suficiente.

– Nellie tiene cierto problema – dijo Terel al señor Montgomery en un murmullo teatral– . A menudo devora tortas y pasteles enteros. Cierta vez...

– Discúlpeme – dijo Nellie, arrojó la servilleta sobre la mesa y salió corriendo del comedor. No se detuvo antes de llegar al fresco jardín. Durante un rato permaneció allí de pie, tratando de calmar los acelerados latidos de su corazón y formulando en su fuero íntimo todas las promesas de costumbre. Juró que en el futuro intentaría controlarse, que intentaría adelgazar. Se propuso todas las cosas que había prometido a su padre durante las muchas conversaciones celebradas en el estudio del señor Grayson.

"*¿Por* qué tienes que ser una verdadera vergüenza tanto para mí como para tu hermana? – le había dicho, él cien veces– . ¿Por qué no puedes ser una persona de quien nos sintamos *orgullosos?* Tememos salir contigo. Tememos que sufras uno de tus ataques y comas media docena de pasteles frente a todos. Nosotros...

– Hola.

Nellie se sobresaltó al oír la voz.

– Oh, señor Montgomery. No lo vi. ¿Está buscando a Terel?

– No, la buscaba a usted. En realidad, su familia no sabe que estoy aquí. Les dije que tenía que retirarme. Salí por la puerta principal y entré por el fondo. Ella apenas podía soportar su visión a la luz de la luna. Era tan alto y apuesto, y ella nunca se había sentido tan sucia y excedida de peso en el curso de su vida.

– Fue una cena deliciosa – dijo él.

– Gracias – consiguió murmurar Nellie– . Ahora debo entrar. ¿Desea ver a Terel?

– No, no deseo ver a su hermana. ¡Espere! No se vaya. Por favor, Nellie, ¿no quiere sentarse un rato conmigo?

Ella lo miró cuando usó su nombre de pila.

– Está bien, señor Montgomery, me sentaré con usted.

Tomó asiento en la hamaca que habían compartido tan amistosamente un rato antes; pero Nellie no dijo una palabra.

– ¿Qué puede hacer uno en Chandler? –preguntó él.

– Hay reuniones sociales organizadas por la iglesia, visitas al parque, cabalgatas... no mucho. Es un pueblo pequeño y aburrido. Pero Terel conoce a todo el mundo y puede presentarlo.

– ¿Aceptaría acompañarme al Baile de la Cosecha, en casa de los Taggert, dentro de dos semanas? Ella lo miró con dureza.

– ¿A cuáles Taggert se refiere? – preguntó, tratando de ganar tiempo.

– A Kane y a su esposa Houston – dijo él, como si en el pueblo no hubiese otros Taggert.

Nellie permaneció sentada, parpadeando. Kane Taggert era uno de los hombres más ricos de Estados – Unidos y vivía en una casa grandiosa sobre una colina que dominaba el pueblo. Su bella esposa Houston ofrecía fiestas elegantes a sus amigos, y una vez al año organizaba un baile grandioso. El año precedente ella y Terel habían sido invitadas; su hermana asistió y ella permaneció en casa. Pero

había sucedido algo – ella no sabía muy bien qué– y este año no recibieron invitación, para horror de Terel.

– A Terel le encantaría ir – dijo Nellie– . Le agradaría mucho poder…

– Estoy invitándola a usted, no a su hermana. Nellie no sabía muy bien qué decir. Cuando ella tenía veinte años y era mucho más delgada que ahora, recibió unas pocas invitaciones de diferentes mozos, pero rara vez había podido aceptar. A los veinte años ya afrontaba la responsabilidad de atender a su padre ya una hermana de doce años, ya él no le agradaba que le sirviesen tarde la cena.

– Señor Montgomery, yo…

– Jace.

– ¿Cómo dice?

– Mi nombre es Jace.

– No puedo llamarlo por su nombre de pila, señor Montgomery. Acabo de conocerlo.

– Si acepta mi invitación al baile, me conocerá mejor.

– No es posible. Yo debo… – No pudo ofrecer una sola razón que justificara el rechazo, pero sabía que era una imposibilidad.

– Aceptaré el empleo que su padre me ofrece si viene conmigo. *Y* si me llama Jace.

Nellie sabía que su padre deseaba que ese hombre ocupara el cargo; que él necesitaba de alguien que lo ayudara a administrar su compañía de fletes; pero nada de todo eso tenía sentido. ¿Por qué él intentaba convencerla de que lo acompañase al baile?

– Yo… no sé, señor Montgomery. No sé si mi padre puede prescindir de mi ayuda. Y Terel necesita…

– Lo que esa joven dama necesita es…. – No terminó la frase.– No aceptaré el cargo si usted no viene al baile conmigo. Una noche, es todo lo que le pido.

Nellie se imaginó entrando en la gran residencia blanca de la colina del brazo de este caballero extraordinariamente apuesto y de pronto sintió un intensísimo deseo de ir. Aunque fuese una sola vez, salir una noche.

– Está bien – murmuró.

El le dirigió una sonrisa, e incluso en la oscuridad ella alcanzó a ver el hoyuelo en su mejilla. – Magnífico – dijo el señor Montgomery– . Me siento muy complacido. Aguardaré expectante que llegue el día. y póngase algo hermoso.

– No tengo nada que… – No terminó.– Yo también esperaré con ansia esa velada – murmuró.

El sonrió de nuevo, se metió las manos en los bolsillos, y silbando abandonó el jardín.

Nellie permaneció sentada allí un momento. Pensó: Qué hombre extraordinario. Qué hombre tan extraño.

Se recostó sobre el respaldo del asiento y aspiró la dulce fragancia de las flores. Iría al baile con un caballero. y no uno cualquiera, como

ese adiposo hijo del carnicero, el candidato que Terel siempre estaba sugiriendo, o el hijo del almacenero, que tenía diecisiete años y que a veces miraba con ojos muy grandes a Nellie, ni el viejo de sesenta años, que su padre le había presentado una vez. y tampoco…

– ¡Nellie! ¿Dónde estabas? – preguntó Terel, de pie frente a ella, en 1a oscuridad– . Estuvimos buscándote. Anna está demoliendo la cocina, y papá quiere que la vigiles. Y yo necesito que me desabroches el vestido. Nosotros sufrimos mientras tú estás sentada aquí, y sueñas. A veces, Nellie, creo que la única persona en el mundo que te importa eres tú misma.

– Sí, tienes razón. Discúlpame. Me ocuparé de Anna.

De mala gana se puso de pie, salió del jardín y regresó al mundo tan real que era la casa.

Horas más tarde ya había conseguido ordenar la cocina y escuchado otro de los sermones de su padre acerca de la gula que padecía; y al fin pudo acercarse a la habitación de Terel.

– Conseguí que Anna me desabrochara – dijo agriamente Terel, que se había puesto la bata y estaba sentada frente al espejo, y se cepillaba los cabellos. Nellie comenzó a recoger las ropas de la hermana. Estaba muy cansada, y ansiaba bañarse y acostarse.

– ¿No es divino? – preguntó Terel.

– ¿Quién?

– Por supuesto, el señor Montgomery. Oh, Nellie, ¿nunca prestas atención a lo que sucede?

– Sí, me pareció muy simpático.

– ¿Simpático? Es mucho más que eso. En mi vida he visto un hombre tan apuesto. Excepto quizás el doctor Westfield, y él ya está comprometido. Papá dice que cree que tiene cierta fortuna.

– Sí, creo que el doctor Westfield es un hombre acomodado – dijo fatigadamente Nellie.

– ¡No hablo del doctor Westfield! ¿Por qué no escuchas por lo menos una vez? Papá cree que el señor Montgomery tiene dinero. No puedo imaginar por qué contempla la posibilidad de emplearse con papá si es rico, a menos que…

– ¿A menos qué?

– Bien… detesto decirlo yo misma, ¿pero no viste cómo me miraba durante la cena?

Nellie, que estaba detrás de la puerta del guardarropa, se alegró de que Terel no pudiese verle la cara.

– No, creo que no lo vi, pero querida, seguramente estás acostumbrada a que los hombres te miren.

– Sí – dijo la joven en voz baja, mirando su propia imagen reflejada en el espejo. El señor Montgomery en efecto la miró, pero no como solían hacerlo otros. En realidad, había algo muy frío en el modo en que él la observara con esos ojos casi negros.

Terel se llevó la mano al cuello. Se dijo que conquistar a ese varón era un verdadero reto.

– Me agradaría saber cómo se llama – murmuró Terel.

– Jace – respondió su hermana, antes de pensar en lo que decía.

Terel la miró por el espejo. Nellie estaba de pie, de modo que sólo podía vérsele la cara por encima del pequeño biombo desplegado junto al lavabo. A la luz de la vela Nellie era bella. Tenía la piel impecable, largas pestañas, los labios llenos. Al mirar su propia imagen reflejada en el espejo, Terel comprendió que no era ni la mitad de bonita que ella. Comparada con Nellie, su cara era demasiado larga, su nariz muy afilada, y no tenía la piel tan suave, ni mucho menos. Terel abrió un cajón de su tocador y extrajo un bolsito de caramelos, se acercó a Nellie y la abrazó.

– Lamento que papá se haya mostrado tan brutal durante la cena. No necesitó explicar al señor Montgomery que te habías comido todo el postre. Tú no mirabas, pero hubieses visto la expresión de Montgomery.

Se apartó del abrazo de Terel.

– Nellie, lo siento. No quise ofenderte. Creí que podrías comprender el humor de la situación. Es divertido que una mujer pueda comerse sola un pastel entero.

– Para mí no es divertido – contestó.

– Está bien. Dejaré de reír si tú no sabes apreciar la broma. Realmente, Nellie, si a veces supieras reír tu vida sería mucho más fácil. ¿Adónde vas?

– A bañarme y acostarme.

– Estás enojada.

– No, no es así.

– Sí, lo estás. Lo adivino. Estás enojada *conmigo* por lo que dijo papá. Eso de ningún modo es justo. Yo jamás diría a un invitado que mi hermana puede devorar un pastel entero.

Nellie advirtió que de nuevo comenzaba a sentir apetito.

– Tengo un regalo para ti – dijo Terel, mostrándole un bolso de caramelos.

Nellie no quería la golosina, pero cuando pensaba en ese apuesto señor Montgomery, que conocía la verdad de la situación que ella afrontaba, experimentaba un espasmo de apetito.

– Gracias – murmuró Nellie; tomó los dulces y salió de la habitación; antes de llegar al cuarto de baño ya había consumido la mitad de los caramelos.

La Cocina

La bruma se cerró sobre la escena, y Pauline se volvió hacia Berni.

– ¿De modo que esa es mi tarea? – dijo Berni con aire reflexivo– . Creo que puedo resolverla. Qué extraordinario ese tipo Montgomery. Si

yo estuviese allí, lo desearía para mí misma. ¿Tiene dinero? Sería agradable que lo tuviese, porque podría comprarle algunas ropas a Terel. Ella podría lucir…

– Su tarea es Nellie…

– El alcanzaría a comprarle una mansión, o mejor todavía construirle una. El podría… ¿cómo?

– Su tarea es ayudar a Nellie.

Berni estaba demasiado desconcertada para hablar.

– ¿Qué ayuda necesita? Lo tiene todo. Tiene una familia que la ama y…

– ¿Su familia la ama *realmente?*

– Así debe ser. La soportan. Usted la vio comerse la torta. Repugnante. Yo no viviría con una persona así.

– ¿Aunque esa persona cocinara y limpiase para usted y le cuidase la ropa?

– Entiendo. Todo lo que me dice está destinado a lograr que compadezca a esa muchacha tan adiposa. Nadie le abrió la boca y la obligó a consumir tanto alimento. *Ella* comió esa torta, engulle caramelos a lo largo del día. Nadie se lo impone.

– Hum – dijo Pauline.

Berni abandonó la banqueta. Ahora estaba irritándose.

– Usted se parece a esos corazones compasivos de la Tierra, que siempre están hablando acerca de los desórdenes de la alimentación, y de que la gente no puede corregirse sola.

– ¿Cree que permanecí delgada toda mi vida porque lo Soy naturalmente? Me impuse *pasar hambre.* Subía a mi balanza todas las mañanas, y si tenía aunque fuese sólo doscientos gramos de más, ayunaba hasta el día siguiente. *Así* es como una persona evita el exceso de peso. ¡Con disciplina!

– No creo que Nellie sea tan fuerte. Algunas personas, Como usted, pueden seguir esa conducta a lo largo de toda la vida, pero las que son como Nellie necesitan ayuda.

– Tiene ayuda. Tiene una familia que la tolera. Y ahí está, una solterona adiposa, y sin embargo el padre la mantiene.

– Al parecer, a cambio de su trabajo recibe el valor de todo lo que gasta.

Berni miró a Pauline con hostilidad.

– Usted cree que conoce a esta gordita, pero no es cierto. Sé cómo son *realmente* las mujeres de su clase. Se las da de hija modelo, finge que se ocupa de su padre y de su hermana y se muestra tímida cuando un hombre apuesto la invita. Puede parecer un perfecto ángel, pero bajo toda la hojarasca hay un corazón colmado de odio. Lo sé bien.

– ¿Conoce tanto a Nellie? – preguntó amablemente Pauline.

– Conozco mujeres que son exactamente como ella. Mi hermana también tiene demasiado peso, y me *odiaba.* Detestaba el modo en que los muchachos me invitaban, que todos me miraran mientras jamás

nadie volvía los ojos hacia ella. Le digo que si usted pudiera conocer la verdadera naturaleza de esta Nellie, no hallaría una madrecita bondadosa. Vería un demonio.

– Es difícil creer eso.

– Sé de lo que hablo. Todas las muchachas demasiado gruesas que me miraban siempre querían parecérseme. Me aborrecían porque estaban celosas... así como Nellie lo está de esa hermosa Terel.

– ¿Usted está segura de que Nellie realmente odia a su hermana?

.

– Absolutamente. Si se le concediera la realización de sus *auténticos* deseos, probablemente a Terel se le desprenderían los brazos del cuerpo. Ella podría... – Berni se interrumpió.– ¿Qué debo hacer para ayudar a Nellie?

– Usted tiene que decidirlo. Ya le dije, nosotros suministramos la magia y usted la sabiduría. – Sabiduría – dijo Berni, sonriendo– . No sé quién elige estas tareas, pero esta vez se equivocaron de medio a medio. Nellie no necesita ayuda. Quien la necesita es Terel. Podría demostrarlo si lograse dar a Nellie lo que ella real y sinceramente desea.

– Puede hacerlo.

Berni reflexionó un momento.

– Está bien. Le propondré tres deseos. No tontos, por ejemplo "Quiero que se laven los platos", sino anhelos relacionados con lo que Nellie ansía sinceramente. No necesita expresar su deseo, sólo formularlo para sí misma. ¿Me entiende lo que quiero decir?

– Creo que sí. ¿Usted cree que lo que Nellie parece ansiar y lo que realmente desea son cosas distintas?

– ¿Distintas? ¿Usted bromea? La pequeña señorita Bondadosa querrá que ese hombre le pertenezca, y que Terel muera cuanto antes. Recuerde lo que le digo. Regresaré y Terel estará fregando pisos. y probablemente Nellie querrá que su padre no haya nacido.

– ¿Retornar? – preguntó Pauline– . ¿Quiere decir que le concederá los tres deseos y se alejará? ¿No se propone permanecer aquí para ver qué sucede?

– Me agrada esa Terel; me recuerda mi propia persona y no puedo soportar la visión de lo que le hará su hinchada hermana.

– ¿Está segura de que el corazón de Nellie desborda odio?

– *Muy* segura. Conozco a mis gorditas. Y ahora, ¿qué debo hacer para concederle los tres deseos? Pauline suspiró.

– Declararlo, y nada más.

– Muy bien, amiguita, se satisfarán tres deseos relacionados con lo que *efectivamente* quieres. Lo siento, Terel.

– Berni movió la mano en dirección de la pantalla.– y ahora – preguntó a Pauline– ¿cuáles son las restantes habitaciones de este rincón? ¿Qué me dice de la sala del Lujo?

Pauline volvió los ojos hacia la pantalla, suspiró, y después pasó

con Berni bajo el arco, en dirección al salón.

3

Chandler, Colorado
1896

Jace Montgomery desmontó de su caballo, entregó las riendas al jovencito que esperaba frente a la mansión de los Taggert y entró. El mayordomo ni siquiera se levantó de la silla y continuó leyendo su diario. Se limitó a mirar y a asentir en dirección a Jace.

– ¿En su oficina? – preguntó Jace.

El sabía que el sirviente no lo creía un huésped. En la opinión del mayordomo, había huéspedes y había parientes y Jace no era más que un familiar. Mientras Jace atravesaba la espaciosa residencia casi toda revestida de mármol, el lugar resonaba con el sonido de voces humanas, lo que le arrancó una sonrisa. La casa se parecía mucho a su propio hogar de Maine. La espaciosa y muy antigua morada de su padre, que se levantaba a pocos metros del océano, en Warbrooke, Maine, siempre estaba poblada por los ecos de las conversaciones de los parientes Montgomery y Taggert, y como trasfondo se oía constantemente música ejecutada por su madre y los amigos a quienes ella invitaba.

Después de la muerte de su esposa, Jace no podía soportar esa felicidad alrededor de su persona. No toleraba oír la risa de los niños o el espectáculo de las parejas en las que cada uno miraba con amor al otro. Un mes después de sepultar a Julie ya su hijito de tres días, ascendió a un tren y durante cuatro años estuvo viajando, sólo viajando, sin hacer otra cosa. Había conocido a pocas personas, pues no deseaba volver a interesarse en otro ser humano, encerrándose en si mismo.

Pero unos seis meses atrás comenzó a recuperarse, y pudo volver a pensar en otra cosa que no fuera su propio dolor. Viajó a California, visitó a los padres de su madre y pasó un tiempo con los viejos montañeses, que vivían en un rancho.

Mientras estaba de visita en casa del abuelo Jeff, su tía Ardis comenzó a escribirle ya incitarlo a que visitara a sus primos Taggert, en Colorado. Jace cedió al descubrir que su primo, Kane Taggert, y su esposa estarían en San Francisco. Abordó un tren que se dirigía al sur y se presentó. Comprobó que Kane era un hombre de actitud tan áspera y corazón tan generoso como los Taggert de Maine y pronto se hicieron amigos.

Jace también medio se enamoró de Houston, la bella esposa de Kane.

Los Taggert habían regresado a Colorado y Jace volvió al norte y pasó unas semanas más con sus abuelos; después inició el trayecto a Colorado.

Había realizado su viaje sin prisa y en una estación remota conoció a Charles Grayson, durante una noche insomne; Jace estaba

mirando por la ventanilla y vio a un par de bandidos que intentaban despojar a un hombre. Descendió del tren en segundos y un par de puñetazos bien aplicados dispersó fácilmente a los delincuentes.

Charles se mostró muy agradecido y de regreso al tren comenzó a decirle que necesitaba que un hombre como Jace trabajase para él. Este no se molestó en señalar que no necesitaba empleo, ni lo deseaba; se limitó a escuchar a Charles, que hablaba de sus propias cosas y de su bella hija. Cuando Jace descubrió que su interlocutor vivía en Chandler, decidió visitar a la familia Grayson y así aceptó la invitación a cenar . Cuando llegó, de pronto sintió mucha añoranza y, consciente de que Charles estaba en su oficina, fue a la casa de Grayson una hora antes de la cena. Deseaba ver a esa hija que el padre describía como un modelo de gracia y belleza.

Diez minutos después de conocer a Nellie estuvo de acuerdo en todo lo que Charles podía decir de ella. Era una joven bondadosa, cálida y divertida, y por primera vez en cuatro años él pudo hablar de la muerte de su esposa. Había sido tan agradable sentarse con ella en el jardín y desgranar las judías verdes. No era una coqueta, a diferencia de lo que sucedía con muchas mujeres. En cambio, se sonrojaba como una escolar, y su bello rostro logró que Jace se sintiera mejor que lo que había estado en muchos años.

Con incredulidad y no poco horror oyó los reniegos de Grayson contra Nellie cuando regresaban a la casa. Durante un momento, Jace estuvo tan asombrado que no pudo reaccionar. Charles había dedicado todo el tiempo en el tren para hablar de su hermosa hija, y sin embargo ahora se comportaba como si estuviese avergonzado de ella.

Todavía confundido, Jace soportó una larga y aburrida cena, durante la cual Nellie no dijo una palabra, pero su hermana no cesó de hablar un momento. Necesitó cierto tiempo para advertir que cuando Charles ponderaba a su hija se refería a la más joven. Hasta donde alcanzaban sus recuerdos, nunca había mencionado siquiera que tenía dos.

Hacia el fin de la comida, Jace comenzó a entender lo que sucedía. Parecía que tanto Charles como la menor consideraban que Nellie era *muy gruesa.* Jace la miró, y en efecto, su cuerpo era un poco más relleno que el de otras mujeres, pero no parecía más rollizo de lo que él podría afrontar .

Miró a la hermana más joven, la que supuestamente era tan talentosa y bella, y todo lo que pudo oír fue la palabra *yo.* Terel parecía interesada únicamente en sí misma y suponía que ese era también el principal interés de los demás.

La comida pareció prolongarse interminablemente y Jace no veía el momento de separarse de Charles y su vanidosa hija. Se retiró apenas pudo y atravesó la puerta del fondo. Había supuesto, sin equivocarse, que Nellie estaría en su jardín. Estar allí solo con ella era tan agradable como él lo recordaba de la ocasión precedente. Antes de

pensar lo que estaba diciendo, se había comprometido a trabajar para Charles – un hombre que ahora le merecía una opinión mucho menos valiosa– si Nellie aceptaba acompañarlo al Baile de la Cosecha.

Se rió ahora, mientras entraba en el estudio de Kane. Pensaba obtener de Nellie bastante más que un par de danzas.

Kane estaba inclinado sobre su amplio escritorio con su amigo y socio Edan Nylund, un hombre casi tan corpulento como el dueño de casa, pero tan rubio como éste era moreno. Jugando en el piso, revolcándose como cachorros y haciendo tanto ruido como varias máquinas de vapor, había tres niños cuyas edades oscilaban entre uno y tres años. Dos eran morenos y uno rubio, de modo que Jace supuso que dos pertenecían a Kane y uno a Edan; pero no pudo distinguir su sexo.

– Hola – gritó Jace, para imponerse al estrépito provocado por los niños.

Kane lo miró.

– ¿Qué lo trae por aquí?

– Vine a buscar a su esposa para huir con ella. Hizo un gesto de saludo a Edan.

– Magnífico – dijo Kane– . Asegúrese de que también se lleve a esos condenados niños. ¡Silencio, todos ustedes! – aulló, pero las criaturas no le hicieron caso.

Un momento después los tres párvulos se acallaron y Jace miró hacia la puerta. Ahí estaba Houston, tan bella y serena como él la recordaba.

– Niños – dijo ella– , dejen en paz a sus padres. Vayan a buscar al tío Ian.

Obedientes, los chicos salieron de la habitación; el mayor llevaba de la mano al más pequeño.

– Ahora – dijo ella, sonriendo– ¿en qué podemos servirlo, Jocelyn?

Jace se estremeció, y detrás Kane emitió un rezongo. Sólo su madre lo llamaba por su verdadero nombre, y en el curso de su vida había arrancado sangre a varias narices cuando otras personas lo hacían. Pero Houston se dirigía a él como Jocelyn desde el día que lo conoció, y cuando estaban solos a él no le importaba.

– A decir verdad, es sólo una visita – dijo, pero Houston lo miró atentamente. El tenía varios años más que ella, pero a veces lograba que se sintiera un niño. Se aclaró la voz.

Detrás, Kane se echó a reír.

– Bien puede decirle la verdad. Si Houston dice que usted vino aquí con cierto motivo, entonces es probable que sea cierto.

Jace sonrió.

– De acuerdo, estoy en falta. Houston, ¿puedo verla a solas? – Miró a Kane.– Tengo que hacerle una propuesta.

– Ella recibe de mí propuestas suficientes para llenar esta casa de niños – dijo Kane, con algo más que un poco de orgullo en su voz.

Houston se comportó como si no hiciera caso de las palabras de su marido, pero había un leve sonrojo en su rostro.

– Venga conmigo – dijo, y guió a Jace a una salita elegante y discreta.

– ¿Cómo le fue en su visita a Chandler? – preguntó ella después que ambos estuvieron sentados– . ¿Conoció a alguien interesante?

Jace se echó a reír.

– Ojalá que no sea tan evidente para todos.

– Cuando lo conocimos en San Francisco usted estaba tan mal que incluso su piel tenía una coloración grisácea. Ahora, en sus ojos hay cierta chispa, y si no me equivoco parece que está en algo.

– Así es – dijo él, con una sonrisa lenta y perezosa– . Me propongo cortejar a una mujer.

Houston tragó saliva. Su matrimonio era feliz, pero ella aún no estaba muerta.

– Estoy segura de que podrá conquistar a la mujer que usted elija.

– Es mi intención, pero quizá necesite su ayuda. Jace se puso de pie y se acercó a la ventana.– ¿Qué sabe de la familia Grayson?

– No mucho. El es viudo. Con dos hijas. Viven en Chandler desde hace pocos años, y no he tenido tanto tiempo como antes para dar la bienvenida a los nuevos pobladores. Dos niños en cuatro años me mantuvieron muy atareada.

– Sí, me lo imagino. – Miró a Houston.– ¿Las invitó a su Baile de la Cosecha ?

– Kane – Houston vaciló– , Kane me pidió que no las invitase.

– ¿No me dirán que *ustedes* no simpatizan con Nellie?

– ¿Nellie? Es encantadora. La persona más generosa del mundo, y siempre está dispuesta a ayudar a quienes lo necesitan; pero el año pasado dos jóvenes se liaron a puñetazos en el jardín, luchando por el favor de la hija menor. Kane dijo... bien, dijo algunas cosas desagradables acerca del carácter de ella, de manera que este año no enviamos una invitación a la familia Grayson. De todos modos, me temo que algún joven la traerá. – Ella lo miró atentamente.– Usted no será uno de sus pretendientes, ¿verdad?

Jace sonrió.

– Quien me interesa es Nellie.

Houston lo miró largamente. No había alternado mucho con Nellie, pero siempre había creído que los hombres eran tontos si no veían más allá de sus formas regordetas, que se dejaban seducir por esa vanidosa y frívola Terel, pero nadie invitaba a la mayor ni siquiera a una festividad en la iglesia. Y sin embargo, aquí estaba el primo de Kane, ese hombre tan apuesto, diciendo que Nellie le interesaba. Su opinión de Jace, que ya era elevada, ascendió varios puntos.

– Enviaré inmediatamente una invitación a Nellie. ¿Puedo hacer algo más?

– No sé mucho de esas cosas, pero no creo que tenga un vestido apropiado para la fiesta. ¿ Usted podría...?

– Por supuesto – dijo Houston, y su opinión de Jace mejoró todavía más– . ¿No cree que Nellie tendría un maravilloso aspecto con un vestido plateado? ¿Plateado con adorno de perlas?

– Creo que parecería espléndida sea cual fuere el vestido. – Tomó la mano de Houston y la besó.– Usted es una auténtica dama, ¿sabe?

No comprendió por qué Houston reía tan estrepitosamente, pero le alegró haberla complacido.

Nellie estaba inquieta. Durante los dos días posteriores a la visita del señor Montgomery, ella había tratado de compensar a su familia por su falta de haberlos avergonzado, preparando algunas comidas magníficas – de las que ella misma consumió muy poco– y se había consagrado con redoblada energía a la limpieza. Ella y Anna retiraron las cortinas de la sala del frente, y las llevaron al jardín del fondo, dedicando horas a golpearlas para quitarles el polvo. Peor las noches se sentía muy fatigada, pero aun así permanecía levantada hasta tarde, bordando las solapas de una chaqueta que le estaba confeccionando a Terel para Navidad.

Abrigaba la esperanza de que si era bastante buena, su familia la perdonaría porque se había comportado como una tonta, y además frente a un huésped. Realmente, deseaba que su padre y su hermana se sintiesen orgullosos de ella.

Ahora, estaba manchada de harina hasta los codos, mientras amasaba una torta de manzanas para la cena. Ya había preparado un costillar al horno con su correspondiente cubierta de papel. Todo estaba listo con destino a la cena de la noche.

Se encontraba tan concentrada en el pastel que le sobresaltó cuando alguien llamó desde el fondo de la cocina. La puerta estaba abierta, pues a causa del fuego que ardía en el horno todo el ambiente se encontraba muy caldeado.

– Llamé a la puerta principal, pero nadie atendió – dijo Jace, sonriendo y ofreciéndole un gran ramo de rosas otoñales.

– Discúlpeme – dijo Nellie, dejando sobre la mesa la masa, y limpiándose parte de la harina que le cubría los brazos– . Anna debería estar limpiando la sala, pero imagino que... – Se interrumpió, y recordó los sermones de su padre acerca de la inconveniencia de relatar a extraños asuntos íntimos de la familia. Miró las flores y sonrió.– Supongo que vino a ver a Terel, pero me temo que no está. Ella...

– Vine a verla a usted.

– Sin que lo invitara, entró en la cocina excesivamente caldeada.

– Para usted – dijo, ofreciendo las rosas.

Nellie quedó como transfigurada y miró parpadeando al visitante. No tomó las flores.

Jace se acercó a la mesa, tomó del cuenco una rodaja de manzana y la comió.

– ¿No le agradan las rosas? Pensé que la complacerían, pero si no

es así *le* traeré otra flor. ¿Qué suelen regalarle otros pretendientes?

Nellie se sintió tentada de mirar hacia atrás, para ver si en la cocina había otra persona a quien él estaba hablando.

– Me agradan las rosas – murmuró– y no tengo... amigos varones.

– Magnífico – dijo él, y *le* sonrió cálidamente. Nellie no podía moverse y se limitó a permanecer de pie, mirándolo, mientras él se sentaba sobre el borde de la mesa, y seguía comiendo rodajas de manzana.

– ¿Desea ponerlas en agua?

– ¿Qué?

– Las rosas – dijo él, sonriendo otra vez.

– Oh, oh, sí. – Nellie reaccionó un poco y tomó en sus manos el ramo. La casa de los Grayson tenía varios vasos para las muchas flores que enviaban a Terel, pero Nellie nunca había recibido ni siquiera una margarita. Con movimientos lentos arregló las flores y se tomó su tiempo para aclarar las ideas. Una vez que recobró la calma, se volvió hacia él.

– Gracias por las flores, señor Montgomery, pero me temo que Terel tardará varias horas en regresar. Ella...

– Deseo que usted salga a pasear conmigo.

– ¿Pasear? ¿Quiere decir acompañarlo hasta donde está Terel? Estoy segura de que...

– *No* deseo ver a su hermanita – dijo él con voz severa– . Nellie, vine a verla a usted y no a otra persona. Quiero que usted salga a pasear conmigo.

Nellie retrocedió unos pasos.

– No puedo aceptar. Tengo mucho que hacer. Debo terminar mi pastel y poner el asado en el horno. Tengo que vestirme para la cena, y...

– Una hora – dijo él– es todo el tiempo que le pido.

– No es posible. – Nellie retrocedió todavía más.

No le agradaba el modo en que él la miraba. Se sentía muy incómoda.

– Tengo muchísimo que hacer.

– Entonces, treinta minutos. Treinta minutos de su tiempo consagrados a un forastero solitario que visita el pueblo. Venga conmigo hasta el centro, y preséntememe a la gente.

– No conozco mucha gente – se apresuró a decir Nellie– .Y tengo que terminar mi torta. Realmente, no podría...

– ¿Es una torta de manzanas?

– Sí. Para la cena. A mi padre le encanta. El...

– ¿Cómo puede preparar una torta de manzanas sin manzanas ?

Ella lo miró, y después desvió los ojos hacia el cuenco, que un momento antes estaba lleno de rodajas de esa fruta.

– ¡Señor Montgomery! – dijo, con la voz de una maestra de escuela– , ¡usted se comió toda la torta!

– Eso es fácil para cualquiera – dijo él con voz serena,

observándola.

Nellie comprendió al instante que él se refería al episodio en que ella se había engullido todo el postre destinado a la cena de esa noche. Se le enrojeció el rostro al recordar su propia vergüenza, pero después miró al señor Montgomery. Los ojos de él parpadeaban, y en su mejilla se dibujó el hoyuelo. Se estaba *burlando* de Nellie.

La vergüenza se disipó y Nellie le sonrió, con esa sonrisa cálida que la transformaba en una auténtica belleza.

– Sí, *a mí* me parece muy fácil – dijo riendo– . Y ahora, ¿qué serviré en la cena? No tenemos más manzanas.

Los ojos del visitante bailoteaban risueños.

– Supongo que tendrá que ir a la tienda y comprar más.

– Eso parece.

– Tal vez yo debería acompañarla, porque puede ser peligroso.

– Sí, quizás usted debería venir conmigo. Las calles de Chandler pueden ser sumamente arriesgadas. Caramba, el año pasado dos muchachos chocaron con sus bicicletas.

– ¡No! ¡Qué horrible! ¿ Y si vuelve a suceder lo mismo? Sí, es evidente, usted necesita un acompañante.

– Me inclino a pensar lo mismo – dijo Nellie en voz baja.

Parte de su mente le decía que debía negarse, que debía permanecer en casa para terminar la preparación de la comida. Tenía que despedir al visitante que se mostraba excesivamente atrevido, y después debía continuar con su trabajo. Estaba segura de que no era propio que él se metiese en la cocina como lo había hecho. Pero, por otra parte, algo la incitaba a seguir el juego. Sería muy agradable caminar con el apuesto Jace y saludar a la gente. Quizá, sólo durante esa tarde, ella podía fingir que era como las restantes jóvenes y que un buen mozo había venido a visitarla.

Se quitó el delantal y lo colgó de un gancho, junto a la puerta. Probablemente tendría que subir al piso alto a buscar un sombrero, y quizá debía mirarse en el espejo; pero temía que si lo dejaba solo él desapareciera. No tenía la confianza en sí misma que caracterizaba a Terel y que llevaba a su hermana a saber que si tenía esperando a un hombre varias horas, allí estaría cuando ella regresara.

Se volvió hacia Jace y sonrió.

– Estoy pronta – dijo.

El retribuyó la sonrisa. Le había agradado mucho que ella no dedicase una hora entera a acicalarse frente a un espejo antes de salir de la casa. De acuerdo con su experiencia, las mujeres tan hermosas como Nellie dedicaban exceso de tiempo y de atención al adorno de su propia persona.

Dio un paso al costado de modo que ella atravesara primero la puerta y admiró el gentil meneo de las caderas de la joven. Un mechón de cabellos caía desordenado sobre el cuello de Nellie y él sintió el impulso de recogerlo y besar la delicada piel.

– Lo siento, no escuché lo que dijo – afirmó Jace cuando advirtió

que Nellie estaba hablando. Había abierto la puerta del jardín para ella, y ahora estaban, en la calle.

– Olvidé mi canasto. – Nellie se volvió hacia la casa.

El no pudo soportar la idea de perderla de vista y temió que si ella regresaba a la casa jamás volvería a salir.

– Yo llevaré todos su paquetes.

– Ahora, no pudo resistir la tentación. Extendió la mano y tomó entre los dedos el pequeño mechón de cabellos, y con las yemas rozó su cuello. Tenía la piel tan fina y tibia como él había imaginado.

Nellie se sobresaltó cuando él la tocó y se sintió avergonzada. ¿ Tenía los cabellos tan desordenados? Por supuesto, así era. Después de desempolvar, carpir, cocinar y lavar, sin duda su aspecto era terrible.

– Es necesario que... – empezó, y dio un rápido paso hacia atrás.

Cayó de lleno sobre la señorita Emily, una mujer mayor alta y delgada, de apariencia muy pulcra, que dirigía su propio Salón de Té. Los paquetes de la dama estaban ahora dispersos sobre el pavimento.

– Lo siento muchísimo – dijo, irritada consigo misma porque al parecer nunca podía hacer nada bien. Se agachó y comenzó a recoger paquetes.

La señorita Emily permaneció de pie y miró a los dos jóvenes que estaban levantando sus cosas. Podía haber permitido que la tienda le entregase las compras a domicilio, pero sabía que cuando una mujer de su edad atravesaba el pueblo llevando envoltorios, siempre sucedían cosas muy interesantes.

– Bien, Nel1ie – dijo la señorita Emily cuando los dos jóvenes volvieron a enderezarse.

El sostenía los paquetes y sonreía a Nellie como si hubiera sido el gato que acababa de comerse la crema– . ¿No me presentarás a tu festejante?

– El señor Montgomery no es... quiero decir, no somos... – balbuceó Nellie, sonrojándose.

Jace sonrió, y al ver esa expresión la señorita Emily parpadeó.

Era un joven de aspecto espléndido.

– Quizá todavía no lo soy, pero me propongo llegar a serlo – dijo con voz tranquila– . Soy Jace Montgomery.

– Emily – contestó ella– o señorita Emily, si lo prefiere. – Dirigió una mirada penetrante y astuta a Jace.– Debo decir, joven, que parece muy complacido con usted mismo.

– Lo estoy. – Miró a Nellie, cuyo rostro todavía estaba ruborizado.– ¿Qué hombre no se siente satisfecho cuando acompaña a tan hermosa mujer?

Nellie de nuevo sintió el impulso de mirar hacia atrás, para ver a quién se refería su acompañante, pero advirtió que él la observaba sonriente.

– Bien, bien, bien – dijo la señorita Emily– . Al fin hay en este pueblo un hombre que demuestra un poco de buen sentido. Nellie es

una joven *excelente,* de veras excelente, y usted hará muy bien si no la deja escapar.

Jace tomó la mano de Nellie y apoyó en el suyo el brazo de la joven.

– Creo que eso haré – dijo sonriendo a la señorita Emily.

– Vengan a mi tienda a beber una taza de té – les propuso.

– Lo siento, pero debo volver a casa y…

– Iremos – dijo Jace, mientras la señorita Emily recibía sus bultos y comenzaba a caminar.

El tomó la dirección contraria, aferrando con firmeza el brazo de Nellie.

– Señor Montgomery – comenzó Nellie– , de veras, deje de decir cosas así.

– ¿Decir cosas como qué?

– Que yo… soy hermosa y que usted es mi festejante. Provocará en la gente una impresión equivocada acerca de nosotros.

Nunca había pasado por la mente de Jace la idea de que Nellie no *sabia* que era hermosa. En su experiencia, las mujeres bonitas a menudo se quejaban de su falta de atractivos, y Jace sabía que cuando hablaban de ese modo era porque deseaban que las elogiasen. Aún no estaba dispuesto a ofrecer cumplidos extravagantes a Nellie. Deseaba que sus manos acariciaran el cuerpo de la joven cuando él le dijese qué bella era.

– ¿ y cuál sería la impresión apropiada acerca de nosotros dos?

– Que usted trabaja para mi padre, y que, como yo soy su anfitriona, creo que debería…

Ella misma se preguntó:

¿Debería qué? Jamás había salido a pasear con otro cualquiera de los empleados de su padre.

– Debería presentarme a los residentes de Chandler

– Jace terminó por ella la frase.

– Que es la razón por la cual creo que tendremos que ir al local de la señorita Emily.

Se detuvo bruscamente y la miró. Su cara tenía una expresión seria, como si por su mente hubiese cruzado un pensamiento terrible.

– Nellie, no le desagrado, ¿verdad? Quizá no desea que la vean conmigo. Quizá yo no… bien… No le parezco atractivo.

Nellie solamente podía mirarlo; no atinó a decir nada. ¿Si le parecía desagradable? ¿Poco atractivo? Era el hombre más apuesto que había visto en su vida. Bondadoso, reflexivo, cálido y espiritual, y encantador.

– Usted me agrada – murmuró.

– Magnífico.

Aferró con más fuerza el brazo de la joven y reanudó la marcha.

– Ahora, háblame de este pueblo.

Nellie trató de aflojarse un poco, pero era difícil. No comprendía a Jace, porque él era distinto de todos los jóvenes que ella había conocido en el curso de su vida. La mayoría de ellos la miraban de arriba abajo y después la ignoraban. Algunos habían mostrado cierto interés por su persona, pero generalmente a causa de su capacidad en la cocina y sus habilidades domésticas. Cuatro años atrás un viudo con cinco hijos había pedido a su padre la mano de Nellie. Ella se hubiese casado con él– ansiaba tener hijos– pero Charles y Terel se mostraron tan conmovidos que rechazó al candidato. El padre y la hermana dijeron que ese hombre solamente quería usarla para cuidar de los niños, que nada sentía por ella, y que debía esperar la aparición del hombre "apropiado". Nellie no era tan tonta como para suponer que el candidato la amaba, y sabía que, a los veinticuatro años, ya no tenía muchas posibilidades de encontrar marido; pero en definitiva, cedió ante los deseos de su padre y Terel, y rechazó la propuesta del viudo.

Después, había comido tanto que engrosó diez kilogramos. Su padre no dijo una palabra acerca del aumento de peso, pero Nellie a menudo sentía la mirada de su progenitor clavada en ella. Parecía deseosa de decepcionarlo de todos los modos posibles. Representaba para él una carga, una hija soltera, e incluso cuando al fin encontraba un candidato, este era completamente inapropiado.

Cierto día Terel llevó a casa la noticia de que el hombre que había pedido la mano de Nellie se casó con otra mujer y compró la residencia grande y antigua de los Farnon, a orillas del río. Terel suavizó la noticia con el regalo de una caja de dos kilogramos de chocolate dulce, y Nellie se lo comió en una tarde.

– ¿Y qué es esa casa? – preguntó Jace.

Descendían por la avenida Lead, en dirección al centro de Chandler, y ella comenzó a mostrarle tiendas y diferentes empresas. Dejaron atrás el Bote Denver, la Ferretería de Farrell, la sastrería *del* señor Bagly y la Droguería Freyery después de doblar hacia la izquierda, entraron en la Calle Tercera y continuaron caminando.

Al cabo de un rato Nellie comenzó a dominar su nerviosismo, pues Jace era una compañía agradable. Parecía interesado en todo, deseaba saber sobre ciertos edificios antiguos, quién era el dueño de qué cosa, y cuáles eran las propiedades ofrecidas en venta.

– Se diría que usted está contemplando la posibilidad de vivir permanentemente aquí.

– Quizá – dijo él, mirándola de un modo que indujo a Nellie a desviar los ojos.

En Coal, frente a los Salones de Arte Sayles, Johnny Bowen y Bob Jenkins vieron a Nellie y se acercaron caminando deprisa.

– ¿Terel está contigo?

– ¿Está en casa?

– ¿Puedo verla más tarde?

– ¿Qué servirás en la cena? – preguntó Bob, sonriendo.

Nellie sintió que retornaba a la tierra. La última hora, regodeándose en el calor de las miradas de Jace, había olvidado completamente a su bella y joven hermana.

– Ella... – empezó a decir Nellie.

– Si nos disculpan – dijo Jace con sequedad, mirando fijamente a los jóvenes– , *Nellie* y yo tenemos un compromiso previo.

Los jóvenes se asombraron tanto que durante un momento no supieron qué decir.

– ¿Usted es el nuevo empleado que trabaja para el padre de Terel?

– Sí, para el señor Grayson – dijo Jace con expresión intencionada.

Bob sonrió.

– Oh, comprendo, la hija del patrón. Nellie... Jace soltó el brazo de Nellie y caminó hacia los jóvenes. Era mayor y más corpulento, y tenía mucha más confianza en sí mismo.

– Señor, dudo – dijo– que usted posea la inteligencia necesaria para comprender nada. Ahora, le aconsejo que se marche deprisa, y no vuelva a confundir a la señorita Grayson con la secretaria social de su hermana.

Los jóvenes volvieron los ojos de Jace a Nellie y de nuevo a Jace. Johnny, que estaba un poco rezagado, contempló a Nellie como si la viese por primera vez en su vida. No como la hermana mayor y más adiposa que Terel, que discretamente servía té con bollos , prolongadas y magníficas cenas, sino como una mujer. Nunca había advertido que tenía una cara tan bonita. Y aunque era demasiado corpulenta para su gusto, en efecto su cuerpo estaba bien formado.

Johnny tocó el brazo de Bob.

– Lamentamos haberlo molestado, señor. Buenos días, Nellie.

Se llevó la mano al sombrero y ambos se volvieron, pero Johnny miró a Nellie por encima del hombro.

– Mocosos insolentes – murmuró Jace, apretando la mano de la joven y curvando bajo su brazo los dedos de ella.

Pensó: Este pueblo parece estar completamente poblado de locos. ¿ Todos los hombres eran ciegos o sólo estúpidos? No podía entender el interés de *uno* solo en esa egoísta Terel de rostro abotagado y cuerpo flacucho, cuando Nellie estaba cerca.

En la esquina de la Calle Segunda y Coal vieron el Salón de Té de la Señorita Emily.

– Tengo apetito, ¿y usted? – preguntó Jace. Nellie continuaba impresionada por el encuentro con los admiradores de Terel. El señor Montgomery se había comportado como si estuviera dispuesto a golpearlos, y además dijo que Nellie no era la "secretaria social" de Terel.

– No – contestó sinceramente– , no tengo nada de apetito.

Se sentía demasiado bien, demasiado feliz para sentir hambre. No tenía conciencia del hecho, pero caminaba con los hombros erguidos, y en su cara había una luminosidad que no existía una hora antes.

– ¿Se opone a que yo coma?

Ella lo miró. En ese momento le habría permitido *todo.*

– Es claro que no – dijo con voz suave.

Cuando entraron en el salón de té, Nellie sintió que su ánimo se deprimía, pues allí estaban tres de las hermosas y esbeltas amigas de Terel. Todas vestían prendas exquisitas y chaquetas tan ajustadas como envolturas de salchichas, que moldeaban sus figuras perfectas y espigadas. Se hubiera dicho que las angostas cinturas podían quebrarse de un momento a otro.

– Creo que debería regresar a casa – murmuró Nellie, muy consciente de que tenía puesto un viejo vestido de entrecasa y los cabellos en desorden; y sobre todo, muy consciente de su propia corpulencia. No deseaba imaginar cómo reaccionaría el señor Montgomery cuando viese a esas hermosas criaturas.

Una de las jóvenes levantó los ojos, vio a Nellie, esbozó una minúscula sonrisa de saludo – después de todo, había cenado muchas veces en casa de Nellie– y luego miró a sus acompañantes. Pero un instante después se volvió y examinó a Jace. Durante un segundo la joven perdió el dominio de sí misma y abrió la boca. Nellie desvió los ojos mientras Jace la llevaba hasta una mesa. Ella ocupó una silla y miró por la ventana. No deseaba ver la expresión en la cara de Jace cuando descubriese a las bonitas jóvenes.

– ¡Nellie, qué alegría verte!

Con un movimiento lento, ella apartó los ojos de la ventana para mirar a las muchachas que estaban de pie frente a la mesa. Parecían un ramillete de flores con sus vestidos adornados de encaje, las aplicaciones de piel en las chaquetas, aros, los atrevidos sombreritos aplicados a sus bien formadas cabezas.

Nellie sabía lo que ellas querían: que les presentara a Jace. Respiró hondo. Era mejor terminar de una vez.

– ¿Puedo presentarlas? – preguntó con voz suave.

Lo hizo, pero tampoco ahora pudo soportar la idea de mirar a Jace para comprobar cómo las veía él. Una de las jóvenes se quitó los guantes y Nellie pudo ver con cuánta elegancia movía sus pequeñas manos.

Apenas oía la conversación de Jace con las muchachas, en realidad no escuchaba. Había sido una tarde maravillosa, sostenida por el brazo de él, e imaginando que le pertenecía.

– ¿Nos disculparán? – oyó la voz de Jace– . Nellie y yo tenemos apetito.

Nellie rogó al cielo que se abriese el piso y se la tragara. La gente de su corpulencia fingía que nunca comía.

– Oh – dijo una de las jóvenes, mirando con curiosidad a Nellie.

– Señor Montgomery, ¿usted es la persona que según dijo Terel trabajará para su padre?

Nellie al fin consiguió echar una ojeada a Jace, y en lugar de la expresión transida que había previsto, percibió irritación.

– He aceptado trabajar para el *padre de Nellie* dijo enfáticamente– sólo con la condición de que su hija mayor salga a pasear conmigo.

Nellie no sabía quién estaba más asombrada, si ella misma o las tres jóvenes. Casi simultáneamente se volvieron para mirarla, y sus expresiones decían claramente que no entendían por qué un hombre como Jace podía querer a una mujer como Nellie.

Regresaron en silencio a su mesa e instantáneamente las bonitas cabezas se unieron y mientras se miraban unas a otras y después a Nellie, volvían a susurrar.

Nellie observó a Jace, de nuevo sin habla a causa del asombro.

– Es el pueblo más extraño que he conocido jamás – dijo Jace, en parte irritado y en parte asombrado– . Uno diría que nadie jamás vio a un hombre y una mujer paseando juntos. ¿Colorado es tan distinto de Maine?

Ella empezó a decirle que la diferencia no estaba en los territorios sino en las mujeres. Lo que parecía extraño a la gente era que él deseara ser visto con Nellie. Pero algo la indujo a callar. Si él no sabía que ella era una solterona indeseable y arrugada, no se lo revelaría, por cierto. Pero muy pronto lo descubriría. Por lo tanto, ¿para qué terminar el episodio antes de lo necesario?

– Quizá Colorado es distinto de Maine – dijo Nellie– . Háblеme de esa ciudad y sus embarcaciones. – De buena gana – dijo él, sonriendo, pues extrañaba el mar.

4

Después de un té bien servido, del cual Nellie consumió muy poco, salieron a la calle.

– Debo ir a casa – dijo, aunque en realidad no era ése su deseo. En ese momento hubiera querido no regresar nunca.

– Se la vería bonita con ese vestido – dijo Jace, mientras examinaba la vidriera de la tienda contigua, llamada La Famosa, la más importante y cara de Chandler.

Nellie nunca dispensaba mucho tiempo a su atuendo. Estaba excesivamente atareada cuidando de la casa y la cocina, y si le sobraba algo de tiempo, ayudaba en las tareas de beneficencia del reverendo señor Thomas. Ahora, al ver los hermosos vestidos expuestos, en efecto sintió deseos de lucir algo bonito.

– ¿Qué le parece si entramos? – dijo Jace.

– No – contestó ella, retrayéndose. No podía soportar el trato de esas esbeltas y astutas vendedoras y la idea de comprar un vestido provocó en ella temor

de echar a perder el día– . No, debo volver a casa. Mi padre querrá...

Jace extrajo su ancho reloj de oro y lo miró.

– Bien, bien. Nos hemos ausentado sólo diez minutos. Todavía disponemos de mucho tiempo.

– Diez... – empezó a decir Nellie, y después se echó a reír– . Está bien, señor Montgomery, parece que disponemos de cincuenta minutos más. ¿Adónde vamos?

El pasó la mano bajo el brazo de Nellie.

– No importa adónde, estando con usted me siento feliz.

Nellie se sonrojó, pero también ella sintió un cálido placer que le recorría el cuerpo.

– El Parque Fenton no está lejos – mintió, sabiendo que se encontraba a casi un kilómetro de distancia. Ya se preocuparía después del asado inconcluso y la torta de manzanas.

Caminaron lentamente y con cada paso Nellie aflojaba más los músculos. Jace se mostraba muy cortés con ella y no la abandonaba, como ésta temía que podía hacer.

Al final de la Calle Segunda, Nellie se detuvo. El Parque Fenton estaba enfrente, pero entre ellos y el parque había un muro de piedra de un metro veinte centímetros y después una profunda zanja.

– Mi intención era bajar por la Calle Primera – murmuró Nellie, que se sintió un poco tonta– . Tendremos que regresar.

– ¿Qué es un pequeño muro? Si yo la alzo, usted puede pasar al otro lado.

Nellie sintió ganas de reír. ¿También creía posible levantar casas? ¿O caballos de tiro?

– ¿No es muy digno? – preguntó él, mirándola a la cara.

Ella bien podía dar la respuesta apropiada.

– Señor Montgomery, tres hombres no podría elevarme sobre ese muro.

Estaba en el suelo y de pronto él cerró las manos alrededor de la cintura de Nellie, que se sintió alzada Jace era muy fuerte, gracias a muchos años de levar anclas y desplegar velas y Nellie no le resultaba excesivamente pesada.

Cuando estuvo sobre la pared, Nellie se echó, reír.

Pensó:

¡Qué día, qué día realmente increíble! No lo había pasado inclinada sobre un horno caliente colgando ropa; estaba paseando con un hombre maravilloso que la trataba como si ella fuese una mujer hermosa.

Permaneció de pie sobre el reborde superior del muro y comenzó a avanzar, los brazos abiertos para mantener el equilibrio. Su niñez terminó el día que cumplió doce años, el mismo cuando su madre había fallecido. Durante dieciséis años sin travesuras ni horas ociosas en su vida.

Jace retrocedió un paso, y la observó mientras ella caminaba allí arriba.

Parecía que Nellie rejuvenecía y se sentía más feliz a medida que pasaban los minutos.

El dio un salto y un instante después estaba sobre el muro con ella y cuando le ofreció la mano, Nellie la aceptó.

– Si caemos, lo haremos juntos – dijo Jace, a quien agradaba la idea de ir a parar a la zanja con Nellie– . Por aquí.

Sosteniendo la mano de Jace, lo siguió en dirección al sur en busca del Lago de Medianoche. Sopló una fuerte ráfaga y ella casi cayó, pero Jace la sostuvo en sus brazos acercándola a su cuerpo. Nellie nunca fue abrazada por un hombre y sintió que el corazón le latía con fuerza.

Con un rápido movimiento Jace retiró los alfileres de los cabellos de Nellie y los arrojó lejos. Su larga cabellera descendió sobre sus hombros.

– Hermosos – murmuró él y acercó su mejilla a la de ella.

Nellie temió que su cuerpo se paralizara.

El se retiró un poco manteniendo la cara a algunos centímetros del rostro de la joven.

– La besaría, pero creo que tenemos público. Nellie miró a través de la zanja en dirección al parque y vio media docena de parejas jóvenes jugando al croquet, sólo que ahora habían interrumpido el juego para mirar a Nellie ya Jace, que estaban sobre el reborde superior del muro.

– Sáqueme de aquí antes de que muera de vergüenza – murmuró ella.

– Su deseo es una orden para mí.

Durante una fracción de segundo Nellie pensó: qué diría su padre cuando se enterase de este episodio; pero apartó la idea de su mente.

El *ahora* era todo lo que importaba.

Jace descendió primero y después alzó los brazos para ayudarla a bajar pero ella dudó un momento de que él pudiera sostenerla, aunque comenzaba a confiar en su fuerza. Jace la sostuvo fácilmente y durante un momento la apretó contra su cuerpo.

– La gente está mirando – dijo ella, y al mismo tiempo lo apartó, sonrojándose y riendo. Jace la tomó de la mano y comenzó a correr con ella descendiendo por un lado de la zanja y ascendiendo por el otro; después ambos atravesaron los árboles que estaban al este del lago y así continuaron hasta llegar al límite del parque. Jace se detuvo, Nellie a su lado, su corazón latiendo con fuerza a causa del ejercicio, y ambos miraron hacia la campiña y las montañas. A lo lejos corría un tren, y los dos alcanzaron a oír el lejano silbato.

Jace pensó:

Estoy enamorándome de esta joven, que me mira como si yo fuese un gigante. Ella lo observaba a través de sus espesas pestañas, y el sintió que era capaz de acometer las hazañas más grandes. Julie solía mirarlo de ese modo. y mientras estuvieron casados, en efecto pudo afrontarlo todo. En cambio, después de su muerte no había sido capaz de hacer nada.

Pero ahora, a medida que pasaban los minutos en compañía de Nellie, se sentía cada vez más vivo. Ella estaba tratando de arreglarse los cabellos pero no tenía alfileres ni un cordel.

– Déjelos así – dijo Jace, mirándola y deseando tocarla; pero aún era demasiado pronto. El sabía que con Nellie necesitaba avanzar paso a paso. Y estaba dispuesto a demostrar toda la cautela que fuese necesaria.

– Está bien – dijo Nellie en voz baja, y se llevó las manos a la cintura.

Ambos ascendieron una pequeña colina y después la obligó a sentarse a su lado, y cuando ella lo hizo Jace se volvió y descansó la cabeza en el regazo de la joven. Durante un momento Nellie se sintió demasiado emocionada para reaccionar.

– Señor Montgomery – consiguió murmurar finalmente– , no creo que…

Dejó inconclusa la frase. No sabía muy bien por qué, pero en la semipenumbra del atardecer parecía propio que este hombre maravilloso apoyase la cabeza en su regazo. Toda la tarde había tenido un carácter mágico, y esto era sencillamente parte de la magia. Al día siguiente retornaría a la cocina y la limpieza de la casa, pero hoy deseaba participar del hechizo.

El cerró los ojos y ella tímidamente aplicó las yemas de los dedos sobre la sien, para rozar el suave vello que allí había. Jace no abrió los ojos y se limitó a sonreír un poco, apenas lo necesario para destacar el hoyuelo en la mejilla. Nellie pasó un dedo sobre ese hoyuelo.

– ¿Lo heredó de su padre o de su madre? – preguntó Nellie. Mientras durase este momento ella podía fingir que era como todas las

restantes jóvenes, y que ese hombre le pertenecía.

– De la familia de mi padre – dijo él, sin abrir los ojos– . De tanto en tanto los Montgomery tienen hoyuelos, ya veces las muchachas son pelirrojas.

– ¿Y la familia de su madre? ¿Cómo es?

Jace sonrió mientras la mano de Nellie le acariciaba suavemente los cabellos.

– Talentosos. Todos los Worth desbordan talento. Mi madre canta, su hermana pinta, mi abuelo canta, *mi* abuela y su padre pintan.

– ¿Y usted, qué hace?

Nellie se mostraba más audaz a medida que pasaba el tiempo y que él mantenía los ojos cerrados. Cuando Terel era pequeña ella solía acunarla y mimarla, pero cuando la niña creció quiso ser independiente y no permitió que su hermana la protegiese. Ahora Nellie comenzaba a recordar qué grato es tocar a otro ser humano. Pasó los dedos por los cabellos de Jace y los sintió rizarse a medida que los acariciaba. Le tocó las cejas, y el mentón y el bigote que comenzaba a crecer bajo la superficie de la piel.

– Un poco de las dos cosas – dijo Jace, con voz ronca. Para él era difícil permanecer inmóvil sobre la falda de Nellie, y difícil abstenerse de abrazarla. Todavía no, Montgomery, se dijo, todavía no.

– Mi madre trató de enseñarme a cantar, pero nunca fui disciplinado. Prefería navegar. Mi abuela me enseñó algo de dibujo y pude usar esa habilidad para diseñar unas pocas embarcaciones con destino a la compañía de mi padre; pero en general, hacía lo que estaba al alcance de mi mano.

Nellie sospechó que se mostraba modesto. Del mismo modo que había intuido su soledad la primera vez que lo vio, ahora sabía que no estaba diciéndole toda la verdad.

– Sin duda su padre le pagaba un sueldo, pese al hecho de que es un haragán.

El abrió bruscamente los ojos.

– Me gané la vida. A decir verdad, diseñé un yate que venció a todos los restantes en la costa del Este. Ninguno de mis hermanos pudo bosquejar un bote de remos y en casa tengo algunas medallas que... – Se interrumpió, sonrió y volvió a acomodar la cabeza sobre el regazo de Nellie– . Usted lo consiguió, Nellie – dijo, sonriendo. Ella lo había inducido a comportarse como un escolar vanidoso. Le tomó la mano y le besó la palma.– Ahora, háblele de usted.

– No hay nada que decir – dijo ella con sinceridad– . No tengo talentos ni cualidades.

Excepto la capacidad para comer, se dijo ella misma. Un día había engullido tres tortas enteras.

– ¿Música?

– No.

– ¿Arte?

– No.

– ¿Sabe cocinar?

– También saben cocinar muchas mujeres.

El abrió los ojos y la miró inquieto.

– No me dice la verdad. Seguramente hay algo que le agrada más que cualquier otra cosa en el mundo.

– Amo a mi familia – contestó virtuosamente, pero cuando él insistió en mirarla con el ceño fruncido, Nellie suspiró– . Los niños. A veces he pensado que me agradaría tener una docena de hijos.

– A mí me encantaría ayudarla – dijo solemnemente Jace.

Nellie pensó un momento antes de entender lo que él quería decir, y después se sonrojó vivamente y dio un golpecito sobre el hombro de Jace.

– Señor Montgomery, ¡usted es perverso!

Ella miró con picardía y frunció el ceño.

– Nellie, usted consigue que me sienta malvado. . La joven rió. El sol estaba poniéndose y comenzaba a oscurecer. Ella no sabía cómo era posible, pero él parecía incluso más apuesto en esa penumbra.

– Escuche – dijo Jace.

Había una iglesia en el extremo norte del parque y en la quietud alcanzaron a oír un villancico.

– El coro está practicando – murmuró Nellie– . Se preparan para los servicios de la Nochebuena.

– Navidad – dijo Jace en voz baja– . La última Navidad ni siquiera recuerdo dónde estuve, pero sé que me emborraché y permanecí así dos días.

– ¿A causa de su esposa?

Jace se incorporó y miró a Nellie, contempló su hermosa cara y apoyó la mano sobre la mejilla de la joven y le tocó los cabellos. Recorrió con la mirada ese cuerpo femenino, el busto grande, la cintura sobre las caderas y allí donde le hubiese agradado apoyar las manos. Se preguntó si los muslos de Nellie eran tan blancos como la piel del cuello.

De pronto, recordó que no había estado con una mujer desde la muerte de Julie. Durante los cuatro años de su vagabundeo ninguna mujer lo había atraído. Cuando miraba a las mujeres veía únicamente a Julie y todas parecían poca cosa comparadas con ella. Pero ahora, al ver a Nellie, la deseaba tanto que sentía que le temblaban las manos.

– Vamos a escuchar la música – dijo finalmente. Tenía que salir con ella de esa silenciosa soledad del parque, pues si no lo hacía no estaba seguro de controlarse.

Nellie no tenía idea de lo que le estaba sucediendo a Jace, pero sabía que ella no quería salir del parque. Ningún hombre la había mirado como él acababa de hacerlo y aunque eso la atemorizaba, también la excitaba. Estaba segura de que el episodio del día era único y que mañana no habría más paseos con un hombre apuesto; por eso mismo hoy debía aprovechar todo lo posible.

– Nellie, no me mire de ese modo. Soy nada más que humano y un hombre puede soportar hasta cierto límite.

Ella vaciló.

Jace se apoyó mejor en sus talones y gimió. El lamento provocó una sonrisa de Nellie. No sabía muy bien lo que estaba sucediendo, pero la expresión de Jace consiguió que ella se sintiese poderosa... y bella.

– Está bien, vamos a escuchar los villancicos. Ella ayudó a incorporarse, y pareció que sus manos recorrían casi al mismo tiempo todo su cuerpo. Ella sintió que el corazón le saltaba a la garganta; la sangre le latía en las sienes.

– Vamos – dijo Jace, tomándola de la mano y obligándola a caminar.

La iglesia, pequeña y bonita, se destacaba contra el cielo oscuro. Las puertas dobles estaban abiertas y la luz dorada de los faroles se derramaba en el frío aire nocturno. Jace pasó el brazo alrededor de la cintura de Nellie y ella se estremeció; la condujo al interior de la iglesia y permanecieron al fondo observando y escuchando mientras el jefe del grupo ensayaba un villancico tras otro con el coro mixto. Algunos de los cantantes sonrieron a Nellie y miraron intrigados a Jace, que permanecía en actitud protectora cerca de la joven.

Ella se apoyó sobre la pared; jamás se había sentido tan bien en su vida. Su vestido rozaba el traje de Jace y al amparo de la falda él enlazó sus dedos con los de Nellie y los presionó. Escucharon un rato la hermosa música, felices de estar uno junto al otro, las manos entrelazadas, limitándose a escuchar.

Pero cuando el director del coro ordenó a los cantantes que pasaran de los villancicos a los himnos, Nellie sintió la súbita rigidez del cuerpo de Jace.

– ¿Qué sucede? – murmuró.

– Tenemos que irnos – dijo él con voz premiosa.

Por instinto ella supo que de ningún modo debía permitir que salieran de la iglesia. Cerró con más fuerza su mano sobre la de Jace, y dijo, como si hablara con un niño desobediente: – Tenemos que quedarnos aquí.

El no se movió, permaneció en el mismo lugar y Nellie trató de adivinar qué le sucedía.

El coro comenzó a entonar "Gracia Esplendente", y con las primeras notas ella sintió que la mano de Jace empezaba a temblar.

El canto apenas había empezado cuando Jace se desprendió de la mano de Nellie y avanzó hacia el centro del corredor que dividía las dos filas de asientos. Ella lo observaba mientras él cerraba los ojos y comenzaba a entonar el himno. Tenía una hermosa voz le tenor y la perfección de sus tonos demostraba que a había educado durante años. Uno por uno los miembros del coro cesaron de modular y escucharon.

Jace no oía las palabras que él mismo cantaba; as sentía.

La última vez que había entonado esa canción fue en el funeral de Julie, permaneciendo de pie junto a la tumba, los ojos secos, la cabeza descubierta en el intenso frío de Maine en febrero sin sentir nada, ni 'río ni su profundo dolor. Imaginaba a su bonita esposa en el ataúd, el minúsculo hijo encerrado en sus brazos, y no experimentaba nada.

Había cantado el himno y mientras otros lloraban él no derramó una sola lágrima. Después, durante cuatro años había viajado de un lugar a otro, desprovisto de emoción, comía y dormía, pero no sentía nada. Durante cuatro años no rió ni lloró, y ni siquiera se había irritado.

Ahora, mientras entonaba las antiguas y dolidas palabras del himno, recordó a Julie, su risa, y mientras se debatía para dar a luz a su hijo.

Era hora de despedirse de la mujer a quien había amado tanto. Finalmente, después de mucho tiempo, las lágrimas brotaron de sus ojos. Pensó: adiós, mi Julie. Adiós.

Cuando Jace cesó de cantar, en la iglesia reinaba m silencio profundo. Nadie respiraba siquiera, y no había ojos secos. Con emoción contenida por la interpretación de Jace, todos estaban conmovidos. Finalmente, alguien se sonó la nariz y se rompió el encanto.

– Señor – dijo el director del coro– , desearíamos que usted cante en nuestro conjunto. Quisiéramos...

Nellie se acercó caminando deprisa.

– Más tarde hablaremos de eso dijo con acento decidido, y medio obligó a Jace a salir.

Afuera, él se apoyó en el muro de la iglesia y Nellie extrajo del bolsillo de él un pañuelo (el de Nellie estaba sucio) y se lo entregó.

Jace se sonó ruidosamente la nariz, y sonrió débilmente a Nellie.

– No es muy propio de un hombre comportarse así frente a su muchacha, ¿verdad? – murmuró.

Estas palabras agitaron el corazón de Nellie, pero consiguió controlarse.

– ¿Fue por su esposa?

El asintió.

– Canté eso en su funeral.

– ¿ Usted la amaba mucho?

El estaba recuperándose y comprendió que por primera vez desde su muerte los rasgos de Julie no se le aparecían tan claros como antes en el recuerdo. Miró a Nellie y vio su rostro en lugar del de Julie.

– La amaba – dijo, subrayando el tiempo pasado– . Sí, la amaba. – Apoyó una mano sobre la mejilla de Nellie.– Señorita Grayson, ¿puedo acompañarla a su casa?

– ¿A mi casa? – preguntó ella, como si nunca hubiese oído antes esa palabra. y de pronto, como cuando el agua apaga el fuego, retornó a la realidad.

– ¿Qué hora es? Oh, no me lo diga. Mi padre estará furioso. No

podrán cenar. Oh, no, ¿qué hice? – Algo por usted misma, para variar – dijo Jace, pero Nellie ya corría en dirección al oeste, hacia su casa.

El corrió detrás.

Mientras Nellie y Jace estaban en el parque, Terel entraba en la clínica del doctor Westfield. Estaba elegantemente ataviada con un vestido cereza oscuro, la chaqueta ajustada cubierta de bordados negros, que formaban un complicado entretejido.

En el consultorio encontró sólo a Mary Alice Pendergast, una joven de nariz fina unos años mayor que ella. A juicio de Terel, era una solterona igual a Nellie, y por lo tanto no representaba una competencia que mereciese mucha atención. La saludó y se sentó.

– Me parece que el doctor Westfield es mucho más competente que una médica, ¿no le parece? – dijo Mary Alice, refiriéndose a la clínica para mujeres dirigida por la esposa del doctor Westfield.

– En efecto – convino Terel– . Yo no confiaría en una mujer, sobre todo si se trata de algo tan grave como mis palpitaciones cardíacas.

– Hum – dijo Mary Alice, en un gesto de asentimiento– . Y el doctor Westfield es tan apuesto, ¿no le parece?

– Eso nada tiene que ver con el asunto – replicó Terel con aspereza.

A su juicio, el médico era el hombre más apuesto que ella había visto nunca, es decir hasta la llegada del señor Montgomery al pueblo. A decir verdad, era difícil elegir entre ambos.

Después de la visita del señor Montgomery, Terel había realizado algunas averiguaciones. Al parecer, tenía cierta fortuna; ella no sabía muy bien cuánto, pero sus informantes le dijeron reservadamente que no era pobre; pariente de ese vulgar Kane Taggert, bastante acaudalado por cierto.

Durante un tiempo Terel se preguntó por qué el señor Montgomery había aceptado el empleo de su padre, y no trabajaba para su opulento primo. Pero cuando recordó el modo en que ella mirara durante la cena, comprendió la situación. Sin duda, ocupó el cargo ofrecido para estar cerca de la joven. Terel estaba acostumbrada a que los hombres la contemplasen, pero el señor Montgomery la había observado de otro modo, una forma tan distinta que ella a veces sentía que se sonrojaba al recordar ese momento.

Por supuesto, es el primer *hombre* que reparó en ella, todos los demás no eran más que jóvenes.

Terel había pasado el día con su modista. Creía que ampliar el guardarropa no perjudicaba cuando uno iniciaba una nueva campaña. Y su nueva campaña consistía en la persecución de cierto señor Montgomery, un individuo agradablemente acomodado, si no rico, apuesto, y que a juzgar por las apariencias estaba loco por ella. Por supuesto, sus relaciones con los adinerados Taggert facilitaban las cosas. Se convertiría en prima política de ellos y ya nunca podrían volver a negarle la entrada en esa gran residencia que ocupaban.

Quizá después de que ella fuera la esposa del señor Montgomery alcanzarían a vivir en la misma casa con los Taggert. En todo caso, la residencia era bastante espaciosa.

Sí, pensó Terel, acomodándose mejor en la silla. Todo saldría muy bien si ella se casaba con el señor Montgomery.

Se abrió bruscamente la puerta y entraron tres de sus mejores amigas.

– Estás aquí, Terel– dijo Charlene, sin hacer caso de Mary Alice– . Estuvimos buscándote por todas partes.

– ¿Quién es ese hombre divino que está con Nellie? – preguntó Mae.

– ¿Con Nellie? Ella está en casa.

Las muchachas se miraron. No era frecuente que supiesen cosas ignoradas por Terel. Formaron un círculo con las sillas de madera y se reunieron a su alrededor, sin dejar de advertir que Mary Alice escuchaba muy atentamente.

– Invitó a Nellie a beber una taza de té – dijo Louisa.

– Que tenía un repulsivo vestido viejo, con las mangas demasiado pequeñas. La moda de hace cuatro años, por lo menos.

– Y manchas de harina en la falda.

– ¿Con *quién* estaba ella? – preguntó Terel.

– Alto, muy alto, cabellos y ojos oscuros, buen mozo…

– *Muy* buen mozo.

– Espaldas anchas y…

– ¿Cómo *se llama?* – volvió a interrogar, ya encolerizándose, porque intuía de quién se trataba.

– Montgomery. Nellie dijo que trabajará para tu padre.

– Ninguno de los empleados del mío tiene *ese aspecto* – dijo Louisa llevándose la mano al pecho.

Terel endureció el cuerpo.

– En efecto trabaja para mi padre y Nellie sólo estaba mostrándole algunos lugares de Chandler. Ella…

– ¿Era lo que hacían cuando se abrazaron encaramados sobre el muro del parque?

Mary Alice contuvo una exclamación y se inclinó hacia adelante para oír mejor.

– No puedo creer… – comenzó a decir Terel. – ¡Por lo menos los vio una docena de personas! – dijo Mae– . Todo el pueblo habla del asunto. El señor Montgomery alzó a Nellie sobre el muro y…

– ¿Alzó a *Nellie?* – preguntó Mary Alice.

– Sí – dijo Charlene la levantó sobre el muro después trepó con ella y frente a todos él… él…

– La abrazó – dijo soñadoramente Mae.

– ¡Y le quitó los alfileres de los cabellos! Ahí estaban abrazándose a la vista de todo el pueblo y él le soltó los cabellos y oímos decir que casi *la besó.* ¡Frente a todos!

Estaban sentadas mirando a Terel y esperando su respuesta.

– No les creo – dijo ella.

– Puedes preguntarlo a quien quieras – agregó Louisa– . Y no solamente subieron al paredón de acuerdo con Johnny Bowen y Bob Jenkinst el señor Montgomery casi los atacó en la calle. Y lo único que ellos hicieron fue preguntar a Nellie por tí.

– ¿Por mí? – murmuró Terel. Johnny y Bob eran dos de sus pretendientes favoritos jovencitos que la adoraban no le pedían nada y siempre estaban dispuestos a satisfacer sus deseos.

– Johnny dijo que el señor Montgomery declaró que Nellie no era tu secretaria social. – Mae se volvió hacia Louisa.– Es así, ¿verdad? Es lo que dijo, ¿no?

– Sí – contestó la joven.

El señor Montgomery les expresó que Nellie no debía responder preguntas acerca de tu persona, y Johnny sostuvo que parecía bastante prendado de Nellie.

– En el salón de té – dijo Mae– , la miraba como si estuviera... bien... enamorado de ella.

– ¿De *Nellie?* – preguntó Mary Alice– . ¿De Nellie Grayson?

Terel había oído más de lo que deseaba escuchar. Se puso de pie.

– El señor Montgomery es muy amable, y profesa mucha simpatía por las mujeres como Nellie. Mi pobre hermana tiene muy escasa vida social y él se compadeció, de modo que salió con ella a pasear un poco.

– Quisiera que él se compadeciese de *mí* – dijo Mae, pero calló cuando Terel le dirigió una mirada de fuego.

Terel manipuló sus guantes de cabritilla cereza. – Me disculpo si los actos del señor Montgomery fueron mal interpretados, y apreciaría que ustedes cesaran de difundir rumores que no tienen bases reales.

Pasó entre las jóvenes, e intencionadamente pisó el encaje del vestido de Mae.

– ¿Qué pasa con sus palpitaciones cardíacas? – le dijo Mary Alice.

– Su corazón está muy bien; es su carácter el que necesita cuidados – profirió Charlene, y las cuatro se echaron a reír.

Terel estaba muy enojada cuando inició el camino de regreso a su casa. ¡Nellie se atrevía a hacerle eso! Como si no tuviese problemas suficientes, con tantas mujeres solteras en Chandler, ahora su propia hermana la traicionaba, ¡y de un modo realmente insoportable!

Caminó deprisa por la avenida Coal y en cada calle alguien la detenía para preguntarle por Nellie. – ¿Quién era ese caballero maravilloso que la acompañaba?

– Parece que Nellie llegará antes que tú al altar – dijo riendo el señor Mankin.

– Oí decir que irán juntos al Baile de la Cosecha – le comentó la señora Applegate– . ¿Crees que tú serás invitada después de lo que sucedió el último año? – Nunca me percaté de lo bonita que es Nellie hasta que la vi hoy – dijo Leora Vaugh– . Creo que la invitaré a mi propia fiesta.

– Terel– dijo Sarah Cokley– , debes traer a Nellie la próxima vez que organicemos una fiesta en la iglesia. – Se echó a reír.– Este pueblo no permitirá que continúes ocultando a Nellie.

Cuando Terel llegó a la santidad de su casa, le hervía la sangre. Estaba dispuesta a despedazar a Nellie. ¿Cómo se atrevía a actuar así? ¿Cómo se animaba a atraer la atención sobre su propia persona, y de ese modo?

Terel fue primero a la cocina y después al jardín, pero Nellie no estaba por allí. Tampoco le encontró en otras habitaciones de la casa. Necesitó unos minutos para comprender que seguía acompañada del señor Montgomery.

Se sentó pesadamente en un taburete de la sala. Nellie *siempre* estaba en casa y desde que ella era una niña pequeña, su hermana la esperaba. Recordaba los días que regresaba de la escuela y Nellie en la cocina, planchando; tenía entonces sólo catorce años, de modo que debía encaramarse sobre una caja para alcanzar la tabla de planchar; y entonces descendía y le preparaba la leche con bollos.

Terel depositó su bolsito sobre la mesa y observó con desagrado que la superficie estaba cubierta de polvo. Con movimientos lentos se puso de pie y volvió a la cocina. Generalmente el lugar estaba ordenado y limpio, pero ahora la ancha mesa lucía cubierta de harina y en un costado había un trozo de masa seca y agrietada; la puerta abierta, las moscas zumbando aquí y allá y el fuego apagado.

En las restantes habitaciones de la planta baja todo estaba cubierto de polvo.

Si Nellie no apremiaba constantemente a esa perezosa Anna, la muchacha no hacía nada. Y ahora que su hermana se había ausentado durante la mayor parte del día, Anna probablemente estaba durmiendo en uno de los cuartos. En el piso alto, las habitaciones ofrecían un espectáculo igualmente lamentable. El cuarto de baño no estaba limpio y la espuma llena de pelos de su padre se había secado en el lavabo. En el dormitorio de Terel las ropas estaban dispersas aquí y allá. Esa mañana se había visto en dificultades para decidir qué usaría y todas las prendas que en definitiva desechó estaban diseminadas en los diferentes muebles. Sobre la cama el vestido de tafetán rosado cuya reparación Terel había pedido explícitamente a Nellie; pero la falda continuaba rota en la cintura.

Fue a la habitación de su padre y no tenía mucho mejor aspecto. Las ropas de la víspera estaban en el suelo, y seis pares de zapatos esperaban que Nellie los lustrase; pero los seis continuaban con polvo.

Terel descendió por el corredor. La habitación de Nellie estaba como siempre pulcra y limpia, el Único lugar ordenado en esa caótica casa.

Con aire reflexivo, Terel descendió al salón. Por lo que decían los habitantes del pueblo, lo que estaba sucediendo entre Nellie y el señor Montgomery era grave. Grave y permanente. Grave hasta el extremo de impulsar a Nellie a abandonar la casa.

Terel inspeccionó la sala cubierta de polvo y pensó en los cuartos del piso alto. Si Nellie se casaba y se iba, ¿quién se ocuparía de la cocina y la limpieza? Sabía que no sería su progenitor. Aunque su hermana tendía a ver al padre de ellas a través de lentes color de rosa, Terel lo conocía bien. Era el hombre más tacaño que jamás hubiese existido. Ella suponía que su empresa de fletes producía bastante dinero, pero Charles Grayson no estaba dispuesto a gastar más de lo indispensable. Por eso vivían en una casa muy vulgar, con una sola criada, muy mediocre pero barata. Charles no estaba dispuesto a gastar su precioso dinero en elevar el nivel de vida de ellos.

Terel había aprendido a manejarlo y cuando quería tener ropas nuevas iba a una tienda y las cargaba a la cuenta de la familia. El orgullo de su padre le impedía negarse a pagar las facturas.

Pero Nellie nada sabía de él. Lo único que charles necesitaba hacer era decir que no podía pagar más criados, y Nellie redoblaba sus esfuerzos para afrontar la situación.

Terel pensó: Entonces, ¿qué sucedería si Nellie se marchaba? , ¿si se iba y los dejaba solos? Sabía que Charles le haría imposible la vida, sin duda le exigiría que dedicara sus días a cocinar y vigilar a la perezosa Anna, para obligarla a hacer algo. Si Terel conseguía esquivar esas tareas, lo lograría solo a costa de una sucesión de batallas equivalentes a una guerra. Su padre podía ser un hombre agradable, quizá frío, pero un individuo de buen comportamiento si se atendían sus necesidades fundamentales y no se lo obligaba a gastar demasiado dinero. Pero podía ser un tirano en cuestiones sencillas, por ejemplo el retraso en servir la cena. Terel no podía imaginar cómo se manifestaría el carácter de su progenitor si ella se veía obligada a prepararle la cena. A decir verdad, Terel no sabía absolutamente nada de cocina.

– Nellie no puede irse de esta casa antes que yo – murmuró. De ningún modo permitiría que su hermana se casara y la dejase sola, para atender al padre. Apretó con fuerza los labios. y de todos modos, Nellie no podía casarse con una persona como el señor Montgomery. Lo que había sucedido hoy no era nada más que un ejemplo de lo que resultaría si su adiposa y aburrida hermana atrapaba a un hombre como ése. Casi podía oír la voz de Charlene. "Tu marido es simpático, pero de ningún modo tan rico o apuesto como el esposo de Nellie. ¿Quién habría pensado que Nellie atraparía al hombre más atractivo de la temporada, y eso usando vestidos tan feos? Terel, tal vez deberías aprender a cocinar ."

No, pensó, no podría soportar el ridículo, estaba decidida a lograr que no hubiese motivos para ello.

A las seis apareció su padre en la puerta principal de la casa, exactamente lo que Terel había previsto; la joven sonrió, porque Nellie aún no había retornado. Extrajo su pañuelo, gimió unas pocas veces, y se acercó corriendo a su padre.

– Oh, papá – lloriqueó, arrojándole los brazos al cuello– , cuánto me alegro de que hayas regresado. Estoy muy, pero muy asustada.

Con un gesto de desagrado, Charles separó de su cuello los brazos de Terel. No le interesaban las manifestaciones físicas de afecto.

– ¿Qué te asustó?

Terel se llevó el pañuelo a la cara.

– Nellie no está en casa.

– ¿Nellie no está en casa? – preguntó el padre con el mismo tono que hubiera podido usar para decir: "¿Se ha interrumpido el movimiento de la Tierra?"¿Dónde está?

– Debo decírtelo. Oh, papá, ojalá que nuestro buen nombre pueda superar el escándalo.

– ¿Escándalo? ¿Qué pasa? – Medio la empujó hacia la sala polvorienta.– Bien, dímelo todo. No ocultes ningún detalle.

Mientras fingía sollozar, Terel le dijo todo lo que sabía y algo más.

– ¡Estaban abrazándose sobre el muro! y todo el pueblo los vio. No me sorprendería que la gente anule sus contratos contigo después de este episodio. A Nellie nada le importa de nosotros. Sólo se ocupa de sí misma. No preparó la cena y el piso alto está completamente desordenado.

Charles la miró asombrado y después salió de la habitación para subir. Pasaron unos minutos antes de que volviese. A pesar del dramatismo de Terel, Charles comprendía muy bien el problema. No le inquietaba la posibilidad de que el comportamiento escandaloso de Nellie le acarrease la pérdida de un negocio, pues si eso hubiese sido posible, la conducta de Terel habría perjudicado a su compañía varios años antes. En cambio, le incomodaban los zapatos sin lustrar. Dos años atrás, cuando Nellie quiso casarse, él la había persuadido de que no diese ese paso. Sabía lo que su vida sería sin su hija mayor. Si ella se marchaba, él tendría que lidiar solo con la pereza de Terel, con su negativa a hacer nada que no la beneficiase directamente.

Cuando Charles conoció a Jace Montgomery, sabía de quién se trataba. Un año antes alguien le había dicho que era el hijo del propietario de la empresa de navegación Warbrooke. Charles trató de obtener una carta de presentación para él, pero Jace había salido de la ciudad antes de que pudiesen verse.

Un año después Charles agradeció a su buena estrella, que repentinamente determinó su aparición, cuando acudió a salvarlo de un grupo de rufianes.

Charles había comenzado a trazar planes inmediatamente. ¡Era una presa valiosa si conseguía convertirlo en su yerno! Jace vincularía a la familia Grayson con la compañía Warbrooke. Imaginaba una gran firma terrestre y marítima llamada Grayson– Warbrooke. Así, había comenzado a hablarle de su bella hija, y después de varias horas de conversación logró convencer a Jace de que aceptara la invitación a cenar. Después, todo se echó a perder. Como de costumbre, Terel no escuchó a Charles cuando éste le explicó qué importante era Montgomery, y por eso mismo había dejado al visitante en manos de Nellie. Sólo el cielo sabía por qué ésta interesaba a Montgomery. Pero

así fue la situación desde el principio.

Puede conseguir a Terel, pensó Charles, pero no a Nellie. O por lo menos, no antes de que Terel se case y se marche. Charles no quedaría solo, en compañía de su malcriada hija menor.

– ¡Qué tonto! – murmuró Charles. ¿Qué demonios veía en Nellie? Era, comparada con Terel, un viejo caballo de arado frente a un potrillo de pura sangre.

– Volvió a la sala.

– Enviaré a varios hombres que la busquen – dijo a Terel– . No creo que nuestra familia pueda Soportar este escándalo. Le prohibiré que vuelva a ver a Montgomery. – Dirigió una mirada penetrante a Terel. Quizá tú puedas ocuparte de presentarlo a la sociedad de Chandler.

– Haré todo lo posible – dijo Terel solemnemente– . Papá, tú sabes que siempre estoy dispuesta a ayudarte.

5

Nellie comió constantemente durante tres días. Al parecer, no podía detenerse. Horneó tres pasteles y consumió uno. En la panadería compró cuatro tortas y engulló una ella sola. Preparó seis docenas de bollitos e ingirió veinticuatro antes de que se enfriaran. Siempre que recordaba el regreso del día que había pasado Con el señor Montgomery, sentía un apetito feroz.

El horror al volver – Terel llorando, y la decepción que la propia Nellie provocaba en su padre– la habían perseguido constantemente. Ahora, y durante tres días, viviendo agobiada por el temor de que la gente anulara los contratos con el señor Grayson a causa de la conducta escandalosa de la hija del empresario. Su padre le había presentado un cuadro sombrío: los tres arrojados a la calle sin tener qué comer, y obligados a afrontar a cielo abierto el invierno de Colorado, porque Nellie era demasiado egoísta para preocuparse de alguien que no fuese ella misma. Que su comportamiento había sido ofensivo lo demostraban las muchas invitaciones que comenzaron a llegar a su nombre.

– Creen que eres una mujer sin moral– había dicho Charles, al mismo tiempo que arrojaba al fuego as invitaciones.

Una parte de Nellie deseaba destacar que Terel también recibía invitaciones, y sin embargo no se la consideraba una mujer lasciva. Como si hubiera leído sus pensamientos, Terel observó que a ella no la había visto el pueblo entero abrazada con un hombre. En cambio ella había pasado la mayor parte de la noche sola, con un hombre, en el parque.

Nellie había intentado defenderse señalando que regresó al hogar a las ocho y media pero rompió a llorar cuando el padre le preguntó si era posible que hubiese concebido al bastardo de ese hombre. Terel le explicó que un hombre mundano como el señor Montgomery la deseaba sólo porque ella era tan inocente que él podía conseguir todo lo que quería.

– Mírate, Nellie. ¿Acaso imaginas otra razón para que él te busque? – le inquirió Terel– . Tales hombres se aprovechan de las mujeres como tú, que pasan con ellos la noche fuera de la casa; después, se casan con damas respetables. Si te profesase el más mínimo respeto, no habría entrado a escondidas por el fondo de la casa ni te hubiera pedido que salieses subrepticiamente con él. El hombre que respeta a una mujer la trata respetuosamente.

Ni el padre ni Terel aflojaron la presión ejercida sobre Nellie. Hablaban, hablaban y hablaban. Y ella comía y comía y comía.

Estaba segura de que tenían razón. Sabía que los había avergonzado profundamente, pero a veces, con frecuencia bien entrada la noche, Nellie recordaba el nodo en que el señor Montgomery la miraba. Nadie sabía que él había apoyado la cabeza en

su regazo, ella estaba segura de que si llegaban a enterarse, ya n abrigarían la más mínima esperanza acerca de la posibilidad de que su alma se salvase; pero a veces recordaba la sensación de los cabellos del señor Montgomery en los dedos que ella deslizaba sobre su cabeza al acariciarlo. Evocaba cuando le preguntó qué era lo que prefería hacer en la vida, memorando las lágrimas del señor Montgomery mientras cantaba el himno. En todos sus recuerdos no encontraba nada que confirmase esa imagen de seductor perverso, según la opinión de Terel. Su padre decía que el señor Montgomery galanteaba a todas las mujeres bonitas que por casualidad entraban en la oficina de fletes. Y su hermana decía que en la iglesia, los domingos, él se sentaba entre Mae y Louisa. Charles agregó que era mejor que Nellie no fuese ese día a la iglesia, porque aún no debían verla en público. Abrigaba la esperanza de que su ausencia contribuyese a diluir el flujo de chismes provocados por su escandalosa conducta. De modo que el domingo Nellie permaneció en casa y después que Terel le relató que Jace se sentaba con las otras mujeres, más jóvenes, bonitas y delgadas, ella ingirió media docena de pasteles.

Ahora estaba sola; su padre trabajando en la oficina, Terel en casa de sus modistas, y Anna había ido al mercado. Estaba fregando la vajilla utilizada durante la cena de la víspera.

– Hola.

Nellie se volvió y lo vio allí, de pie, y los recuerdos de esa tarde y esa noche maravillosas afluyeron a su mente. Le sonrió antes de recordar los tres últimos días, y después frunció el ceño.

– Tiene que marcharse – dijo, y volvió a concentrar la atención en la vajilla.

Jace depositó sobre la mesa el ramillete de flores, se acercó a ella, la tomó por los hombros y la obligó a volverse.

– Nellie, ¿qué sucede? No la he visto en varios días. Estuve aquí todas las noches pero su padre dijo que se sentía enferma. ¿Realmente se siente mal? Nadie le había dicho una palabra de las visitas de Jace. Se apartó de él.

– Estoy perfectamente bien, y usted tiene que irse. No puede estar solo conmigo. No es propio.

– ¿Propio? – preguntó él, desconcertado.

Si ella no había estado enferma, quizá no lo recibió porque no lo deseaba– . Nellie, ¿hice algo que la ofendiese? – Enderezó el cuerpo.– Tal vez en el ensayo del coro yo…

No terminó la frase.

Ella le dirigió una mirada sorprendida.

¿Acaso creía que sus lágrimas la habían ofendido?

– Oh, no, no, no es nada por el estilo. Es…

No podía decírselo.

– ¿Qué? ¿Qué error cometí que no desea verme? Asombrada de sí misma ella se echó a llorar. Ocultó la cara entre las manos y su

espalda se estremeció con los gemidos. Casi en el acto Jace se acercó, le pasó el brazo sobre los hombros y le ofreció una copa de brandy.

– Beba esto – ordenó, después que ocupó un asiento.

– No puedo. Yo no...

– ¡Bébalo!

Ella obedeció, sofocándose con el líquido pero lo sorbió todo.

– Ahora – dijo él recibiendo la copa vacía y sentándose frente a ella– , dígame qué pasa.

– Nos comportamos escandalosamente – respondió, pero ahora que había bebido el brandy no le pareció que lo que habían hecho fuese tan terrible.

Jace no comprendió. Quizás el comportamiento de ambos había sido un poco atrevido, pero al parece eso no importó a ningún habitante de Chandler. En realidad, en todos los lugares donde él aparecía la gente manifestaba curiosidad por Nellie. Parecía que antes nadie le prestaba atención.

Tomó entre las suyas las manos de Nellie.

– ¿Fue el hecho de que estuviésemos solos? Si eso la molesta, podemos salir acompañados por otras personas.

Jace se dijo que eso también lo ayudaría a mal tener las manos alejadas de Nellie.

– El muro – dijo ella, sollozando.

– ¿El muro? – Sonrió.– ¿Está conmovida porque la abracé sobre el muro? Usted corría peligro de caer.

– Yo... yo... – No pudo decirle más, ni hablarle de la posibilidad de que la gente cancelara contratos ni decirle que él no la respetaba. Cuando él la miraba como lo hacía ahora, Nellie no atinaba a pensar con claridad.

El ruido de pasos frente a la puerta de la cocina determinó que ella abriese horrorizada los ojos.

– Es Terel. Tiene que marcharse.

La voz de Nellie expresaba pánico.

– La saludaré.

– No, no, no. Váyase. Tiene que irse.

Jace no sabía a qué respondía el apremio, pero no tenía la más mínima intención de alejarse. Entró en la alacena en el instante mismo en que Terel apareció en la cocina. Apoyado contra los estantes podía ver claramente el interior de la cocina y tenía por delante de cuerpo entero, a Nellie y su hermana. Hasta ahora había tenido ojos sólo para Nellie, pero en ese momento llamó su atención el hecho de que hubiese un contraste tan acentuado entre las dos. Terel tenía un costoso vestido de lana, sus cabellos estaban cuidados y bien peinados, y en cambio Nellie usaba un vestido que parecía bastante viejo.

– Regresaste temprano – dijo Nellie Con un balbuceo.

– Sí. – Terel se quitó los guantes de cabritilla.

– No quiero quedarme en el pueblo y seguir escuchando los

detalles del escándalo. Nadie habla de otra cosa que no seas tú y ese hombre.

Los ojos de Nellie se volvieron hacia la alacena.

– No creo que debamos hablar de eso ahora. Sería mejor sentarnos en la sala.

– No quiero ir a la sala. – Terel se quitó el sombrero.– Tengo mucho apetito, ni siquiera pude almorzar porque el único tema que todos querían comentar conmigo eras tú y tu conducta con ese hombre. Realmente, no pude soportarlo.

– Terel, por favor, vamos a la sala. Podemos...

– ¡Mira las flores! Nellie, ¿por qué no me dijiste que me enviaron flores? ¿De quién Son? ¿De Johnny? ¿De Bob? ¿O quizá de Lawrence? – Terel tomó el ramillete y buscó la tarjeta y la leyó.– Dice – empezó a leer– : "A la mujer más hermosa del mundo." Qué encanto. Seguramente las envió Lawrence. – Entonces continuó leyendo y vio que decía: "A Nellie, Con amor, de Jace."

Terel tuvo que leer tres veces la tarjeta antes de entender realmente. Arrojó las flores al piso.

– Estuvo aquí, ¿verdad? – exclamó– . Estuvo en esta habitación. Después de lo que nuestro padre y yo te dijimos, continúas con tu conducta desenfrenada. ¿Cómo es posible, Nellie? ¿Cómo pudiste hacerlo?

– Terel, por favor – rogó Nellie– . ¿No podríamos...

– Y también brandy – continuó, apoderándose de la copa vacía– . Esto ha llegado demasiado lejos. Espera a que nuestro padre lo sepa. Nellie, nunca pensé que eras estúpida. ¿No comprendes que la gente que te ama sabe lo que más te conviene? ¿No entiendes lo que él quiere de una mujer como tú? Desea emborracharte y...

Terel estaba de espaldas a la alacena, y Nellie, de pie frente a ella Vio horrorizada que Jace descendía a la cocina, dispuesto a luchar contra su hermana. Nellie meneó con fuerza la cabeza, y después cruzó deprisa la cocina. Terel manipuló su pañuelo mientras la mujer empujaba a Jace de regreso a la alacena. Su cuerpo estaba en la cocina, pero el brazo extendido penetraba en la alacena.

– ...y así hará lo que quiera contigo – terminó Terel.

Al oír esto se oyó el rezongo de Jace.

– ¿ Te ríes de mí? – preguntó horrorizada Terel.

– No, es claro que no. Jamás me reiría de ti. Yo... – Nellie no pudo decir más, porque Jace le había aferrado la mano apoyada sobre su cuerpo, y estaba mordisqueándole las yemas de los dedos.

– Nellie, no conoces a los hombres como él. El es un ... bien, un seductor de mujeres.

Jace estaba mordisqueándole la parte inferior de la muñeca, y ella sentía la punta de su lengua sobre la piel.

– ¡Nellie! ¿Estás escuchándome?

– Sí – dijo ella con un gesto soñador.

– No puedes confiar en hombres Como él, y papá tuvo razón cuando te prohibió que lo vieses nuevamente.

Jace hizo una pausa brevísima con los besos prodigados a la mano de Nellie cuando oyó las últimas palabras de Terel, pero después continuó. Además de besarla, quería escuchar lo que decía esa perra mentirosa.

– Papá te habló de sus galanteos, y yo misma lo vi en la iglesia. Su único propósito es conquistar el mayor número de mujeres. No sé por qué decidió que tú serías una de sus... sus conquistas. Pero ésa es la situación. Nellie, ¿no sabes que nos preocupamos por ti y te deseamos lo más conveniente?

Nellie apenas pudo asentir. Se había arremangado para lavar la vajilla, y ahora él le besaba el antebrazo.

– Lo único que ese hombre aspira es incorporarse a la empresa Grayson. Quiere ser el socio de nuestro padre y hubiera intentado seducirme, pero comprendió que yo sabía demasiado de los hombres para caer en sus ardides escandalosos. Yo jamás le habría permitido humillarme en público, como hizo contigo. De modo que, al saber que no lo podría conseguir, empezó a perseguirte; y Nellie, creíste todo lo que él te dijo. Oye, ¿te dijo que eras bella?

Nellie volvió los ojos hacia el interior de la alacena, y los clavó en Jace. El a su vez la miró y asintió.

– Sí – murmuró Nellie– . Me dijo que era hermosa.

– Ahí tienes. Eso demuestra que es un mentiroso. Al oír esto Jace soltó el brazo de Nellie e intentó salir de la alacena, pero Nellie apoyó la mano sobre su pecho y le dirigió una mirada de ruego, mientras la hermana se volvía para tomar una copa de un armario.

– Terel, ¿por qué no subes y te acuestas? Te llevaré el almuerzo en una bandeja.

– Si, quizás eso sea lo mejor. Ha sido un día muy fatigoso. No imaginas cuántos chismes tuve que escuchar acerca de mi propia hermana.

Nellie comenzó a apartarse de Jace pero él la sujetó, de modo que la joven permaneció en el mismo lugar y dirigió a Terel una sonrisa descolorida, quien, suspirando, abandonó la cocina.

Nellie se volvió inmediatamente hacia él.

– Señor Montgomery, usted no puede... – comenzó, pero no logró decir más, porque él la atrajo hacia el interior de la alacena y la abrazó y la besó. Al principio, Nellie se sintió tan impresionada que permaneció inmóvil, los ojos abiertos, rodeada por los fuertes brazos del hombre, que la apretaban con brío. – Nellie – murmuró él, mientras le besaba el cuello– , ¿no comprende que no me interesa la compañía de su padre? Usted es lo único que me interesa.

Ella apenas lo escuchó mientras los labios de Jace le besaban el cuello. Sus grandes manos le apretaban el cuerpo, y Nellie sentía que se le aflojaban las rodillas. El volvió a la boca de Nellie y la besó,

primero suavemente, y después, cuando Nellie aflojó el cuerpo, el beso fue más intenso. La punta de la lengua de Jace tocó la de Nellie. Al principio ella empezó a retirarse, pero él la sostuvo con fuerza.

Pasaron unos minutos antes de que comenzara a reaccionar realmente al contacto de Jace. Ella no tenía idea de la intensidad de los anhelos y los deseos contenidos en su propia naturaleza. Era una mujer afectuosa que no sabía cómo expresar su amor. Con los brazos rodeó el cuerpo de Jace, lo apretó con más vitalidad, y su respiración se aceleró y acentuó mientras él continuaba besándola.

– Nellie – murmuró Jace, y comenzó a acariciarle el cuello con los dientes y los labios. Ella alzó los brazos y hundió las manos en sus cabellos. Le besó las mejillas y el cuello y al pasar la punta de la lengua por la piel sintió los hirsutos bigotes. El olía bien; el tacto era agradable; el sabor bueno.

Al cabo de unos minutos Nellie ya no pudo ver ni pensar. Era todo sentimiento, una enorme, gigantesca y rojiza masa de sentimientos.

– Nellie – dijo Jace, tratando de separarse de ella, pero descubriendo que eso era muy difícil– , tenemos que detenernos.

Irguió la cabeza para mirarla. El rostro de la joven estaba sonrojado, tenía los ojos cerrados, con pestañas largas y espesas, y sus labios suaves y llenos se entreabrían sugestivos.

– Nellie – dijo de nuevo Jace, y esta vez la voz se asemejaba a un gemido– , no puedo soportar más. Tenemos que detenernos. – La besó suavemente y después se apartó.– Creo que tu familia se sentiría un poco chocada si descubriera que estamos haciendo el amor en el piso de la alacena.

Nellie abrió lentamente los ojos y lo miró. Los dos estaban íntimamente unidos, la pierna de Jace entre las de Nellie, y ella recordó ahora su propio y desenfrenado comportamiento.

– Yo... lo siento, señor Montgomery – murmuró, apartándose– . Yo no quise...

No sabía qué decir.

– Está bien – dijo él, sonriendo como si nada hubiese sucedido, pero en su frente se advertía el brillo de la transpiración.

Nellie se sintió de pronto muy avergonzada y comenzó a salir de la alacena, la cara cubierta de rubor .

– Nellie. – Ella aferró del brazo y la acercó, pero ella se debatió y recuperó su libertad.

– Señor Montgomery, de veras quiero disculparme por ... por mi conducta – murmuró, caminando por la cocina. Era mejor no mirarlo. Si no volvía a hacerlo, quizá podía olvidar cómo acababa de comportarse.

– Por favor, míreme – dijo Jace, y como ella no respondió al ruego, la tomó de los hombros y acercó su cara a la de la joven– ¿No creerá lo que dijo de mí su hermana, verdad? Usted es la única mujer a quien he mirado en este pueblo. Esas dos coquetas recargadas de adornos de la iglesia se sentaron junto a mí, yo no lo hice junto a

ellas. Y en la oficina de su padre siempre mi limité a ser cortés con las damas.

Ella se apartó de Jace.

– Señor Montgomery, no sé cómo usted concibió la idea de que su vida social me preocupa. Está en libertad de perseguir a todas ya cada una de las jóvenes bonitas del pueblo.

Comenzó a cortar rebanadas de pan y carne con el fin de preparar un plato de comida para Terel.

El comprendió que no le creía. Pensó: Maldita sea esa mocosa, Terel. Nellie aceptaba todo lo que ella le decía.

– Jamás hice propuestas a su hermana, y tampoco yo…

– ¿Sugiere que mi hermana dijo una falsedad?

– Al que le caiga el sayo, que se lo ponga – respondió él casi sin pensarlo.

Ella lo miró, hostil.

– Señor Montgomery, ahora puede irse. y no creo que deba regresar.

– Nellie, le pido disculpas. No fue mi intención decir eso acerca de su hermana, aunque sea verdad. Quise explicar …

– No continuó, porque Nellie estaba mirándolo con intensa cólera.– Nellie, por favor, salgamos a caminar. Deje todo aquí, y salga conmigo. Le demostraré lo que usted significa para mí.

– ¿Cómo hizo en la alacena? No, señor Montgomery, creo que es mejor no hacer tal cosa. Sé lo que soy. Una solterona que por casualidad tiene un padre rico. Usted no necesita perder su tiempo conmigo, ahora que he comprendido cuál es su juego.

La mirada de ruego desapareció de la cara de Jace, remplazada por una expresión colérica.

– Nunca fui deshonesto con usted – dijo con los dientes apretados– , y no me agrada que se me acuse de falta de decencia. – Avanzó un paso hacia ella y Nellie retrocedió. La cólera en la cara de Jace era temible.– Nellie, llegará el día en que usted deba elegir… su propia vida o la de su familia. Estoy dispuesto a ayudar, pero no si se me acusa de mentiroso y se me dice que cortejo a una mujer sólo para conseguir el dinero de su padre. Si dedicase un poco de tiempo a conocerme descubriría que no soy así. Soy… – se interrumpió. No estaba dispuesto a explicarle cómo era él mismo. Si creía en su hermana, si creía en lo que otros le decían en lugar de lo que bien sabía era la verdad, ése era le problema de la propia Nellie. El no se defendería ante ella.

Tomó su sombrero de la mesa.

– Si usted desea ser una solterona, la decisión es suya. Fue agradable conocerla, Nellie – dijo, se volvió en redondo y abandonó la cocina.

Durante un momento estuvo demasiado aturdida para pensar. Miró fijamente hacia la puerta, impedida de moverse.

Finalmente se dijo: Bien, Terel estaba en lo cierto. El deseaba

únicamente el dinero de su padre. Cuando supo que no podía conseguirlo, que Nellie había sido informada de su siniestro plan, se fue. Durante un momento ella contempló la posibilidad de seguirlo. Por un segundo pensó que poco importaba si él la deseaba por el dinero de su padre o por otra razón. Fueran las que fuesen las causas reales de su interés, la tarde y la noche que habían pasado juntos fueron las horas más felices de su vida. Cerró los ojos y volvió a su mente el momento en que estaba con él sobre el muro, y cómo Jace había conseguido que ella se sintiera aérea y bonita. Recordó su cabeza descansando sobre el regazo mientras hablaban. Evocó el modo en que él había cantado el himno y cómo las lágrimas descendían por sus mejillas. Y un momento antes, en la alacena. Ella nunca había sentido pasión, una experiencia nueva e intensa. Cruzó los brazos sobre el pecho y se frotó los antebrazos.

Pensó: el dinero. Lo único que él deseaba era el dinero de su padre, y como decía Terel, estaba cortejando a una solterona adiposa para conseguirlo. Detrás, se abrió bruscamente la puerta de la cocina.

– Reclama su almuerzo – dijo Anna, malhumorada porque tenía que hacer algo.

Nellie retornó al presente.

– Sí, ya voy – dijo, y tomó la bandeja con la comida.

Terel estaba sentada en la cama, leyendo, apoyada sobre varias almohadas, la falda arrugada de seda bajo su cuerpo. Nellie depositó la bandeja sobre las rodillas de su hermana, y comenzó a colgar las prendas de Terel.

– No me trajiste una flor.

– ¿Qué? – preguntó distraída Nellie. Continuaba viendo los ojos de Jace. Se había irritado tanto, tal vez ella no hubiera debido acusarlo de ese modo. Quizás habría tenido que reunir más pruebas que demostrasen que sus intenciones eran deshonrosas. Quizás...

– Siempre pones una flor en mi bandeja – dijo Terel, con un acento que sugería que estaba al borde de las lágrimas– . Oh, Nellie, ya no te interesamos. Sólo te preocupas por él.

Nellie retiró la bandeja de su regazo, abrazó a su hermana menor y le acarició sus cabellos. Pensó: Mi niña. Terel es la única hija que tendré jamás. Durante un momento sintió también deseos de llorar. Tal vez la única posibilidad que se le ofrecería jamás de tener su propio hogar y su familia acababa de alejarse. – Ciertamente, me importas – dijo Nellie– . Últimamente estuve tan atareada que olvidé la flor. Eso no significa que ya no me preocupas.

– ¿ Tus sentimientos por papá y por mí son más intensos que por él?

– Por supuesto.

Terel aferró el cuerpo de Nellie.

– No huirás Con él y nos abandonarás, ¿verdad? Nellie se apartó y sonrió a Terel.

– ¿Una solterona excedida de peso como yo? ¿Quién me querrá? .

Terel lloriqueó un poco.

– Nosotros te necesitamos. Papá y yo te necesitamos.

Nellie comenzaba a sentir apetito. Se separó de Terel y le devolvió la bandeja.

– Debes almorzar y quizá dormir una siesta. Probablemente estás fatigada por tantas preocupaciones. – Sí, creo que es así; pero Nellie, no te vayas.

De mala gana, Nellie se sentó sobre el borde de la cama. El hambre le contraía el estómago.

– ¿Se marchó realmente? – preguntó Terel, con la boca llena– . No estará acechando en algún rincón de la planta baja, ¿verdad?

– No. – Nellie sentía más y más apetito a medida que pasaban loS minutos.

– Oh, Nellie, no sabes qué maldición es ser joven y bella como yo. Los hombres se te acercan respondiendo a los motivos más horribles. – Despedazó un trozo de pan que Nellie había horneado esa misma mañana y miró fijamente a su hermana.– ¿Te invitaron al Baile de la Cosecha?

Nellie sintió que se ruborizaba.

– Sí – murmuró.

Terel depositó la bandeja sobre la mesa que estaba junto a la cama, y después se llevó las manos a la cara.

– A mí no me invitaron. Soy la única persona en el pueblo que no asistirá.

Nellie abrazó nuevamente a su hermana.

– Utiliza mi invitación. Creo que ahora no lograré ir; y además, ¿qué me pondría para una ocasión semejante?

– No puedo usar tu invitación. Los Taggert no creen que yo sea aceptable socialmente. ¡Yo! Todos saben que ellos son poco más que mineros del carbón. Oh, Nellie, ojalá...

Cuanto más pensaba, su apetito aumentaba. Trató de controlar su gula Con la mera fuerza de la voluntad, pero más se agravaba su ansia de comida. Jace había dicho que ella tenía alternativas, y que estaba eligiendo a su propia familia en desmedro de sí misma. Por supuesto, ¡prefería a su familia! ¿No era eso lo que debía hacer una persona? ¿Acaso la Biblia no enseñaba que uno tenía que dar para recibir?

Nellie descargó sobre la mesa la masa del pan. Qué hombre egoísta debía ser el señor Montgomery si no entendía que la alegría más grande de la vida consistía en darse a los otros. Era suficiente ver la generosidad que ella, Terel y su padre demostraban, y cómo se volcaban unos a otros. El padre ofrecía su amor y su apoyo a las dos hijas y Terel también ofrendaba amor. A cambio, Nellie cocinaba para ellos, mantenía limpia la casa, los esperaba, hacía diligencias, los escuchaba, los cuidaba y...

Para interrumpir el flujo de pensamientos, Nellie comenzó a

comer todo lo que pudo hallar: cinco rebanadas de pan, medio pastel, una jarra llena de duraznos, la punta de una hogaza de pan; y cuando en la cocina ya no hubo alimentos, pasó a la alacena, y allí, recordó a Jace y el modo en que él la había abrazado, y cómo la había besado.

– No me importa si me quiere sólo por el dinero de mi padre – murmuró, y después, para evitar el llanto, abrió una jarra de jalea de fresas y comenzó a engullirla con los dedos.

Mientras estaba en la alacena llegó la primera invitación para Terel y cuando ésta despertó de su siesta la esperaban cinco convites.

– ¿Cómo es esto? – murmuró Terel cuando su hermana se las entregó.

– Los deseos – dijo Nellie, sonriendo, satisfecha de verla tan feliz– . Lo deseaste, y ahí lo tienes.

– ¿Ojalá qué?

Terel desvió la mirada, y lloriqueó otro poco. – Si yo fuese la muchacha más popular de Chandler... Ojalá me invitasen a todas las fiestas. a todas las salidas. Deseo que ningún habitante de este pueblo contemple la posibilidad de ofrecer una fiesta sin mi presencia.

Nellie sonrió.

– En ese caso, eso es también lo que yo deseo. – ¿De veras?

– Sí, de verdad. Ansío que seas la joven más popular que Chandler ha conocido nunca, y que recibas más invitaciones que las que podrías aceptar.

– Sí, eso me agradaría – dijo Terel, sonriendo.

– ¿ Y te haría feliz?

– Oh, sí, Nellie, sería muy feliz si fuese popular. Es todo lo que pido de la vida.

– En ese caso, realmente aspiro a que tu deseo se realice. Y ahora, ¿por qué no duermes una siesta? Yo tengo cosas que hacer.

– Sí – dijo Terel, sonriendo y extendió el cuerpo sobre la cama. Estaba arrugando su vestido, pero eso no le importaba, ella no tenía que plancharlo.

Nellie tomó la bandeja en silencio y salió de la habitación. En la cocina, cuando estuvo sola de nuevo, continuó pensando en Jace. Si él no la buscaba para apoderarse del dinero de su padre, entonces ella lo había insultado gravemente. ¿Qué comentó él acerca del galanteo? Algo a propósito de que la mujer homenajeada lo tachaba de mentiroso.

Terel apretó las invitaciones contra el pecho durante un momento y después abrió muy grandes lo ojos.

– ¿Y qué usaré? Oh, Nellie, tienes que llamar a mi modista y decirle que traiga muestras de telas modelos.

– No tengo tiempo, voy a preparar la cena. Enviaré a Anna, o tal vez tú misma vayas.

– No puedo. Una de las invitaciones es para un té hoy mismo. Y que no sea Anna, nunca transmite bien los mensajes. Nellie, tienes que ir tú misma. ¡Si por 1o menos papá instalase un teléfono!

– Terel, no tengo tiempo para... – se volvió hacia su hermana– . Creí que deseabas que yo fuese popular Pensé que real y verdaderamente lo querías.

– Así es, pero...

Terel pasó un brazo sobre los hombros de Nellie

– Por favor, ayúdame. Si conozco a mucha gente quizás encontraré al hombre con quien casarme y después nunca más te molestaré. Puede que a esta altura del próximo año no estaré viviendo aquí, y no tendré que molestarte en atender mis necesidades. Y así dispondrás de todo el tiempo libre que necesitas para cuidar de papá.

A Nellie no le agradaba la perspectiva de vivir sola con su padre, una casa sin Terel era demasiad sombría para imaginarla.

– Iré – dijo Nellie– . Vístete.

Horas después Nellie volvió a la cocina. Su padre pronto volvería, y la cena no estaba lista. Había: conseguido que la modista fuese a ver a Terel y 1a ayudó a vestirse y peinarse antes de que Howard Bailey viniera a buscarle en su carruaje. Y ahora se daba prisa porque deseaba terminar la preparación de la cena.

– ¿Qué sucede? – preguntó Charles Grayson, irrumpiendo en la cocina– . Anna me dijo que hoy Terel gastó una fortuna en vestidos.

Nellie se prometió íntimamente que hablaría con Anna.

– Terel comenzó a recibir invitaciones esta tarde y consideró que le son precisas prendas nuevas para esas ocasiones.

– Terel siempre cree que necesita prendas nuevas. – El señor Grayson fijó la mirada en la mesa y advirtió que las verduras estaban cortadas pero no cocidas.– ¿Terel es el motivo de que la cena se retrase?

– Sí, estuve ayudándole.

– ¿Lo pasaste jugando con Terel y descuidando el trabajo?

Nellie aferró el palo de amasar con tanta fuerza que sus nudillos palidecieron.

– La cena estará en la mesa a las seis.

– Bien – dijo Charles y después pareció que buscaba algo más que decir– . Anna dijo que tú deseaste que Terel recibiera las invitaciones.

– Fue un juego tonto y nada más.

– Bien, si consigues que tus deseos se hagan realidad, pide que yo gane el dinero necesario para pagar todos esos nuevos vestidos.

El señor Grayson se volvió y salió de la cocina. Durante un momento, Nellie cerró los ojos.

– Deseo que mi padre tenga mucho éxito – murmuró– . Confío en que gane más que suficiente para pagar los vestidos de Terel.

Abrió los ojos y sonrió. Pensó: Qué tontería. Los anhelos no se convierten en realidad, porque si así fuera... Pensó en Jace, pero después apartó de su mente el pensamiento. Mi padre, recapacitó, ojalá consiga lo que quiere.

6

Kane Taggert estaba de pie frente a la ventana de su oficina y miraba a su primo paseándose por el jardín. Cuando su esposa se acercó por detrás, Kane no se volvió.

– ¿Cuánto tiempo hace que está allí? – preguntó Houston.

– Es el tercer día. Va a trabajar para ese individuo Grayson, pero pasa el resto del día caminando por allí. – Kane frunció el ceño.– Está comenzando a molestarme.

– Imagino que su sufrimiento es mucho peor que el tuyo.

El se volvió para mirarla.

– Por nada del mundo yo aceptaría volver a repetir el noviazgo.

Ella sonrió y lo besó en la mejilla, y cuando comenzó a alejarse él la atrajo.

– ¿Crees que el bueno de Jace está pasándola mal? – preguntó Kane.

– Imagino que sí – contestó ella con tristeza– . En Chandler hace días que nadie lo ve con Nellie; en cambio, Terel aparece a cada momento.

Kane besó a su esposa, la dejó en libertad y regresó a su escritorio.

– Nellie Grayson. – Su voz expresaba asombro. Como es posible que desee a una mujer que es tan…

– No lo digas – lo interrumpió Houston. – Nellie es una hermosa mujer. Cuando su familia se lo permite, colabora mucho con la iglesia. Tiene un corazón afectuoso y bueno, y creo que eso es lo que Jace ve.

– Sí, tal vez ella es una gran persona, pero Jace no es mal parecido. Por eso me pregunto cómo le agrada una mujer que es tan – miró a su esposa– tan corpulenta.

– La madre de Jocely es La Reina.

Era evidente que Kane no sabía quién era esa persona.

– La oímos cantar en DalIas.

– Oh – dijo Kane, decepcionado– . Una cantante de ópera. ¿Qué tiene que ver eso con el hecho de que Nellie agrade a Jace?

– Las cantantes de ópera por tradición tienen formas en el estilo de Rubens, y por lo que Jace nos ha contado él creció rodeado por las amigas de su madre.

Kane tuvo cierta dificultad para entender lo que su esposa estaba diciendo, pero al fin sonrió.

– Oh, ya veo. Quieres decir que Jace siempre estuvo rodeado de señoras gordas.

Houston entrecerró los ojos.

– Una mujer cuya voz le permite ser una soprano de coloratura *no* merece que se la deseche llamándola una "mujer gorda".

Kane continuó sonriendo.

– Imagino que a cada cual lo suyo. Pero que me con… – se interrumpió– . Regordeta o no, parece que Jace no encuentra expedito el camino para conquistar a la mujer que le agrada. Será mejor que

hables con él. Houston vio a su primo político que desaparecía en el recodo de un sendero.

– Estaba pensando precisamente lo mismo.

Kane se echó a reír.

– Ahora, todo se arreglará.

Houston no contestó a esta observación y un momento después salió al jardín.

– Hola, Jocelyn – dijo en voz baja, y le sonrió cuando J ace se volvió hacia ella. EL joven tenía profundas ojeras y parecía que esa mañana no se había afeitado. Houston se dijo que con las ropas apropiadas, habría parecido un pirata.

– ¿Cómo está Nellie? – preguntó Houston.

Jace hundió las manos en los bolsillos del pantalón y se volvió.

– No lo sé. No quiere verme.

– ¿Riñeron?

– Sí. Creo que sí. – Emitió un suspiro y después se dejó caer pesadamente sobre un banco de piedra. Houston, esa es la familia más *extraña* que jamás he conocido.

Ella se sentó a su lado y esperó que él continuara.

Jace apoyó el cuerpo contra un árbol y extendió las largas piernas.

– Cuando conocí a Charles Grayson, sólo hablaba de su hermosa hija. Por el modo de hacerlo, recogí la impresión de que estaba al tanto de la fortuna de mi familia y deseaba casarme con una hija fea. No sé por qué lo hice... Quizá yo estaba intrigado, pero fui a su casa para conocer a esa joven. Me acerqué una hora más temprano pues sabía cuándo llegaba Charles a su hogar.

Jace cerró un momento los ojos.

– Nellie era todo lo que su padre decía. Bella y bondadosa, y por SU mirada adiviné que posee mucha sensibilidad. A partir de esa primera noche quise llevármela conmigo y mostrarla al mundo.

– Pero su familia se lo impidió – dijo Houston.

La cara de Jace demostró asombró.

– No los entiendo. Parece que puedo tener a la hija más joven si lo deseo, pero no a Nellie.

Se puso de pie y en su cara se dibujó una expresión colérica.

– Hace tres días fui a ver a Nellie, y ella temía que su familia me encontrase. Tuve que ocultarme en la alacena, como el mandadero de la tienda de comestibles que entra clandestinamente en la casa. Esa... esa hermana entró y dijo a Nellie una mentira tras otra acerca de mi persona y afirmó que yo estaba buscando el dinero de su padre... como si ese hombre tuviese ago.

Houston contuvo una sonrisa ante ese ejemplo de la vanidad de los ricos.

– ¿ Y qué se propone hacer ahora?

Jace dejó caer las manos a los costados; hundió los hombros.

– No lo sé. Nellie no quiere verme. Le envié flores, dos cartas, incluso un cachorro, pero me devolvieron todo sin explicaciones, absolutamente todo. – Miró a Houston.– ¿En el Oeste hay un modo de cortejar que yo desconozco? La última vez que festejé a una mujer le envié flores, salimos a pasear un día, le pedí que se casara conmigo y ella contestó afirmativamente. No recuerdo que la cosa sea tan difícil.

Houston señaló el asiento que estaba libre y Jace lo ocupó.

– Después de hablar con usted acerca del Baile de la Cosecha conversé con algunas personas a propósito de Nellie. Dígame, ¿Charles Grayson es un hombre egoísta?

Jace elevó los ojos al cielo.

– Podría dar lecciones a un avaro. Paga lo menos posible a sus empleados y les reduce el salario por cada minuto de retraso. Apenas puedo soportar el trabajo en su oficina. Hace tres días conseguí un contrato con Denver y sin embargo despidió a dos conductores de carros, porque según dijo los otros podían trabajar más horas. Es un individuo mezquino y avaro, y si no fuese por Nellie yo no tendría nada que ver con él.

– Eso explica por qué pretende que Nellie realice el trabajo de una casa que necesita muchos criados. Consigue que ella se esfuerce más que sus propios empleados y le paga incluso menos que a estos.

Jace guardó silencio un momento.

– Grayson no querrá perder a una empleada que trabaja duro y no le cobra un centavo.

– Exactamente.

Jace apoyó la cabeza contra el tronco de un árbol.

– Creo que me sentí tan seducido por Nellie, que en realidad nunca me ocupé de su familia. Esa hija menor es una auténtica perra. Oh, perdóneme.

– Está bien, sobre todo porque yo coincido con su opinión; pero es bonita, y últimamente ha llegado a ser bastante popular. Los últimos días estuvo muy solicitada en todas las reuniones sociales.

– No es la mitad de bonita que Nellie – dijo Jace, sonriendo– y ésta tiene un modo de mirar a un hombre... bien, cuando me mira así tengo la sensación de que podría acometer cualquier empresa. Después de conocerla comencé a preparar algunos bocetos relacionados con el mecanismo del timón de un barco. Es la primera vez que dibujo algo desde que...

Dejó inconclusa la frase, recordando la muerte de Julie, pero por primera vez no se sintió vacío y desolado.

– Envenenaron su mente contra mí – dijo en voz baja Jace– . Le dicen que soy un sinvergüenza, le prohíben verme. Ni siquiera me ofrecen la oportunidad de ensayar una defensa. Si pudiera apartarla de ellos un tiempo, quizá lograría demostrarle que no soy una mala persona.

– No puede retenerla – dijo reflexivamente Houston– . Las mujeres

no ven con buenos ojos el secuestro. Jace no sonrió.

– Ya deseché la idea. Pensé hacerlo, llevarla a un barco y navegar con ella alrededor del mundo; pero Colorado está demasiado lejos del océano.

Houston parpadeó.

– Seguramente podrá adoptar medidas menos drásticas. ¿Hay algo que agrade a Nellie, algo que ella prefiera más que cualquier otra cosa en el mundo? – Las criaturas – se apresuró a decir Jace– . Creo que esa es la razón por la cual hace todo lo que su perversa hermana le sugiere. Vea Terel como si fuera una hija. Propuse dar a Nellie unos pocos hijos propios, pero creo que ahora no se me ofrecerá la oportunidad.

Houston se puso de pie.

– Bien. Ahí tiene la respuesta.

Jace la miró sin entender.

– ¿Se refiere a la posibilidad de embarazarla?

Houston esbozó una mueca.

– Es claro que no. Ofrezca a Nellie lo que ella desea realmente y estará con usted.

– No entiendo.

– Jocelyn, piense en ello – dijo Houston, y apoyó la mano en el hombro del joven– . Si quiere a Nellie, parece que tendrá que luchar por ella. Si la desea con intensidad suficiente y lucha con todas sus fuerzas, creo que podrá conseguirla; pero no será un galanteo fácil. Tendrá que recorrer un camino abrupto.

Jace tomó la mano de Houston y la besó.

– No quiere ayudarme a imaginar cuál sería el plan más conveniente, ¿verdad?

– No. Usted debe abrir los ojos y observar, y podrá descubrir lo que es necesario.

El le sonrió.

– Ojalá yo la hubiese conocido antes que Kane. Habría tenido que esforzarse mucho para vencerme. Houston sonrió.

– El me eligió cuando yo era todavía una niña. No tuve la más mínima oportunidad de interesarme por otro hombre; ni tampoco usted habría podido hacer nada. Ahora, debo ir a ver a mis hijos.

Mientras ella se alejaba, Jace la llamó.

– ¿Aceptaría un cachorro?

– Envíelo – dijo riendo Houston.

Cuando estuvo solo, Jace pensó en lo que había dicho Houston. Sin duda, *debía* existir un modo de conquistar a Nellie.

Estaba en la cocina, donde reinaba un calor infernal. El horno ardía a pleno para cocer los pasteles destinados al té que Terel ofrecía al día siguiente, y para calentar las seis planchas depositadas encima. Estaba inclinada sobre la gruesa tabla de planchar y aplicaba una plancha humeante a los delicados volados de la blusa de seda de Terel.

Los cambios sobrevenidos en el hogar de los Grayson durante la semana precedente habían triplicado la labor de Nellie. La renovada popularidad de su hermana había acentuado considerablemente su necesidad de prendas recién lavadas y planchadas. Trató de conseguir que Anna la ayudase ejecutando parte del trabajo; pero la estúpida muchacha había dejado una plancha caliente sobre la falda de uno de los mejores vestidos de Terel, arruinándolo. Después, Charles dijo a Nellie que era mejor que ella se ocupara personalmente del planchado, pues él no podía darse el lujo de permitir que se inutilizaran las prendas de su hija.

De modo que ella trataba de atender el guardarropa cada vez más amplio de Terel y de cocinar para los muchos huéspedes que ahora invadían la casa. Terel afirmaba que al aceptar invitaciones en cierta medida debía retribuirlas.

y mientras planchaba, limpiaba y cocinaba, Nellie continuaba pensando en esa gloriosa tarde que había pasado con el señor Montgomery . También recordaba el día en que él llegó a la cocina y la besó en la alacena.

Descargó con fuerza la plancha sobre una falda de brocado rosa. Pensó: Eso era lo que valía el galanteo. No había recibido una sola palabra de él desde aquel día en la alacena. Sin embargo, Terel a menudo le hablaba del señor Montgomery... afirmaba que lo veía en una fiesta tras otra y en diferentes reuniones y a menudo en compañía de Olivia Truman.

– Terel tenía razón en lo que me dijo de él – murmuró Nellie, tratando de sentir agradecimiento por su hermana, que le había aconsejado apartarse de ese hombre. Pero siempre que pensaba en la tarde transcurrida en su compañía, una parte de Nellie deseaba verlo otra vez, y no se inquietaba ante la posibilidad de que él estuviese detrás del dinero de su padre.

– Hola.

Nellie pegó un brinco al oír la voz, y cuando vio a Jace, antes de pensarlo ya estaba sonriéndole cálidamente. Pero reaccionó enseguida.

– Señor Montgomery, no debería estar aquí – dijo con severidad, tratando de desviar la mirada, aunque en realidad deseaba memorizar sus rasgos.

– Lo sé – dijo él humildemente– y me disculpo. Vine a pedirle ayuda.

– ¿Ayuda? – preguntó ella. Recuerda, se dijo, que este hombre está interesado únicamente en el dinero de tu padre. Pertenece a la más baja categoría de canallas– . Estoy segura de que puede encontrar a otra persona que lo ayude en lo que necesita.

– Es una receta.

Ella lo miró parpadeando.

– ¿Una receta? – ¿Para qué? ¿Para preparar bollos destinados a la señorita Truman? – Sintió deseos de burlarse. Lo que él hiciera no era nada que concerniese a Nellie.

Jace extrajo del bolsillo de su chaqueta un pequeño anotador y un lápiz corto.

– Me dicen que usted es una de las mejores cocineras de Chandler, y por eso pensé que quizá supiera el modo de preparar bizcochos. ¿Tiene inconveniente en que me siente?

– No, es claro que no. – Depositó la plancha sobre la tabla.– ¿Para qué necesita una receta de bizcochos?

– Simplemente, la necesito. Bien, veamos, es imprescindible harina, ¿pero cuánto?

– ¿Qué cantidad de bizcochos quiere preparar? Ella se acercó a la mesa.

– Lo suficiente para seis niños. Entonces, ¿cuánta harina?

– ¿Por qué la madre no puede preparar los bizcochos?

– Está enferma. ¿Cuántos bollos resultan con cincuenta libras de harina? ¿Necesito otra cosa? Sólo hay que agregar agua, ¿verdad?

– La harina y el agua producen engrudo, no bizcochos.

Se sentó frente a él.

– Oh, por supuesto, engrudo – dijo él, escribiendo– . Y necesito levadura, ¿verdad?

– No para los bizcochos. ¿De quién son estos niños?

– Uno de los hombres que solía trabajar para su padre. Lo despidió y el pobre tiene que alimentar a seis niños y una esposa enferma. Le conseguí empleo para transportar una carga de maíz a Denver, pero nadie se ocupa de sus hijos, y por eso pensé que podría ir a prepararles algo. Bien, acerca de estos bizcochos, si no es levadura, ¿qué usa?

– ¿Acudió al reverendo Thomas, de la iglesia? Con él hay siempre personas dispuestas a ayudar. Una de las mujeres..

Jace le dirigió una mirada melancólica.

– Pensé en eso, pero me siento responsable por esta gente. Quizá si yo no hubiese aceptado el cargo en la empresa de su padre, este hombre no habría perdido el empleo. Vea, yo contribuí a calcular los costos de transporte y de ese modo su padre consiguió un nuevo contrato. Bien, acerca de estos bizcochos... – ¿Por qué lo despidió mi padre?

– Cuanto menos gente a quien pagar, más dinero gana – dijo sencillamente Jace– . ¿Soda de hornear? ¿Se utiliza para preparar bizcochos? ¿ y la grasa? Usted no sabe hacer panqueques, ¿verdad? ¿En ese caso se utiliza levadura?

– No, no se usa levadura para los panqueques. Señor Montgomery, iré con usted.

– ¿Conmigo?

– Parece que hay seis niños hambrientos que necesitan ayuda, y yo iré con usted para prestarles esa ayuda.

– No se si usted debería...

– ¿Por qué no? – preguntó Nellie.

– Quizás a su padre no le agrade; ¿y qué me dice de su

reputación? Internarse más de treinta kilómetros en el campo, sola conmigo... y ya sabe que yo soy un terrible mujeriego.

– Parece que el hambre de estos niños fue provocada por mi padre; por lo tanto, mi deber cristiano es ayudarles. – Lo miró altivamente, y se percató de sus cabellos y ojos oscuros y anchos hombros.– Mi reputación no tiene importancia comparada con la necesidad de los niños. Correré el riesgo con usted.

El se recostó en el respaldo de su silla y al sonreír se formó el hoyuelo en su mejilla.

– A veces todos tenemos que hacer sacrificios. Nellie se desentendió de la pila de vestidos de Terel que aún debía planchar. Retiró los bollos del horno, los puso a enfriar, y después, obedeciendo a un impulso, los guardó todos en un bolso de lienzo. Al día siguiente no habría bollos horneados en casa para el té de Terel, y era casi seguro que esa noche la cena se retrasaría.

Escribió deprisa una nota a su padre diciéndole adónde iba, y después se volvió hacia Jace.

– Estoy preparada – dijo.

El volvió a sonreírle y la distrajo tanto que ella no advirtió que Jace se apoderaba de la nota y la metía en su bolsillo.

– Tengo un carro cargado de alimentos allí afuera, de modo que podemos partir ya mismo.

Jace pensó: antes de que alguien nos vea y nos detenga.

– ¿Lleva polvo de hornear?

– Naturalmente – contestó él, que no tenía la más mínima idea de lo que había en el carro. Se limitó a decir al despensero que lo llenase, pero no inspeccionó el contenido.

Jace se complació mucho ayudando a Nellie a ascender al carro, y una vez que ella estuvo sentada, sacudió las riendas de los caballos y partieron. El deseaba salir cuanto antes de Chandler. Contuvo la respiración hasta que las casas no fueron más que puntos a lo lejos y estuvieron rodeados por campo abierto.

Sofrenó los caballos y el carro continuó avanzando al paso de los animales de tiro.

– ¿Cómo estuvo todo este tiempo, Nellie?

Ella lo miró, tan apuesto, los dientes blancos y fuertes contrastando con los labios que, como ella bien sabía, eran suaves y cálidos; y no pudo hacer otra cosa que tragar saliva. Quizá se había apresurado demasiado cuando adoptó la decisión de acompañarlo.

– Muy bien – murmuró, tratando de alejarse de él sobre el asiento; pero el modo de manejar de Jace, con las piernas bien separadas, determinaba que su muslo presionase el de Nellie.

– Oí decir que usted y su hermana estuvieron recibiendo invitaciones de todos los habitantes del pueblo.

El la miró, sorprendido.

– Terel las recibió, no yo.

– Ayer la señorita Emily me preguntó por qué usted rechazaba todas las invitaciones que se le enviaban. La gente está comenzando a pensar que usted los desaira.

Ahora tocó a Nellie el turno de sorprenderse.

– Pero nadie me convidó. Todas las invitaciones fueron para Terel.

– Hum – dijo él, y volvió los ojos hacia los caballos.

– Señor Montgomery, ¿ usted sugiere que mi hermana se abstuvo de entregarme las invitaciones? – ¿Qué tallas flores que le envié? La última semana se las remití todos los días.

– No recibí flores – dijo ella con voz tenue.

– ¿ Y las dos cartas que también le dirigí?

Nellie no respondió.

– ¿ Y el cachorro?

– ¿El cachorro?

– Un hermoso cachorrito de collie. Fue devuelto al hotel con una nota suya que decía que no deseaba nada de mí, y que tampoco quería volver a verme. Era un cachorro muy vivaz, ¿verdad?

– Jamás lo vi – masculló Nellie.

– Discúlpeme, no pude oírla.

– No vi el cachorro – dijo Nellie en voz más alta. ¿Era posible que Terel o su padre se las hubiesen ingeniado para evitar que ella recibiera esos regalos y los mensajes? ¿Por qué habían procedido así? Terel le dijo que no había llegado una sola palabra del señor Montgomery– . ¿Cómo está Olivia Truman?

– ¿Quién?

– Olivia Truman. Es una pelirroja muy bonita. Su padre es propietario de una importante parcela en las afueras de Chandler.

– No recuerdo haberla conocido.

– Usted seguramente la vio en uno de los encuentros sociales a los cuales asistió esta semana. ¿El *garden party?* ¿El almuerzo de beneficencia? ¿La feria de la iglesia?

Jace estaba comenzando a entender.

– Desde la última vez que la vi trabajé en la oficina de su padre, inclinado sobre una pila de sucios libros de contabilidad y pasé las veladas en la casa de mi prima. Houston le dirá que cené con ellos todas las noches de esta semana, y que mi vida social ha consistido en llevar un millón de veces a caballo sobre mis espaldas a esos tres niños. Nellie guardó silencio un rato. Noche tras noche Terel le contaba dónde había visto al señor Montgomery, y con quién estuvo. Uno de ellos mentía, y por instinto ella supo que era Terel. Nellie pensó: Quizá su intención fue protegerme. Tal vez hizo lo que le pareció que me convenía más.

– ¿Qué le parece Chandler, señor Montgomery? – preguntó, tratando de entablar una conversación cortés.

– Me agrada mucho, ahora que usted está conmigo de nuevo –

contestó él.

Nellie no supo qué responderle. ¿Era el villano dibujado por su padre y Terel, o como a ella misma le parecía? Antes Nellie nunca había tenido motivos para dudar de la palabra de su familia; pero ahora ciertas cosas la desconcertaban.

Estaban a varios kilómetros del pueblo cuando al llegar a la cima de una colina Jace contempló el valle y vio el carro del hombre a quien pretendía ayudar , cargado con maíz, y todavía detenido frente a la choza. Supo sin el más mínimo asomo de duda que no había entendido su plan.

Jace detuvo el carromato.

– Nellie, tengo que dejarla aquí. Es posible que la señora que vamos a visitar padezca una enfermedad contagiosa. Sería inadmisible que usted corriese peligro.

– No sea absurdo – empezó a decir Nellie, cuando ya Jace estaba rodeando el carro para ayudarla a descender– . Si usted puede correr peligro, lo mismo vale para mí. – Pero él no la escuchó, y extendió los fuertes brazos para que bajara.– Señor Montgomery, deseo ir con usted. Yo...

El la besó, en un gesto tierno pero distraído.

– Volveré tan pronto pueda, querida. No se inquiete.

Subió de un salto al carro, movió las riendas y partió envuelto en una nube de polvo.

Nellie permaneció a un costado del camino, tosiendo; observó a Jace. Murmuró: "Querida", antes nadie la había llamado así.

Cuando Jace llegó a la choza de los Everett su humor era pésimo. Le retorceré el cuello, rezongó mientras sofrenaba los caballos y saltaba del carro. La puerta de la choza estaba abierta para gozar de la tibieza del veranillo de San Martín y adentro la familia entera – dos adultos y seis niños– comía tranquilamente. La mesa estaba ocupada por una fuente de carne de cerdo y verduras, panes de maíz y un pastel esperaba sobre el reborde del armario.

– ¿Qué demonios está haciendo aquí? – rugió Jace, y su aparición determinó que todos le mirasen– . Disculpe el lenguaje, señora – dijo, descubriéndose mientras entraba.– ¿Pero qué está haciendo aquí?

– Estuve la noche entera cargando maíz – dijo Frank Everett– . Acabo de levantarme.

Jace lo miró, hostil.

– No le dijo una palabra, ¿verdad?

Frank se recostó en el respaldo de su silla. Tenía puestos pantalones sucios, sostenidos por tirantes. Bostezó y se rascó el brazo.

– A decir verdad, señor Montgomery, no estoy muy seguro de haber entendido todo.

La cólera de Jace se disipó, y vino a reemplazarla un sentimiento de vergüenza. Se miró la punta de su propio zapato.

La esposa se puso de pie.

– ¿No quiere sentarse y comer? Tenemos suficiente. Creo que usted es el que encomendó a Frank la tarea de cargar el maíz.

– Sí, soy yo. – Ahora que estaba allí, lo que había planeado, en efecto, parecía ridículo.– Pero no puedo sentarme a comer. Alguien me espera.

Frank, con expresión de asombro, se volvió hacia su esposa.

– Quiere que te enfermes, y que los niños estén hambrientos, entonces trae aquí a una joven dama, y nos salva a todos. Lo cual me parece insensato.

La señora Everett frunció el ceño un momento, sumida en sus pensamientos, y de pronto una sonrisa le iluminó el rostro.

– Caramba, Frank, está enamorado.

La cara de Jace se ruborizó todavía más cuando los hijos mayores comenzaron a reír.

La señora Everett se hizo cargo de la situación.

– Me agradarían unos pocos días de descanso, y si una de estas damas del pueblo quiere salvarnos, que lo haga. – Miró a sus hijos.– Sarah, vi a Lissie haciéndole ojitos al mayor de los muchachos Simon, el que te agrada más. Y oye, Frank, tu hermano dijo que puede cabalgar y disparar mejor que tú, y que cuando lo desees te lo demostrará.

Las muchachas mayores inmediatamente iniciaron una ruidosa discusión y los varones más grandes, sin decir una palabra, cayeron uno sobre el otro, descargando puñetazos. Los niños más pequeños, atemorizados, comenzaron a llorar.

Frank miró a su familia, a las muchachas que estaban dispuestas a arrancarse los cabellos, a sus hijos que rodaban sobre el piso tratando de asesinarse ya los más pequeños que gritaban con tal energía que tenían la boca más grande que la cara; y después volvió los ojos hacia Jace.

– ¿Está *seguro* de que desea cortejar a una mujer? – gritó, tratando de imponerse al estrépito.

La señora Everett pasó frente a su marido.

– Vaya – gritó a Jace– . Traiga a su joven dama, y acérquela a este lugar. Encontrará la familia más necesitada que haya visto jamás.

Jace asintió y salió a la relativa paz de la fresca atmósfera de Colorado. Se tomó su tiempo para regresar adonde estaba Nellie. No le agradaba representar esta farsa, pero no sabía de otro modo para liberarla de la vigilancia de su familia. Ella estaba sentada en silencio, esperándolo, cuando Jace regresó y al paso lento de los caballos retornaron a la choza. Cuando llegaron allí, Jace ya estaba dispuesto a explicar a Nellie que le había mentido y que la señora Everett no estaba enferma; y que como había encontrado trabajo para el señor Everett, la familia no pasaba necesidad. Pero apenas ingresaron en la choza, se alegró de haber ejecutado su plan. Los seis niños, con las mejillas sucias de lágrimas, tenían un aspecto desvalido y lamentable. No había una pizca de alimento en la casa; la señora Everett, con muy

mal aspecto, yacía en la cama; y Frank y el carro habían desaparecido.

Nellie se hizo cargo inmediatamente. En pocos minutos descargó el carro que los había traído, encendió la cocina y preparó comida. Desde el principio Jace había tenido cierta idea de lo que era realmente Nellie, pero sus ideas se basaban en la intuición, no en lo que había visto. Ahora, fuera de la influencia de esa terrible familia, ella florecía. Aquí no estaba Terel para decirle que era fea y adiposa y vieja. Aquí no se encontraba el padre para recordarle que debía agradecer todo lo que tenía.

En la choza había sólo ocho personas que pensaban que Nellie era maravillosa, pues Jace comprobó que si ésta simpatizaba con los niños, eso no era nada comparado con el aprecio que los niños dispensaban a Nellie. Una hora después de su llegada, los seis párvulos estaban hablándole, todos al mismo tiempo. La niña más pequeña trajo una muñeca y pidió a la joven que la reparase; los varones se vanagloriaban de sus hazañas; y las mayorcitas deseaban saber todo lo posible acerca de los jóvenes del pueblo. Nellie les dijo que Jace era pariente del muy apuesto Zachary Taggert, de diecisiete años; y después ya no hubo paz para él.

Ella también se hizo cargo de la señora Everett y le llevó un plato de comida sobre una bandeja, le acomodó las almohadas y en general la puso más cómoda que lo que jamás había estado en el curso de su vida. Jace se había sentado en un rincón, miraba y participaba. Nunca se había sentido tan feliz en su vida anterior. Tenía a un niño sobre las rodillas y observaba a Nellie amasando para preparar un pastel, mientras ayudaba a uno de los varones a resolver sus sumas. Las niñas mayores habían ido a recolectar huevos y ordeñar la vaca, mientras un muchachito alimentaba los caballos.

Jace miró por sobre la cabeza del niño que tenía en las rodillas y sonrió a Nellie. Esto era todo lo que él había deseado en su vida. Nunca se asemejó a su hermano Miles, que ansiaba tener muchas mujeres. No, Jace sólo aspiraba a un hogar con una esposa y algunos niños, un lugar seguro, donde supiera que era amado.

Nellie lo miró desde el lado opuesto de la mesa, sentado allí, con ese niño rubio sobre las rodillas, y comprendió que él jamás le había mentido acerca de nada. Si le dijo que la amaba, entonces en efecto así era. Si aseguraba que nunca había estado con otras mujeres, pues no había alternado. Le sonrió, y entonces se dijo que le agradaría continuar sonriéndole el resto de su vida.

Cuando ya había preparado alimento suficiente para unos días, bañado a los dos niños más pequeños y acostado al resto, eran las nueve de la noche y afuera había oscurecido completamente.

– Debo volver a mi familia – dijo Nellie a Jace en la silenciosa quietud de la casa– . Pero detesto dejar sola a la señora Everett.

Jace la tomó de la mano y la llevó afuera, al aire fresco y limpio. Cuando abandonó la tibieza de la casa, Nellie se estremeció. El apoyó contra su pecho la espalda de la joven y la rodeó con sus brazos.

– Pronto llegará el invierno. El invierno y la nieve y los fuegos crepitantes y...

– Navidad – dijo ella.

– Sé lo que deseo para Navidad – comentó Jace, acariciándole el cuello.

– Jace...

– Me alegra saber que al fin he dejado de ser el señor Montgomery.

Nellie se apoyó sobre su pecho. Aquí y ahora, de pie, tan cerca de este hombre, casi podía creer que ese momento duraría eternamente.

– Debo volver a casa – dijo, pero no hizo ningún intento de desprenderse del abrazo de Jace.

– El carro no tiene linternas y la luna no sirve de mucho. Tendremos que permanecer aquí esta noche. – La abrazó con más fuerza.– Creo que te sentirás segura con todos estos acompañantes.

Ella medio se volvió.

– No sé muy bien si deseo estar segura.

Sintió que él contenía la respiración y la besó, larga, intensa y afectuosamente, y de ese modo le dijo que estaba llegando a amarla más cada día.

Del porche llegó un coro de risitas.

– Tenemos público – murmuró él, mientras le mordisqueaba la oreja.

– Eso parece. – Ella se resistía a separarse, pero las risitas se repitieron, de modo que dejó caer los brazos, él la tomó de la mano y regresaron a la choza. Se oyó a los niños escapando hacia el interior.

– Si nuestros niños se comportan así, les calentaré los traseros.

Nellie se echó a reír.

– No puedo imaginarte golpeando a nadie, y menos todavía a una criatura:

– Tal vez no. Quizá me limitaré a instalar nuestro dormitorio en un extremo de la casa, y el de los niños en el otro.

Sólo más tarde, cuando Nellie estaba acurrucada en la cama, con los niños, comprendió que habían estado hablando como si el matrimonio fuese un desenlace completamente natural. Nellie se durmió sonriendo.

7

Cuando Nellie despertó, a la mañana siguiente, aún sonreía. Había mucho que hacer preparando el desayuno para seis niños y tres adultos, pero a ella le encantaba la agitación y la actividad. Las criaturas vieron que Jace podía ser convencido fácilmente cuando se trataba de asuntos de disciplina, y así lograron esquivar la tarea que a cada uno le correspondía. Pero cuando la vaca que no fue ordeñada comenzó a mugir, faltaba leña para la cocina y no habían traído agua del pozo, Nellie empezó a ajustarles el torniquete.

Jace bromeó con ella, le desató los cordeles del delantal y la convenció de que jugase con ellos. Los niños apilaron fardos de heno hasta llegar al techo del granero y prepararon un tobogán. Después de muchas bromas y risas, Jace y los niños instaron a Nellie a que también ella ocupara su turno en el tobogán. Jace se sentó detrás de la joven, las piernas extendidas y abiertas encerrando las de Nellie, y así descendieron y al final aterrizaron en un montón de paja y enaguas. Jace trató de "ayudar" a Nellie a incorporarse y recuperar su dignidad, pero pareció que sus manos estaban simultáneamente en todos *los* lugares *del* cuerpo femenino, y *ella* se reía tan desordenadamente que *vol*vió a caer sobre la paja, y *los* niños a su vez se arrojaron sobre ella y Jace.

Cuando Nellie se incorporó para respirar, al principio no reconoció al sheriff, que estaba frente a ellos.

– Hola – consiguió decir, quitándose de los cabellos las hebras de paja y al mismo tiempo ayudando a un niño a incorporarse.

– Nellie – dijo *el* sheriff– , ¿sabe que todos *los* habitantes de Chandler están buscándola? Corren rumores de que fue secuestrada, o algo peor.

Nellie se sentó, y miró parpadeando al hombre. – Pero yo dejé una nota – consiguió decir, y se volvió para mirar a Jace, medio enterrado en la paja, a poca distancia. *El* desvió *los* ojos y ella no dudó de que él la había robado.

– Nellie, será mejor que vuelva conmigo – dijo el sheriff– y demuestre a todo el mundo que está bien.

– Sí – dijo Jace, apoyando la mano sobre *el* hombro de la joven– regresaré contigo. Explicaré que soy el culpable de tu desaparición.

– Es mejor que no hagas tal cosa – murmuró ella. Sabía lo que *le* esperaba en su casa: la cólera de su padre, las lágrimas de Terel, y sus propios sentimientos de culpa por haberlos inquietado tanto– . Debo enfrentarlo sola y además es necesario que permanezcas con *los* niños hasta que la señora Everett se recupere. Jace la acompañó hasta *el* calesín del sheriff y cuando ella comenzó a ascender, él le dijo:

– Nellie, no permitas que te maltraten. Hoy veré a tu padre y *le* explicaré.

– No – se apresuró a decir Nellie– , tal vez pierdas tu empleo.

Jace le dirigó una sonrisa.

– No te preocupes por mi empleo. – Frente a todos, la rodeó con sus brazos y la besó.– Mañana tengo que ir a Denver por negocios, pero regresaré el día del Baile de la Cosecha, allí te veré. – Volvió a besarla. Resérvame todas las piezas.

Ella le dirigió un gesto de asentimiento; de mala gana se separó de él cuando Jace la ayudó a ascender al calesín.

– Sheriff, cuide a mi muchacha – gritó Jace mientras el vehículo comenzaba a alejarse.

Nellie miró hacia atrás y con la mano saludó a Jace, a los niños ya la señora Everett, que estaba de pie en la puerta, en su camisón. Se enjugó una lágrima y se volvió para mirar al camino que tenía delante.

Lo que la esperaba en su casa fue peor de lo que había imaginado. Nunca vio tan encolerizado a su padre.

– Podías estar muerta, y nosotros nada sabíamos – aulló– . Tu hermana y yo, sin hablar de la mitad del pueblo, estuvimos levantados la noche entera buscándote. Nos preocupamos terriblemente por ti, y tu... tu...

Estaba demasiado irritado para hablar.

Terel no tenía el mismo problema. Lloraba, el rostro hundido en un pañuelito de encaje.

– Soy el hazmerreír de Chandler. Mi propia hermana en aventuras con ese hombre. Nellie, ¿dónde pasaste la noche? ¿Con él?

Con cada palabra que pronunciaban el sentimiento de culpa se agravaba en Nellie. Si cualquiera de ellos hubiese desaparecido la noche entera, ella habría enfermado de preocupación. Parte de su persona se alegraba de que Jace hubiese destruido la nota, pues de no haber sido así no habría podido incorporar a su recuerdo esas veinticuatro horas paradisíacas. Pero otra parte de ella estaba muy arrepentida de haber provocado tanta inquietud a su familia.

– No creo que te intereses por nosotros, Nellie – dijo Terel sollozando– . No te inquieta el sufrimiento que nos provocaste.

– Sí, me inquieta – dijo ella, sumisa.

– Pero, ¿qué impedirá que algo parecido vuelva a suceder? Me parece que todo lo que el señor Montgomery necesita hacer es mover el dedo meñique para que tú acudas corriendo.

– No es así – dijo Nellie, pero sabía que en efecto lo era. Si Jace le pedía que volviese a acompañarlo, probablemente lo haría– . Me disculpo por haberlos preocupado. Lo digo de veras. – Ahora comenzaron a afluir sus lágrimas. Realmente, su conducta había sído muy desconsiderada.– Deseo...

– ¿Deseas qué? – dijo severamente Charles.

– Deseo que ambos obtengan lo que quieran de mí – dijo, y sollozando salió deprisa de la habitación. Terel y Charles permanecieron de pie, mirándola mientras se alejaba. En una cosa coincidían totalmente: lo que deseaban de Nellie era que ella nunca interfiriese en la comodidad de cada uno de ellos. En realidad, ninguno estaba demasiado impresionado por la ausencia de Nellie; pero los

enfurecían las molestias que ella les provocó. Charles había recibido una cena fría la víspera y Terel al regresar a su casa descubrió que sus vestidos no estaban planchados; y hoy había tenido que suspender su té, porque Nellie no se había quedado en casa a preparar lo necesario.

– Sí, ojalá que ese deseo se realice – murmuró Charles.

Terel descendió por la avenida Coal en dirección al taller de su modista. Necesitaba someterse a la Última prueba del vestido que usaría en el Baile de la Cosecha; después, todo estaría pronto. Había gastado muchísimo en ese atuendo, pero ya se preocuparía después por la irritación de su padre. Esa prenda le agradaba especialmente. Estaba formada por más de un centenar de rosas de seda rosada en la falda y el corpiño. Las mangas cortas estaban cubiertas de puntilla, y tenía una enagua de encaje bajo una sobrefalda plisada de seda rosa.

No podía evitar una sonrisa cuando pensaba en el momento en que entraría en el salón de los Taggert, la noche del baile. A decir verdad, no podía evitar una sonrisa en relación con una serie de cosas. Lo más sorprendente de todo era que en definitiva le llegó una invitación para asistir al Baile de la Cosecha. Había abrigado la certeza de que después del pequeño incidente con esos muchachos, un año atrás, jamás volverían a invitarla. Pero Terel suponía que ahora era tan popular que los Taggert no podían ignorarla. Además, durante los últimos cuatro días Nellie había sido una maravilla. La casa estaba mejor organizada que nunca. Las comidas se servían a sus horas y eran deliciosas, y todas las prendas de Terel estaban perfectamente planchadas y colgadas en su guardarropa. No se volvió a mencionar la noche de la desaparición de Nellie, y tampoco había signos del señor Montgomery. Después de varias semanas de desorden parecía que el hogar de los Grayson estaba retornando a la normalidad. Excepto que ahora Terel, en efecto, era la joven más solicitada de Chandler, al extremo de que no podía aceptar todas las invitaciones que llegaban a sus manos. Y los negocios de su padre se desarrollaban mejor que nunca.

Una hora después, Terel frente al espejo en el taller de su modista, miraba su propia imagen ataviada con el vestido de fiesta y sonreía. En resumen, no había una sola nube en su cielo.

– Sí, es perfecto – dijo Terel– . Envíelo a mi casa.

La modista se sintió feliz porque al fin consiguió complacer a Terel. Esa colección de rosas había llevado mucho tiempo.

– ¿Enviaré también el vestido de Nellie?

Terel interrumpió sus movimientos frente al espejo.

– ¿Qué dice de Nellie?

– Su vestido para el Baile de la Cosecha. ¿Lo remito a su casa al mismo tiempo que el suyo, o ella querrá someterlo a una última prueba?

Terel estuvo tan atareada que olvidó por completo que también Nellie fue invitada a ese baile.

– Déjeme ver el vestido – murmuró Terel.

– Por supuesto – dijo la modista, sonriendo mientras pasaba detrás de una cortina a la habitación que era el taller propiamente dicho– . Estoy muy orgullosa de mi trabajo. Lo considero una de mis mejores creaciones. Nunca supe que Nellie tenía un gusto tan excelente en el vestir. Por supuesto, todo el pueblo está diciendo ahora que hay muchas cosas que no habían visto en Nellie. Por mi parte, nunca supuse que era tan hermosa. – Regresó poco después con una prenda de satén azul hielo en los brazos.– Nellie se verá realmente hermosa con este atuendo, verdaderamente hermosa.

El vestido era muy sencillo, sostenido por los hombros y bastante escotado, y Terel sabía que Nellie en efecto se vería bella con él.

La modista miró la expresión agobiada de Terel. – ¿Dije algo malo? ¿Quizá Nellie quiso que fuese una sorpresa, y ahora yo lo eché a perder?

– Sí – dijo Terel, tratando de reaccionar– . Creo que la intención era que fuese una sorpresa. Tengo la esperanza de que mi hermana pueda ir al baile, pero ahora no estoy segura de que lo consiga.

– Nellie señaló algo al respecto. En realidad, lo que dijo fue bastante extraño. Afirmó que puesto que usted y su padre saldrán esa noche, no creía que el hecho de que ella también asistiera a la fiesta pudiera molestarlos. ¿No es extraño? Molestarlos. Eso es exactamente lo que dijo.

Terel se apartó del hermoso vestido de Nellie.

– Quizá será mejor que usted envíe por separado los vestidos, de modo que cuando yo vea el de Nellie me muestre *debidamente* sorprendida.

– Sí, por supuesto. Es una buena idea.

Cuando Terel llegó a la calle, ya sabía lo que tendría que hacer. Se detuvo en una pequeña tienda y compró un bolso de canicas, de las que utilizan los niños para jugar.

Nellie alisó la tela del vestido depositado sobre la cama. Sintió el nerviosismo de la expectativa mientras acariciaba la seda azul. Sabía que esa noche sería muy especial. Durante un momento cerró los ojos y se imaginó danzando con Jace.

El llamado a la puerta la devolvió a la realidad y su primera idea fue ocultar el vestido, pero Terel entró antes de que ella pudiese reaccionar.

– Nellie, estaba pensando que... – empezó Terel, pero entonces vio el vestido– . Qué hermoso, realmente qué hermoso. – Dirigió una mirada de sorpresa a Nellie.– Vaya, había olvidado por completo que tú también irás esta noche al baile.

Nellie sintió que se le enrojecía la cara.

– El señor Montgomery me invitó, y pensé que como tú y papá saldrán esta noche, no se opondrían a que yo fuese. No permaneceré hasta el final. Yo... Sintió que se desvanecían sus esperanzas cuando vio la irritación en la cara de Terel.

– Nellie, hablas como si papá y yo fuésemos monstruos, o peor todavía, carceleros. N o me agrada que pienses de mí como si fuese un ogro.

– Oh, no, es claro que no. Mi intención no fue ofenderte. Sólo que no deseaba interferir en tu... tu comodidad. No necesito ir al baile. Puedo...

Terel avanzó unos pasos hacia el interior de la habitación y besó a Nellie en la mejilla.

– Qué tonta eres. Mi comodidad... *Tu* comodidad es lo que importa. – Tomó el vestido depositado sobre la cama.– Es hermoso, y cuando lo lleves puesto tú también te verás hermosa. Ah, Nellie, seremos las dos muchachas más bonitas de la fiesta.

Nellie sonrió.

– ¿Lo crees?

– Estoy segura. – Levantó el vestido para que la luz lo iluminase mejor.– Realmente es una seda exquisita, y el color es perfecto para ti. ¿Tú misma lo elegiste?

– Sí – le respondió, y comenzó a tranquilizarse, preguntándose por qué se había mostrado temerosa. En realidad, trató de evitar que Terel viese la prenda y había mantenido en secreto el hecho de que también ella asistiría al baile.

Con mucho cuidado para no arrugarlo, Terel lo sostuvo con los dos brazos.

– Tenemos que vestirnos al mismo tiempo. Yo te ayudaré con los cabellos y... Nellie, mi collar de ópalos armonizará maravillosamente con esta prenda. Vamos – dijo, cuando ya estaba en la puerta– , no te quedes allí, tenemos que hacer. Mañana, todos los habitantes del pueblo hablarán de las muchachas Grayson.

Nellie se sintió tan feliz que deseó echarse a llorar. ¿Por qué había necesitado preocuparse? Sonriendo, salió de la habitación con Terel.

Tres horas después, Nellie estaba de pie frente al espejo de cuerpo entero del cuarto de Terel. Su vestido tenía mejor aspecto aun que lo que ella había esperado, y el collar de ópalos se adaptaba perfectamente a la prenda. Tenía los cabellos más abundantes de un lado que del otro, los rizos sobre la frente estaban chamuscados por las tenazas de rizar y tenían un aspecto un tanto extraño; Terel reconoció que ella no era muy eficaz cuando se trataba de atender el peinado de otra persona. A Nellie eso no le importó. Por primera vez pensaba que el reflejo que se veía en el espejo era la imagen de una mujer bonita; y así, además de la convicción de que tenía buen aspecto, Nellie sentía una intensa calidez interior, a causa de las tres horas tan gratas que pasara con su hermana. Esa tarde se habían comportado como auténticas hermanas, y no como, según Nellie se sentía a menudo, en los papeles de madre e hija. Habían colaborado ayudándose en el peinado, ajustando los cordones del corsé y

Librodot

admirando profusamente cada una el vestido de la otra.

– Tendrás que elegir telas para mí – dijo Terel mirándola, ataviada con su vestido azul– . Quizá tú habrías elegido algo diferente para mi vestido de esta noche.

Sintiendo que casi desbordaba de alegría ante la velada que las esperaba y que no era una mujer entrada en años que vestía prendas anticuadas, Nellie habló sin pensar.

– Menos rosas y no precisamente de ese matiz.

La sonrisa de Terel se esfumó.

– ¿Cómo?

Parte de la alegría de Nellie se desvaneció. – Discúlpame. No fue mi intención... sólo quise decirte que...

No supo qué agregar. Terel sonrió de nuevo y se sentó frente a su tocador.

– Quizás estás en lo cierto. La próxima vez elegirás mis vestidos.

– Oh, ¡mira qué hora es! Los hombres llegarán muy pronto.

Nellie comenzó a agitarse sólo con pensar en la posibilidad de ver nuevamente a Jace.

– Oh, Dios mío – dijo Terel– , otra vez lo mismo. Dejé abierto mi frasco de tinta. Estuve escribiendo notas de agradecimiento y olvidé cerrarlo. Nellie, ¿quieres pasármelo? Ten cuidado, no derrames una gota.

Sonriendo, y siempre pensando en Jace, Nellie se acercó a la mesa que estaba junto a la cama y tomó el frasco. No vio que Terel abría el bolsito de canicas y arrojaba estas sobre el piso. Cuando las bolitas comenzaron a rodar por el suelo, Terel cubrió el ruido con un acceso de tos. Nellie, preocupada, corrió hacia su hermana. No había dado tres pasos cuando apoyó el pie en una canica, cayendo de costado sobre la cama de Terel.

– ¡Cuidado! – exclamó Terel.

Horrorizada, Nellie miró su hermoso vestido y la tinta que empapaba la falda. La prenda estaba irremediablemente arruinada.

– Deprisa, quítatelo. Limpiaremos la tinta y... – Está arruinado – murmuró Nellie, poniéndose de pie e inclinándose para recoger dos canicas.

– ¿De dónde vinieron? – preguntó Terel.

– Estaban en el piso.

Horrorizada, Terel se llevó la mano a la boca.

– Oh, no, Nellie, ¿por eso resbalaste? Las compré para regalarlas a los niños Taggert. Pensé que eso ayudaría a que ellos me perdonen por lo que sucedió el año pasado. Nunca creí que...

Prosiguió hablando, pero Nellie no la escuchaba. Parte de su mente le decía que era inevitable que sucediese algo que le arruinara la velada. La había deseado con excesiva intensidad, yeso no podía ser. Por otra parte, era un foco de hirviente cólera. ¿Cómo era posible que Terel le hiciera eso?

– Fue un accidente – murmuró para sí misma. – *Por supuesto,* fue

un accidente – le aseguró su hermana– . No creerás que yo... que yo pude... – Se llevó las manos a la cara.– Nellie, ¿cómo puedes odiarme tanto y llegar a creer que yo quise arruinar tu vestido? *¿Por qué* tenía que desear semejante cosa?

Su cólera se disipó y abrazó a Terel.

– Lo siento. Por supuesto, fue un accidente. Por supuesto, tú no puedes desear una cosa así.

Se miró el vestido. Ahora no podría asistir a la fiesta, pues no disponía de otra prenda igualmente apropiada.

Terel se apartó de su hermana.

– Debemos darnos prisa y encontrarte otro vestido. Ellos llegarán muy pronto.

– No tengo otra cosa – dijo Nellie con expresión fatigada.

– Entonces, te pondrás uno de los míos. Puedo prestarte el verde. El color te sentará bien.

Nellie intentaba conservar su dignidad.

– No puedo ir con uno de tus vestidos. Soy demasiado... no tengo tus medidas.

– Oh – agregó Terel, mirándola– . Y creo que ni siquiera podríamos abrir las costuras. Tendremos que pedir prestado uno. Bien, en este pueblo, ¿quién tiene tus medidas?

– Nadie – dijo Nellie, conteniendo las lágrimas– . Absolutamente nadie.

– La señora Hutchinson – sugirió Terel con aire comprensivo– . Sí, eso es, iremos a su casa y...

La señora Hutchinson era una vieja horrible que vivía en el límite del pueblo. Pesaba por *lo* menos ciento cincuenta kilogramos, vestía como un hombre y olía como *los* cerdos que ella misma criaba. Decían que en su juventud había sido arriera de mulas.

– No – corrigió Terel– , ella no puede tener un vestido de baile. Pero, ¿hay otra persona en el pueblo que tenga tu misma corpulencia?

Los músculos del cuello de Nellie estaban tensos, tratando de evitar el *llanto. ¿Realmente* era tan gruesa como la señora Hutchinson?

Terel cuadró *los* hombros.

– No iré. Si mi hermana no puede ir, tampoco yo. Nellie se enjugó *los* ojos Con el dorso de la mano. – Eso es ridículo. Naturalmente, irás.

Terel comenzó a recoger las canicas del piso.

– No, no iré. Qué clase de hermana sería si te dejo aquí sola, y además por culpa de mi tinta... y yo fui quien compró las bolitas. Y creo que cuando tosí cayeron de la mesa. No debí haber tosido. No sé por qué últimamente tengo esos ataques de tos. Tendría que consultar al doctor Westfield. Probablemente debiera quedarme en casa esta noche para descansar. Tú y yo prepararemos *bollos* y podrás comértelos todos. Sí, Nellie, eso es *lo* que haremos. Bien, ¿me ayudarás a desvestir? De todos modos, dijiste que era una prenda fea.

Las palabras de Terel consiguieron que Nellie cesara de pensar en ella misma.

– Tu vestido es hermoso, tú eres *bella* y *debes* ir al baile.

– No sin ti.

Nellie necesitó cuarenta y cinco minutos para convencerla de que debía asistir al baile sin ella. Su acompañante llegó y tuvo que esperar treinta minutos en la sala, mientras Nellie intentaba persuadir a Terel de que fuese. Finalmente ésta partió con el muchacho, en un remolino de rosas y encaje y seda rosada, y Nellie cerró la puerta tras ellos.

Aún tenía puesto el vestido azul y la mancha de tinta ahora se había extendido a la mayor parte de la falda. Sintió el aguijón del hambre, un hambre intensa y mordiente. Se apartó de la puerta y caminó hacia la cocina pero un llamado en la entrada la detuvo. Abrió y de pronto se encontró con Jace. Vestía prendas oscuras, y se lo veía tan apuesto como un príncipe de un cuento de hadas.

– Lamento llegar tarde – dijo– pero había vacas en la vía ferroviaria, y el tren se demoró, y... Nellie, ¿qué sucede?

Mientras hablaba la atrajo hacia él y las lágrimas de Nellie, contenidas desde hacía más de una hora, comenzaron a afluir; Jace apenas podía entender lo que ella decía. Apartó la cabeza de la joven de su hombro y aplicó los dedos bajo su mentón.

– ¿Por qué dices que no puedes ir?

– Arruiné mi vestido.

El retrocedió un paso para observar la falda.

– ¿Esto también es obra de tu hermanita?

– No fue Terel. Ella estaba tosiendo, y se cayeron las canicas, y yo...

– Ajá. Seguro. – Extrajo su pañuelo y lo pasó por los ojos de Nellie.– Ahora, querida, suénate la nariz, porque tengo una sorpresa para ti.

Retrocedió un paso y entonces vio que detrás de Jace había dos personas, un hombre y una mujer. El tenía los brazos cargados de cajas y ella traía un pequeño maletín de cuero. Nellie miró a Jace con expresión interrogadora.

– Es la criada de Houston, y vino a peinarte. – Miró los rizos en la cabeza de Nellie.– ¿Terel quemó tus cabellos?

– No fue su intención. Ella...

– y el hombre trae algunas prendas para ti. – ¿Prendas? No entiendo.

– Sube y Elsie te vestirá. Después te lo explicaré todo. Tu hermana *se fue,* ¿verdad? No quiero tinta en este vestido, y tampoco deseo que te queme los cabellos.

– Terel no...

– ¡Deprisa! – ordenó, y Nellie obedeció y subió los peldaños, con los dos criados detrás.

La doncella de Houston era rápida y eficiente, y sabía peinar.

– Qué cabellos hermosos y abundantes – dijo mientras trenzaba y

aseguraba hábilmente la cabellera de Nellie– . Y qué piel perfecta.

Nellie sintió que se sonrojaba ante los cumplidos de la mujer. y cuando vio el atuendo, enmudeció. – Debemos quitar el vestido arruinado y...

– No puedo usar eso – exclamó Nellie– . Es demasiado bello para mí.

Estaba confeccionado con un hermosísimo satén plateado y recamado en la falda con perlas naturales.

El corpiño bajo y escotado tenía mangas de encaje plateado. Era el vestido más exquisito y hermoso que Nellie había visto jamás.

La criada de Houston no prestó atención a sus vacilaciones. En pocos minutos consiguió que ella se quitase el vestido arruinado y se pusiera *el* nuevo. Nellie permaneció de pie frente *al* espejo, contemplando su propia imagen. No podía creer que *lo* que veía era

ella misma.

– Y ahora las joyas – dijo Elsie. Abrochó un collar de tres filas de diamantes alrededor de su cuello y después le puso aros de la misma piedra en las orejas. Aplicó a los cabellos de Nellie tres adornos también de diamantes.

– ¿Esa soy yo? – murmuró Nellie ante el espejo. – Asombrosa – dijo Elsie, sonriente– . Será la muchacha más bella de la fiesta.

Nellie apartó los ojos del espejo.

– No soy una muchacha, y con este cuerpo no soy bella.

– El señor Montgomery no parece creer que su cuerpo tenga algún defecto.

– Eso piensa, ¿verdad? – dijo asombrada Nellie, volviendo la mirada hacia el espejo. Ahora ella casi podía creer que no era una vieja solterona, tampoco una mujer adiposa que había dejado atrás sus mejores años.

– Así está mejor – dijo Elsie, riendo– . Ojalá que esta noche lo pase muy bien.

– Yo también deseo eso – sonrió Nellie, y pensó en Terel. Ahora su hermana no necesitaría sentir remordimientos a causa del accidente con la tinta.

En la planta baja, las dudas que podía haber concebido acerca de su propio aspecto se disiparon cuando vio a Jace. Por primera vez en su vida Nellie comprendió cuán bella puede sentirse una mujer cuando su hermosura se refleja en los ojos de un hombre. Jace la miró con expresión ansiosa y Nellie sintió que ella misma cambiaba. Descendió rauda los peldaños, complaciéndose en la admiración de Jace.

– ¿Esas flores son para mí? – preguntó cuando se detuvo frente a él. Jace la contemplaba atónito, incapaz de decir una palabra.

Nellie rió y recibió las flores que él le entregó, y Elsie puso una capa de armiño sobre sus hombros.

– Adelante – dijo Elsie, exhortándolos a salir por la puerta.

En el carruaje, durante el trayecto hasta la casa de los Taggert, Jace la miraba como si nunca la hubiese visto. Al llegar a la fiesta,

Nellie comenzaba a sentir que quizás Elsie estaba en lo cierto, que ella era la mujer más bella del mundo.

Fueron los últimos en llegar, y cuando un lacayo intentó ayudar a Nellie a despojarse de su capa, Jace lo apartó con un gesto posesivo.

– Eres la mujer más hermosa que he visto jamás murmuró Jace– . y no creo que desee que otros hombres te miren.

Ella le dirigió una sonrisa.

– Estoy segura de que eres el único hombre aquí que cree que una solterona vieja y gorda como yo, es bonita – dijo, pero por primera vez no creyó en sus propias palabras. Esa noche, con ese vestido, no se sentía vieja ni gorda.

En el salón, otros caballeros miraron a Nellie más o menos como lo había hecho Jace.

– ¿Esa es Nellie Grayson? – preguntó uno.

– *¿Esa* es la hermana de Terel?

– ¿Terel qué?

Riendo, los hombres cayeron sobre Nellie y Jace.

– ¿Bien? – preguntó Houston a su esposo mientras él miraba fijamente a Nellie– . ¿Qué dijiste acerca de las "damas gordas"?

Kane sonrió.

– Hay gordura y gordura. Parece un durazno, redondo y maduro como un durazno.

Houston pasó un brazo bajo el de su esposo. – Conociendo tu afición por esa fruta, creo que será mejor que te mantengas apartado de Nellie.

Kane le sonrió a su esposa.

– Estoy seguro de que esa hermanita que ella tiene no verá con buenos ojos la apariencia de Nellie. – Me temo que no – dijo Houston en voz baja. Terel necesitó unos minutos para comprender que su público de admiradores comenzaba a abandonarla. Desde su llegada, había sido la joven más popular de la fiesta. La colmaron de invitaciones a bailes y reuniones sociales durante las semanas siguientes. Ocupó una hermosa silla dorada y presidió su corte con toda la altivez de una princesa que habla con sus súbditos. Louisa, Charlene y Mae se habían reunido en un rincón y le dirigían miradas coléricas. y cada mirada aumentaba el regocijo y el placer de Terel.

Seis jóvenes desertaron antes de que ella advirtiese que el número de sus admiradores estaba disminuyendo. Vio que uno, muy apuesto, tocaba el brazo de otro y movía la cabeza. Los dos desaparecieron entre la gente. Terel miró a Charlene y advirtió que también ella tenía los ojos fijos en el centro de la habitación.

Terel cesó de agitar el abanico y cuando se interrumpió la música y los bailarines se retiraron de la pista, vio lo que llamaba la atención de todos. En el centro de la habitación, ataviada con un vestido por el cual una mujer habría vendido el alma, estaba su hermana. Sólo que

esta Nellie, con la cabeza erguida, los diamantes destacándose relucientes, y una sonrisa de felicidad en el bello rostro, no era la joven que lavaba y planchaba ropas. *Esta* Nellie era completamente distinta.

Terel advirtió que Jace Montgomery estaba más elegante que nunca, y miraba a Nellie como jamás un hombre la había contemplado a ella.

Apretó con tal fuerza los puños, que las uñas se le hundieron en las palmas.

– ¿Quién habría pensado – murmuró Charlene que tendrías la competencia de tu propia hermana? Charlene estaba muy irritada ante la reciente e inexplicable popularidad de Terel.

– ¿No es verdad que Nellie se ve muy hermosa? – dijo Mae– . Nunca la he visto tan bonita. ¿Dónde crees que consiguió ese vestido?

Terel comenzó a percibir que la gente la observaba. Esbozó una sonrisa forzada, se puso de pie y caminó hacia Nellie.

– Terel– dijo Nellie, besando la mejilla de su hermana– , como ves, en definitiva pude venir.

Contempló los diamantes alrededor del cuello de Nellie y en sus orejas y las perlas del vestido.

– Me alegro muchísimo. ¿Un hombre te compró esta prenda?

En su voz estaba la insinuación de que Nellie había canjeado "favores" por el vestido.

– Yo se lo di – dijo Houston antes de que ésta pudiese responder, y dirigió una mirada dura a Terel, quien sabía que la gente la observaba, como desafiándola a decir o hacer algo.

– ¿Puedes concederme esta pieza? – preguntó Jace a Nellie. No ofreció a Terel la oportunidad de expresar algo antes de alejarse con la hermana mayor . Después de este episodio, la fiesta dejó de interesar a Terel. Nada tenía el más mínimo significado para ella – ni las invitaciones que recibía, ni los cumplidos de los hombres– , nada. No podía apartar los ojos de Nellie. Y pensaba: ¿Cómo era posible? ¿Cómo era posible que una persona tan obesa y aburrida como Nellie suscitase tanto interés? Casi todos los asistentes a la fiesta se agrupaban alrededor de su hermana. Sí, había mozos alrededor de Terel, pero no mujeres, ni jóvenes ni maduras.

Todos hablaban con Nellie. Las ancianas, los muchachos, los hombres maduros e incluso los niños Taggert, a quienes se permitió estar en la fiesta unos minutos, acudieron a ver a su primo Jace y terminaron besando a Nellie. Terel esbozó una mueca cuando oyó las exclamaciones de asombro de la gente al ver cómo los niños se sentían atraídos por su hermana.

Su presencia podría haber sido soportable si le hubiesen prestado atención sólo las personas de más edad; pero lo que irritaba a Terel era la atención de los hombres. Todos los *muchachos* invitaban a bailar a Terel, pero todos los *hombres* solicitaban a Nellie. Vio al doctor Westfield bailando con ella, y reír estrepitosamente por algo que dijo. Edan Nylund y Rafe Taggert, hombres que jamás habían mirado

siquiera a Terel, invitaban a bailar a la hermana.

– Nunca presté atención a Nellie – dijo el joven que bailaba con Terel– . Me parecía que era vieja, y tal vez un poco... bien... excedida de peso, pero esta noche no opino lo mismo. Se mueve como una diosa. Terel cesó de bailar, dejó al hombre de pie, solo, en el medio del salón y salió de la casa, para gozar del aire fresco de la noche.

– ¿No puede soportar que tanta gente simpatice con Nellie?

Terel se sobresaltó y se volvió para ver a Jace de pie al abrigo de las sombras.

– No entiendo lo que usted quiere decir, señor Montgomery. Me complace mucho ver feliz a mi hermana.

– A usted no le complace que nadie tenga más que usted misma.

– No permaneceré aquí para que me insulten de este modo.

Comenzó a regresar al salón, pero Jace la aferró del brazo.

– Sé lo que usted se propone, y no me engaña ni por un instante. Usted es una mocosa malcriada a quien le han dado todo servido en el curso de su vida, y cree que Nellie ha nacido para atenderla. Esta noche está recomida por los celos, porque sabe que aquí todos *simpatizan* con su hermana, y también sabe que usted no agrada a nadie.

Terel se desprendió de la mano de Jace.

– ¡Que usted hable de simpatía! Todo lo que desea de mi vieja hermana solterona es el dinero de nuestro padre. Yo sólo trato de protegerla de...

Se interrumpió porque Jace se reía de ella.

– El dinero de su padre – dijo burlón– . Antes de acusar a la gente debería investigar un poco. Quiero a Nellie porque es todo lo que una mujer tiene que ser... todo lo que usted no es. – Se inclinó amenazador sobre Terel.– Se lo advierto, es mejor que la deje en paz. No más tinta en sus vestidos, y no más decirle que es gorda. ¿Me entiende? Continúe provocando su llanto y tendrá que vérselas conmigo.

Dicho esto, se volvió y regresó a la sala de baile. Durante un momento Terel estuvo demasiado atónita para hacer nada. Jamás nadie le había hablado así, y mientras veía a Jace que se acercaba a Nellie y que los dos empezaban a bailar, la cólera de Terel se convirtió en algo más profundo. El había hablado de investigar, y lo dijo como si se tratara de algo que Terel debía conocer acerca del propio Jace.

Regresó al salón y comenzó a formular preguntas. No necesitó averiguar mucho para saber que Jace Montgomery era uno de los herederos de la compañía de navegación Warbrooke. Terel no dudaba de que su padre estaba perfectamente al tanto de todo lo referente a la compañía Warbrooke, y que por eso había decidido emplear a Jace, y éste aceptara el empleo sólo para estar cerca de Nellie.

Mientras Terel bailaba y sonreía y charlaba su mente estaba activa. De ningún modo dispuesta a permitir que su hermana, soltera, adiposa y vieja, atrapase a uno de los hombres más ricos de Estados Unidos. ¿Era concebible que ella, Terel, se casara con un muchacho de

Librodot

Chandler y se viese obligada a vivir en una casita mientras Nellie residiría en una mansión en Nueva York? ¿O en París? ¿O donde se le antojase vivir? ¿Ella tendría que pasarse la vida leyendo acerca de sus andanzas en las páginas del diario dedicadas a las noticias sociales? Tal vez Nellie se compadecería de la pobreza de su hermanita, enviándole las ropas que ya no deseara. ¿Acaso Nellie tendría todo lo que Terel anhelaba en la vida, sólo porque había conocido primero a Jace Montgomery? Si ella hubiese descendido antes esa noche para saludar al invitado a cenar, sin duda ella habría sido ahora la destinataria de su amor.

Terel pensó: Ella está adueñándose de todo lo que *debería* ser mío. Mi propia hermana me ha traicionado al apoderarse de todo lo que yo siempre he deseado.

Bien, pensó Terel, no lo tendrá. Lo que es mío es mío, y ella no logrará arrebatármelo.

Miró a Nellie, de pie cerca de Jace, bebiendo una copa de ponche y escuchando a Kane Taggert. Este jamás había saludado siquiera a Terel.

– La derrotaré – murmuró Terel– . Aunque me cueste la vida, impediré que se apodere de lo que es mío.

Sonrió al joven que estaba cerca suyo. Todos hubieran dicho que estaba divirtiéndose mucho, pero en su mente estaba trazando un plan.

8

La Cocina

Berni salió de la bañera y de nuevo examinó su lista. Ignoraba cuánto tiempo estaría en la sala del Lujo, pero por lo menos era necesario para elegir tres cosas de la nómina.

Después de haber concedido a Nellie sus tres deseos, Berni entro en la sala del Lujo y recibió un extenso repertorio de placeres, entre los cuales podía elegir. Como había pasado los catorce años precedentes asistiendo a fiestas, lo primero que eligió fue el rubro "videos".

Guiada por las luces doradas que veía a través de la niebla, Berni entró en una enorme sala atestada de estantes de videos de todos los filmes realizados en el curso de la historia, y todos los episodios de todos los programas de televisión. Era suficiente que examinase los títulos y estos eran elegidos automáticamente. Después de seleccionar unos pocos centenares de filmes y antiguos programas de televisión– todo lo que Mary Tyler Moore había realizado, y toda la totalidad de los primeros episodios de "Bonanza"– siguió las luces hasta un hermoso dormitorio.

La cama, tendida con lujosas sábanas y almohadones revestidos de encaje confeccionado a mano, se elevaba bastante sobre el piso y era suave como el plumón (en la Cocina no había colchones ortopédicos e "higiénicos"). Berni permaneció acostada mucho tiempo, consumiendo interminables cuencos de copos de maíz y mirando un video tras otro. Ni siquiera era preciso descender de la cama para cambiar los filmes, y cuando Mel Gibson besaba a alguien se reducía automáticamente la velocidad de la proyección.

Después de muchos, muchísimos videos, bajó e la cama y volvió a examinar su lista. El lujo siguiente que ella seleccionó fue el de las "amistades con mujeres". En la Tierra Berni nunca había tenido amigas, pero siempre oyó decir e incluso supo que otras mujeres tenían amistades sólidas y afectuosas entre ellas. De modo que durante un período prolongado Berni tuvo amigas. Juntas iban de compras, reían, almorzaban. Estas le ofrecieron una fiesta de cumpleaños, y siempre estaban cerca para escucharla. Cuando una de sus amigas rompió con el novio, Berni la acompañó toda la noche.

Pero se fatigó de escuchar a otras personas, de modo que volvió a mirar su lista. Esta vez eligió el "baño de burbujas". Estaba sentada en una amplia y agradable bañera colmada de agua caliente y con muchas burbujas; leía novelas baratas, comía cerezas revestidas de chocolate y bebía champaña rosado. El agua nunca se enfriaba; las burbujas jamás estallaban; los libros siempre eran buenos y las golosinas y el champaña deliciosos.

Ahora, al salir de la bañera, volvió a examinar su catálogo. El rubro "prendas nuevas" le intrigó. En la Tierra, había comprendido, las únicas ropas que le agradaba realmente usar eran las nuevas. Hubiera deseado vestir cada cosa una sola vez, para desecharla después. También le interesó el robro " los niños que se comportan como los de la televisión." Y estaban asimismo los "vencedores en los concursos" y "ser popular en los colegios secundarios "y "ser apreciados".

Estaba tratando de decidirse cuando Pauline entró en el cuarto de baño. Apenas ella la vió el ambiente desapareció, y Berni de nuevo estaba usando el vestido con el que la habían sepultado.

– Debe acompañarme– dijo severamente Pauline– . Hay un problema en el hogar de los Grayson.

Berni esbozó una mueca y siguió a Pauline a través de la niebla. No había pensado en esa redonda Nellie después de concederle los tres deseos.

– ¿Qué hizo esa mujer?¿Deseó que su hermanita descendiese a la tumba?

Pauline no contestó hasta que estuvieron en la Sala de Vistas; allí hizo un gesto con la mano y la niebla se disipó. Berni pudo ver un corte de la vivienda de los Grayson, como si hubiera sido una casa de muñecas, con la presentación simultánea de la planta alta y la planta baja. Terel estaba en la sala, elegantemente vestida, agasajando con té

y pasteles a una docena de amigos igualmente bien trajeados. Charles estaba en el comedor con cuatro hombres, examinando los planos de una nueva oficina de la empresa. Estos bebían whisky y comían gruesos bocadillos de carne asada. Nellie corría de la cocina a la sala y al comedor, tratando de satisfacer todos los reclamos de su hermana y su padre.

Berni observo la escena y frunció el ceño.

– ¿ En qué puedo ayudar si ella no formula sus deseos? No tengo la culpa si es tan tonta que...

– Nellie los pidió, pero se limito a desear cosas para otras personas.

– ¿ Para otras personas? ¿Cómo es posible formular un deseo para otro?

Pauline volvió los ojos hacia la casa.

– Su primer deseo tuvo que ver con su hermana. Terel dijo que ansiaba ser la joven más popular del pueblo, y así su hermana deseó precisamente eso para ella. Por supuesto, Nellie se vio obligada a cocinar y limpiar y cuidar el guardarropa de Terel a causa de la renovada popularidad de su hermanita.

Pauline se volvió para mirar a Berni.

– El segundo deseo de Nellie fue que la empresa de su padre tuviese más éxito. Así ha sido, pero como usted puede ver, ahora debe afrontar más trabajo que nunca.

– Tiene el cuerpo fuerte y puede soportarlo – murmuró Berni– .¿Cuál fue el tercer deseo?

– En realidad, fue uno extraño. Pidió que su hermana y su padre consiguiesen de ella lo que quisieran. Y lo que ellos prefirieron fue que Nellie no interfiriese en su comodidad.

– ¿Su comodidad?

– Sí – dijo Pauline– .Su tercer deseo de hecho la ha convertido en esclava de su padre y su hermana. No puede salir de la casa si no tiene la certeza de que eso no perjudicará la comodidad de su familia. Mírela.– Pauline se volvió hacia la pantalla.– Ahora está mucho peor que antes. Por lo menos, tenia cierta libertad de elección antes de que usted le concediese los deseos.

Berni observó a Nellie: corría de un cuarto a otro, mientras la hermana y el padre le reprochaban por lo bajo que no trabajaba con rapidez suficiente. En la cocina, cuando Nellie no estaba, Berni pudo ver que la criada Anna se deslizaba subrepticiamente y robaba comida para regalarla a un amigo de aspecto poco tranquilizador, oculto afuera. Mientras la joven se encontraba en la cocina, llamaba a Anna, pero la criada se escondía y reía.

– ¿Por qué no aprovechó los deseos para ella misma?– pregunto Berni– . Podría haberlo tenido todo.

– Usted no le informó que podía formular tres deseos, y además dijo que los mismos se relacionaban con lo que *quería realmente*. Nellie aspira a que otras personas sean felices.

Berni frunció el ceño.

– ¿Qué sucedió con el buen mozo?

– Todavía esta por ahí, y continúa enamorado de Nellie, pero me temo que sucederá algo.

– ¿A saber?

– Ayer hubo un baile y Nellie estuvo muy atractiva. Terel sintió celos, y…

– ¿Celos?¿La pequeña y bonita Terel celosa de un barril como Nellie?

– Una persona es algo más que la silueta– dijo Pauline– .En el pueblo todos simpatizan con Nellie, y les alegra verla bonita y en compañía de un hombre como el señor Montgomery. Terel es atractiva, pero carece de la bondad de Nellie.

Berni desvió la mirada. En la tierra había vivido momentos en que se sentía devorada por los celos, y las mujeres que los provocaban no fueron reinas de la belleza sino las personas como… bien, como Nellie, que parecían inspirar amor a todos los que las conocían.

– Bien,¿qué hago ahora?– pregunto en voz baja Berni– ¿le propongo más deseos? ¿Puedo anular los que ella utilizó mal?

– No. Lo hecho, hecho está. Tiene que imaginar el modo de ayudar a Nellie. A usted le toca actuar.

Un nuevo sentimiento estaba insinuándose en Berni. Era la culpabilidad. Ante Pauline se vanaglorió porque no había lastimado a nadie en el curso de su vida, o por lo menos a nadie que no la hubiese ofendido. Pero esta Nellie no inflingió ninguna ofensa a Berni y sin embargo ella se las había arreglado para perjudicarla realmente.

– ¿Puedo conocer qué sucedió desde la última vez que vi a Nellie?

– Por supuesto.– Pauline movió la mano, y las imágenes en la pantalla retornaron a la noche en que Jace Montgomery había ido por primera vez a cenar.

Berni se sentó en una banqueta y miró. Vió el momento en el que Jace convencía a Nellie de que saliera a pasear con él, lo vió ayudándola a trepar sobre el muro y observó cómo la cara de Nellie se iluminaba cuando Jace la tocaba.

– Y ella ni siquiera sabe que él es rico– murmuró Berni. vió la expresión de Terel cuando ésta supo que Nellie había pasado el día con Jace. Berni se estremeció al oír y ver cómo Charles y Terel maltrataban a Nellie por haber pasado un día fuera de la casa.

– Lo único que les preocupa es que Nellie no les preparó la cena– murmuró Berni.

– ¿Qué?– Preguntó Pauline.

– Dije que nada les importa de Nellie, sólo se preocupan de ellos mismos.

– ¿Cómo lo sabe?

– Porque yo…– Berni se interrumpió, y hablo en voz más baja.– Porque yo hice lo mismo con mi hermana. Me bastaba con decirle que

era egoísta, y ella aceptaba hacer *todo* lo que yo quisiera.– Berni volvió los ojos hacia la pantalla.– Si por lo menos Nellie fuera delgada...

– ¿De qué serviría eso?

– No lo sé, pero estoy segura de que todos sus problemas vienen del exceso de peso.

– No estoy segura de que usted tenga razón. Quizá cuando vea todo lo que sucedió, y compruebe cómo Nellie distribuye sus deseos y...

Se interrumpió porque una mujer entró corriendo en la habitación.

– ¡Se ha hundido un barco!

– Oh, Dios mío– dijo Pauline, sonriendo.–

¿Qué sucedió?– preguntó Berni.

La recién llegada, que vestía un atuendo egipcio antiguo, los cabellos negros impregnados de aceite, parecía muy excitada.

– Un barco se hundió en 1742. Todos los tripulantes se ahogaron.

Pauline se puso de pie.

– Debo ir. Esto no sucede con mucha frecuencia, y...bien, no quiero perderlo. Continúe aquí y observe a Nellie.

– Un momento.– Berni aferró el brazo de Pauline.– Explíqueme qué sucede.

– Los hombres se hundieron en un barco. Generalmente hay varios centenares, son jóvenes y sanos, y a veces han estado en el mar un año o más. Solos. Sin mujeres.

Berni empezó a entender.

– Quiere decir que unos centenares...

– Doscientos treinta y seis– dijo la egipcia.

– ¿Doscientos treinta y seis marineros jóvenes y solitarios vienen a la Cocina?

– Exactamente– dijo Pauline.

– De manera que cuando termine de mirar a Nellie puedo...

– ¿Recuerda que no se permite la presencia de hombres en la Cocina? En todo caso, la de caballeros *reales*. Hay hombres en algunas habitaciones, pero a decir verdad son sólo imágenes. Estos son *reales*.

Berni pensó en todas las cosas masculinas que le agradaban, en el modo que los hombres se reían y pavoneaban, cómo podían lograr que una mujer se creyera maravillosa, y conseguían que una se sintiera perversa y espléndida al mismo tiempo.

– Hombres reales – dijo Berni con expresión soñadora.

– Sí.– Pauline sonrió.– Cuando se hunde un barco o explota una mina, o hay otro desastre natural y mueren muchos hombres, a veces los envían aquí antes de destinarlos al cielo o al infierno. Están unas pocas horas, y después se marchan. Si quiere conocerlos es necesario ir *ahora*.

Berni volvió los ojos hacia la pantalla. Nellie estaba en la cocina, su brazo extendido hacia el interior de la alacena, y ese atractivo Jace

Montgomery la besaba con expresión hambrienta. Berni no creía que Nellie estuviese muy incómoda. Si por lo menos no fuese tan adiposa...

– Vamos a ver los marineros.– dijo Berni.

– Pero ,¿qué me dice de Nellie?

Berni movió el brazo.

– Que esta muchacha adelgace.– Volvió los ojos hacia Pauline. Eso será suficiente. Que estilice y no tendrá un solo problema en la vida.

– No estoy tan segura. Tal vez usted debería quedarse aquí y ...

– Vamos – dijo la egipcia– Los hombres ya habrán sido distribuidos cuando lleguemos allí.

– No se preocupe– dijo Berni a Pauline – .Nellie estará bien. Será una joven delgada y hermosa, y todos sus problemas se resolverán. Ahora, vamos.

Después de un momento de vacilación, Pauline recogió sus largas faldas yechó a correr detras de Berni y la egipcia.

Chandler,Colorado
1896

Jace despertó a causa de los golpes que alguien descargaba sobre la puerta de su habitación en el hotel. Encendió un fósforo, lo acerco a la lámpara depositada junto a la cama y consultó su reloj de bolsillo. Las tres y media de la madrugada.

– Esta bien, ya voy – gritó, se puso los pantalones y los abotonó mientras caminaba hacia la puerta. Al abrir vió un jovencito que esperaba de pie, un niño bastante corpulento de unos diez u once años.

– Telegrama para usted– dijo el muchachito.

Frotándose los ojos cargados de sueño, Jace recibió el telegrama y lo leyó.

SU PADRE GRAVEMENTE ENFERMO STOP. REGRESE IMEDIATAMENTE.

Jace lo leyó tres veces antes de que sus pensamientos comenzaran a aclararse.

– ¿Cuándo sale el próximo tren hacia el este?

– Hay un tren a las cuatro, pero es de carga. No es para pasajeros exigentes.

Jace pensó rápidamente

– Ven aquí– dijo al muchacho. Se acercó al pequeño escritorio de la habitación, se sentó y comenzó a redactar una nota para Nellie. Explicó adónde iba y por qué. Le dijo que regresaría cuando antes, y le pidió que explicase la situación a su padre. Al pie de la carta le dijo que la amaba.

Jace se puso de pie, guardó la carta en un sobre, la dirigió a Nellie y se volvió hacia el muchacho.

– ¿Conoces a la señorita Nellie Grayson?

– Todos conocen a Nellie.

– Quiero que le des esto. A ella y a nadie más, ¿me entiendes?

– Por supuesto, señor.

Extrajo del bolsillo un cuarto de dólar. Era demasiado para darle al muchacho, pero deseaba garantizar su lealtad

– A Nellie y a nadie más.

– Le oí la primera vez.

– Vete– dijo Jace– .Tengo que preparar mi maleta.

El muchacho salió y Jace metió algunas ropas en una valija. Se proponía abordar el tren de las cuatro de la madrugada. Aunque tuviese que viajar sobre un vagón cargado de carbón , debía utilizar el primer medio de transporte para salir de Chandler. Cuando cerró su maleta hizo una pausa. Su padre, enfermo. Su padre u hombre robusto y agresivamente saludable, estaba enfermo. Cuando recogió su maleta le tembló un poco la mano.

No había nadie en la recepción del hotel, de modo que escribió deprisa una nota para decir que se retiraba, y la acompaño con cierta suma de dinero. Una vez hecho esto, comenzó a correr. Legó a la estación con tanta rapidez como se lo permitieron sus largas piernas, y una vez allí pagó una suma exorbitante para viajar en un vagón de carga a Denver. No le importaban las incomodidades que tuviese que soportar. Debía llegar cuanto antes a Maine y a su padre.

– ¿Bien?– preguntó Terel al muchacho. El verano precedente lo había visto martirizando a una niñita que tenía la mitad de su cuerpo y su edad, y comprendió que era el más apropiado para hacer lo que ella deseaba.

– Está hecho.– El muchacho la miró de reojo.– Me dio dos monedas de un cuarto.

– Pequeño chantajista – murmuró Terel. Había prometido al muchacho duplicar lo que Jace le diera, si le traía la nota que quizás él escribiese. Le entregó cincuenta centavos y al mismo tiempo se apoderó de la misiva.– Si se sabe una sola palabra de esto, yo sabré quien habló– dijo Terel, con voz amenazadora.

– Puede asesinar a su propia hermana, por lo que me importa– dijo el muchacho, apartándose de ella y sonriendo con insolencia– .Cuando necesite más ayuda, Duke es el candidato.

Ella lo miró hostil, negándose a llamarlo por el nombre que él mismo se había asignado.

– No te necesito más. vete a casa.

El volvió a sonreír y echó a correr.

Terel se estremeció en la fría mañana, comprendió que los días tersos y claros casi habían terminado y que pronto llegaría el invierno.

Se recogió la falda para evitar que rozara la grava y comenzó a caminar hacia su casa. No había estado allí desde la víspera, la noche del Baile de la Cosecha, la noche que casi cambió su vida.

Arrugó la carta que Jace había escrito y continuó caminando. Necesitaría semanas para llegar a Maine y regresar, y de acuerdo con los planes de Terel, cuando él retornase Nellie estaría convencida de que Jace Montgomery era un sinvergüenza y que la había abandonado. Sonrió en la luz grisácea de la madrugada y apresuró el paso. Hoy ofrecería un té a sus amigas, para comentar el baile de la noche anterior. Se proponía brindarles algunos chismes extraordinarios.

Nellie despertó sobresaltada y al principio pensó que lo sucedido la noche previa había sido un sueño, pero cuando se le aclaró la vista vió su hermoso vestido colgado cerca de la puerta. Durante unos instantes de feliz complacencia cerró los ojos y revivió todo lo que había sucedido. Ella misma en brazos de Jace. La sonrisa con que él la miraba, recordó que se sentía tan orgullosa: orgullosa de él, de sí misma, del mero hacho de estar viva. Jace la había besado cuando la acompañó a su casa, la besó y le dijo que la amaba.

Por su parte, Nellie no había pronunciado palabra. Lo que ella sentía por Jace era más que amor; más cerca de la veneración . El estaba modificando los sentimientos que Nellie abrigaba cerca de sí misma, y la visión que ella tenía del mundo. Estaba cambiando el modo en que todo el pueblo la miraba, la mencionaba y pensaba en ella.¿Amarlo? Lo que sentía por él era bastante más que amor.

Con movimientos lentos, descendió de la cama y comenzó a vestirse. Se sentía casi soñadora al evocar la noche vivida. Pes4e a que había dormido solo unas pocas horas, se sentía maravillosa. Durante un momento dio unos pasos de baile por la habitación, vestida sólo en ropa interior.

Se detuvo y sonrió.

– Eres una muchacha torpe, y nada más – se dijo, pero sin verdadera irritación en la voz.– Cesa de soñar despierta y ponte a trabajar.

Recogió su corsé, lo pasó sobre la cabeza y comenzó a anudar los cordeles delanteros de la prenda.

– Qué extraño– dijo en voz alta. Generalmente tenía que forzar los cordeles para conseguir que los extremos redujesen la distancia que los separaba a diez centímetros; pero esta mañana estaban distanciados en solo cinco centímetros. Se puso su viejo vestido marrón. Ayer mismo la prenda le ajustaba tanto que podían verse las costillas del corsé; pero hoy le colgaba casi suelto.

Nellie sonrió.

– Probablemente es el efecto de todo lo que bailé anoche– dijo, y salió deprisa de la habitación.

El resto del día no tuvo más tiempo para pensar pues debió afrontar una enorme sucesión de tareas. Su padre estaba conversando con algunos inversores y ella tuvo que prepararles la comida. Terel recibió a algunas de sus amigas que vinieron a beber una taza de té y había que hornear y enfriar tortas.

Hacia las tres de la tarde ya estaba agotada. No había tenido un momento para sentarse, pero incluso así sonreía constantemente. Por una vez en su vida parecía que lograba complacer a todos. Durante el desayuno su padre la había mirado sonriente, diciéndole que oyó decir que Nellie sedujo al señor Montgomery. Agregó algunas cosas acerca de barcos, un comentario que Nellie no entendió; pero ella estaba demasiado atareada para hacer preguntas, sirviendo bizcochos. Más tarde oyó que su padre decía a Terel: – Si Montgomery la quiere, que así sea. Con lo que ese hombre aportará a esta familia puedo emplear un ama de llaves.

– Si Montgomery la quiere– murmuró Nellie, y sintió que la piel se le encendía mientras llevaba una fuente de jamón al comedor.

Terel se había mostrado especialmente amable con ella el día entero. Le comentó la posibilidad de que en el futuro fueran a las mismas fiestas, saliesen juntas de compras y quizás incluso contrajeran matrimonio en una ceremonia única.

El casamiento, pensó Nellie mientras preparaba la masa de las tartas de manzana. Terel le sonreía desde el otro extremo de la ancha mesa de trabajo.

– No estoy segura de que el señor Montgomery piense en el matrimonio. Quizás él...

Nellie pensó: Sus propios hijos. Su propio hogar.

– Tú no podías ver cómo te miraba. Oh Nellie, era tan hermoso verlos juntos anoche. Casi nadie observó el hacho que tu cuerpo tiene doble corpulencia que el suyo.

– Doble...

Nellie comió dos rebanadas de manzana revestidas de azúcar y canela.

– Eso no importa en absoluto. Realmente, tu aspecto era divino. Me sentí muy orgullosa de ti.

Nellie sonrió y comenzó a aplicar rodajas de manzana a la pasta.

– Lo pasé maravillosamente.

– Sí, sé que así fue.¿Cuándo volverás a verlo?

– No lo sé. A veces viene por la tarde.

Desvió los ojos hacía la puerta de la cocina, casi como si esperase verlo allí.

– Estoy segura de que llegará, más tarde o más temprano. Nellie, no quiero entrometerme, pero tú no... bien, quiero decir que anoche parecías tratarlo con mucha desenvoltura. No soy la persona

más indicada para criticar, pero tú insistías...bien, a cada momento lo tocabas de un modo muy impropio.

– No era esa mi intención,– Nellie comió cuatro rebanadas de manzana.

– No, por supuesto, pocas personas comentaron el asunto; y estoy segura de que saben que eres una mujer de buena reputación. Saben que no eres la...bien, la casquivana que parecías ser anoche.

Al extremo de la mesa había una ancha bandeja ocupada por bollos recién horneados. Nellie comió dos bollos.

– Solo me preguntaba– continuó Terel– , si tú le permitirías hacer lo que deseara contigo. Aún eres virgen, ¿verdad?

Nellie comió dos bollos más.

– Aún soy virgen– murmuró.

Terel se puso de pie.

– Bien, le dije a papá que te lo preguntaría. Oyó decir tantas cosas acerca de tu conducta anoche que me interrogó al respecto. Le aseguré que aunque puedes haber parecido una joven disipada, yo estaba segura de que no era el caso. Ahora lo tranquilizaré, y haré lo mismo con el resto de habitantes.– Rodeó la mesa para besar la mejilla de su hermana.– Nellie, anoche se te veía tan bien. Por favor recuérdalo, y no comas tantos bollos que no puedas usar d nuevo ese hermoso vestido. Sería vergonzoso agraviar la generosidad de la señora Taggert aumentando aun más de peso.– Sonrió.– Te veré a la hora del té – dijo, y salió de la habitación.

Nellie tragó dos docenas de bollos antes de que pudiera detenerse. ¿Realmente se había comportado la víspera como una mujer disipada?¿Y realmente todo el pueblo hablaba de su conducta? Conocía sus propios sentimientos acerca de Jace, pero,

¿había sido una verdadera tonta frente a todos los demás?

Cuando extrajo tres docenas de petit fours del horno consumió una docena antes de enfriarlos. Y ahora, al pensar en la fiesta, se veía como Terel la había descrito: "el cuerpo con doble corpulencia que el de Jace", e imaginaba a los habitantes de Chandler mirándola incrédulos, mientras ella se comportaba como una trotona.

Tuvo que preparar una segunda tanda de bollitos, porque se comió completa la primera.

– Terel, ¿Qué sucede?– pregunto Mae, al ver que gemía delicadamente con el pañuelo pegado a la cara.

En la sala de los Grayson se habían reunido ocho jóvenes de Chandler para comentar muy entusiasmadas el baile de la víspera. el tema principal de la conversación era Nellie y el gran cambio que había sobrevenido en ella.

– Antes yo nunca había mirado siquiera a Nellie.

– Estaba muy hermosa, y el señor Montgomery la miraba con tanto amor en los ojos. El...

En ese momento Terel comenzó a gemir delicadamente. Las jóvenes estaban tan absortas en su conversación que pasó un rato antes de que Mae advirtiese algo, y preguntara a Terel qué pasaba.

– No es nada– dijo Terel– . Por lo menos no es nada que yo pueda compartir con personas que no pertenecen a mi familia.

Charlene miró a Louisa.

– Te hemos conocido toda la vida. Casi somos miembros de la tu familia.

Terel se tocó una esquina del ojo con el pañuelo.

– De todos modos, más tarde o más temprano lo sabrán.

– Es preferible que sea más temprano– dijo Mae, pero Charlene le clavó el codo en las costillas.

– El señor Montgomery es un...

Todas esperaron, inclinadas hacia delante en sus sillas, las tazas suspendidas en el aire.

– ¡Es un gigoló!

– No– exclamaron tres de ellas.

– Me temo que es cierto– agregó Terel, con expresión de profunda tristeza en la cara– .Temí esto desde el principio. Parece que todo lo que el señor Montgomery deseaba era adquirir la empresa Grayson.

– Pero oí decir que es rico– dijo Mae.

Oh, sí, es rico, pero, ¿ acaso ellos no quieren siempre amasar más riqueza? Vean como es el señor Taggert.

Las mujeres se miraron y asintieron.

– Le desconfié desde el principio– dijo Terel– . Desde la primera noche que vino a cenar me sentí incómoda con él. Estoy segura que él lo advirtió, y por eso empezó a cortejar a mi pobre Nellie. Pobre, pobrecita Nellie. No tiene idea siquiera de que existan hombres como él. Es una muchacha tan tierna e ingenua, y por primera vez en su vida un caballero le presta atención. No tuve corazón para decirle lo que pasaba con el señor Montgomery. Además, podía equivocarme.

Terel se interrumpió para gemir un poco más.

– Tus instintos fueron acertados– dijo Louisa.

– Pero anoche– dijo Mae– parecía amar tanto a Nellie. Se hubiera dicho que la adoraba. Nunca he visto a un hombre mirar así a una mujer.

– El señor Montgomery hubiera debido trabajar en el teatro– replicó Terel– .A eso de las nueve yo salí a tomar un poco el aire– tantos hombres me invitaron a bailar que estaba sin aliento– ¿y quién estaba en el porche sino el propio señor Montgomery?

– ¿Y qué hizo?– jadeó Mae

– ¡Me besó!

– No– dijeron al unísono todas.

– Qué terrible para ti.

– Qué espantoso.

– ¡El sinvergüenza!

– ¡El canalla!

– Ojalá él deseara comprar la empresa de *mi* padre– dijo soñadora Mae, pero se enderezó cuando las otras la miraron severamente.

– Era lo que yo siempre sospeché– continuó Terel– . Mi padre se negó a venderle su empresa, y creo que cuando el señor Montgomery se percató, trató de conseguir su objetivo de otro modo, cortejando a Nellie.

– Sí, siempre me pregunté– dijo Louisa– por qué un hombre tan apuesto como él puede querer una mujer como...es decir, no niego que Nellie tiene una cara bonita, pero es un poco...bien...

– No necesitas demostrar tanto tacto– le observó Terel– .Mi padre y yo afrontamos la verdad hace mucho tiempo. Nellie es gorda, y aumenta de peso a medida que pasan los días. Ha sido una carga que mi padre y yo siempre tuvimos que soportar. Lo hemos ensayado todo. Ambos intentamos hablarle. Hace tres años papá la envió a una clínica que está en las afueras de Denver. Adelgazó un poco mientras estuvo allí, pero al regresar a casa recuperó los kilos. Realmente no sabemos qué hacer con ella . come tortas y pasteles enteros, docenas de bollos de una sentada. Es como una enfermedad. No sabemos cómo corregirla.

Terel hundió la cara en el pañuelo.

– No teníamos ni idea de que guardases un secreto tan grave– dijo Charlene, palmeando la espalda de Terel.

– Ustedes no saben ni la mitad de lo que sucede.

Las jóvenes se inclinaron de nuevo hacia delante.

– Esta mañana el señor Montgomery salió del pueblo en el tren de carga de las cuatro. Se retiró del hotel y no dejó dirección, ni mensajes para nadie. En fin, se fue antes del amanecer. El... él...oh, no puedo decirlo.

– Somos tus amigas– dijo Charlene y Louisa asintió.

– Creo que el señor Montgomery comprendió que no podrá adueñarse del negocio de papá, y creo que él...hizo lo que quiso con Nellie.

Las mujeres emitieron exclamaciones simultáneas.

– El...

– Ella...

– Ellos...

– ¿Ella... tendrá un niño?– murmuró Mae, sin comprender realmente el aspecto técnico de lo que Nellie presuntamente había hecho; pero su madre la había advertido enfáticamente acerca de los hombres y los niños.

– No lo sé– respondió Terel– .¿Qué haré? Papá me pidió que informase a Nellie que su... su amante salió del pueblo.¿Cómo puedo decírselo? Está tan enamorada de ese sinvergüenza que jamás creerá lo que yo le diga. Estoy segura de que si le hablo del beso que me dio pensará que me mueven los celos de hermana.

– Qué terrible situación para ti– dijo Louisa– . Pero seguramente Nellie se fiará de su propia hermana y no de la palabra de un extraño.

– Si el señor Montgomery me dijese que el cielo es púrpura, yo le creería, y nada de lo que afirmasen mis hermanas me obligaría a cambiar de opinión– dijo Mae. Cuando las otras la miraron con severidad, ella respondió del mismo modo.

– Mae tiene razón – afirmó Terel– .Todas ustedes vieron anoche a Nellie. Ella misma cree estar enamorada del canalla. Nunca aceptaría nada de lo que *yo* diga.– Examinó el grupo de mujeres y esperó. Pensó: idiotas. Usen el limitado cerebro que poseen.

– Diré a Nellie que también a mí me besó– intervino Charlene, con todo el aire del mártir dispuesto a morir por una causa justa.

– Y yo haré lo mismo– afirmó Louisa con idéntico orgullo.

– Yo diré que estoy embarazada de él– murmuro Mae, pero entonces abrió los ojos– .Está bien. Sólo un beso.

– Queridas amigas, qué buenas son ustedes. Llegará el día en que Nellie reconozca lo que hacen por ella.

– También somos sus amigas, y haremos todo lo posible para ayudarla. Pero Terel estaba preguntándome...sólo porque necesitamos saberlo, en caso de que Nellie pregunte...¿cómo fue el beso del señor Montgomery?– pregunto Charlene.

– Sí, sólo para saber, quizás tú puedas explicarlo– intervino Louisa.

– Bien– explico Terel– sólo para saberlo, diré que fue divino. Es un hombre muy fuerte, y me atrajo hacía su cuerpo y...¡cielos! Creo que Mae se ha desmayado.

9

Jace no fue a visitarla al día siguiente de la fiesta y Nellie trató de rechazar el sentimiento de desilusión. Se dijo que estaba pretendiendo demasiado y que quizás él tenía asuntos que atender. Al segundo día, como aún no lo había visto, decidió ir a la tienda de comestibles de Randolph y quizá pasar por la oficina de su padre para comprobar si Jace estaba allí. Horneó seis docenas de bollos de avena y pasas para llevar a los empleados de la empresa.

Después de lo que Terel había dicho acerca de la conducta de Nellie la noche de la fiesta, la joven no se había aventurado fuera de la casa. Temía que la gente la mirase con extrañeza y que cuestionara su comportamiento de esa noche. Buscar a Jace era probablemente lo menos conveniente en relación con su propia reputación; pero le parecía que había pasado mucho tiempo desde la última vez que lo viera. Asimismo, deseaba visitar a su modista y hablar de la posibilidad de un vestido nuevo. Por una razón o por otra, sus viejas prendas no le sentaban.

Apenas salió a la calle, comprobó que sus peores temores correspondían a la realidad. Un par de jóvenes se cruzaron con ella, se descubrieron brevemente y la miraron con expresiones lascivas. Nellie desvió los ojos. Saludó con la mano a tres muchachas que pasaban por la calle, pero ellas desviaron intencionadamente la mirada, rehusándose a reconocer su existencia.

Nellie pensó: es peor de lo que Terel dijo. Hice el papel de la tonta frente a todo el pueblo, y ahora de nuevo estoy buscándolo. Se dijo que de ningún modo debía ir a visitar a Jace, y así continuó caminando hacia la oficina de su padre.

Apenas entró vio que no había nadie frente al escritorio de Jace. Trató de ignorar el espacio vacío y de apartar los ojos de las diferentes puertas. Sonrió, ofreció los bollos y formuló preguntas amables a cada uno de los empleados. Percibió que la miraban con expresión cautelosa. Aunque no habían asistido a la fiesta, sin duda oyeron hablar de su conducta.

Permaneció en la oficina el mínimo que le imponía la cortesía y se marchó. Nadie había mencionado siquiera a Jace. Se dirigió a la tienda de comestibles, la señorita Emily la vio desde lejos y se acercó con paso rápido.

-Nellie -le dijo-, quiero hablar contigo.

La joven se sonrojó.

-Pido disculpas por mi comportamiento -murmuró-. Mi intención no fue nunca molestar a la gente. -Sólo quiero que sepas que no creo nada de todo esto. Ese joven realmente te aprecia.

-Sí, creo que es así, pero eso no disculpa mi conducta.

- Todos cometemos errores. y bien -dijo la señorita Emily-, tenemos que adoptar un criterio práctico. ¿Qué harás con el niño?

-¿Qué niño?

-No necesitas fingir conmigo. En el pueblo todos saben que llevas el hijo de ese hombre. Y ahora te resta decidir qué harás.

Nellie tuvo que hacer un esfuerzo para hablar.

-N o llevo ningún niño.

-Pero oí decir ... -la señorita Emily se interrumpió bruscamente-. ¡No me digas que todo esto es mera murmuración! Todos afirman que ese Montgomery supo que estabas embarazada y que por eso se marchó del pueblo.

Nellie parpadeó.

-¿Se marchó del pueblo? ¿Quién se marchó?

La señorita Emily respiró hondo.

-Pobre niña. ¿Qué están haciendo contigo los murmuradores de este pueblo? Será mejor que vengas a mi casa y conversemos.

Una hora más tarde Nellie salió del hogar de la señorita Emily. En ese momento no sentía nada, su sufrimiento era demasiado intenso para que experimentase algo. La señorita Emily había repetido lo que decían las jóvenes que concurrían a su salón de té. Parecía que mientras Jace visitaba a Nellie también había estado cortejando regularmente a otras mujeres. Por lo menos cinco relataron lujuriosas anécdotas en las que Jace Montgomery. aparecía besándolas. Mae Sullivan llegó a tal extremo cuando explicó cómo el señor Montgomery la había tocado, que tres de ellas prácticamente se habían desmayado.

-Si una sola joven hubiese dicho esas cosas no le habría creído, pero parece que tu señor Montgomery hizo estragos en este pueblo. Oh, Nellie, lo siento muchísimo. En general, creo ser buena para juzgar el carácter de las personas, me pareció que este hombre era un caballero; pero todo indica que no es así. Oí decir que lo único que deseaba era la empresa de tu padre y que cuando no pudo conseguirla se fue del pueblo.

Pero de acuerdo con lo que la señorita Emily había escuchado, esa no era la única razón por la cual se había alejado. Si era un individuo tan perverso como el pueblo decía y había alcanzado sus propósitos con Nellie, el tiempo revelaría la existencia o no del hijo, pero era inútil obligar a Nellie a sentirse peor que lo que ya era el caso.

-En efecto, creo que te amaba -dijo la señorita Emily, apretando la mano de Nellie-. Y aunque en definitiva sea un individuo inmoral, estoy segura de que te quería. El...

-Tengo que irme -le dijo Nellie y sin decir una palabra más, se retiró. Una vez en la calle se dirigió a su hogar. Si algunas personas la desairaron, en todo caso ella no lo advirtió.

Pero no llegó a su casa. En cambio, entró en la panadería y compró pasteles, tortas fritas, galletas, bollos, masas rellenas de crema y una gran torta de chocolate. No prestó atención a la expresión de la mujer que estaba detrás del mostrador, recogió los dos grandes bolsos y salió del negocio. Sin reflexionar en lo que estaba haciendo, ni

pensar adónde iba, sencillamente, echó a andar.

Cuando al fin cesó de caminar estaba en el Parque Fenton, precisamente en el lugar en que ella y Jace se habían sentado, él descansando su cabeza sobre el regazo de Nellie. Se sentó en el suelo, abrió los bolsos y empezó a comer. No saboreó nada, masticó muy poco, pero lenta y sistemáticamente Consumió todo el contenido del primer bolso.

Las lágrimas empezaron después de vaciar el primer bolso. En realidad, no estaba llorando; Sucedía ; solamente que las lágrimas descendían por sus mejillas.

Hacia la mitad del segundo bolso estaba tan atiborrada de alimento que tuvo que acostarse sobre el pasto para poder continuar comiendo.

Pensó: De modo que llevaba en su seno el hijo de Jace. No, no era así. El ni siquiera fue capaz de llegar tan lejos para apoderarse de la empresa de su padre. El había podido únicamente besarla, a veces to-carla' y mentirle.

No, no estaba embarazada, pero Nellie sabía que

. era una mujer. Una mujer que había sido usada por un hombre, usada y desechada. Pensó en el modo en que ella le había creído, en la confianza dispensada, en la forma en que le ofrendó su amor, y de nuevo un apetito feroz la dominó.

Recordó la noche de la Fiesta de la Cosecha. La señorita Emily había dicho que Jace besó a Terel esa noche, y también a Mae ya Louisa. Nellie revivió los momentos en compañía de Jace. Terel había dicho: "Doble corpulencia". Todos los habitantes del pueblo seguramente se reían de ella mientras bailaba con Jace, él tan alto y apuesto, ella tan obesa y chata. No dudaba de que todos se divirtieron mucho con el chiste. y seguramente todos sabían por qué Jace la cortejaba. Todos, excepto Nellie. Su padre y Terel habían tratado de advertirle, pero ella no los escuchó. En cambio se mostró desafiante, pues creía que sabía más que nadie acerca del carácter de ese hombre.

Era casi de noche cuando Nellie recogió los bolsos vacíos y retornó a su casa. En el camino se detuvo en la tienda de Randolph y entregó allí una orden por alimentos suficientes para abastecer a seis familias durante cuatro meses.

-¿Tienen visitas? -preguntó el señor Randolph, pero Nellie no contestó. No tenía deseos de hablar, de pensar o siquiera de vivir. Lo único que sentía era un apetito intenso e insaciable.

Cuando llegó, su padre se quejó por el retraso de la cena y Terel quiso saber dónde había estado, pero ella no contestó. Fue a la cocina y comenzó a cocinar, y por cada plato que preparaba y servía confeccionaba dos más y tragaba. Quizá su padre y Terel le hablaron, pero ella no los oyó. Sus pensamientos estaban completa, total y absolutamente concentrados en saciar el apetito que la carcomía.

Nellie comió durante tres semanas. No le importaba qué comía,

cuándo o cuánto. Su único interés era tratar de calmar ese ansia que la agobiaba. Y sin embargo, por mucho que engullía aún se sentía vacía. Era como si todo el alimento del mundo no hubiera sido suficiente para aplacar tanta hambre.

Si entraba en la alacena donde Jace la había besado y abrazado, su estómago se contraía por el deseo de comer. Si miraba hacia afuera, donde la primera nieve de la estación cubría ahora el jardín, recordaba la voz de Jace cuando le decía que le agradaban esas flores, y el apetito volvía a morderla. Si oía reír o hablar a un hombre, e incluso si veía alguno, de nuevo experimentaba ese tremendo vacío en el estómago. Terel fue la primera que advirtió la pérdida de peso de Nellie.

-No puede ser porque se prive de llevarme a la bancarrota con sus gastos de alimentos -dijo Charles-. Nellie, la cuenta del despensero este mes estuvo a un paso de provocar mi ruina.

Ella no formuló comentarios, y la factura siguiente fue incluso más abultada.

-No soporto verte así -dijo Charles, cuando Jace ya llevaba una ausencia de cuatro semanas-. Pareces un espantapájaros. Ordena que te confeccionen un vestido nuevo.

Hacía mucho que Nellie no se molestaba en contemplar su propia imagen en un espejo pero ahora lo hizo, y vio que su cuerpo era una sombra de su anterior persona. Podía encerrar en el puño casi toda la tela del corpiño de su vestido. De mala gana, sin inquietarse poco ni mucho por lo que usaba, fue al taller de su modista.

Esta echó una ojeada a la cara macilenta de Nellie y no dijo una palabra. Por supuesto, había escuchado todos los rumores y Terel agregó que Nellie no hacía otra cosa que quedarse en la casa y comer, que rehusaba salir a la calle, y que su expresión sombría era muy irritante.

Si come, no es demasiado, pensó la modista mientras la desvestía. Le pareció sorprendente que alguien pudiera perder tanto peso como Nellie en un período tan breve. Fue a su taller en busca del centímetro y se detuvo a contemplar un vestido terminado que colgaba de una percha, contra la pared. Era de invierno, para la señora de Kane Taggert. Estaba confeccionado con terciopelo azul oscuro y tenía solapas de satén de color celeste; una hermosa capa haciendo juego acompañaba la prenda.

La modista observó atentamente el atuendo de terciopelo, y como el señor y la señora Taggert permanecerían fuera del pueblo hasta pasada la Navidad y pensando en el modo en que Montgomery había traicionado a la pobre y dulce Nellie, con movimientos decididos retiró el vestido de la percha y extrajo de un cajón uno de sus propios corsés.

-Bien, conseguiremos que sonrías un poco.

Se necesitó una hora de trabajo para preparar a Nellie. La modista la peinó; como los cabellos estaban sucios, tuvo que

empolvarlos dos veces para que absorbiesen todo el aceite. La metió en el corsé, y tiró de los cordeles hasta que la cintura de Nellie se redujo a unos respetables cincuenta centímetros y el busto y las caderas se desplegaron arriba y abajo de la espigada cintura.

En todo el proceso Nellie permaneció de pie o se sentó, según lo que se le ordenaba, pero demostró muy escaso interés en el asunto.

La modista fue al teléfono y llamó a la sombrerera.

-Por favor, traiga la toca azul que usted confeccionó para la señora Taggert. No, ella aún no regresó, pero aquí hay otra clienta. Creo que será mejor que venga personalmente, porque de otro modo no podrá cerciorarse de lo que está sucediendo.

Y en efecto, cuando llegó la sombrerera, no creyó en el testimonio de sus propios ojos. Había conocido a Nellie desde que ésta era una niña pequeña; a los doce años, después del fallecimiento de su madre, había comenzado a engrosar y su bonita cara parecía insignificante con relación al corpulento cuerpo. La sombrerera se arremangó.

-El cabello no está bien peinado. Déme un hierro de rizar y llame a la señorita Emily. Tiene que ver esto.

Treinta minutos después estaba frente a ellas una nueva Nellie, con los cabellos bien peinados, la toca de grueso terciopelo azul coquetamente dispuesta sobre un costado de la cabeza, la elegante figura enfundada en un asombroso vestido de terciopelo. Su bella cara, con los ojos angustiados, estaba frente a la sombrerera y la modista.

Cuando la señorita Emily llegó, las dos mujeres se apartaron a un costado. Las palabras no hubieran podido describir el resultado, de modo que se alejaron para permitir que la señorita Emily viese lo que habían creado. Durante un momento ésta permaneció muda. Estaba allí de pie, miraba fijamente y contenía una exclamación. Pero al fin sonrió. En esa expresión

había un poco de venganza. Los comentarios acerca de la traición de Jace Montgomery casi habían terminado en el pueblo, pero durante semanas la señorita Emily tuvo que escuchar relatos acerca de la pobre Nellie. También comentaban sobre cuán estúpida había sido ella en creer que un hombre apuesto podía preferir a una solterona vieja como ella. Pues bien, esta visión no era la de una vieja solterona.

-Ven conmigo, Nellie -dijo firmemente la señorita Emily-. Quiero mostrarte.

La costurera aferró el brazo de Emily.

-No ha dicho dos palabras desde que llegó. Parece que ese terrible hombre la lastimó realmente. No sé muy bien si ella advierte que es... -Se volvió y sonrió a Nellie.- No estoy segura de que ella sepa que es hermosa.

-Una vez que los tigres de este pueblo la vean, se lo explicarán -dijo la señorita Emily, mientras obligaba a Nellie a salir .

La joven no tenía conciencia de la sensación que provocaba mientras estaba atravesando Chandler. Los hombres, jóvenes y viejos,

se detenían a mirarla. Las mujeres se volvían. Cuando la señorita Emily entró con Nellie en el salón de té cesaron las conversaciones y los movimientos. La empujó hacia adelante:

-Mae, Louisa, Charlene -dijo Emily-, recuerdan a Nellie, ¿verdad? -La complació mucho que las tres jóvenes abriesen muy grandes los ojos.- ¿La pobre Nellie? ¿La pobre y querida Nellie?

-¿Puedo comer algo? -preguntó Nellie en voz baja.

La dueña la llevó a una mesa y mientras Nellie tenía ojos sólo para el pastel, las jóvenes de Chandler tenían ojos sólo para ella, que ya no era una persona a quien compadecer, sino a quien envidiar.

Más tarde, después de consumir un té que hubiera bastado para seis personas, Nellie volvió a su casa y ni una sola vez miró a las personas que se detenían en la calle para contemplarla. En su hogar se encaminó directamente a la cocina, se puso el delantal y comenzó a preparar la cena. Estaba de espaldas a la puerta, de modo que no vio entrar a Terel.

Las amigas le habían informado a ésta que valía la pena contemplar a su hermana, y por eso ella se apresuró a regresar a su casa para comprobarlo personalmente; pero incluso prevenida, no estaba preparada para soportar la impresión inicial. Nunca había visto una mujer más bella. En Chandler, sólo las mellizas, Houston y Blair, podían rivalizar con ella. y el vestido de terciopelo azul destacaba su esbeltez recién adquirida.

La cólera se adueñó de Terel... cólera al sentirse traicionada por su propia hermana.

Terel sonrió y se adelantó.

-Nellie, te ves hermosa, realmente hermosa. Ella se volvió y sonrió, forzada.

-Es un vestido elegante, ¿verdad?

-Sí, muy elegante, pero, ¿crees que tienes que usarlo en la cocina? Sé que es nada más que asunto de dinero, pero, ¿no te inquieta la posibilidad de arruinar una prenda tan cara?

-Si, ha sido irreflexivo de mi parte.

Se quitó el delantal y comenzó a subir al piso alto, seguida de cerca por Terel.

-Me alegro de ver que has adelgazado. Imagino que ahora puedo decirlo, pero tú no sabes cómo nos avergonzabas, a papá ya mí. En ocasiones detestábamos que nos viesen contigo. No era que no te quisiéramos, te amábamos a pesar de tu apariencia. ¿Entiendes lo que quiero decir?

Cuando Nellie, se desprendió del vestido de terciopelo su estómago rugía de hambre.

-Sí, creo que sé lo que quieres decir.

Terel escudriñó la figura de su hermana, ceñida por el corsé.

-Parece que necesitarás nuevos vestidos, y quizá sea mejor que yo los elija para ti. Tal vez no adviertes que el terciopelo no cuadra exactamente con el trabajo en la cocina. O quizá ya no quieres cocinar

para papá y para mí. Es posible que ahora prefieras ir a una fiesta tras otra, para bailar con hombres como el señor Montgomery. Quizás otros hombres...

-¡No! -medio gritó Nellie-. Nada de hombres. N o confío en ellos. N o quiero tener nada que ver con ellos. Elige la ropa. No me importa lo que uso.

Se puso la más vieja de sus prendas de entrecasa, que ahora le colgaba sobre el cuerpo, y descendió deprisa la escalera, abotonándose la pechera mientras bajaba.

En la cocina, se apoderó de un pastel, todavía caliente, y comenzó a comerlo.

-Nada de hombres -dijo en voz alta-. Nada de hombres.

Si Nellie no quería tener nada que ver con los hombres, no podía decirse lo mismo de ellos frente a ella. Después de haber sido ignorada la vida entera por la población masculina, de pronto se vio asediada por invitaciones. Los apuestos jóvenes la esperaban a la salida de su casa y la seguían dondequiera que ella fuese. Le ofrecían llevar los paquetes de las compras, hacer sus diligencias y la invitaban constantemente. Al parecer, Nellie nada podía hacer para desalentarlos. No les hablaba y ni siquiera les sonreía, sin hacer el más mínimo esfuerzo para parecerles más agradable. Vestía las prendas grises y exageradas que Terel le elegía; no le importaba que ésta le quemase los cabellos con los hierros de rizar. Pero al parecer nada desalentaba a los jóvenes pues, a decir verdad, ahora ninguna cosa que Terel le hiciera podía ocultar la belleza de Nellie; y la reserva de la joven avivaba el interés de los hombres.

En su hogar, escuchaba las observaciones de Terel: una vez no le había prestado atención, y un hombre mentiroso y traidor la había engañado.

-No querrás ir a la fiesta de Navidad de la Logia Masónica, ¿verdad? -preguntó Terel, mirando la invitación-. Recuerdas lo que sucedió en el Baile de la Cosecha, ¿verdad? Me parece que yo no soportaría ver que mi amada hermana hace de nuevo el papel de tonta.

-No, no deseo ir -murmuraba Nellie y comenzaba a sentir un terrible apetito. Después de dos meses, cada vez que pensaba en Jace, sentía que la atravesaba una llamarada dolorosa-. No quiero avergonzarte. Ni molestar a papá.

-No se trata de que nos molestes, se trata de que tú misma te perjudicas; por una parte, siempre estás comiendo demasiado, y por otra, naturalmente careces de gusto para elegir a los hombres. Me temo que si el borracho del pueblo entrara en la sala, te creerías que estás enamorada de él.

-Terel, por favor... -rogaba Nellie.

-Oh, lo siento, no quería lastimarte. Imagino que me muestro excesivamente protectora, y que eso es todo. Aquí tienes una invitación a cantar en un coro. No querrás aceptar, ¿verdad? Allí hay

hombres, y ya sabes cómo eres.

-No -dijo Nellie, mientras las lágrimas comenzaban a sofocarla. No deseaba ir a ninguna parte. Sencillamente, quería desaparecer.

-Realmente, creo que lo mejor será que permanezcas en casa, al menos por un tiempo. ¿Horneaste algunas tortas? Tienen un olor delicioso. ¿Por qué no comes una o dos? La gente dice que estás excesivamente delgada. -Besó la mejilla de Nellie.- Te veré esta tarde.

Después de que Terel se marchó, Nellie comió una docena de bollos.

Jace descendió del tren y respiró el frío aire montañés de Colorado. Era bueno retornar, era grato regresar al pueblo que había llegado a considerar su propio hogar. Dio una moneda al muchacho, le ordenó que llevase su maleta al hotel y anunciara su llegada inminente. No deseaba perder tiempo yendo primero al hotel. Todo lo que ahora quería era ver a Nellie.

Sonrió cuando el aire frío y seco le acarició la cara, y palpó el bolsillo interior de la chaqueta, donde estaban todas las cartas de Nellie atadas con una cinta. Habían pasado dos meses y medio desde la separación, las diez semanas más largas de su vida; pero necesitó ese período para arreglarlo todo. Al llegar a Warbrooke su padre estaba en perfecto estado de salud, y su primer impulso había sido saltar de nuevo al tren y regresar a Chandler. No abrigaba la menor duda: esa perversa de Terel era la que había manipulado el falso telegrama.

Pero esto lo había llevado a comprender cuánto amaba a sus progenitores y así salió a navegar con la única compañía de su padre. A poco de llegar le explicó todo el asunto de su relación con Nellie. Al final de ese día en el mar, J ace sabía lo que deseaba hacer con su vida. A pesar de cuánto amaba el mar, a pesar de que presentía cómo llegaría a extrañarlo, comprendió que deseaba vivir con Nellie en Colorado.

Esa noche le escribió y le explicó sus planes. No le dijo que alguien había falsificado el telegrama. No quería reñir con Terel a la distancia, de modo que se limitó a explicar sus proyectos. Se proponía permanecer en Warbrooke el tiempo necesario para vender la mayor parte de sus bienes, la tierra y la casa de él y Julie y sus tres buques de vela; además, necesitaba dividir las propiedades con sus hermanos y su padre. Una vez hecho esto, planeaba regresar a Chandler y casarse con Nellie.

Le había escrito extensas cartas hablándole de su ciudad natal, su padre y sus hermanos, de la música que hacía su madre y del placer que sintió cuando la oyó cantar nuevamente. Una vez en Warbrooke, Jace comprendió que él y Nellie habían conversado muy poco, y por eso mismo comenzó a explicarle todo lo que antes no le dijera. Le habló de su visita a la tumba de Julie y el hijito de ambos, de que el pesar que sentía por ellos se transformó en una especie de

dolor sordo. Escribió acerca del futuro que planeaba para ambos y una noche, muy tarde, en un momento en que se sentía tan solo, le reveló su ardid para llevarla a la casa de los Everett. y siempre, en repetidas ocasiones, le decía que la amaba.

Las cartas que Nellie le enviaba no eran tan extensas como él hubiera deseado; en realidad, podía decirse que eran muy breves, pero en todo caso le informaban que ella estaba perfectamente. Jace no le había escrito que pensaba llegar ese día, porque, imprevistamente, encontró comprador para su último velero, de modo que al fin estaba libre. Metió las ropas en una maleta y abordó el primer tren que salía de Warbrooke. Deseaba pasar esa Navidad con Nellie; y su familia le prometió que la siguiente Navidad iría a Colorado, a visitar a Jace ya Nellie y -aquí Jace sonreía- quizás al primer hijo.

Ahora, al salir de la estación ferroviaria, se sentía dueño del mundo. El camino que él y Nellie seguirían estaba expedito. Nada estorbaría la felicidad de ambos.

Se sentía tan dichoso, estaba tan enfrascado en sus pensamientos que no advirtió que la gente de Chandler se detenía en la calle y lo miraba fijamente, fruncían el ceño y después se reunían a conversar, diciendo que era extraño que él se atreviese a regresar al pueblo.

El caminaba tan aprisa, tratando de llegar cuanto antes para encontrarse con Nellie, que no vio que se abría la puerta de La Famosa y salían las amigas de Terel. Chocó con ellas y varios paquetes volaron por el aire.

-Discúlpeme -dijo, inclinándose para recoger los paquetes-, la culpa fue mía. N o miraba por dónde...

-¡Usted! -dijo Louisa.

Jace volvió los ojos hacia las tres jóvenes y vio desconcertado que lo miraban con horror .

-¿Cómo se atreve a aparecer por el pueblo? -dijo Charlene, rechinando los dientes-. Después de lo que le hizo a Nellie.

-¿Nellie está bien? -preguntó Jace, incorporándose.

-Como si a usted le importase -silbó Louisa. Mae no había dicho una palabra, pero de pronto extendió una mano y abofeteó a Jace.

- Yo no tendré un hijo suyo y pasó frente a él. Louisa y Charlene, después de recibir de él los paquetes, la siguieron.

Después de este encuentro aminoró el paso y comenzó a advertir las miradas hostiles que recibía de casi todas las personas con quienes se cruzaba. Comenzaba a sentirse como el villano de un melodrama. A tres calles de la casa de Nellie vio a la señorita Emily.

-Jamás hubiera pensado que usted tendría el descaro de volver -le dijo-. Aunque quizás usted supo que el... en fin, digamos el dilema de Nellie fue una falsa alarma, y que por lo tanto no corría ningún riesgo volviendo aquí; pero dudo mucho de que Charles ahora le ceda la compañía de fletes.

Ella intentó continuar su camino, pero Jace la aferró del brazo.

-¿Quiere tener la bondad de explicarme qué sucede?

La señorita Emily clavó los ojos en la mano que le Sostenía el brazo, y Jace la retiró.

-¿Ninguna mujer está a salvo de usted?

-¿A salvo ?

Ella comenzó a alejarse, pero Jace perdió los estribos.

-¿Qué demonios Sucede? -rugió.

La señorita Emily se sintió repelida por el lenguaje del joven, y además estaba furiosa con él porque había lastimado a Nellie, pero algo en el tono de Jace

la indujo a detenerse y volverse.

-¿Dónde estuvo desde el Baile de la Cosecha? -le preguntó con acento agrio.

-En mi casa de Warbrooke, Maine. Vendí todo lo que tenía para regresar y casarme con Nellie, y vivir aquí en Chandler.

La señorita Emily lo miró parpadeando.

Jace se llevó la mano a la mejilla y las miró. -¿Qué demonios está sucediendo? -dijo en voz alta.

-¿Por qué no se lo dijo a Nellie? -murmuró.

Jace estaba seguro de que en el pueblo todos habían enloquecido.

-¿Decírselo? Desde que partí estuve escribiéndole. -Del bolsillo interior de la chaqueta extrajo el paquete de cartas, asegurado con cintas de seda rosada y amarilla.- Aquí están las cartas que me envió y... -extrajo una cajita del bolsillo del pantalón y la abrió para mostrarle un anillo con un gran diamante amarillo engastado en oro- esta es la sortija de compromiso que pienso regalar a Nellie. Pertenece a mi familia desde hace años. ¿Le parece que le agradará? La señorita Emily trató de reaccionar. Un hombre cuyos parientes tenían un anillo como ése, probablemente no necesitaba una pequeña empresa como la de Grayson.

-Oh, Dios mío, ¿qué está sucediendo? ¿Tiene anillos de compromiso para las otras jóvenes de este pueblo?

Ahora, Jace estaba seguro de que la gente allí había enloquecido.

-No -dijo pacientemente. Nunca había pensado que la señorita Emily había llegado a la senilidad, pero ahora lo creyó-. Sólo me caso con una mujer por vez. Quizás usted me ha confundido con Barba Azul. Ahora, si me disculpa...

Se llevó la mano al sombrero y se volvió. -¡Señor Montgomery! -exclamó ella, deteniéndolo-. Usted y yo debemos conversar.

-Le prometo que hablaremos después. Ahora deseo ver a Nellie.

La señorita Emily apretó con más fuerza el brazo de Jace.

-Usted y yo tenemos que hablar primero. Antes de que vea a Nellie. Creo que es necesario que usted conozca ciertas cosas. -Jace abrió la boca para protes- tar, y ella continuó:- No estoy muy segura de que Nellie lo reciba.

-¿Me reciba? Pero aceptó casarse conmigo. Alzó la mano con las

cartas.

-No creo que Nellie haya escrito esas cartas. Ella cree, lo mismo que todo el pueblo, que usted la abandonó.

Durante un momento Jace no supo qué decir. Desvió la mirada en dirección a la casa de Nellie. -Quizá deberíamos hablar -dijo en voz baja.

Una hora más tarde, cuando Jace salió de la casa de la señorita Emily, lo dominaba una cólera furiosa y abrumadora.

-Nunca adivinarás a quién vi hoy -dijo Johnny Bowen a Terel. Acompañaba a su casa a la joven después de una salida para hacer compras y le llevaba los paquetes.

-¿A quién? -preguntó Terel, aunque en realidad el asunto no le importaba. Sabía que Johnny la acompañaba con la esperanza de ver a Nellie. Desde la Fiesta de la Cosecha, y sobre todo desde que su hermana adelgazó, parecía que todos los hombres de Chandler deseaban cortejarla. Como comentó riendo cierto día la señorita Emily: "Nellie lo tiene todo: belleza, inteligencia, un carácter dulce, un padre rico, y sabe cocinar. En verdad, es el sueño de un hombre." y parecía que tenía razón, porque los hombres la asediaban constantemente. No era que ella les prestase la más mínima atención, pero cuanto más los ignoraba, tanto más ellos intentaban atraerla. Terel ya no podía ir de visita o recibir amigos en su casa a causa de todas las preguntas acerca de Nellie.

-Vi a Jace Montgomery.

Terel se detuvo bruscamente.

-¿Lo viste? ¿Cuándo? ¿Dónde?

-Aquí en Chandler, hace una hora. El y la señorita Emily estaban conversando. En realidad, parecía que reñían, pero yo me encontraba del lado opuesto de la calle y no pude oír lo que decían. El no parecía muy complacido.

De pronto, Terel se sintió descompuesta; en realidad, estaba terriblemente asustada. Se llevó la mano a la frente y apoyó con desazón el cuerpo sobre el de Johnny .

-Terel, ¿estás bien?

-Estoy enferma -murmuró ella-. Llévame adentro.

-Por supuesto. -Pasó el brazo sobre los hombros de Terel y trató de ayudarla a caminar .

-Llévame, estúpido -silbó Terel.

-Oh, es claro -Johnny se inclinó y la alzó.- Eres más pesada que lo que creía. -Con gran esfuerzo, subió con ella los peldaños, cruzó el porche hasta la puerta principal y después tuvo que sostenerla sobre una rodilla para abrir la puerta. Estaba transpirando y le dolía la espalda.- ¿Sobre el sofá? -preguntó, la voz tensa a causa del esfuerzo.

-Arriba, idiota, y llama a Nellie.

Johnny se apoyó contra la pared, al pie de la escalera y jadeó.

-Nellie -dijo, y su voz era poco más que un murmullo.

-No puede oírte si no alzas la voz.

-¡Nellie! -aulló Johnny.

-Otra vez.

-¡Nellie! -Su voz se atenuó.- Terel, ¿qué comiste en el desayuno? ¿Piedras?

Oyeron aproximarse a la hermana.

-Súbeme, y despacio.

-Es la única forma en que puedo moverme. -Gimiendo, Johnny comenzó a ascender la escalera; le dolían los brazos y la espalda.

-¿ Terel? -preguntó Nellie- Oh, Terel, ¿qué pasa?

-Nada, sólo un pequeño mareo. Probablemente el corazón.

-Deposítala aquí -ordenó Nellie a Johnny, indicando la cama de Terel. Ve a buscar al doctor Westfield. Dile que venga inmediatamente. ¡Que es muy urgente!

En ese momento se oyó el golpe de la puerta principal al abrirse y pareció que toda la casa temblaba.

- ¡Nellie! -La voz de Jace Montgomery era un rugido-. ¿Dónde estás?

Nellie palideció intensamente y pareció que quedaba clavada en el piso.

-¡Nellie! -Terel aferró el brazo de su hermana.Oh, querida Nellie, es él, y yo estoy demasiado enferma para ayudarte a enfrentar la situación. Haré lo que pueda para ayudarte. Johnny , échalo.

Johnny estaba horrorizado.

-Ese hombre tiene el doble de tamaño que yo. Oyeron en la planta baja los movimientos de Jace que pasaba de un cuarto a otro.

-Debo ir a verlo -dijo Nellie en voz baja.

-No, no me dejes. Por favor, por favor, Nellie, no me dejes. Dices que te interesa mi bienestar, ¿y me abandonarás cuando quizás estoy muriéndome?

-No, no, es claro que no.

-Jura que no me abandonarás, júralo.

-No te abandonaré -murmuró Nellie-. Y no creo que *pueda* hacerlo.

Los tres permanecieron en silencio, mientras oían los pasos de Jace por la escalera, y mientras se acercaba a la puerta. Se lo veía más apuesto que lo que Nellie recordaba: más corpulento y vivaz.

La cólera que se dibujaba en su rostro se suavizó al ver a Nellie, ya pesar de lo que ella sabía acerca de ese hombre, dio un paso hacia él; pero Terel apretó con más fuerza el brazo de Nellie.

-No me abandones -murmuró Terel.

-Señor Montgomery, ¿qué puedo hacer por usted? -Nellie consiguió decir al fin.

-Vine a llevarte, a casarme contigo.

Después de lo que la señorita Emily acababa de revelarle, Jace

deseaba sencillamente estrangular a Terel. No dudaba de que ella estaba detrás de todos los chismes que se habían difundido acerca de tí. Y estaba seguro de que era la que había amañado las cartas que él recibía, y creyó que pertenecían a Nellie. -Quizás hice el papel de tonta una vez, pero no dos -dijo Nellie. El corazón le latía con fuerza.

Jace no podía contener su cólera.

-Mientras permanezcas cerca de ella serás siempre una tonta.

Terel apretó con más fuerza el brazo de Nellie, y emitió un gemido.

-Mi hermana está enferma, y...

-¿Enferma? Sí, está enferma, pero de la mente. -Trató de calmarse.- Nellie, te amo. Fui a mi casa porque recibí un telegrama diciendo que mi padre estaba moribundo. Te escribí una nota. Te expliqué adónde iba y por qué. Y durante mi ausencia te escribí muchas cartas.

-Señor Montgomery, no recibimos las cartas -dijo Terel.

-Usted no se meta en esto -respondió Jace, mirándola con hostilidad-. No sé cómo lo hizo, pero sé que está detrás de toda la intriga. Y si abre la boca yo...

-No hable así a mi hermana. Está enferma. Johnny ve a buscar al médico.

Como el señor Montgomery le cerraba el paso Johnny no podía salir a menos que apelase a la fuerza. Permaneció en el lugar en que estaba en un rincón de la habitación.

-Mira esto. -Jace extrajo el fajo de cartas del bolsillo interior de la chaqueta y las arrojó sobre la cama.- Recibí estas misivas tuyas mientras estaba en Maine. -Miró a Terel.- ¿Qué hizo con la correspondencia que envié a Nellie?

Terel se apoderó de las cartas antes de que Nellie pudiese tocarlas.

-¿De quién es esta escritura? No pertenece a Nellie y menos aún es mía.

Arrojó las cartas al suelo a los pies de Jace. -Perversa intrigante... -exclamó Jace y comenzó a acercase a Terel.

Esta se incorporó apoyándose en los codos y se ocultó detrás de Nellie.

-¡Quiere matarme! ¡Nellie sálvame!

-Señor Montgomery tiene que retirarse.

-No me iré hasta que me permitas explicar lo que sucedió.

Nellie comenzaba a recobrar el equilibrio.

-Creo que no. No déjeme hablar. Ya tuvo su oportunidad para explicarse. Me temo señor que antes le creí todo lo que me decía. Por usted desafié a mi familia pero no volveré a hacerlo. No puedo confiar dos veces en usted. Faltó una vez a mi confianza y no puedo volver a repetir la experiencia.

-Nellie -dijo Jace y las palabras parecían brotar de su corazón-. Jamás hice nada que significase faltar a tu confianza. Te escribí y...

-Nunca recibí ni envié cartas.

-Porque *ella* las interceptó.

Terel se aferró a Nellie y gimió.

-Mi familia me ama y no tiene motivos que la induzcan a perjudicarme. En cambio, usted quería apoderarse de la empresa de mi padre. Y llegó al extremo de cortejar a la hija solterona y vieja con la esperanza de adueñarse de la firma.

Jace respiró hondo y trató de serenarse.

-Nellie -dijo con voz más suave-, tu hermana tiene todos los motivos necesarios para desear que continúes con ella. Eres poco más que una esclava. Es imposible comprar con dinero la fidelidad y el servicio que tú le ofreces. Es suficiente que ella desee algo y tú ya se lo das.

Respiró hondo.

-y con respecto a mi supuesto deseo de adueñarme de la empresa de tu padre, ¿no comprendes que mi familia es la propietaria de la empresa de navegación Warbrooke? Podría comprar la firma de tu padre con el dinero suelto que llevo en el bolsillo. El resto del pueblo está enterado de la fortuna que poseo. -Miró a Terel, que se ocultaba detrás de Nellie.- Jamás quise tu dinero, sólo *a ti* te quería.

Nellie sintió que la cabeza le giraba. ¿Era cierto lo que jl decía? Si le creía en el asunto de las cartas y su riqueza, se vería obligada a deducir que su familia había intervenido y creado un tejido de mentiras, pero su familia la amaba, jamás desearía algo que la perjudicase. Ansiaba su felicidad.

-Nellie, ven conmigo -dijo Jace en voz baja, ofreciéndole la mano-. Te amé desde el momento en que te conocí. Por favor, ven conmigo.

Ella deseaba acompañarlo. Que Dios se apiadase de ella, quizás era una vieja solterona y tonta, desesperada y hambrienta de amor. Quizás él le había mentido. Tal vez si lo seguía, él la seduciría, embarazándola, y después la abandonaría; pero en ese momento no le importaba. Deseaba aceptar su mano, salir con él y nunca volver los ojos hacia atrás.

Pero no podía. *No podía* abandonar a su familia. Como si gruesas cadenas la sujetaran, sentía que no podía dejarlos y provocarles... bien, incomodidad. ¿Quién cocinaría para ellos? ¿Quién los cuidaría y atendería sus necesidades?

-No puedo -murmuró.

Jace dejó caer la mano, y era intenso el dolor que se dibujaba en su cara.

-No quieres.

-No puedo.

Jace miró a Terel.

-Parece que usted gana. Mi amor no es tan intenso como su egoísmo. -Se volvió hacia Nellie.- Estaré en Chandler House tres días, ven a buscarme allí. Se volvió y abandonó la habitación.

Los tres permanecieron en sus lugares, escuchando, hasta que se cerró la puerta del frente. Johnny se apartó de la pared y miró a

Nellie.

-Debiste ir con él -dijo en voz baja, y se retiró. Nellie pensó: Lo sé, pero no conseguía explicara nadie cómo se sentía. *No podía salir de allí*

Terel acomodó el cuerpo sobre las almohadas.

-Me alegro de que esto haya concluido. Nellie, creo que desearía beber una taza de té, y tal vez una rebanada de la torta que preparaste esta mañana.

Nellie se volvió para mirar a su hermana. ¿Había algo de verdad en lo que Jace dijera? ¿El le escribió y Terel destruyó las cartas?

-Nellie, no me mires así. Me pones la piel de gallina.

Realmente, ¿ella no era nada más que una esclava para su familia?

-¿Sabías que él era un hombre adinerado? murmuró Nellie-. ¿Eso es verdad? ¿Tiene fortuna?

-Si fuese rico, ¿habría aceptado el empleo de nuestro padre? ¿Cortejado a una mujer a quien ningún hombre desea en el pueblo? A veces, Nellie, es chocante ver que pareces confiar en los extraños más que en tu propia familia. Caramba, durante un minuto temí que te fueses con él. Que abandonaras a quienes te aman por alguien que ni siquiera conoces. -Aferró la mano de Nellie.- No me abandonarás, ¿verdad? Prometiste que no me dejarías.

-No, no creo que pueda hacerlo. -Se apartó de Terel.- Ahora, iré a traerte el té.

- y no te comas toda la torta. Papá también querrá probar un poco.

Nellie se detuvo en la puerta y dirigió una mirada helada a Terel.

-No creo que mi figura sea ya motivo de preocupación. Por si no lo advertiste, ahora *tú* eres la hermana más obesa.

Nellie se volvió y descendió la escalera.

10

La cocina

Berni salió de la habitación de la Comida e inmediatamente apareció con el mismo vestido con que la habían sepultado. Estuvo comiendo un rato, saboreando todas las delicias de las cuales se había privado en la Tierra para conservar su delgadez; pero ahora estaba de pie en el vestíbulo, y pensaba.

Pauline emergió de la bruma.

– ¿Aún no estuvo en la habitación de la Fantasía Berni abrió muy grandes los ojos.

– ¿Qué clase de fantasía?

– La que usted desee.

Berni se irguió.

– ¿Caballeros medievales? ¿Dragones?

– De todo.

Pauline avanzó hacia el arco dorado seguida por Berni, pero ésta de pronto se detuvo.

– Estaba preguntándome qué le sucedió a Nellie. ¿Adelgazó? ¿Se casó con Jace?

– Adelgazó, pero ya no ve al señor Montgomery. El continúa en Chandler, pero creo que está perdiendo las esperanzas. Nellie no quiere verlo. Ah, aquí está la habitación de la Fantasía.

– Un momento. ¿Por qué Nellie no lo ve? Supuse que agradaría más a Montgomery cuando adelgazara. – Ella ama – y su amor nada tiene que ver con las proporciones del cuerpo de Nellie. Pero ella está atada por los deseos que usted le inspiró. No puede abandonar la casa de su padre y turbar su comodidad y la de su hermana.

– Oh – dijo Berni mirándose los pies– . Nunca tuve la intención de perjudicarla. Me pareció una muchacha simpática, y creí...

– De todos modos, ¿qué importa una obesa como Nellie?

– Nellie importa. Vea cómo siempre ayuda a la gente. Las personas así interesan. Ella jamás...

Se interrumpió, porque Pauline había pasado bajo el arco de la Fantasía y la niebla se había disipado. Ante ellas se desplegaba una escena extraída de los sueños más desmesurados de Berni. Una bella joven con los cabellos rubios hasta la cintura, vistiendo una ajustada bata de seda rosada, estaba encadenada a un poste. Frente a ella un dragón muy grande, con una lengua bífida y fuego brotándole por la nariz, luchaba contra un hombre de cabellos oscuros, musculoso e increíblemente apuesto y revestido con una cota de mallas. Berni casi se desmayó.

– Vamos – dijo Pauline– , usted puede ser la doncella.

Berni avanzó dos pasos pero se detuvo.

– N o, quiero saber qué sucedió con Nellie.

– Ella puede esperar. ¿ Vio el caballo de este hombre?

La niebla se disipó hacia la derecha y apareció un hermoso corcel negro revestido de seda roja.

Berni tragó saliva y retrocedió un paso.

– No – intentó decir con voz firme, pero la voz le tembló– . Quiero ver a Nellie.

La niebla cubrió bruscamente la escena y Berni emitió un suspiro de alivio. Sonrió a Pauline.

– De todos modos, nunca habría podido decidirme entre el hombre y el dragón.

– Usted elige – dijo Pauline, ya través de la niebla pasó con ella bajo el arco de la Sala de Vistas.

Berni se instaló sobre la banqueta y observó mientras la niebla se disipaba y aparecía la sala de los Grayson. Nellie estaba distribuyendo ramas de pino sobre el reborde del hogar.

– Tiene un magnífico aspecto – comentó Berni– . Su cuerpo es hermoso, y ahora se la ve mucho más bonita que su hermana menor. Por lo tanto, ¿cuál es el problema? ¿Por qué no se reúne con Montgomery? En realidad, ¿por qué no está en una fiesta? Con esa apariencia, podría tener al hombre que deseara.

– Nellie nunca se preocupó mucho por las apariencias, lo único que deseaba era amar y ser amada. y el señor Montgomery intuyó eso.

Berni observó a Nellie colgando adornos de Navidad, y asegurando ramas verdes a la baranda de la escalera. Ahora estaba muy bonita, pero en su cara se reflejaba una tristeza muy profunda. La primera vez que Berni la vio, ésta era obesa y no tenía la expresión triste que mostraba ahora. No alcanzaba a comprender el asunto. En la Tierra había gastado muchos miles de dólares en cirugía plástica, y todo para llegar a ser la mitad de hermosa que Nellie. Y allí estaba ella, con un rostro que bien podía provocar una guerra, un cuerpo cien veces mejor que muchos otros, completamente sola y con una expresión lamentable.

– Bien, ¿por qué no va a buscar a Jace? – preguntó Berni.

– Por dos razones: a causa del deseo que usted le inspiró, y porque Nellie no sabe cómo hacerlo. No es suficiente aplicar a una oveja la piel de un lobo, y pretender que se convierta en lobo. Nellie es ella misma, gruesa o delgada.

Berni se apartó de la escena y se llevó una mano a la sien.

– No puedo soportar esta visión.

Pauline movió una mano y Nellie y la habitación desaparecieron.

– y ahora, ¿qué sucede? – preguntó Berni.

– A usted le toca decidirlo. Nosotros suministramos…

– Sí, sí, lo sé. Presuntamente, yo debo agregar la sabiduría, y hasta ahora no me he mostrado demasiado inteligente, ¿verdad?

– Oh, bien, ¿qué importa una muchacha obesa más o menos?

Berni se estremeció.

– Ya entendí lo que quiere decir. De modo que quizá me equivoqué. Usted dijo que Montgomery la amaba. ¿Estaría ella ahora

con él si no lo impidiese el deseo?

– Probablemente, pero, ¿quién sabe? Estas cosas son imprevisibles.

Berni volvió los ojos hacia la niebla.

– Me agradaría saber más acerca de Nellie. ¿Es posible conocer su vida entera? ¿Desde el principio? – Por supuesto. – Pauline movió la mano y apareció una bonita mujer acostada en un lecho victoriano, tratando de dar a luz.

– Me voy – dijo Pauline, poniéndose de pie– . Regresaré cuando esté más cerca de la Navidad de 1896.

Berni movió distraídamente la mano y se acomodó mejor para mirar. Ya había aprendido que en la Cocina el tiempo no corría lo mismo que en la Tierra. Las escenas parecían pasar velozmente. Berni vio que desde el principio Nellie había sido una niña tranquila, solemne, deseosa de complacer. Su madre no estaba bien y por eso nunca se permitía que la criatura hiciera el más mínimo ruido; y como la empresa de su padre arrojaba escasa ganancia en los primeros tiempos, Nellie siempre tenía que realizar muchas tareas, y los padres la recompensaban por toda su obediencia desentendiéndose de ella.

Cuando tenía ocho años, su madre dio a luz a Terel, después enfermó gravemente y cuatro años más tarde falleció. Pero Nellie no tuvo inconveniente en atender a la niña. Abrazaba a la llorosa pequeña y la miraba con amor. Por primera vez tenía a alguien que podía retribuir su afecto.

Después del fallecimiento de su esposa, pareció que Charles Grayson no tenía inconveniente en descargar sobre su hija de doce años la responsabilidad por la atención de la pequeña. Era buena madre y tenía tanta necesidad de afecto que concedía a su hermana menor todo lo que ella deseaba, y así Terel creció con la idea de que Nellie existía exclusivamente para satisfacer sus deseos.

En la adolescencia, Nellie comenzó a engrosar Berni vio cómo los muchachos la galanteaban, provocando su sonrojo, y cómo ella los miraba. Pero en el hogar, Charles prohibía a Nellie que saliera y dejase sola a la hermana menor. Y entonces se dirigía a la cocina y comía.

Cuando Berni llegó a 1896, comprendió realmente cómo había sido la vida de Nellie; no sabía cómo luchar por lo que deseaba, lo único que sabía era dar.

Berni presenció la entrada de Jace Montgomery en la vida de Nellie, vio cómo la joven florecía gracias al amor del forastero y entonces la propia Berni sonrió cálidamente. Nellie merecía contar con una persona que la amase, cesar de ser una esclava de su padre y su hermana.

Las cosas cambiaron cuando Nellie comenzó a formular sus tres deseos y Berni sintió que ella misma se encogía. Su intención no había sido lastimarla. Por Dios, Nellie ya había sufrido bastante en el curso de su vida y no necesitaba repetir la experiencia; pero a decir verdad, los deseos habían agravado su situación. Berni vio a Nellie en el Baile

de la Cosecha y pensó que estaba muy hermosa. Quizá un poco corpulenta, pero tan enamorada que todo su cuerpo resplandecía. Después del baile, Berni vio lo que Terel hizo con Jace, el envío del falso telegrama, el robo de sus cartas dirigidas a Nellie y el pago a una pobre mujer que escribió las respuestas a esas misivas, con el fin de que él creyera que provenían de Nellie.

– Qué intrigante y manipuladora – murmuró Berni.

Presenció la escena del retorno de Jace a la ciudad, y luego el episodio en que Terel fingió estar enferma. Berni oyó las palabras de Jace, cuando éste pidió a Nellie que lo acompañase, y también escuchó a ésta cuando le respondía que *no podía* salir de allí.

– A causa del tercer deseo – dijo Berni en voz alta.

Finalmente, llegó a la escena en que Nellie estaba adornando la sala con ramas verdes. Habían pasado dos días desde el momento en que Jace le pidiera que lo acompañase, y faltaban tres días para la Navidad.

La escena se cubrió de niebla.

– ¿Qué sucederá? – preguntó Pauline– . ¿Más deseos?

– ¿Puedo regresar a la Tierra para ayudar a Nellie?

– ¿Regresar a la Tierra? ¿Desea abandonar la Cocina? ¿Dejar esto para afrontar toda la fealdad de ese planeta? Vea, todavía no saboreó todas las delicias de la Sala de los Festines. Tiene montañas de chocolate, y no diluido en leche, sino ese chocolate realmente concentrado, puro y oscuro. Puede comer todo lo que desee, sin engrosar ni un gramo.

Berni vaciló al imaginar las montañas del dulce. – No – dijo con firmeza– , deseo retornar a la Tierra. Nellie necesita que le enseñen. No es rival para esa hermana. Requiere un poco de ayuda.

– Pero me pareció que usted simpatizaba con Terel. Creí oírle decir que le recordaba su propia persona.

– Terel es *exactamente* como era yo, y por eso *yo* necesito luchar contra ella.

– ¿Luchar contra ella? – dijo Pauline– . Pero me pareció que deseaba convertirla en Cenicienta.

– Ella ya cree que *es* Cenicienta. ¿Qué derecho tiene de arrebatarle todo a su hermana? Nellie es una persona que vale cien veces más. ¿Puedo ir a la Tierra o no?

– Puede ir, pero el límite es tres días, y le advierto que esas visitas rara vez son eficaces.

– Correré el riesgo. Bien, necesito saber algo acerca de la familia. Me propongo llegar como antigua y lejana parienta de los Grayson.

Una familiar muy rica. ¿Le parece que puedo tener un ajuar, prendas de seda verde que hagan juego con mis ojos?

Pauline sonrió.

– Creo que algo es factible. Pero hay que atenerse a las reglas. Lo que ha sucedido, no se borra. Usted no puede cambiar lo que Nellie ya ha deseado.

– No me propongo turbar la comodidad de sus parientes – dijo Berni con una sonrisa– . Será la familia más cómoda de Estados Unidos.

– Y tres días – dijo Pauline– . Eso es todo el tiempo de que dispone.

– Conquisté a mi segundo marido en tres días, y no apelé a la magia. ¿Qué le parece un sombrero con una pluma de avestruz? ¿ Y un par de zapatos con muchos botones?

– Ojalá que todo salga bien – dijo Pauline en voz baja.

– Siempre consigo lo que deseo. Terel nada podrá hacer contra mí.

Pauline suspiró.

– Está bien, venga conmigo. La incorporaremos al recuerdo de los Grayson, de modo que sepan algo de la tía Berni y la enviaremos allá.

– Y ropas – dijo Berni– . No olvide las ropas. ¿Qué me dice de un collar de ámbar?

– Tendrá todas las ropas que desee. Abrigo la esperanza de que no lo deplore... y lo que es más importante, que Nellie no lamente esto.

– No se inquiete. Cuando se trata de ser una perra perversa, yo soy la autora del manual.

– Es un manual que no deseo leer – murmuró Pauline y comenzó a caminar.

Chandler, Colorado

1896

– ¿Es muy rica? – preguntó Terel, mientras mordía una de las tartas de manzana de Nellie.

– *Muy* rica – respondió Charles y depositó la carta sobre la mesa– . Y somos los únicos parientes. Creo que desea elegir heredera a una de ustedes.

– *¿Una* de nosotras? – inquirió Terel, mirando de reojo a Nellie, que estaba sentada en un extremo de la mesa del comedor. Como de costumbre, ésta no prestaba atención. No era que en general se mostrase animosa y alegre, pero los últimos dos días, desde el momento en que Jace había irrumpido en la casa, Nellie se había mostrado realmente hosca y sombría. – ¿Por qué precisamente una de

nosotras?

– Dice que no quiere que se divida su fortuna. Prefiere que permanezca intacta después de su muerte, y por eso he llegado a la conclusión de que se propone legarla toda a una sola de ustedes.

– Hmm – masculló Terel con aire reflexivo– . Ojalá nos hubieses hablado de esta visita un tiempo antes de su llegada.

– Yo mismo no comprendo por qué no les hablé del asunto – dijo Charles, sinceramente desconcertado– . Sin duda, estaba al tanto de la visita, pero no sé por qué jamás dije una palabra al respecto.

– Oh, está bien – dijo Terel, lamiéndose los dedos– . Haré todo lo posible para atenderla. Nellie, el mejor que te encierres en la cocina y cocines. Estoy segura de que tus maravillosos platos complacerán a la tía Berni.

Nellie no se molestó en responder. Con el tenedor revolvió el alimento depositado en su plato. Por una vez en su vida no tenía apetito. Querer comida significaba que uno estaba vital, y en este momento ella no se sentía muy viva.

Terel se volvió hacia su hermana y la observó con atención. Sí, sería mucho mejor mantenerla apartada de esta parienta rica. No la habría preocupado la posibilidad de que la obesa Nellie suscitase amor, pero esta nueva joven, delgada, bella, con elegancia natural, inducía a la gente a mirarla dos veces. Por mucho que se esforzara, Terel no podía imaginar cuál era el rasgo de Nellie que atraía tanto a la gente. La señorita Emily, ese vejestorio entrometido, a cada momento preguntaba por ella, y lo mismo hacía el resto de la gente. Terel suponía que el asunto se relacionaba con sus actos de beneficencia, siempre estaba distribuyendo alimentos a los niños pobres de Chandler. Nadie creía necesario agradecer al señor Grayson, que pagaba los gastos, y tampoco a Terel que tenía que abstenerse de ciertas cosas porque Nellie destinaba para otra gente el dinero de la familia. No, todos veían una sola cosa, y era que su hermana representaba el papel de dama generosa.

Y ahora, Nellie parecía la heroína de una pieza trágica, con sus grandes ojos cargados de pesar. Terel se preguntaba: ¿Por qué? Había estado a un paso de casarse con un hombre muy rico – aunque no lo merecía– y en definitiva procedió bien al permanecer con su familia. De modo que, ¿por qué intentaba que todos se sintieran mal? Ella sabía que la actitud sombría de Nellie estaba destinada a lastimarla, a castigarla, pero nadie más parecía comprender eso. Esa estúpida Mae Sullivan en la víspera comentó que casi sentía deseos de contarle a su hermana la verdad acerca del señor Montgomery, de revelarle que él no había besado a ninguna de las restantes mujeres de Chandler. "Excepto a mí", dijo Terel, y se volvió para alejarse.

Terel se preguntaba por qué la gente era tan tonta. ¿No advertían que Nellie estaba mucho mejor con su familia? ¿Quién sabía cómo era realmente este Montgomery? Tal vez maltrataba a las mujeres. Quizá bebía. O bien era un impostor, y en realidad no tenía un centavo. Era

posible que Terel hubiese salvado a Nellie de un destino peor que la muerte.

De todos modos, pensó, había que olvidarse de él; ahora tenían que pensar en la tía Berni. Terel creía que ella misma sería una excelente heredera. París, Roma, San Francisco. Pieles, joyas, casas.

Miró de nuevo a Nellie. Era mejor que la mantuviese apartada de la tía rica, no fuese que se tratara de una de esas almas bondadosas que podía sentirse seducida por el rostro melancólico de Nellie. Terel no tenía la más mínima intención de perder una fortuna sólo porque su hermana estaba momentáneamente un poco deprimida.

– Creo que prepararé algunos menús – dijo Terel con aire reflexivo– . No debemos escatimar nada mientras la tía Berni esté aquí.

Sonrió a Nellie, pensando en los platos complicados que le reclamaría, y así no saldría de la cocina durante una semana y como la visita de la tía Berni se prolongaría sólo tres días...

Nellie estaba justamente en la cocina cuando oyó la conmoción provocada por la llegada de su tía. No salió a recibirla porque allí estaban su padre y Terel. Oyó la fuerte voz de él y los jadeos de los hombres que subían los baúles por la escalera. Después de media hora o cosa así, Nellie preparó una bandeja con un jarro de sidra caliente y un plato de bollos de Navidad para llevar a su tía. En el momento mismo en que salía irrumpió Terel.

– Trajo seis baúles de ropas – dijo Terel, en parte horrorizada, y en parte admirada– . Y tiene cincuenta años, pero en la cara no se le ve una sola arruga.

– Qué bien.

– Quizá. – Terel tomó un bollo y lo masticó reflexivamente.– En ella hay algo que no me inspira confianza. Cierta expresión en los ojos...

– Puede que se sienta sola. ¿Nuestro padre no dijo que vivía sin compañía?

– No es la soledad, te lo aseguro. En sus ojos hay algo que no comprendo.

Nellie abrió la puerta de la cocina.

– Le llevaré algo y la saludaré.

Berni se sentó en la sala y alisó su pollera de terciopelo. Le agradaban esas recargadas prendas victorianas: nada de fibras sintéticas, muchos bordados a mano, detalles complicados. La que no le agradaba era Terel. Berni necesitó sólo unos instantes para advertir que esa joven estaba dispuesta a conseguir todo lo que le pareciese ventajoso. Berni la miró, sonrió y pensó: Te atraparé, mocosa, y no necesitaré apelar a la magia.

Cuando Nellie entró en la sala, la expresión de Berni se suavizó, pues percibió inmediatamente su bondad. Todas las imágenes que Berni había visto de la niñez de la joven pasaron rápidamente ante sus ojos, y casi sin pensarlo ofreció a Nellie una sonrisa radiante.

Terel, que estaba detrás de su hermana, vio esa sonrisa y se

prometió descubrir qué significaba; pero no dejó traslucir nada mientras ofrecía a su tía bollos y sidra de la bandeja sostenida por Nellie. Una hora después pudo salir discretamente de la casa y fue a buscar al desagradable jovencito que se hacía llamar Duke.

– ¿Bien? – preguntó Terel al muchacho. El no quiso hablar antes de que ella depositara una moneda en su mano– . ¿Estuviste vigilando el hotel, como te ordené?

– Por supuesto, y esta mañana había un mensaje en el casillero del señor Montgomery. No vi que nadie lo pusiera; sencillamente estaba *ahí.*

– ¿Lo trajiste? – dijo ella, impaciente.

El le entregó la nota y Terel la leyó deprisa. Era una invitación a almorzar ese día en casa de los Grayson y estaba firmada por Nellie. Pero Terel sabía que la nota no fue enviada por su hermana; el fraseo no era el que ella hubiera utilizado. Estrujó la nota. Tenía que haber sido 'escrita por esa tía Berni. Pero, ¿cómo estaba enterada del asunto de Nellie y Montgomery?

– Es como todos los demás – murmuró Terel– . Todos piensan en Nellie y nadie en mí.

– ¿Qué? – preguntó el muchacho.

– No es asunto tuyo. Ahora, regresa y continúa vigilando.

El jovencito emitió un rezongo y se alejó, las manos en los bolsillos, silbando.

Cuando Terel regresó, comenzó a trazar planes. N o sabía por qué esa tía había llegado al pueblo o qué se proponía, pero estaba dispuesta a descubrirlo. Berni estaba en el dormitorio de huéspedes, acostada en la cama, comiendo chocolates y leyendo una de las novelas de Terel.

– Llegaste, querida – dijo Berni– . Esperaba que regresaras pronto. Me ayudarás a vaciar las maletas, ¿verdad?

– Nellie se encargará... – empezó Terel, y después en sus labios se dibujó una radiante sonrisa. Era mejor mantener separadas a esas dos– . Con mucho gusto la ayudaré.

Dos horas después Terel estaba furiosa, aunque conseguía disimularlo. No "ayudó" a Berni; tuvo queen su mano– . ¿Estuviste vigilando el hotel, como te ordené?

– Por supuesto, y esta mañana había un mensaje en el casillero del señor Montgomery. No vi que nadie lo pusiera; sencillamente estaba *ahí.*

– ¿Lo trajiste? – dijo ella, impaciente.

El le entregó la nota y Terel la leyó deprisa. Era una invitación a almorzar ese día en casa de los Grayson y estaba firmada por Nellie. Pero Terel sabía que la nota no fue enviada por su hermana; el fraseo no era el que ella hubiera utilizado. Estrujó la nota. Tenía que haber sido 'escrita por esa tía Berni. Pero, ¿cómo estaba enterada del asunto de Nellie y Montgomery?

– Es como todos los demás – murmuró Terel– . Todos piensan en

Nellie y nadie en mí.

– ¿Qué? – preguntó el muchacho.

– No es asunto tuyo. Ahora, regresa y continúa vigilando.

El jovencito emitió un rezongo y se alejó, las manos en los bolsillos, silbando.

Cuando Terel regresó, comenzó a trazar planes. N o sabía por qué esa tía había llegado al pueblo o qué se proponía, pero estaba dispuesta a descubrirlo. Berni estaba en el dormitorio de huéspedes, acostada en la cama, comiendo chocolates y leyendo una de las novelas de Terel.

– Llegaste, querida – dijo Berni– . Esperaba que regresaras pronto. Me ayudarás a vaciar las maletas, ¿verdad?

– Nellie se encargará... – empezó Terel, y después en sus labios se dibujó una radiante sonrisa. Era mejor mantener separadas a esas dos– . Con mucho gusto la ayudaré.

Dos horas después Terel estaba furiosa, aunque conseguía disimularlo. No "ayudó" a Berni; tuvo que ejecutar todo el trabajo de mover los baúles, abrirlos de modo que formasen como guardarropas y después inspeccionar sus contenidos para asegurarse de que ninguna prenda había sufrido daños. Fue suficiente la visión de los vestidos para inducir a Terel a prometerse que haría todo lo que fuese necesario para que la tía Berni le legara su fortuna; pero lo que le provocó estupefacción fueron las joyas.

– ¿Qué es esto? – preguntó, sosteniendo un largo tubo que parecía de vidrio verde.

– En realidad, es una varita mágica. Una esmeralda larga – dijo Berni.

Terel sonrió apenas, irritada todavía más porque Berni se burlaba de ella, y volvió a pensar: Aquí hay algo extraño.

Se sirvió el almuerzo y Berni se sintió desconcertada porque Jace no aparecía. Por lo que ella había visto él amaba sinceramente a Nellie. Entonces, ¿por qué no aceptaba la invitación de la joven? Quizás una nota no era suficiente; tal vez Jace necesitaba ver personalmente a la joven.

Después del almuerzo Berni sugirió que Terel durmiese una siesta.

– Trabajaste mucho ayudándome. Mereces un pequeño descanso.

– En efecto, me siento fatigada – contestó ésta, con un bostezo– . Creo que haré una siesta.

Subió al piso alto, se acostó completamente vestida y estiró el cubrecama sobre ella para disimular que aún tenía puesto su vestido. Diez minutos después oyó abrirse suavemente la puerta y vio a Berni que se asomaba para mirar y después volvía a cerrar en silencio.

Berni descendió a la cocina, donde Nellie ya estaba trabajando en la cena y se sentó del lado opuesto de la ancha mesa.

– Tú y yo no hemos tenido mucho tiempo para conversar, ¿verdad?

– No – dijo Nellie, tratando de sonreír, a pesar de que no sentía mucha alegría.

De nuevo Berni se sintió culpable. A causa de su proceder Nellie estaba atada a la cocina. Si no hubiera interferido, la joven probablemente estaría ahora pasando la luna de miel.

– Nellie, si pudieras formular un deseo en el mundo, ¿cuál sería?

Esta pensó instantáneamente: Jace. Pero desechó la idea.

– Creo que pediría que mi familia fuese feliz.

– ¿Quiere decir que reciban lo que merecen en la vida?

– ¡Oh, no! – dijo Nellie, y después advirtió que eso debía sonar muy extraño– . En realidad sí, quiero que reciban lo que merecen, porque son únicamente cosas buenas. Pero de ningún modo ansío que sean desgraciados.

– Está bien – dijo Berni– trato hecho. Recibirán lo que se merecen y se sentirán felices.

Por primera vez en mucho tiempo Nellie sonrió sinceramente.

– Usted es muy bondadosa, ¿eh?

Berni desvió la mirada. Nadie le había atribuido jamás esa cualidad. Se volvió hacia ella.

– Debo pedirte un favor. El hijo de unos amigos míos está de visita en Chandler. Quizás oíste hablar de mi amiga, La Reina, la estrella de ópera.

– Sí, ciertamente sé de ella, aunque no la escuché cantar.

– Es divina, realmente divina. En fin, su hijo está de visita en Chandler, y me agradaría invitarlo a cenar esta noche, si no tienes inconveniente.

– Por supuesto, usted puede invitarlo.

– Pero me preguntaba si tú podías pedírselo. Creo que es un poco tímido.

– De buena gana lo haré. ¿Dónde se aloja?

– En Chandler House. Pregunta por Jace Montgomery. El... Nellie, ¿estás bien?

Berni se apresuró a rodear la mesa y ayudó a Nellie a ocupar una silla. – ¿Dije algo malo? ¿Prefieres que nadie venga a cenar?

– No se trata de eso. Se trata... es que el señor Montgomery y yo...

– Oh, de modo que se conocen, ¿eh? Qué maravilloso. – Sostuvo a Nellie, retiró el grueso chal de lana y el sombrero de fieltro de un perchero que estaba junto a la puerta. Berni le calzó el sombrero, le envolvió el cuello con el chal y la empujó hacia la puerta.Ve e invítalo a cenar. Terel duerme, de modo que está cómoda, y tu padre ha salido. Todos están bien atendidos, y por lo tanto dispones de tiempo libre.

– No puedo invitarlo – murmuró Nellie.

– ¿Ni siquiera por mí? ¿Por tu querida y vieja tía? – dijo Berni en tono de ruego.

Nellie respiró hondo. El corazón le latía con fuerza.

– Está bien. Por usted.

Atravesó la puerta y salió al aire frío, la calle nevada, y comenzó a caminar hacia el hotel.

Berni cerró la puerta y sonrió. Se dijo que había sido fácil. Casi demasiado fácil. Jace probablemente no había venido a almorzar porque no recibió la nota, pero Berni sabía que Nellie era una persona que tomaba en serio sus responsabilidades, de modo que sin duda se sentaría y esperaría la llegada de Jace para entregarle personalmente el mensaje.

Ante la mesa, empezó a masticar los bollos preparados por Nellie; después chasqueó los dedos y el número de *Vogue* correspondiente a la Navidad de 1989 apareció entre sus manos. Se dijo que ese poder mágico del hada madrina era una cosa muy interesante. Probablemente lograría que esa noche a las diez Jace y Nellie estuvieran juntos. Y pensó, sonriendo: Quizás asignen mi nombre al primer hijo.

Del otro lado de la puerta de la cocina Terel apretó los labios. Pensó: De modo que esa es la cosa. La tía era amiga de la madre de Montgomery. *Por eso* había aparecido repentinamente en Chandler. Su visita nada tenía que ver con la elección de una heredera entre las jóvenes Grayson. La tía Berni deseaba que el hijo de su amiga se casara con Nellie.

Terel pensó: y me dejarán con un palmo de narices. Nellie se casará con un hombre rico, saldrá de este horrible pueblo y yo me quedaré aquí.

En puntas de pie atravesó la habitación y salió por la puerta principal sin hacer el más mínimo ruido.

– ¡Nellie! – llamó, una vez que estuvo afuera.

Esta se volvió hacia su hermana con movimientos lentos.

– Creí que estabas durmiendo la siesta.

– En eso estaba, pero temí dejarte sola con ella.

– ¿Con la tía Berni?

– Sí, con ella. Ya te dije. Nellie, que todos mis instintos me advierten de la necesidad de cuidarme de ella.

– Pero parece tan bondadosa. No creo…

– Tú no creíste tampoco que había algo malo en ese terrible hombre que según decías te amaba.

Nellie se miró las manos.

– ¿Adónde ibas? – preguntó Terel.

– Al… ah, la tía Berni me lo pidió…

– No pretendería que fueses a ver a *ese hombre,* ¿verdad? Oh. Nellie, es una mujer cruel. ¡Es inenarrable! ¿Cómo es posible que le haga esto a su propia carne y sangre?

– No creo que tenga el propósito de provocar ningún daño. Simplemente me pidió que invitase a cenar al hijo de su amiga.

– ¿Y tú crees que eso es mera coincidencia? ¿Que simplemente

sucedió que te pidiese ir a ver a ese hombre? ¿Que no conoce todos los detalles sórdidos de lo que sucedió contigo?

– A decir verdad, no pensé en ello. Me rogó que fuese y…

– Y le obedeciste. Oh, Nellie, ¿por qué nunca puedes pensar con tu cabeza? Debiste decirte que no quieres degradarte más de lo que ya ha sido el caso. Debiste decirle *la verdad* acerca de ese hombre.

– ¿La verdad?

– Sí, que hizo lo que se le antojó contigo y después se marchó y te abandonó, y que estuvo cortejando, y algo más, a casi todas las mujeres del pueblo, y que es un mentiroso, pues dijo que te escribió cartas mientras estuvo ausente. Oh, Nellie, es un canalla. Lo ha demostrado constantemente pero tú continúas persiguiéndolo, como hiciste la noche del Baile de la Cosecha.

Nellie se retorció las manos. Sabía que Terel decía esas cosas porque se preocupaba por ella, pero sus palabras la deprimían profundamente.

– Está bien, Nellie, no deseaba decírtelo – empezó Terel con un suspiro– pero tu señor Montgomery estuvo saliendo con Mae los dos últimos días. – Apoyó la mano en el brazo de Nellie.– Siento muchísimo todo esto. Sé que creíste amarlo, pero ya lo olvidarás. No vale la pena que derrames una sola lágrima por él. Ahora que has adelgazado, se te ve bastante presentable, y podrás hallar marido. Ted Nelson necesita esposa y es un hombre digno de confianza.

Ted Nelson tenía por lo menos quince años más que Nellie. Poseía un establo en el límite del pueblo y trabajaba allí con la ayuda de sus dos hijos mayores, de quienes todos afirmaban que eran tan tontos que los caballos enseñaban a leer y escribir a los muchachos. En el pueblo se discutía vivamente si uno cualquiera de los Nelson alguna vez se había bañado. – Bien, no arrugues la nariz – dijo ásperamente Terel– . Todos afirman que Ted Nelson tiene escondida por ahí una fortuna. Pero si no te agrada, te encontraremos otro candidato. Quizá podamos hacerlo en Denver. Allí nadie conoce tu reputación. Tal vez…

– No le hablaré – dijo Nellie, llevándose las manos a los oídos– . No invitaré a cenar al señor Montgomery. Por favor, basta.

– Está bien – dijo Terel con voz tensa– . No sé por qué me preocupo. A veces te comportas como si *yo* fuera la villana. – Deslizó su brazo bajo el de Nellie. Vamos a la panadería a comprar algo de comer. De veras, estás excesivamente delgada.

En ese momento, Nellie sentía apetito suficiente como para devorar la panadería entera, el mostrador, los estantes, el cartel y todo el resto incluido.

Berni se sintió desconcertada de nuevo cuando a la hora de la cena Jace Montgomery no apareció. Durante la prolongada y aburrida comida saboreó los deliciosos platos preparados por Nellie y escuchó la charla de Terel. Vio cómo Charles Grayson sonreía a su hija menor y de tanto en tanto miraba con hostilidad a Nellie.

Hasta donde Berni podía ver, la pérdida de peso no había modificado la vida de la muchacha. Charles y Terel siempre la trataron como a la persona obligada a ocuparse de las tareas pesadas y al parecer no creían que por el hecho de que hubiese adelgazado, ellos debieran cambiar de actitud. La pérdida de peso tampoco la había modificado a ella misma. Aunque ahora era una joven terriblemente atractiva, aún demostraba muy escasa confianza en sí misma. Nellie no alentaba a los jóvenes que venían a visitarla, ni exigía ahora que su familia la tratase con respeto. Era la misma de siempre.

Berni se estremeció al pensar en esta Nellie. Se dijo que ella misma no era un hada madrina muy eficaz. Tal vez hubiera debido apelar a la magia y convertir en carruajes unas pocas calabazas. Nellie había logrado asistir a la fiesta con su apuesto príncipe, pero sólo porque él había llegado a la casa con un vestido. Todo lo que su hada madrina hizo en su favor provocó resultados contraproducentes.

Después de la cena Berni se disculpó y fue a su habitación. Allí, retiró una cubierta de vidrio traslúcido del extremo superior de una lámpara y la depositó sobre una mesa.

– No es una gran bola de cristal, pero es lo mejor que tengo a mano – dijo en voz alta– . Ahora, veamos qué sucede.

Pasó las manos sobre el vidrio, como había visto hacer a muchas gitanas en los filmes, y advirtió complacida que comenzaban a aparecer imágenes que tardaban un momento en definirse claramente, pero de pronto vio a Terel hablando con ese muchacho llamado Duke, la nota que Berni había enviado a Jace y cómo Terel la recibía, la leía y la estrujaba. Vio a ésta conversando con Nellie cuando iba al hotel de Jace. Berni se acomodó mejor en la silla; al principio sólo pudo sentir admiración. Terel era con mucho más astuta de lo que Berni había creído. Sospechando que Berni se disponía a ayudar a su hermana, logró prever lo que Berni haría, para frustrarlo.

– Si esto continúa, en dos días más Nellie estará incluso peor.

Berni contempló las imágenes desdibujadas sobre el vidrio. Pensó que le hubiera agradado mucho derrotar a Terel sin apelar a la magia, sería un verdadero desafío mostrarse más astuta que esa joven, pero la verdad era que no disponía de tiempo. Con sólo tres días para realizar los milagros que Nellie necesitaba, y ya había pasado uno.

Bien, pensó Berni, el primer día terminó en empate. Veamos qué puede hacerse con los dos restantes. Ante todo, necesitaba un plan.

Trató de menear la nariz, como Samantha en "Embrujada", pero no sirvió de nada, y entonces movió las orejas. (En el curso de su vida en la Tierra nadie supo jamás que Berni podía mover las orejas.) Frente a ella apareció un pizarrón y una tiza flotó en el aire, lista para escribir. Berni se repantigó en la silla.

Pensó: número uno, y la tiza comenzó a escribir. Nellie está convencida de que Jace la abandonó y que estuvo entreteniéndose con otras mujeres. Número dos, no cree que el joven le haya enviado cartas.

Y número tres, los sentimientos de Jace están heridos porque juzga que Nellie no retribuye su amor. "Y Dios ayude a la mujer que hiere los sentimientos de un hombre. El se alejará, y sufrirá unos pocos centenares de años, o cosa así." La tiza vaciló, y después escribió "sentimientos heridos", en trazos muy gruesos. Sin duda, la tiza mágica pertenecía al sexo masculino.

Y bien, ¿qué más tenemos? – Berni pensó en los nombres de Terel y Charles, y la tiza los escribió uno debajo del otro; y en la parte inferior: "No puede turbar su comodidad."

– Ah, sí, pero ellos pueden obtener lo que merecen si eso los complace. Charles desea una casa limpia, buena comida y gastar el mínimo posible de dinero.

La tiza escribió eso bajo el nombre de Charles. "Terel desea que alguien la atienda y le dé todo lo que ella necesita, antes siquiera de que lo pida." Una vez escrito esto, Berni contempló el pizarrón. El paso obvio era demostrarle a Nellie qué poco ella importaba a su hermana y su padre, pero recordó cuánto había sufrido la joven la vez que oyó decir a su propio padre que Terel era una inútil. "Jamás piensa en nada que no sean los vestidos y cuánto dinero pueden darle otros." Eso era lo que Nellie había oído de labios de su propio padre. No, no deseaba que alguien se sintiera tan lastimado; especialmente no en el caso de Nellie.

– Entonces, ¿qué puedo hacer? – murmuró.

Se recostó en el respaldo de su silla, movió la varita y comenzó a buscar las cartas que Jace había enviado. Era tan fascinante espiar el interior de los hogares, ver las cosas extrañas que sucedían, que casi olvidó su propósito. Pero finalmente encontró las cartas, guardadas en un cajón de la casa de una mujer pobre. Era evidente que Terel le había pagado para que contestase la correspondencia de Jace.

Berni agitó de nuevo la varita, y, sonriendo ante su propia astucia, entregó las cartas a una vieja desequilibrada e incorporó a su memoria una complicada historia acerca del modo en que las había obtenido. La anciana vivía con su hermano y la joven hija de este, y bien parecía que la niña podía aprovechar los servicios de un hada madrina.

– Lleva las cartas a Nellie, y si yo la conozco, ella te cuidará – dijo Berni.

Sonrió y volvió los ojos hacia los restantes problemas enunciados en el pizarrón. Ahora lo único que tenía que hacer era lograr que Jace y Nellie se reunieran en un lugar romántico.

Era casi de madrugada cuando al fin Berni completó sus planes. Se dijo que una de las cosas buenas de la muerte era que uno no necesitaba dormir. Se puso de pie y se estiró, movió las orejas y el pizarrón desapareció. Había trazado su plan y comenzado a aplicarlo. Ahora sólo necesitaba dar un paso al costado y ver qué sucedía.

11

Nellie despertó cuando alguien comenzó a arrojar pedacitos de grava contra su ventana. Abrió los ojos y vio las primeras luces del alba. Saltó de la cama y se acercó a la ventana. Una joven, que era poco más que una adolescente, estaba abajo, temblando a causa del frío de la mañana temprana. Nellie abrió la ventana.

– ¿Usted es Nellie Grayson?

– Sí – dijo Nellie– . ¿En qué puedo servirte?

– Debo hablar con usted. ¿Puede venir?

Desconcertada, Nellie se puso un grueso chal sobre el camisón, se calzó las pantuflas y descendió deprisa; abajo, abrió la puerta de la cocina para recibir a la muchacha.

– Encenderé enseguida el fuego, y prepararé un poco de café.

– No, por favor, no tengo tiempo.

Nellie la miró con una sonrisa de simpatía mientras la jovencita la observaba inmóvil.

– ¿Tú deseabas hablar conmigo?

– Oh, sí. Quería verla, nada más. Es decir, deseaba ver cómo era, a causa de las cartas.

– ¿Qué cartas?

– Estas. – La muchacha extrajo un grueso manojo de misivas que llevaba ocultas bajo el chal y las entregó a Nellie. Pertenecían todas a Jace, y estaban dirigidas a Nellie.

– ¿Dónde las conseguiste? – murmuró Nellie.

– Vivo en las afueras del pueblo... no importa dónde, somos mi padre y yo, y su vieja hermana, que es mi tía Izzy. Vea, mi padre no quiere que nadie sepa que su hermana está loca, de modo que finge que no tiene nada. Por supuesto, fingir no significa que se le cure la cabeza, pero él de todos modos aparenta. Bien, una de las cosas que mi papá permite hacer a la tía Izzy es recoger el correo cuando venimos al pueblo. No sé cómo lo hizo la primera vez – probablemente mintió, porque sabe hacerlo muy bien– pero lo cierto es que le dijo a ese estúpido ayudante del cartero que ella era Nellie Grayson, y entonces el muchacho entregó a la tía Izzy las cartas que usted debía recibir.

Creo que incluso le aseguró que eran secretas, y así el muchacho no dijo nada a su padre, y las guardó para la tía Izzy. En fin, que ella recibió todas las misivas, y si yo no hubiese limpiado ayer su habitación, nadie lo habría sabido jamás. Le pedí a mi padre que me trajese anoche para entregar aquí las cartas, pero él quiso que las quemase. Yo le mentí, y le dije que ya lo había hecho, pero esta mañana salí antes de que despertasen y aquí se las traje. No quise despabilar a toda la casa, por eso hablé con la criada que ustedes tienen, y me dijo cuál era el dormitorio que usted ocupa.

Nellie escuchó el relato, recibió las cartas, y las examinó. Poco a poco comenzó a entender que Jace *en efecto* le había escrito. No la abandonó, y envió correspondencia durante todo el período en que

estuvo ausente.

– Esas cartas son importantes, ¿verdad? – dijo en voz baja la joven.

– Sí. – Nellie buscó a tientas una silla y se sentó.– Muy importantes.

La joven sonrió.

– Ya me parecía. Bien, ahora tengo que irme. Comenzó a caminar hacia la puerta.

– ¡Espera! ¿Has comido? ¿Qué hará tu padre cuando sepa que le desobedeciste?

La joven se encogió de hombros.

– Me castigará un poco. No mucho. No es realmente malo, como otros.

Nellie tragó saliva.

– ¿Cómo te llamas?

– Tildy, por Matilda.

– Tildy, ¿te agradaría venir a trabajar aquí?

– ¿En esta casa tan bonita? – preguntó, los ojos muy grandes.

– Sí, y puedo asegurarte que nadie te castigará. Tildy sólo atinó a asentir, muda de felicidad. – Entonces, ven a primera hora, al día siguiente de Navidad, y yo... – Nellie tragó saliva– ... ya habré hablado con mi padre.

La joven asintió, los ojos todavía muy grandes, y retrocedió hacia la puerta.

– Gracias – consiguió murmurar antes de que Nellie cerrase.

Esta permaneció inmóvil en la fría cocina. olvidó completamente que debía preparar comida para su familia. Abrió las cartas y empezó a leer. Allí se reflejaba todo el amor de Jace: le explicaba día por día que estaba vendiendo todas sus posesiones para ir a reunirse con ella en Colorado. Hablaba de la futura vida de ambos. Le daba detalles de su familia, formulando comentarios acerca de las actividades de su madre en la ópera, del trabajo de su padre en la compañía de navegación Warbrooke.

También escribía acerca de sus hermanos y sus parientes Taggert, en Maine. En una carta le enviaba un minúsculo boceto de una orquídea australiana pintada por su tía Gemma. Le escribía acerca de su abuelo Jeff y de los viejos montañeses que vivían en California, y le prometía llevarla allí durante la luna de miel.

Al llegar a la cuarta carta Nellie estaba llorando. Y durante la lectura de la última lo hacía con tal fuerza, que al principio no vio a Mae Sullivan, de pie frente a ella.

– Mae – dijo Nellie, sobresaltada– , no oí tu llamado a la puerta.

– Estaba abierta.

– Qué extraño. Estoy segura de que la cerré. Nellie intentó secarse los ojos con la manga del camisón, para ocultar que había estado llorando.

– Oh, Nellie – dijo Mae, y también ella empezó a llorar– . No pude

dormir en toda la noche. Y creo que no lograré hacerlo nuevamente si no te revelo la verdad.

Nellie permaneció sumida en atónito silencio mientras Mae desgranaba la historia completa, le explicaba que todas las mujeres del pueblo estaban muy enamoradas del señor Montgomery y que en parte por celos y en parte por rencor dijeron a Nellie que él había intentado besarlas.

– Y no me pareció justo – gimió Mae– . El nunca ni siquiera *miró* a otras mujeres de por aquí. Tú lo atrapaste antes de que tuviésemos siquiera una *posibilidad* con él, y además, tú eras tan obesa que todos pensamos que él debía estar loco si te prefería y por esto imaginando que estaba detrás de la empresa de tu padre, y que te cortejaba para apoderarse de la firma.

– No podíamos creer que realmente *te amase.* Oh, Nellie, lamento muchísimo lo que hicimos. Fuera de ti, el señor Montgomery jamás miró a otra mujer de este pueblo.

Nellie aferró las cartas y miró asombrada a Mae. Ahora sólo estaba convencida de que había sido terriblemente injusta con Jace.

– Será mejor que me vaya – dijo Mae, sollozando– . Ojalá que todo te salga bien. Espero que te cases con él y seas feliz para siempre.

Se volvió rápidamente y salió de la casa. Nellie permaneció sentada. Y ahora, ¿qué haría? Jace se marchaba hoy. Antes de que pudiese concebir otro pensamiento, Berni entró en la cocina.

– Me pareció que alguien había llegado a la casa. – Miró las cartas de Nellie.– ¿Sucedió algo? ¿Deseas que hablemos?

– Yo... no – respondió Nellie. N o estaba acostumbrada a comentar con otros sus problemas.– Debo preparar el desayuno.

– ¿En camisón?

– Oh, no. Me cambiaré.

Estaba pensando con dificultad.

– Nellie – dijo Berni– habla conmigo.

Un instante después estaba sentada a la mesa y revelaba todo a Berni.

– Lo juzgué mal, siempre se mostró bueno conmigo, y sin embargo creí las peores cosas de su persona. ¿Cómo pude ofenderlo tanto?

– Todos hieren a las personas a quienes aman. Lo que debes hacer es ir a verlo y decírselo todo.

– No puedo.

– No es humillante decir al hombre a quien amas que lo quieres. La mitad del amor es humillación. Tienes que... .

– Haría lo que fuese, diría cualquier cosa para recuperarlo, pero no puedo salir de la casa. Tengo que preparar el desayuno, y mi padre invitó a los inversores a cenar esta noche. Debo...

– Atender a su comodidad, ¿verdad? – preguntó ásperamente Berni.

– Sí, creo que sí. No tiene sentido, pero no puedo abandonarlos.

– Dormirán durante tu ausencia.

– ¿Dormirán? Pero mi padre nunca duerme después de las siete.

– Hoy lo harán. Confía en mí.

Nellie miró a su tía y comprendió que decía la verdad.

– Iré a verlo.

– Excelente. Ahora, vístete y usa el terciopelo azul.

Nellie comenzó a preguntar cómo sabía Berni del vestido de terciopelo azul, pero no quiso perder tiempo. Necesitaba ver cuanto antes a Jace.

Sola en la cocina, Berni chasqueó los dedos y su camisón desapareció y fue remplazado por un hermoso vestido de seda color óxido. El encaje del cuello estaba confeccionado a mano. Se sentó frente a la mesa, chasqueó de nuevo los dedos y apareció la colección de un mes de la revista *People,* así como una fuente de medialunas y un jarro de café. Ahora, lo único que necesitaba hacer era esperar. Tan pronto como Jace viese a Nellie la perdonaría, y sin tardanza echarían a volar las campanas nupciales. Tendría que atarearse un poco más con Charles y Terel, y allí acabaría el asunto. Al fin podría dedicar un poco de tiempo a la sala de la Fantasía, en la Cocina. Pero en lugar de dragones, ¿no era mejor que hubiese vaqueros? Quizás él sería un explorador, y ella una animosa joven que necesita salvar a su padre o a su hermano, y el explorador no la aceptaba porque era mujer, pero después... Bien... ya probaría eso a su regreso.

Con mano temblorosa Nellie llamó a la puerta de la habitación del hotel de Jace. Tenía el corazón en la boca mientras planeaba lo que le diría.

El abrió la puerta, en el rostro una expresión de profunda tristeza, pero cuando la vio esta se disipó, remplazada por la cólera.

– ¿Has venido a despedirte? – preguntó, y después se apartó de ella. Estaba preparando sus maletas. – Vine a disculparme – dijo Nellie, entrando en la habitación– . Dijiste la verdad en todo. Yo estaba completamente equivocada.

– ¿Oh? – exclamó él, mientras guardaba una camisa– . ¿Te equivocaste en algo concreto?

– Esta mañana una muchacha me trajo tus cartas. Parece que su tía le mintió al hijo del cartero. Le entregaron las misivas a ella en lugar de traérmelas.

– Qué interesante – dijo Jace, pero su voz no manifestaba interés.

– Y esta mañana Mae vino a explicarme que ella y sus amigas dijeron embustes. Tú no intentaste... besarlas.

– No, no lo hice – y se volvió un momento para mirarla, hostil.

Nellie respiró hondo.

– Vine a disculparme por todo lo que dije, e incluso por lo que pensé.

El se acercó, y Nellie sintió que se le paralizaba el corazón, pero Jace continuó caminando hacia el escritorio a recoger su navaja.

– Y ahora, ¿qué debo hacer? ¿Decir que todo está bien? ¿Perdonarte por todo y empezar de nuevo?

– No lo sé – dijo ella en voz baja– . Solamente sé que te amo.

El se detuvo un momento, las manos apoyadas en las ropas guardadas en la maleta.

– Nellie, yo también te amé, te amé desde el primer día, pero no soy lo bastante fuerte como para luchar contra tu familia. Tú crees todo lo que ellos te dicen. N o me propongo dedicar mi vida a reñir por ganarte.

– Yo no sabía – dijo ella– . N o sabía nada sobre las cartas.

Jace se volvió para mirarla.

– Y tampoco conocías sobre la compañía de navegación Warbrooke, ¿verdad? Dime, ¿tu padre te indujo a venir aquí? ¿O hiciste un trato con tu codiciosa hermanita? Si te apoderas de la compañía Warbrooke les darás... ¿qué? ¿ Un centenar de vestidos al año para Terel, nuevos vehículos a tu padre?

La tía Berni había dicho que debía humillarse si era necesario, pero Nellie no podía soportar esto.

– Mi familia quiso solamente lo que es mejor para mí. No deseaban que me casara con un hombre que abandonó el pueblo sin dejar un mensaje, o que galanteaba a muchas mujeres al mismo tiempo. No había pruebas de que tú hubieses enviado una carta, o de que no habrías...

– ¿Besado a todas las muchachas? – dijo él irritado– . Sí, *había* pruebas. *Mi* palabra. Debiste creerme. Debiste...

– Sí, tienes razón – dijo Nellie, tratando de contener las lágrimas– . Pero no lo hice. Señor Montgomery, no soy muy buena para reñir. Y sólo deseaba hacer lo que convenía a todos los interesados; y parece que he fracasado. Pido disculpas por haberlo molestado.

– Acepto tus disculpas – dijo él con voz tensa. Ahora, si no te opones, tengo que abordar el tren.

Se formó un nudo en la garganta de Nellie, un nudo que amenazaba sofocarla. No podía hablar. Se limitó a asentir y salió de la habitación. Descendió la escalera y abandonó el hotel. Caminó de regreso a su casa, pero no tenía conciencia de sus propios movimientos. Como si le hubiesen arrebatado la vida, sabía que todo había acabado para ella.

Berni estaba sentada en la cocina y continuaba leyendo las revistas *People* cuando oyó abrirse la puerta principal. Supuso que Nellie, tomada del brazo de su apuesto héroe, irrumpiría. Pero oyó en cambio loS pasos pesados de Nellie ascendiendo la escalera.

– ¿Y ahora qué? – masculló– . Antonio y Cleopatra no tuvieron tantas dificultades.

Con un chasquido de dedos logró que las revistas, el café y los chocolates desapareciesen, y ella misma ascendió la escalera. Nellie estaba postrada en la cama, parecía a un paso del suicidio.

– Bien, cuéntame – dijo Berni lamiéndose los dedos.

La joven no contestó, de modo que Berni movió las orejas.

– Dice que debí haberle creído – murmuró Nellie.

– Ah, a los hombres les agrada la obediencia ciega. Nellie, escucha el consejo de una mujer que ha conocido algunos. Ignoro si oíste o no este, pero hay un proverbio que afirma que el mejor amigo del hombre es el perro, y que los diamantes son el mejor amigo de una muchacha. Un perro porque eso es lo que él quiere que sea una mujer: un perro. Quiere tener una bonita esposa, preferiblemente rubia, que haga lo que él manda y cuando lo manda. Decirle: "Adelante, vamos", y ella se incorpora, meneando la cola, y lo sigue. No acepta que ella haga preguntas acerca de dónde, cuándo o cómo, y sobre todo *no* quiere que ella tenga *opinión.*

– Y la mujer ha descubierto que puede confiar en los diamantes, porque las piedras no andan en aventuras nocturnas, y no se dedican a explicarle a cada momento cómo ella *debería* comportarse.

Pareció que estas palabras no suscitaban ningún efecto en Nellie, de modo que Berni continuó.

– ¿No entiendes? No fuiste su mejor amiga.

– Tengo otras responsabilidades.

– Sí, por supuesto, pero intentas enseñar lógica a un hombre que está enamorado, un sentimiento extraño para un hombre; no puedes además agregarle la necesidad de una conducta lógica.

Berni miró a Nellie, que lloraba quedamente, la cara apoyada en la almohada, y comprendió que sus palabras no tenían sentido para la joven. La primera vez que una mujer se enamoraba se sentía saturada de esperanza, impregnada con la creencia de que si podía conquistar a ese individuo su vida entera quedaría resuelta, al extremo de que jamás volvería a sentirse enojada, o sola, de que nunca estaría afectada por malestares físicos. El amor resolvería todos los problemas. Berni sabía que era inútil tratar de decir algunas verdades a Nellie. La verdad nada tenía que ver con el amor.

– Está bien – dijo Berni, suspirando– . Lamento que las cosas no salieran bien. Quizá sea mejor olvidar a ese hombre.

– Jamás podré olvidarlo. Fue tan bueno conmigo, y yo lo traté tan mal. Ahora me odia, y lo merezco.

Berni quería hablarle de sexo, explicarle que tenía que emplear su belleza y su atracción para seducir a Jace. Pero sabía que ella jamás entendería. No tenía idea del modo de *tomar* lo que necesitaba.

Esa mañana, después de enviar a Nellie en busca de Jace, Berni había creído que su tarea estaba concluida; pero subestimó la gravedad de la ofensa inferida al joven. Llegó entonces el momento de aplicar el Plan Número Dos. Cerró los ojos, formuló algunos deseos y redistribuyó la gente.

– Nellie, lo que necesitas es apartar tu mente de este hombre. El reverendo Thomas estuvo aquí y pidió que le prestases un servicio.

– No puedo – dijo Nellie, la cara apretada contra la almohada– . Tengo que cuidar de mi familia.

– Oh, tu padre y Terel ya salieron de la casa.

La muchacha se volvió para mirar a Berni

– ¿Salieron? Pero hoy vienen invitados. Debo preparar la comida.

– Hoy no. Estarán ausentes todo el día, de modo que estás libre.

Nellie gimió. No era usual que su familia saliera imprevistamente.

– ¿Adónde fueron?

– A Denver. Tu padre recibió un telegrama que decía que sus inversores desean reunirse con él en esa ciudad, hoy mismo, de modo que viajó para allá. y Terel lo acompañó.

– ¿ Terel fue con nuestro padre a una reunión de negocios?

– Es difícil creer eso, ¿verdad? Pero es lo que ella dijo. Afirmó que deseaba ayudar a su padre a tratar con los clientes. Entre tú y yo, creo que la verdad es otra. – Berni tomó un diario de Denver .– Lee la página seis.

Nellie, sollozando, se sentó en la cama, recibió el diario y lo abrió:

– "Venta especial de Nochebuena – leyó– . Todos los artículos de todas las tiendas de Denver se venden, sólo por hoy, a mitad de precio." – Miró a Berni.– *¿Todas* las tiendas?

– Todas, de modo que creo que estás libre por el resto del día. ¿Qué te parece si de nuevo vas a visitar al señor Montgomery?

Se renovó el flujo de lágrimas.

– No podría. El... no quiere tener nada que ver conmigo.

Berni suspiró.

– Por desgracia, probablemente estás en lo cierto. Entonces, quizá sea mejor que pases el día haciendo lo que pide el predicador.

– No quiero ver a nadie, creo que hoy permaneceré en mi cuarto.

– Por supuesto, te comprendo. Los corazones destrozados necesitan tiempo para componerse. Además, esos niños no precisan ayuda, se arreglarán. Quizá después de Navidad alguien pueda atenderlos. – Se puso de pie.– Te dejaré sola.

– ¿Qué niños?

– ¿A qué se refiere tu pregunta?

– A los niños que según dijiste no necesitan de nadie.

– Oh, eso. Nada especial, sólo unos huérfanos. Ese predicador tan apuesto dijo que estaban solos en un lugar llamado... ¿cómo era? ¿Journey?

– ¿Journada? ¿Ese pueblo fantasma en ruinas?

– El mismo. Dijo que los niños estaban allí, solos y hambrientos, pero no importa. Encontrarán comida. O quizá no. No es tu problema. ¿Por qué no te acuestas, y yo te traeré una bandeja? Soy bastante hábil en la cocina, y...

– ¿Los niños están solos? ¿Sin alimentos?

– Eso es lo que él dijo. ¿Qué te parece una taza de chocolate caliente? O tal vez...

– Voy allá – dijo Nellie, descendiendo de la cama. – Creo que no

deberías hacer tal cosa, después de todo, no son más que una pandilla de niños. ¿A quién le importa si tienen o no apetito?

– *A mí* me importa. ¿Sabes en qué lugar de Journada están?

– En una de las chozas. Nellie, no puedes ir sola allí.

– *Debo* ir. Es inconcebible dejarlos desvalidos. Supongo que papá tomó la calesa, de modo que tendré que alquilar una.

Berni suspiró, tratando de ocultar una sonrisa. – Si estás decidida a ir, te prestaré mi carruaje.

– ¿No te importa?

– No, por supuesto no me importa. Prepararé una canasta de alimentos mientras tú vas a los establos y retiras el carruaje.

Apenas Nellie salió de la casa, Berni extrajo de su baúl la varita mágica de esmeralda y la movió sobre la cama. Apareció una gran canasta.

– Y ahora, ¿qué tendremos para comer? – murmuró, movió otra vez la varita, y aparecieron un par de pollos, tocino, todo relleno con cortezas de pan y frutas secas.

Se divirtió mucho creando alimentos y después botellas de vino. Agregó un pastel de damasco, porcelana de Limoges, y cubiertos de gruesa plata. Repantigada en la silla, y bebiendo el café mezclado con brandy, ordenó que todo entrase en la canasta. Por supuesto, era demasiado, de modo que aplicó un poco más de magia sobre la canasta y luego tuvo que agitar de nuevo la varita cuando comprendió que el artefacto pesaba más de cincuenta kilogramos.

– No advertirán nada – dijo Berni– . Los amantes siempre creen que todo es magia. Suena una campana, y piensan que es por ellos. Una canasta pequeña suministra una cantidad interminable de comida, y sin duda ellos lo consideran natural.

Ordenó que la canasta descendiera flotando la escalera, delante de la propia Berni y la aferró sólo cuando Nellie entró en la habitación. Ya tenía el carruaje esperando, preparado para ir en busca de los hambrientos niños.

– Buena suerte – gritó Berni mientras Nellie se alejaba. Regresó a la sala, extrajo del bolsillo la varita mágica y la agitó. El fondo de la sala desapareció y ella vio la estación ferroviaria ya Jace Montgomery de pie frente a la boletería.

– Lo siento, señor – decía el empleado– , pero usted perdió el tren.

– ¿Lo perdí? He llegado quince minutos antes de la hora de la partida.

El agente movió los ojos hacia el reloj de la pared, detrás de Jace, y después consultó el suyo de bolsillo.

– Es cierto. – Frunció el ceño.– Creo que el tren nunca salió antes de hora, tarde sí, pero más temprano nunca.

– ¿Cuándo parte el próximo? – preguntó Jace con voz agria.

– Llega a las... – El empleado vaciló mientras examinaba el horario.– Qué extraño. Generalmente pasa un tren por aquí cada treinta minutos, pero hoy habrá un intervalo de cuatro horas. – Miró a

Jace y se encogió de hombros.– Quizá porque es Nochebuena.

– ¡Vaya con la Navidad! – murmuró Jace. Levantó su maleta e inició el camino de regreso al hotel. Lo que deseaba era emborracharse, beber tanto que no recordara haber estado jamás en Chandler, Colorado.

Berni agitó la varita y Jace desapareció. Otro movimiento y vio a Terel en una tienda de Denver disputando por una blusa de seda a una mujer de aspecto belicoso. Los empleados de la tienda parecían dispuestos a caer agotados, mientras trataban de atender a los centenares de mujeres enardecidas.

– Quizás exageré el asunto de las ventas especiales – dijo Berni, pero agitó la varita para ver las calles de Denver– . Bien, querida Terel, ¿qué podemos encontrarte? Alguien a quien merezcas, que te haga feliz.

Exploró la calle hasta que vio un viejo carromato, en el que había seis niños, tres reñían como si desearan matarse. Adelante, ocupando el asiento, un agricultor corpulento, sucio pero apuesto, que no les hacía caso.

– Bien, bien, bien, ¿quiénes son ustedes? – Extendió la mano para apoderarse de una hoja de papel impresa por la computadora.– John Tyler – leyó– . Treinta y dos años, viudo, con seis hijos ruidosos y analfabetos. Cría cerdos. Muy pobre, y siempre será pobre. Buen corazón. Vigoroso compañero de cama. Berni volvió los ojos hacia el hombre, que descendió del carromato.

– No está mal. No, no está mal. – Miró a los niños. Eran una pandilla simpática, aunque se los veía tan sucios como los cerdos que ellos criaban. Precisamente lo que Terel necesita: algunos seres en quienes pensar, además de ella misma. Unos años cocinando, limpiando y lavando, le enseñarán un poco de humildad.

Berni agitó la varita y la imagen se dividió por el medio. Terel estaba a un costado, y John Tyler al otro. – Muy bien, amiguitos – dijo Berni, mientras se metía un chocolate en la boca– . Conózcanse y enamórense. No se trata sólo de prendarse; deseo que sea loca, apasionadamente, *para siempre.* ¿Entendieron?

Agitó la varita: Terel dejó caer la blusa que estaba examinando y empezó a caminar hacia la puerta principal de la tienda, mientras John Tyler se apartaba del depósito de forrajes, y enfilaba hacia Terel. – Terel Tyler – murmuró Berni– . Podría ser peor. Movió de nuevo la varita, y esta vez trató de resolver el problema de Charles. Siempre había sido tan mezquino, temiendo gastar su dinero, que de hecho había convertido en esclava a su hija mayor.

Berni observó a Charles que asistía a su reunión y prestaba atención a lo que los empresarios pedían para almorzar. Comprendió que estaba temiendo el momento de recibir la cuenta.

– Lo que necesita – se dijo Berni– es alguien que le ayude a gastar su dinero.

Encontró, con destino a Charles, una bonita viuda en la cuarentena, una mujer que creía que hablar de dinero era descortés, y que no tenía idea de que hubiese ninguna relación entre sus muchos y costosos vestidos y el hecho de que su esposo hubiese fallecido y la dejara sin un centavo.

– Enamórate, Charles – dijo Berni, y movió la varita.

– Esos dos están arreglados. Ahora, veamos la situación de Nellie.

Movió la varita y vio a Nellie, que estaba acercándose al viejo pueblo de Journada. Aún tenía que buscar las casas donde estaban los niños, de modo que Berni comprendió que disponía de tiempo.

Agitó la varita sobre ella misma y de pronto estuvo ataviada con un vestido de terciopelo negro, una prenda apropiada para dar un paseo; sobre el ojo izquierdo caía un atrevido sombrerito. Cuando llegó a la puerta principal de los Grayson, chasqueó los dedos: comenzó a llover ya tronar, mientras el viento soplaba intensamente.

Berni salió de la casa y el agua le golpeó la cara. – Esto es ridículo – murmuró, y entonces chasqueó los dedos y donde ella estaba cesó de llover. Caminó hacia el hotel, perfectamente seca. Alrededor, la gente trataba de defenderse de la lluvia y el viento y nadie vio que Berni avanzaba siguiendo una ruta que estaba siempre seca y tranquila. Unas pocas personas que miraban por la ventana, la vieron caminando por un camino seco, se frotaron los ojos y no podían creer lo que veían. Berni llegó a Chandler House en el mismo instante que Jace estaba bebiendo su sexto whisky.

– ¿Usted es Jocelyn Montgomery? – preguntó Berni, mirándolo sentado a la mesa. Eran las únicas personas que se encontraban en el bar a esa hora del día.

Pese a que estaba casi borracho, Jace se estremeció al oír el nombre.

– Jace – dijo.

– Su madre me dijo que era Jocelyn.

Ella miró.

– ¿Usted conoce a mi madre?

– Bastante. Cuando le dije que venía aquí para visitar a mis parientes, me pidió que lo saludara. Quise venir ayer, pero yo…

Berni se echó a llorar, de modo que ya no pudo continuar hablando.

Jace se puso de pie instantáneamente, y la ayudó a sentarse.

– Lo siento, señora. ¿Puedo servirle en algo?

– Estoy tan preocupada – dijo Berni sollozando, y enjugándose las lágrimas con un hermoso pañuelo de hilo– . Se trata de mi sobrina. Salió con esta tormenta para llevar comida a varios niños huérfanos, y todavía no regresó. Ella me preocupa mucho.

– Llamaré al sheriff, y él enviará algunos hombres a buscarla. ¿Sabe adónde fue?

– A un lugar llamado Journada. ¡Se ha perdido, y la culpa es mía! Allí no hay niños. Las criaturas están en la mina Coronado. Se me

confundieron los nombres. Mi español nunca fue muy bueno.

Jace le palmeó el hombro y ella olió el whisky en su aliento. A decir verdad, no era un olor desagradable. Berni había pasado algunos momentos interesantes con hombres que olían como él. Lo miró por encima del pañuelo. Lástima que disponía sólo de un día y medio; lástima que estaba tratando de mostrar su mejor comportamiento. Jace Montgomery era un hombre *muy* atractivo.

– El sheriff la hallará. Ahora mismo iré a buscarlo. – Comenzó a salir del bar. – Oh – dijo al llegar a su puerta– ¿cómo se llama su sobrina?

– Nellie Grayson.

Jace permaneció inmóvil, parpadeando un momento.

– ¿Nellie está allá afuera, sola, con esta tormenta? – Comenzó a alzar la voz.– ¿Usted envió a *Nellie* a un viejo y ruinoso pueblo fantasma?

– Fue un accidente. Se me confundieron los nombres. Mi español...

No dijo más, porque Jace ya había desaparecido. Berni se acomodó mejor en la silla, tomó el vaso de whisky de Jace y lo vació. Apoyó los pies en otra silla, extrajo del bolso la varita (era plegable) y la agitó. Ante ella apareció la figura de Jace abalanzándose hacia el establo, ensillando un enorme corcel negro (Berni suspiró al ver al animal, apropiado para un héroe), y alejándose al galope. Dividió la imagen y vio a Nellie buscando en las chozas de Journada.

No pasó mucho tiempo antes de que Jace llegase allí, Berni suspiró, en la expectativa de la escena romántica que sobrevendría. Pero no hubo tal. Los dos estaban bajo un porche que goteaba.

– ¿Qué demonios estás haciendo aquí? – le gritó Jace.

– Vine a traer comida a varios niños hambrientos – gritó Nellie.

– Aquí no hay niños. Tu tonta tía confundió los pueblos. Tienes que regresar conmigo a Chandler. Ella está preocupada por ti.

Se volvió como si esperase que Nellie lo siguiera, pero al mirarla, frunció el ceño porque ella permanecía en el mismo lugar.

– Te dije que tienes que volver.

– No – replicó Nellie– . No me iré.

– ¿Qué?

– No iré a ninguna parte contigo.

Jace (y Bemi, que miraba) contuvieron una exclamación.

– *Ahora* ella sabe defender su posición – murmuró Bemi, incrédula.

– No puedes permanecer aquí, con esta tormenta. Las chozas se derrumbarán.

– ¿Y eso qué te importa? – le gritó Nellie– . Yo no significo nada para ti.

Jace salvó en pocos segundos la distancia que los separaba, y su cara era una máscara de furia mientras la aferraba por los hombros.

– Pudiste haber sido todo para mí, pero preferiste a tu familia.

– No soy un perro, señor Montgomery, para seguirlo ciegamente. Amo a mi familia, y por supuesto les creo antes que a usted. ¿Usted no creería a su familia antes que a un extraño?

– No soy un desconocido. Soy... – se interrumpió.

– ¿Es qué?

– Nada – dijo él, dejó caer las manos y retrocedió un paso– . Debes regresar conmigo.

– Ciertamente, no haré tal cosa, soy adulta. Llegué por mi voluntad, y puedo regresar sin su ayuda.

– Imagino que es así – dijo Jace, el rostro endurecido– . Buenos días, señorita Grayson. Quizá volvamos a vernos.

Se volvió y comenzó a alejarse.

– *¡Detengan la imagen!*– *gritó* Berni, y en efecto el cuadro se detuvo. Nellie estaba en un extremo del porche y Jace en el otro, de espaldas a la joven– . En mi vida he visto dos personas más obstinadas – murmuró Berni– . Sé que el curso del verdadero amor siempre afronta obstáculos, pero esto es ridículo. Déjenme pensar un poco.

Miró a los dos que estaban bajo el porche, mientras la lluvia caía incesante, y sonrió.

– ¿Cuáles son las palabras más excitantes de una novela romántica? – habló con voz profunda– . "Será mejor que te quites esas prendas húmedas. Parece que pasaremos aquí la noche entera."

Berni sonrió y chasqueó los dedos. Apareció un enorme cuenco lleno de copos de maíz con manteca. Se repantigó en la silla.

– Bueno, amiguitos. Ahora están solos. Si no pueden resolver esta situación de aquí en adelante, de veras no *merecen* un final feliz.

12

Jace se volvió al oír el grito de Nellie. El extremo del porche, donde ella había estado de pie, ya no existía. Se había derrumbado bajo el peso de la lluvia y Nellie no aparecía. Cubrió de dos saltos la distancia que lo separaba del lugar y vio a Nellie debatiéndose en un profundo estanque de agua. No pensó en lo que hacía y se arrojó tras ella.

– Nellie, ¿estás bien?

– Sí – gritó ella, tragando agua y aferrándose al joven. El estanque era profundo pero no muy grande, de modo que Jace pudo llegar a ella con pocas brazadas. La aferró de la cintura y después de hacer pie la empujó hacia la seguridad de la calle lodosa.

– Alejémonos de aquí – gritó cuando logró salir del estanque. La lluvia les castigaba la cara. La abrazó protectoramente y ambos comenzaron a correr hacia el viejo establo donde estaban atados el carruaje de Nellie y el caballo de Jace. Pero en el momento mismo de llegar a la construcción, un brillante rayo iluminó el cielo y sobre ellos retumbó un trueno. El caballo de Jace se encabritó, el de Nellie imitó el ejemplo y rompieron las correas que los aseguraban. Jace se acercó a Nellie para protegerla, mientras ambos animales pasaban a la carrera y se perdían en la lluvia y la oscuridad.

Jace permaneció de pie un momento mirando las siluetas de los caballos que se alejaban. Sabía que no sólo había atado al suyo, sino cerrado y asegurado la puerta del establo. La puerta no parecía tan destartalada como para que el percherón pudiese quebrarla tan fácilmente.

Sintió que Nellie se estremecía y volvió hacia ella su atención. Siempre con el brazo sobre los hombros de la joven la condujo por la calle a una casa vieja y ruinosa que estaba derrumbándose hacia un costado, pero pudo ver que la construcción tenía chimeneas, y abrigaba la esperanza de que el hogar aún funcionara.

Había leña en el interior de la casa. Después de comprobar que el tiro estaba despejado, Jace encendió fuego, soplando sobre una pequeña pila de astillas y papel. Pasó un tiempo antes de que la lumbre se encendiese bien, y Jace se volvió para mirar a Nellie. El mismo estaba mojado y tenía frío, pero los labios de Nellie estaban azules.

– ¿Tienes algo para cambiarte? – preguntó– . ¿En el carruaje hay algo?

– Yo... no sé – dijo Nellie, castañeteándole los dientes– . Es el coche de la tía Berni.

– Iré a ver. – Salió a la lluvia, corrió hacia los ruinosos establos y buscó en el vehículo. Encontró una pequeña manta de coche y la canasta del picnic. Inclinado para proteger ambas cosas de la lluvia, regresó corriendo. Nellie temblaba aun más que antes. Jace se arrodilló y alimentó el fuego con más leña, abrió la canasta y retiró el

mantel.

– No parece que esta lluvia vaya a amainar, y no podré encontrar los caballos hasta la mañana. – Miró a Nellie.– Será mejor que te quites esas ropas mojadas. Puedes envolverte con esto.

En silencio, Nellie recibió el mantel y se dirigió al fondo de la habitación. Tenía las manos tan frías que le costó desabrochar los botones de su vestido. No apartaba los ojos de Jace, de sus anchas espaldas mientras estaba allí, arrodillado frente al fuego. No comprendía por qué se había irritado tanto con él un rato antes, pero odiaba su insinuación en el sentido de que lo que le interesaba en él era su dinero. Lo que *menos* importaba a Nellie era precisamente la fortuna de Jace. Si ella hubiese comprendido que él la amaba, habría aceptado compartir la choza más sórdida de América.

Cuando sólo le restaban la camisa y loS calzones vaciló en quitárselos, pero estaban fríos y pegajosos, adheridos a su piel. Miró a Jace y sus manos comenzaron a temblar todavía más, pero esta vez no a causa del frío. Con dedos temblorosos quitó el resto de sus prendas y se cubrió el cuerpo desnudo con el mantel. Retiró los alfileres que sostenían sus cabellos y sacudió la masa húmeda sobre los hombros.

Regresó al fuego y se detuvo unos centímetros antes de llegar a Jace.

– Tú también tienes frío – dijo en voz baja.

– Estoy bien – contestó Jace, su voz expresando hostilidad.

Nellie trató de recordar lo que la tía Berni le dijo de los hombres. En aquel momento le había parecido absurdo, pero ahora recordó que ella había mencionado la posibilidad de que Jace no creyese que ella era su mejor amiga. Y él tenía razón: Nellie no había sido su amiga.

Se sentó en el suelo, muy cerca de Jace.

– ¿Cómo está el pie de tu hermano?

– Perfectamente – dijo Jace con voz neutra, sin mirarla.

– ¿Y tu madre ya curó su resfrío? ¿Volverá a cantar?

– Sí. – Poco menos que escupió la palabra.– En mi casa todos están bien. – Se volvió para mirar a Nellie, y se alegrarán de verme otra vez. En casa, la gente confía en mí. No creen que soy un mentiroso.

Ella no pudo soportar esa mirada. Volvió los ojos hacia el fuego.

– Me equivoqué – murmuró– . Ya te lo dije. Traté de creerte, pero me pareció inconcebible que prefirieses a una persona como yo. – Volvió a mirarlo.– *Todavía ahora* me parece increíble. Podrías tener todas las mujeres que desearas. ¿Por qué debías preferir a una vieja solterona como yo? No soy atractiva, abandoné la escuela cuando tenía catorce años, no soy nada especial.

– Consigues que me sienta bien – dijo él en voz baja, y se inclinó hacia Nellie, como dispuesto a besarla, pero después se retrajo– . Lograste conmoverme. Creía que te emocionabas conmigo como yo contigo, pero me equivoqué. Y ahora he llegado a la conclusión de que a veces estabas dispuesta a amarme a pesar de que yo era un don

nadie, un ser inferior, y un don Juan que solamente quería el dinero de tu padre.

– Es cierto – dijo ella– . Fue así. Después del Baile de la Cosecha, y de oír tantas cosas terribles acerca de ti, aun así, fui a la oficina de mi padre para verte. Incluso pensando lo peor de tu persona, continuaba amándote. Y ha sido una alegría descubrir que estoy enamorada de un hombre bueno.

Durante un momento pareció que él se inclinaba hacia Nellie, pero después reaccionó.

– Querrás decir un hombre rico. Dime, ¿ tu padre firmó contratos relacionados con la empresa Warbrooke? ¿Por eso adelgazaste? ¿ Tú y tu familia creyeron que podían atrapar a un rico más fácilmente una carnada más esbelta?

– ¿Cómo te atreves? – dijo Nellie por lo bajo– . Jamás supe que tenías dinero... me enteré sólo cuando regresaste, después de abandonarme.

– ¡No te abandoné! – Jace se puso de pie y la miró, hostil.– Recibí un telegrama que decía que mi padre estaba muy enfermo. Sospecho que tu traicionera hermanita lo envió.

Nellie también se puso de pie.

– Deja en paz a mi hermana. Terel me ha confortado; todos estos meses, durante tu ausencia no escribiste ni una palabra. Yo...

– Lo hice. Te escribí acerca de todo. Que vendí cada mueble, cada mata de pasto que poseía para volver contigo, y después me echas de tu casa.

– Y tú me dijiste que disponía de tres días y cuando volví a ti me echaste – gritó Nellie– . Tal vez una de tus mujeres habría dejado a su familia en tres días, pero yo no podía. Pero estaba dispuesta a seguirte adonde fueses.

– ¡Ah! No puedes abandonar a tu querida hermana ni siquiera un día. Tanto valdría que fueses un: prisionera en su casa. Cocinas para ellos, limpias par ellos, los adoras. ¿ Y para qué? ¿Qué te dan a cambio No quieren que te cases y los abandones, porque ¿dónde encontrarán una sirvienta como tú?

Las palabras de Jace dieron en el blanco, se volvió y comenzó a llorar.

El se acercó un paso, pero no la tocó. El mantel se había deslizado de los hombros de Nellie y él podía verlos temblando a causa del llanto.

– Nellie, lo siento – dijo en voz baja– . Me dolió muchísimo descubrir que mi amor no era retribuido. Quizás he sido demasiado mimado, no lo sé. Antes, en el curso de mi vida me enamoré una sola vez, de Julie, y ella me compensó. Nunca hubo la más mínima duda de que nos amábamos. Julie confiaba en mí, y ella...

– ¿ Y su familia conocía la tuya?

– Por supuesto. Crecimos juntos.

– Mi familia no te conocía. Tú eras un extraño para nosotros y

además... estabas cortejando a una mujer a quien ninguno de los hombres del pueblo había mirado jamás, y mucho menos amado. Tú...

– Eso es lo más extraño del caso – dijo Jace, alzando la voz– . ¿Qué *sucede* en este pueblo? Me alegro de que los hombres no te hayan prestado atención, pero seguramente todos están ciegos o son estúpidos. Eres con mucho la muchacha más bonita del lugar, inteligente y divertida, y la persona más deseable que he conocido en años.

Nellie se volvió para mirarlo.

– El único ciego aquí eres tú. Soy la vieja y adiposa Nellie Grayson, que sólo sirve para cocinar y planchar y...

Ella rodeó con los brazos y la besó.

– Tú naciste para amar y ser amada. ¿Por qué ellos no lo entendieron así?

– Me alegro de que no se percataran – murmuró Nellie, sus labios casi unidos a los de Jace– . Si me hubiese casado con otro hombre, no te habría conocido.

Ella apretó contra su cuerpo, y sus manos se deslizaron sobre ella, hasta que la joven sintió que casi no podía respirar.

Pero de pronto la apartó.

– Mira... bien... esta noche será larga. Tal vez debiéramos comer algo y dormir un poco.

Nellie lo miró, y supo lo que ella deseaba. Quería que él le hiciera el amor. Tal vez a causa de su propia estupidez ella había perdido la única oportunidad que se le ofreció de llegar al matrimonio y tener su propio hogar. Pero no estaba dispuesta a perder esta oportunidad de pasar la noche con el hombre de quien estaba enamorada. No permitiría que el orgullo o las convenciones morales frustrasen esa única noche con el hombre amado.

Le sonrió y acercó la canasta al fuego. Mientras revisaba el contenido dijo, como de pasada: – Pescarás una pulmonía con esas ropas mojadas. Será mejor que te las quites. Puedes envolverte con la manta del coche.

El no respondió y Nellie no lo miró; pero oyó que se movía y caminaba hacia el fondo de la habitación.

Ella se estremeció mientras retiraba de la canasta un paquete de alimentos tras otro. No pudo identificar algunas cosas. Al fondo había tres botellas de vino, una de champaña, además de dos hermosas copas de cristal. Estaba preguntándose cómo era posible que estas no se hubiesen roto, cuando vio los pies desnudos de Jace que se habían detenido a poca distancia de ella.

Elevó lentamente los ojos, y aparecieron sus pantorrillas musculosas, gruesos muslos, y la pequeña manta alrededor de la cintura. Antes nunca había visto a un hombre desnudo y la visión del pecho de Jace, amplio, robusto y bien formado, provocó un nudo en su garganta.

Se sentó en el piso con un fuerte golpe.

– Dios mío – murmuró– . Oh, Dios mío.

Jace advirtió consternado que estaba sonrojándose.

– Yo... bien... ¿hay cosas buenas para comer allí? Nellie continuó mirándolo y tratando de recuperar el habla. No tenía idea de que un hombre desnudo podía ser tan bello, tan absoluta y espléndidamente hermoso.

– Champaña – dijo, inclinándose para tomar la botella. Con movimientos hábiles la descorchó y después, sentado, llenó dos copas y ofreció una a Nellie.¿Cuál será nuestro brindis? – preguntó.

– Por el amor – murmuró ella, y sus ojos recorrieron el cuerpo de Jace.

– Oh, Dios mío, Nellie – dijo Jace con un gemido, y deprisa apartó la canasta y estuvo sobre ella– . No puedo esperar la noche de bodas. Te he deseado desde la primera vez que te vi. – Ahora estaba besándole el cuello.– Me he comportado muy bien. Mantuve las manos apartadas de ti, pero no puedo continuar soportando esta tortura. Por favor – murmuró.

– Enséñame – murmuró ella, y le besó la oreja– . Enséñame todo.

El no contestó mientras le besaba el cuello, y con una mano apartó el mantel de los hombros de Nellie. Cuando quedó descubierta la mitad de su cuerpo, la joven pudo sentir el contacto de la piel de su amado, una velluda aspereza contra su propia suavidad femenina. El cuerpo de Jace era tan delgado y duro, tenía tantos planos y ángulos. Nellie deslizó la mano por el costado de Jace. La manta había caído, y ella le acarició sus delgadas nalgas.

– Nellie – murmuró él, antes de que su boca descendiese sobre el pecho de ella.

No había palabras ni pensamientos para expresar lo que le provocaba la boca de Jace. Que este hombre que le había enseñado tanto, que le había otorgado el más grande de todos los dones, es decir el amor, provocase en ella esta alegría física maravillosa y celestial, era casi más de lo que Nellie podía soportar.

En un gesto instintivo arqueó su cuerpo contra el de Jace, mientras la lengua de él trazaba círculos sobre su pecho. La mano de Jace recorrió su cuerpo, acariciándola y rozando su piel. Deslizó la mano entre los muslos de Nellie, presionando y deslizándose, de modo que ella sintió cosas de cuya existencia no tenía la más mínima sospecha.

El se ubicó hacia el lado opuesto de Nellie, el cuerpo un poco más apartado. Nellie lo miró a la luz del fuego: él tenía los ojos entrecerrados a causa del deseo y sus labios estaban llenos y levemente entreabiertos. Con las yemas de los dedos tocó la boca de Jace, acariciándola apenas, y después su mano bajó por el cuello, recorrió el pecho, las caderas de su compañero y llegó a los muslos, hasta donde pudo alcanzar.

Cerró los ojos y rodeó a Jace con sus brazos y él la cubrió con su

cuerpo. Nellie no sabía muy bien lo que estaba haciendo, pero el instinto, el deseo y el amor se combinaron para inducirla a elevar las caderas hacia él.

Cuando él comenzó a penetrarla Nellie exhaló una exclamación de dolor, pero apenas él intentó retirarse ella lo aferró con más fuerza.

– No me dejes – murmuró.

– Nunca.

Entró lentamente en ella, deteniéndose de tanto en tanto, esperando mientras ella se adaptaba a esta nueva sensación.

– Nellie, yo... – dijo, y de pronto sintió que estaba ciego de pasión.

Nellie abría los ojos. Sí, él estaba lastimándola, pero esa fuerza arrolladora en él, esa pasión abrumadora y ardiente que sentía despertaba en ella una cuerda íntima y profundamente femenina, y por eso Nellie elevó aun más las caderas para recibirlo.

Con el envión final ella rodeó el cuerpo de Jace con sus piernas, obligándolo a penetrarla más profundamente aun. Deseaba que él le diera todo lo que tenía.

Jace permaneció un momento sobre ella, el cuerpo levemente cubierto de transpiración.

– ¿Te lastimé?

– No – dijo ella, mintiendo sólo a medias.

– Nellie, quería esperar. Quería esperar una cama y una hermosa suite de hotel y...

Ella aplicó la yema de los dedos sobre los labios de Jace.

– Me siento feliz, muy feliz. Si esto no se repite nunca más, me bastará. Siempre recordaré esta noche. Cuando esté sola en mi casa yo...

– ¿Sola? – El se apartó un poco.– ¿En tu casa? ¿Qué es esto, chantaje? ¿Quieres decir que *todavía* prefieres a tu familia antes que a mí?

– Pensé que volvías a Maine. Esta mañana estabas preparando tu equipaje.

Pasaron unos instantes, él aflojó los músculos y se acostó junto a ella, al mismo tiempo que la acercaba con un fuerte abrazo.

– Imagino que una vez llegado a Chicago, en definitiva hubiera dado media vuelta para regresar. No creo que habría podido vivir sin ti. Toda mi familia – tías, tíos, primos, todos– se rieron de mí porque te extrañaba tanto durante esas semanas en mi casa. Lo único que deseaba era volver a ti.

Nellie apoyó la mejilla contra el pecho de Jace.

– Y yo comía. Me sentía tan mal que comía sin detenerme. Pasteles enteros. Tortas. Un día devoré todo un costillar.

El acarició su cuerpo, el vientre liso, los muslos esbeltos, y frunció el ceño.

– ¿Qué te sucedió? Has adelgazado muchísimo.

– No tanto. En fin, no sé, pero lo cierto es que adelgazaba

constantemente. ¿Te agrada mi nueva figura?

– Supongo que me acostumbraré, pero si quisieras recuperar un poco de peso no me opondría.

Ella lo miró sonriente.

– Casi todos los hombres me juzgaban obesa. Ellos…

– ¿Obesa? Tenías un aspecto magnífico. No es que no pueda decirse lo mismo ahora, pero… Nellie, te amo, no importa cuál sea tu figura. Mientras no seas una de las mujeres que comen como un pajarito. Eso no puedo soportarlo. Las mujeres deben reír y comer y cantar y gozar de la vida. – La miró con una sonrisa. Tienen que ser como fuiste en casa de los Everett, con todos esos niños.

– Háblame de las señoras a quienes conoces, y que ríen y comen y cantan.

Jace la atrajo hacia él y le explicó cómo había crecido en esa antigua y enorme casa de Maine, poblada por esas damas felices y dinámicas que venían a cantar con su madre. Recordaba las comidas en que se depositaban tantos alimentos sobre la mesa que el centro se arqueaba y ellas comían horas enteras, y relataban anécdotas acerca de quién se acostaba con quién, y cantaban. Discutían acerca del modo de entonar un aria. Ring, el padre de Jace, presidía la cabecera de la mesa y era el juez. Las obligaba a repetir constantemente las arias, y después decía a cada una que era perfecta. Ellas siempre fingían que estaban ofendidas, pero les encantaba que un hombre apuesto fuese el público que las adoraba.

– ¿ Y tú también formabas parte de ese público que las adoraba?

– Todas me encantaban. Adoraba sus voces, el temperamento de cada una, sus exigencias, sus grandes bustos y sus amplias caderas. Me encantaba el entusiasmo por la vida que ellas demostraban. Comían, bebían, amaban y ardían de pasión.

– No estoy muy segura de que yo sea tan… tan apasionada como esas mujeres.

– Amas tanto a tu familia que por eso estuviste dispuesta a renunciar *a mí.*

Ella comprendió que Jace no advertía que sus palabras eran una manifestación de vanidad.

– No era un gran sacrificio. Tú eras un empleado pobre de la oficina de mi padre.

– Acepté el empleo para estar cerca de ti. Nunca quise meterme en una cárcel, pero un hombre enamorado es capaz de hacer muchas cosas absurdas.

Nellie apretó contra su pecho el brazo de Jace.

– Volviste por mí. Dudé de ti, y lo siento. No volveré a hacerlo.

– Y ahora, ¿vendrás conmigo?

– Te seguiré adonde quieras. Te seré tan fiel… como un perro.

Jace se rió al oír esto.

– ¿Y qué sucederá si tu hermanita te dice que yo secuestré a los alumnos de la escuela dominical?

– Quizá podría creerlo si se tratase del coro, pero no de la escuela dominical.

Jace la pellizcó con fuerza.

– Nellie, respóndeme. Estás jugando con mi vida. Parte de ella abrigaba un sentimiento de temor. Últimamente había existido algo premioso en su familia, algo tan imperativo que ella sentía que *no podía* abandonarlos. No podría hacerlo, mientras ellos la necesitaran.

– Nellie – insistió Jace, como advirtiéndole.

– Terel me necesita. – Sintió que Jace comenzaba a irritarse.– Tal vez podamos hallarle marido. ¿Cuántos hermanos tienes?

El se aflojó un poco ante la broma.

– No son suficientes para tu hermanita. Ella podría...

Nellie movió el cuerpo y lo besó.

– El fuego está apagándose y yo tengo apetito. Podríamos comer y quizá volver a hacer esto. ¿Es posible?

El le mordisqueó el lóbulo de la oreja.

– Procuraré avivarlo. – Se apartó de ella y vio que Nellie se cubría el cuerpo con el mantel.– Realmente, ¿no te importa que hayamos adelantado un poco la noche de bodas?

– ¿Habrá una boda? – preguntó Nellie en voz baja.

– Apenas pueda arreglarlo. Es decir, si aceptas... y en vista de los problemas que me provocaste, estás obligada a aceptar.

– Sí – dijo ella, con expresión de profunda sinceridad– . Me casaré contigo y viviremos juntos, y te daré hijos y te amaré por el resto de mis días.

El le besó la mano.

– Todo lo quiero: tu cuerpo, tu alma y tu mente. Ansío todo lo que encierras.

– ¿ Y qué recibo a cambio?

– Mi amor absoluto. Al revés de lo que afirma la opinión popular de este pueblo, amo a una sola mujer por vez.

– ¿Eres fiel como un diamante? – preguntó ella, los ojos encendidos.

Jace sonrió y alargando una mano, tomó su chaqueta húmeda. Buscó en el bolsillo interior y extrajo una cajita.

– Hablando de diamantes... – Abrió la caja para mostrarle el anillo con la gruesa piedra amarilla.– Para ti – dijo con voz suave– . Si me aceptas. Si aceptas. Si aceptas como soy, mi temperamento y mis celos.

– Te acepto con o sin el anillo, con o sin dinero. – Lo miró, y en su mirada había amor.– En realidad, poco me importa tu dinero. Te amo.

– Lo sé. Dame tu mano.

Deslizó el anillo en el dedo de Nellie, y la besó dulcemente.

– Ahora, a propósito de esa noche de bodas – dijo Jace, empujándola hacia el suelo.

Hicieron el amor, consumieron grandes cantidades de alimentos,

volvieron a hacer el amor y otra vez comieron. Hacia el alba se durmieron, abrazados, fatigados pero felices.

Un rayo de sol intenso y luminoso entró por una ventana rota y despertó a Nellie. Se sentó sobresaltada.

Jace, todavía medio dormido, trató de atraerla.

– Tengo que marcharme – dijo Nellie, tratando de extraer el mantel que estaba bajo el cuerpo de Jace, para cubrirse ella misma; pero él era demasiado pesado y Nellie no consiguió moverlo.

– Nellie – dijo Jace, y su tono trataba de tentarla para que regresara a sus brazos.

Nellie se apartó y caminó hasta el rincón donde estaban amontonadas sus ropas. Continuaban húmedas y frías, pero se las puso con la mayor rapidez posible.

Jace movió el cuerpo y miró a Nellie.

– ¿La luna de miel ha concluido?

Nellie se detuvo un momento y lo miró, contempló su cuerpo alargado, la piel bronceada sobre el fondo de damasco blanco, y tentada, casi dejó caer sus ropas para correr hacia él. Pero se contuvo.

– Tengo que volver. Mi familia estará preocupada por mí.

– Es más probable que esté preocupada por su desayuno – murmuró Jace, pero evitando que Nellie lo escuchase. Algo que ella había dicho durante la noche determinaba que se moderase. Le preguntó si hubiese creído a un Montgomery antes que a un extraño. Pese a todos sus defectos, el padre y la hermana de Nellie eran su familia, y por lo tanto podía considerarse propio que ella les creyese.

– Iré a buscar los caballos – dijo Jace, y de mala gana se incorporó y echó mano de sus ropas– . ¿Crees que ha quedado algo de comida? – preguntó mientras abría la canasta. Aún había tantos alimentos que parecía que ellos no habían tocado el contenido.– Esta provisión es inagotable.

– Así parece – dijo Nellie, mirando por encima del hombro de Jace. El la atrajo.

– Quizás es sólo mi estado de ánimo, pero todo parece más hermoso que nunca en mi vida.

– De acuerdo – dijo Jace, besándola.

Nellie fue la primera en apartarse.

– Debo regresar – dijo.

Jace suspiró y la liberó.

– *Si* puedo hallar los caballos.

En ese momento llegó desde afuera la respuesta en forma de un relincho, y Jace abrió la puerta para ver a los dos caballos detenidos en la calle, como si esperasen el retorno de los dos jóvenes.

– Se acabó mi suerte – dijo Jace con voz sorda, y Nellie emitió una risita.

En pocos minutos él enganchó el caballo al carruaje y ató detrás su propia montura. Apenas subieron al vehículo la euforia que sentían se disipó. Durante el trayecto no conversaron. Los dos temían lo que

los esperaba en la casa de los Grayson, en Chandler.

Berni los recibió en la puerta. Al principio la inquietaron las expresiones sombrías de Nellie y Jace; temía que no hubieran podido resolver sus diferencias. (Berni cesó de observarlos después de que ellos entraron en la cabaña, y en cambio había utilizado su varita para espiar a sus antiguas amigas del siglo XX.) Pero de pronto vio sus dedos entrelazados y comprendió que estaban sombríos porque temían la presencia de Terel y Charles.

– ¡Por fin! – dijo Berni– . Nellie, ¡ha sucedido algo increíble!

– ¿Terel y papá están bien? – preguntó ella con voz sorda, apretando la mano de Jace.

– Más que bien. Lee este telegrama de tu padre.

Lo leyó dos veces antes de mirar a Berni.

– ¿Terel se ha fugado?

– Parece que se enamoró de un agricultor y la misma noche se casó con él. Ni siquiera piensa volver a buscar sus ropas; quiere que se las envíen. Y también tu padre proyecta casarse. Y se propone permanecer en Denver hasta la boda.

Nellie permaneció de pie, parpadeando.

– Eres libre, Nellie, libre – dijo Berni.

Jace frunció el ceño.

– Vea, aquí está sucediendo algo extraño. Ayer Nellie cayó en ese estanque de agua y esta mañana había desaparecido. Los caballos escaparon, a pesar de que yo los había encerrado en el establo. Y esa canasta de alimentos siempre llena. Y ahora esto. Creo que...

Berni lo miró con los ojos entrecerrados.

– ¿Nunca oyó el antiguo proverbio: "A caballo regalado no se le miran los dientes"? Nellie está libre de obligaciones con su familia, y puede casarse con usted. ¿Se opone a eso?

– No, sólo que... – Se interrumpió y sonrió.– Tiene razón. No me opongo a nada. Bien, Nellie, ¿qué te parece si te casas conmigo la próxima semana?

– Sí – respondió ella en voz baja, pues ahora comenzaba a comprender que en efecto era libre– . Oh, sí, me casaré contigo. – Se volvió hacia Berni.– Usted asistirá a mi boda, ¿verdad?

– No puedo. Ya hice mi trabajo, y tengo una cita. – Sonrió– . Una cita con el cielo.

– ¿Se marcha?

– Inmediatamente.

– Pero no puede hacer eso. Usted...

– Cinco minutos después de mi partida ni siquiera me recordarán. No, nada de protestas. Ahora ustedes ya están unidos. No necesitan cerca una tía vieja y entrometida.

Nellie besó la mejilla de Berni.

– Siempre la necesitaré. Usted es una persona muy buena. – Se inclinó hacia el oído de Berni.– No conozco qué hizo, pero sé que lo de anoche fue obra suya. Gracias. Agradeceré toda la vida su corazón

generoso.

Esas palabras significaban mucho para Berni. Antes nadie jamás le había expresado que era generosa, pero por otra parte nunca mereció ese calificativo.

– Gracias – murmuró, y después se irguió.– Debo irme. – Miró a Nellie.– ¿Quieres formular un deseo para el futuro?

– Tengo todo lo que anhelo – dijo Nellie, y se acercó más a Jace.

– Yo sí quiero. – Jace miró a Nellie y recordó la muerte de su primera esposa durante el parto.– Deseo que tengamos una docena de niños sanos y que los partos sean fáciles para su madre.

– Hecho – dijo Berni, y después, en puntas de pie, besó la mejilla de Jace– . Tendrán todos los hijos que anhelen y los partos serán seguros y fáciles.

Se volvió, ascendió la escalera y cuando llegó al final, se detuvo y miró a los jóvenes, los dos amantes absortos uno en el otro. Berni nunca había hecho nada que la indujese a sentirse tan feliz como ahora, porque había logrado reunir a ellos dos.

Gimió un poco, se enjugó una lágrima que le brotó y dijo:

– Llévame amiga – y desapareció de la casa y de la memoria de los Grayson.

La Cocina

Pauline dio la bienvenida a Berni, sonriendo. Ataviada de nuevo con el vestido con que la habían sepultado, se tomó unos instantes para adaptarse a la brumosa Cocina después de abandonar a Jace ya Nellie.

– Me desempeñé bien, ¿verdad? – preguntó, fingiendo que la despedida de ningún modo le había costado una lágrima– . Usted creyó que no lo lograría, pero lo conseguí.

– Se desempeñó muy bien – dijo Pauline, con su sonrisa más luminosa– . Y merece especial elogio el hecho de que no indujese a Nellie a odiar a su familia. Hubiera podido llevarla a comprender qué egoístas son en realidad.

Berni estaba un poco avergonzada por la lisonja, pese a que se sentía muy bien.

– Ya había suficiente odio y celos. No necesitaba agravar la situación – murmuró.

– Sí, se comportó muy bien. Y ahora, ¿ vamos al Nivel Dos?

La mente de Berni continuaba fija en Nellie.

– Supongo que sí. – Comenzó a caminar junto a Pauline y de pronto se detuvo.– ¿Podría ver qué le sucedió a Nellie? Desearía estar *segura* de que le ha ido bien.

Pauline esbozó un breve gesto afirmativo y se dirigió a la Sala de Vistas. Cuando estuvieron confortablemente sentadas, comenzó a aclararse la pantalla desplegada frente a ellas.

– Están en Navidad de 1897 – dijo Pauline– , pasó un año desde el día de su partida y Jace y Nellie llevan casados ese tiempo.

La niebla se disipó y Berni pudo ver la casa de los Grayson, adornada para festejar la Navidad el lugar estaba poblado de gente.

– ¿Quiénes son?

– Los parientes de Jace vinieron de Maine, Terel viajó con su esposo, Charles con su nueva mujer, y ahí están los Taggert, de Chandler. – Pauline sonrió.– Nellie no lo sabe, pero ya está embarazada de su segundo hijo. Ella...

– Ssh – dijo Berni– , quiero ver por mí misma.

Chandler, Colorado
Navidad de 1897

– ¿Cuándo estará terminada la nueva casa? – preguntó Ring Montgomery, padre de Jace, a Charles Grayson, que ocupaba el extremo opuesto del diván. Mientras hablaba extendió un brazo y atrapó a uno de los niños Tyler, que atravesaba la casa a toda velocidad, y le dirigió una mirada de advertencia antes de soltarlo.

– Tres meses más – gritó Charles para hacerse oír pese al estrépito. El y su esposa estaban viviendo en Denver hasta que fuese posible remodelar la antigua residencia Fenton de acuerdo con el gusto de la recién casada. El arreglo estaba costándole una fortuna, pero lo complacía ver feliz a su mujer. De modo que le importaba poco lo que tenía que gastar– . ¿Le agrada Chandler? – gritó a su vez.

– Mucho. – A diferencia de Charles, Ring no parecía en absoluto irritado por el estrépito que provenía de once niños y catorce adultos. En un rincón de la habitación Pamela Taggert tocaba ruidosamente el piano mientras Jace y su madre ensayaban un dúo navideño que debían entonar esa noche en la iglesia. – Hijo, esa nota te salió desentonada – dijo Ring hablando sobre las cabezas de cuatro niños de caras sucias. Charles no comprendía cómo era posible que ese hombre oyera algo. Una hora antes, su hermosa esposa se había disculpado y subido al primer piso para descansar. Charles hubiera preferido reunirse con ella.

– ¿Esos niños pueden comer lo que tienen ahí? – preguntó Charles.

Ring volvió los ojos hacia los tres pequeños que estaban en el rincón; dos eran hijos de Kane Taggert y uno pertenecía al criador de cerdos. – Un poco de suciedad nunca perjudicó a un niño, pero de todos modos Han k – dijo a su sobrino de doce años– , mira qué están comiendo esos pequeños.

Hank esbozó una mueca al verse obligado a abandonar la compañía de sus primos, es decir Zachary, de dieciocho años, e Ian Taggert, un joven de veintiuno. Hank estaba en la edad en que no era del todo adulto, y ya tampoco un niño. Obediente, retiró tres insectos de las manos de los pequeños y estos empezaron a lloriquear.

– Llévalos afuera – dijo Ring y Hank esbozó una protesta.

– ¿De qué se ríen ustedes dos? – preguntó Kane a su hijo Zachary y al primo de éste, Ian– . Salgan y ocúpense de los niños.

Los muchachos cesaron de reírse de Hank, cada uno se hizo cargo de un párvulo y salió de la casa.

– Bien, ¿qué estaba diciendo? – preguntó Ring a Charles.

– La casa estará pronta en pocos meses, pero...

Se interrumpió al oír las estentóreas carcajadas de Kane, Rafe Taggert y John Tyler, que se habían reunido al pie de la escalera.

– Johnny, querido – dijo Terel desde un rincón de la sala, donde ocupaba una mecedora– . Creo que tengo sed. Por favor, tráeme un vaso de limonada.

Charles observó mientras John Tyler y tres de sus sucios hijos se peleaban por llegar antes a la cocina y satisfacer el pedido de Terel. Que ésta se casara con un criador de cerdos que no tenía un centavo, había asombrado a Charles hasta que los vio reunidos. La familia Tyler, pobre y analfabeta, se sentía honrada y privilegiada de tener a Terel en su seno, y la trataba como si hubiese sido un miembro de la realeza. Ella descansaba el día entero, comía lo que ellos le preparaban, aprovechaba los frutos del trabajo de todos, y de tanto en tanto los recompensaba con una sonrisa radiante dirigida a un miembro de la familia. Parecía que eso bastaba para satisfacerlos a todos. John y los niños al parecer no se oponían a usar prendas viejas y gastadas mientras Terel vestía exclusivamente de seda. Charles la había visto recompensando a uno de los niños: había consistido en permitirle que le tocase la falda. Todo eso carecía de sentido para él, pero la familia Tyler parecía muy feliz.

Charles mostró a Ring una breve sonrisa, como para sugerir que era imposible continuar hablando.

– Y ahora, ¿qué te parece? – preguntó Jace a su padre después de terminar otra canción.

– Todavía desentonan un poco en el cuarto compás, pero está mejor – dijo Ring. Miró a su esposa, y sus ojos como siempre irradiaban amor– . Tú, querida, estuviste perfecta.

Maddie le envió un beso, y después depositó la partitura sobre el piano.

– Creo que mi nieto está llorando – dijo a su alto y apuesto hijo y con un gesto de la cabeza indicó la cuna donde había dos niños, cada uno de los cuales tenía apenas unos meses.

– Este es mío – dijo Kane, alzó a uno de los bebés y lo apoyó sobre el hombro.

– Creo que tomaste el mío – dijo Jace mientras alzaba al otro, que también había comenzado a gritar. Kane retiró del hombro al pequeño y espió bajo el pañal. Su tercer hijo era una niña y este era un varón. El y Jace canjearon a las criaturas.

Maddie se echó a reír, agradeció a Pam su ejecución al piano y entró en la cocina. Nellie, Houston, y una joven llamada Tildy tenían

los brazos hundidos hasta el codo en la harina y el relleno de los pavos.

– ¿Quiere ayudar? – preguntó Houston, sonriendo a la esposa del primo de su marido.

– De ningún modo – dijo Maddie, con un leve estremecimiento. Maddie había cultivado tanto tiempo la imagen de la prima donna que uno casi podía creer que jamás había estado en una cocina.

Nellie, que tenía una expresión radiante y se sentía intensamente feliz, dijo:

– En ese caso, tendrá que cantar para ganarse la cena.

Maddie se echó a reír. Había necesitado apenas unos minutos para enamorarse de su nuera.

– Bien. ¿Qué desean? ¿"Noche de paz"? ¿O algo menos adaptado al momento?

Retiró un bollo de un canasto y empezó a comerlo.

Nellie y Houston se miraron afectuosamente. Una mujer que tenía una de las mejores voces de todos los tiempos se proponía cantar para ellas e interpretar lo que le pidiesen.

Houston respiró hondo.

– La "Canción de las campanas", de *Lakmé* – murmuró, consciente de que la bella aria de Delibes se prestaba especialmente para el lucimiento de la exquisita voz de Maddie.

Esta sonrió a Houston y después dijo en voz baja:

– Jocelyn, te necesito.

Jace asomó la cabeza en la cocina, con una expresión interrogadora dirigida a su madre.

– Houston y tu esposa desearían escuchar la "Canción de las campanas".

Jace sonrió.

– Buena elección. – Miró a su madre.– ¿Dónde está?

– En mi bolso.

Jace entregó su hijo a Ring, y pocos minutos después regresó con una flauta. Nellie contempló asombrada ese nuevo aspecto de su esposo, el de un hombre que había vivido toda su vida rodeado de música. Jace llevó el instrumento a los labios y comenzó a interpretar apenas lo indispensable para acompañar a su madre.

La "Canción de las campanas", apropiada pan destacar la amplitud y diversidad de una voz de coloratura, comenzó lentamente, sin palabras, apenas un: emisión, de dulzura tan celestial que provocaba asombro. La voz de Maddie jugaba con las notas, emitía trémolos, los acariciaba mientras entonaba la canción imitando las campanas, haciéndose eco de las notas agudas de la flauta de Jace.

Nellie y Houston interrumpieron su trabajo y la joven Tildy, que nunca había oído algo semejante en el curso de su vida, pareció transfigurada.

En la sala todos guardaron silencio e incluso los niños cesaron de

llorar mientras Maddie jugaba con cada nota, la sostenía y la acariciaba, hasta que sus oyentes sintieron que los ojos se les humedecían de alegría.

Cuando terminó no se oyó un solo sonido en la casa, hasta que uno de los niños Tyler, que miraba asombrado la puerta de la cocina, dijo:

– ¡Nunca había oído nada semejante!

Al oír esto, todos rompieron a reír y los adultos, llevando en andas a los pequeños, sosteniéndolos bajo el brazo, o llevándolos de la mano, entraron en la cocina.

– Exquisito – dijo Ring, y abrazó a su esposa– . Jamás te oí cantar mejor.

– Es la influencia del amor en esta casa – murmuró ella y besó a su esposo.

Todos estaban de pie alrededor de la mesa, atestada de alimentos y cada esposo abrazaba a su mujer .

– ¿Eso es lo que me hace tan feliz? – preguntó Jace a Nellie, apretándola con un brazo, mientras sostenía con el otro a su hijito– . ¿Todo el amor que hay en esta casa?

– Sí – dijo Nellie, con lágrimas en los ojos– . Nunca creí que llegaría a sentir tanto amor, o que sería tan feliz. Ignoraba que existía tanta felicidad.

Jace la besó.

– ¡Bien! – dijo Kane en voz alta– . Si todos somos tan felices, ¿por qué estamos llorando? Maddie, ¿Conoces canciones *auténticas?* ¿Qué te parece si nos cantas algunas populares?

– Kane – dijo Houston con firmeza– , dudo mucho que una persona de la jerarquía de Maddie conozca... Se interrumpió cuando Maddie atacó una alegre canción digna de un artista de music hall, y riendo todos comenzaron a acompañarla.

– En realidad, como cantante no es mala – dijo Kane a su esposa.

Nellie, que cantaba por lo bajo, miró a su marido que sostenía al niño, y después a las restantes personas que estaban alrededor. Era desconcertante ver a su propia hermana inmaculadamente vestida, pegada a ese esposo siempre sucio; pero Terel parecía adorarlo y también se mostraba afectuosa con los niños. Nellie miró a su padre, que descansaba el brazo sobre los hombros de su regordeta esposa. De las orejas de la mujer colgaban los aros de diamantes que él le había regalado para Navidad. Nellie sabía que lo que ella gastara ese mes en la modista determinaba que los anteriores dispendios de Terel pareciesen cosa de niños. Pero por otra parte, nunca había visto tan feliz a su padre. Apretó la mano de Jace y se acercó más a él.

– Soy la persona más feliz de la Tierra – dijo en voz baja, y él la volvió a besar.

La Cocina

Berni contuvo un sollozo y dirigió una mirada avergonzada a Pauline.

– Me siento muy feliz por ella. Merece que la suerte le sonría un poco.

– Usted consiguió que todos fuesen felices – dijo Pauline, poniéndose de pie y saliendo de la habitación.

– Imagino que sí – dijo orgullosamente Berni mientras seguía a Pauline– . Aunque mi intención fue que Terel aprendiese un poco de humildad.

– ¿No habrá creído realmente que ella se dedicaría a lavar y planchar, verdad? *¿Usted* lo habría hecho?

– ¡De ningún modo!

Se miraron y rieron.

– Está bien – dijo Berni– , de modo que ahora voy al Cielo, ¿no es así?

– Todavía no.

– Pero pensé...

– En realidad, aún no pagó todo lo que debe.

– ¿Lo que debo por qué?

– Por haber llevado en la Tierra una vida completamente egoísta.

– Ayudé a Nellie.

– Sí, la ayudó. Esa fue la primera etapa, y usted la pasó muy bien, pero aún necesita hacer la experiencia de algunas realidades que vivieron otras mujeres mientras estaban en la Tierra.

– ¿Por ejemplo? – preguntó Berni con suspicacia– . No tendré que convertirme en una de esas mujeres atléticas, ¿verdad? ¿Correr, escalar montañas, ese tipo de cosas?

– No, nada por el estilo; sólo las experiencias femeninas usuales.

Berni no sabía muy bien qué significaba eso. Le parecía que había vivido todo lo que correspondía a una mujer mientras estaba en la Tierra. ¿Qué otra cosa existía?

– ¿De qué está hablando?

Pauline se detuvo y miró a Berni con expresión sena.

– Creo que será mejor que le explique ciertas cosas. En la Cocina hay niveles. Algunos son agradables, pero otros no son... tan gratos. El Nivel Uno, donde usted estuvo, responde al propósito de iniciarla en la Cocina y amortiguar el golpe de la muerte. El Nivel Dos intenta...

– ¿Qué? – preguntó Berni.

– El Nivel Dos logra que usted se preocupe mucho por hacer bien su trabajo... es decir, su tarea terrenal.

– ¿Quiere decir que debo ser el hada madrina de alguien más? – Pensó un momento.– No fue tan desagradable. A decir verdad, resultó divertido.

– Me alegro de que piense así, porque tendrá que repetirlo... aunque esta segunda vez la cosa será más urgente.

– ¿Quiere decir que hay un límite de tiempo? – No, no

precisamente. Sucede sólo que la mayoría se muestra un tanto ansiosa de abandonar el Nivel Dos.

La niebla ante ellas se disipó y Berni pudo ver un anuncio.

– Lo mismo que antes – dijo Pauline– debe elegir la habitación donde esperará.

Cuando avanzaron, Berni pudo leer el aviso.

– No – murmuró, y se apartó bruscamente. Pauline la sostuvo.

– Tiene que elegir .

– No puedo. – Berni escondió la cara entre las manos.– Todo eso es demasiado horrible. ¿No podemos abreviar, enviarme al infierno y quemarme por toda la eternidad?

– Me temo que eso sería demasiado fácil. Usted no mereció el Cielo mientras estaba en la Tierra, de modo que ahora tiene que sufrir como han padecido otras mujeres. – Pauline la obligó a volverse, de manera que leyese el anuncio.– Tiene que elegir.

Berni abrió con esfuerzo los ojos y miró de nuevo el programa.

1.Un viaje a través de Estados Unidos en un automóvil deportivo con tres niños y un perro.

2. Salir de excursión y dormir en una tienda con sus hijastros.

3. Programas de televisión que difunden Únicamente campañas publicitarias las veinticuatro horas.

4. Salir a comprar ropas con un hombre.

– ¿Salir a comprar ropas con un hombre? – murmuró Berni horrorizada.

– Es más tremendo de lo que usted cree – dijo Pauline– . Antes de partir él la obliga a decir exactamente lo que usted quiere comprar, de qué color, qué estilo, qué tela. En la tienda él se cruza de brazos, la mira hostil y consulta su reloj. A veces usted tiene que acompañarlo a hacer las compras que él necesita. Entran en doscientas setenta y una zapaterías buscando exactamente el par de zapatos que él quiere, al fin los descubre y dice que las puntadas en el área del dedo grande del pie son un centésimo de centímetro demasiado largas.

La cara de Berni palideció intensamente y siguió mirando el anuncio:

5. Someterse a dieta mientras se cría a tres hijas adolescentes.

6. En el hogar, con ocho niños enfermos – o un marido de mala salud.

7. Manejar un automóvil con un pasajero varón que insiste en gritar y gemir.

8. Quedar atrapada en un ascensor con la ex esposa de su marido.

9. Un esposo que se jubila y desea que usted pase cada minuto con él.

10. Un jefe que constantemente se le insinúa.

– No – murmuraba todo el tiempo Berni, pero sabía que no tenía alternativa. Alzó una mano temblorosa y señaló.

– Sáqueme de aquí, deprisa – dijo a Pauline, antes de que la niebla se disipase ante el horror que había elegido.

Librodot